

The background is a vibrant painting of a sunset over the ocean. The sky is filled with swirling, textured clouds in shades of blue, purple, and white, with a bright sun or moon glowing in the upper right. The ocean below shows a wave with white foam on the left side. In the bottom right corner, several paintbrushes with different colored bristles (red, green, yellow) and metal ferrules are visible, suggesting the artwork is a painting.

*Una
Terraza
frente al mar*

Elisa Mayo

*Una terraza
frente al mar*

Elisa Mayo

© Elisa Mayo

ASBN: B07JW25LKK

1ª edición, octubre de 2018

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mis padres y a mi hermana.

Os quiero.

«La cura para todo es siempre agua salada: el sudor, las lágrimas o el mar».

(Isak Dinesen)

Índice

SINOPSIS

Pongámonos en situación

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

Epílogo

AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

SINOPSIS

Vera es valiente. Se atreve con todo para seguir sus propias convicciones, aunque eso signifique perder a personas por el camino; pero siempre encuentra el punto exacto desde donde volver a luchar. Ve el lado positivo de las situaciones y se dejaría arrancar un brazo por sus amigas.

Jorge es prudente. Vive una situación familiar complicada que lo hace actuar de forma poco razonable. No acaba de saber el camino que debe tomar, y eso le va a dificultar mantenerse cuerdo. No obstante, unas vacaciones en la costa le van a cambiar la vida.

Una mujer atormentada.
Una enfermedad terminal.
Una mentira al descubierto.
Un asunto turbio...

Son algunas de las circunstancias con las que tendrán que lidiar para darle tranquilidad a sus vidas.

¿Lo conseguirán?

Pongámonos en situación

Me aburro. Me aburro de todo. En cuanto empiezo a hacer algo con asiduidad, al final, acabo cansándome y dejo de hacerlo. He trabajado en cientos de sitios diferentes por ese motivo. Siempre he buscado empleos a media jornada para poder compaginar varias cosas a la vez, y distintas. Por las mañanas suelo ir a una oficina para desempeñar tareas administrativas, contables o de cualquier otra índole empresarial. Y por las tardes, o los fines de semana, hago acopio de mis habilidades artísticas. He ejercido de fotógrafa, diseñadora gráfica, guía turística en varios museos y empresas relacionadas, pinto cuadros que vendo en el paseo marítimo o a tiendas de decoración, he diseñado joyas y hasta he sido tatuadora, entre otras muchas cosas. Sí, también estudié dos carreras bien distintas: Bellas Artes y Administración y Dirección de Empresas. Nada que ver, lo sé. Mis padres se negaron a pagarme una carrera que no tuviera que ver con la vertiente de negocios. Mi padre es arquitecto y quería que siguiera sus pasos, pero yo no estaba por esa labor. Por supuesto, no quiso oír hablar de que estudiara Bellas Artes, así que tuve que conformarme con lo que me ofrecía. Cuando acabé la carrera de ADE, me marché de casa y me puse a trabajar para pagarme la otra carrera, y desde entonces no he vuelto a hablar con ellos. Fue duro al principio, pero, con los años, acabas por acostumbrarte. No es que me sienta orgullosa, pero que ni siquiera tus padres te apoyen en algo que quieres hacer me parece menos aceptable que marcharme de casa con apenas veintitrés años.

Dicen que los dos hemisferios cerebrales se dividen en analítico o de raciocinio y en emocional o artístico. Y que lo habitual es que predomine uno sobre el otro, pero, en mi caso, yo diría que están al cincuenta por ciento. Aparte de eso, tengo la habilidad de asimilar rápidamente lo que aprendo. No soy superdotada, ni mucho menos. Pero tengo facilidad para absorber conocimientos y debe de ser por eso que, en cuanto tengo claro algo y lo desarrollo, se convierte en una rutina que mi cerebro desempeña como un autómatas, y eso es lo que me aburre. Dejar de pensar, dejar de ilusionarme, dejar de sorprenderme me cansa, y necesito algo nuevo para volver a sentir la emoción de la primera vez. Soy algo así como una adicta a los nervios en el estómago, a la sensación de incertidumbre, o vete a saber qué; necesito mi dosis cada cierto tiempo. Es como cuando abres un regalo, sientes los nervios de la anticipación, después la ilusión de ver el interior del paquete; te

emocionas por lo que vas a hacer con él y, una vez hecho, estrenado, gastado... puf, se esfuma la sensación eufórica y te quedas con ganas de más.

No, no soy una loca que se aventura a hacer de todo; *puenting*, *rafting*, tirarse en paracaídas o cosas así, no. Lo mío no es el deporte de riesgo, es otra cosa. Tampoco es la necesidad de hacer continuamente cosas a lo bruto para llenar un vacío. No es eso. Mi amiga Nadia dice que es porque no he encontrado mi verdadera vocación y, por eso, la pasión del inicio se me cae a plomo sobre la cabeza.

Y sí, con los tíos me pasa lo mismo. Me aburro a los pocos meses. Mi récord es de un año de relación, y eso fue porque él vivía en otra ciudad y nos veíamos un fin de semana al mes. El resto, tres o cuatro meses y a *otra cosa mariposa*. Noches de *aquí te pillo, aquí te mato...* pocas; un par en la facultad, y las dos fueron saliendo de fiestas universitarias al borde del coma etílico. Así que prácticamente no cuentan. Mi amiga Carlota dice que es porque no he encontrado al amor de mi vida y, por eso, la pasión inicial se me cae a plomo sobre el corazón.

En fin, que por una cosa o por otra, me paso la vida ilusionándome y desilusionándome como si fuese una veleta. Pero ya me he acostumbrado a ello y vivo bien; son treinta y un años compartiendo las contradicciones de mis dos hemisferios.

De lo único que no me he aburrido es de mis dos mejores amigas y compañeras de piso, de momento: Carlota y Nadia. No sé cómo las aguanto y cómo ellas me aguantan a mí. Debe de ser que, esta vez, sí que he encontrado a mis verdaderas amigas y, por ello, la pasión inicial sigue martilleándome el cerebro y el corazón.

1

Las tres cenamos en casa, como cada viernes. Llevamos semanas haciéndolo en la terraza del piso, porque tenemos una temperatura excepcional para ser finales de mayo. No quiero ni pensar en el calor que va a hacer en verano, como la cosa siga igual.

—Voy a dejar el trabajo —dice Carlota, cuando Nadia coloca sobre la mesa los mojitos que ha preparado, después de la cena.

—¿Es por Raquel? —pregunto asqueada.

—Sí. No me deja en paz —contesta con agobio.

—Pero ¿por qué no la denuncias? Eso es acoso —sentencia Nadia.

—Es muy lista. Todo es de palabra, siempre a solas. No me escribe, no deja huellas —explica, antes de sorber por la pajita.

—Pues grábala con el móvil —propone Nadia.

—Cuando me llama a su despacho, siempre se cerciora de que no llevo nada encima. Estoy muy harta. No tengo pruebas; sería su palabra contra la mía —contesta. Apoya su espalda contra la silla y sube los pies descalzos encima de la mesa de plástico.

—Pues lárgate, pero ya. Ni quince días ni nada. Porque si le das la carta y esperas, te va a putear de lo lindo hasta que te vayas —argumento.

—¿Pueden denunciarte por eso? —pregunta Nadia.

—No lo sé. Tendré que mirarlo. Capaz es de denunciarme, la tía borde. Dios, qué harta me tiene. —Imita un escalofrío que no sé si realmente es falso o de verdad su cuerpo lo ha producido.

—¿Has buscado algo? —le pregunto, poniendo también mis pies sobre la mesa.

—Sí. No hay mucha cosa, pero prefiero servir cubatas en el chiringuito de ahí abajo —señala hacia la playa que tenemos frente a nuestro edificio— que seguir allí metida con ella. Por mucho que me guste el trabajo y no cobre mal del todo.

—Servir cubatas en un chiringuito es un trabajo de puta madre; todo el día en la playa, viendo tíos buenos. Los puedes emborrachar y meterlos detrás de la barra para que te ayuden a recoger —sentencio. Y hasta yo me acabo de convencer—. Creo que vamos a ir las dos a pedir ese trabajo.

—Vera, esto es serio —me riñe Nadia.

—Yo también estoy hablando en serio —me defiendo con tono un tanto

irritado—. Estamos casi en verano. Todas las empresas van a estar de vacaciones, no creo que se pongan a hacer en este tiempo selección de personal para su departamento contable; en todo caso, en septiembre. Y este verano, como siempre, seguro que necesitan gente en cualquier bar, pub, discoteca, hotel, chiringuito y demás locales de perversión ética que, por suerte, tenemos a cinco minutos a pie. Es ideal —explico y levanto las palmas de las manos, ilusionada.

—No voy a servirte cubatas gratis, no te hagas ilusiones. —Carlota me da una patada en el pie.

—¿En serio te estás planteando lo que acaba de decir esta zumbada? —pregunta Nadia, incrédula.

—La verdad es que lo que argumenta es muy razonable, ¿no crees?

—Si tú lo dices... —Nadia se encoge de hombros.

—Haré una cosa. Voy a enviar mi currículum a las ofertas que crea convenientes, pero no pienso aceptar un trabajo que no me dé seguridad y un contrato a largo plazo. No voy a quedarme con el primero que salga —explica más seria—. Y mientras tanto, miraré algo en los chiringuitos y bares del centro, para el verano.

—Me parece cojonudo. —Levanto mi vaso—. Por tu nueva vida laboral.

Carlota alza el suyo y miramos a Nadia, que aún está sentada en su silla, a nuestra izquierda.

—*Vaaaaaleeeee* —se rinde y acerca su vaso a los nuestros.

Y así, las tres sellamos el brindis por la decisión que acaba de tomar nuestra amiga. El lunes entregará su carta de dimisión y dará los quince días de rigor. Pero, si el comportamiento de Raquel, su jefa directa, se hace insostenible, se marchará antes.

Raquel es una mujer de unos cincuenta años, está casada y tiene dos hijos. Yo no la conozco, solo sé lo que me ha contado Carlota. Lleva meses acosándola. Sí, acosando sexualmente. Carlota perdió una documentación importante y Raquel salvó la situación ante el director, pero desde entonces no deja de perseguirla. Al principio, pensó que solo quería entablar una relación más de *colegueo*, porque nunca había hablado con ella de otra cosa que no fuese trabajo; pero pronto comenzó a insinuarle que se vieran fuera de la oficina para *intimar* un poco más. Carlota lleva todo este tiempo aguantando como puede, porque es un buen trabajo y le pagan, con rigurosidad, un sueldo en condiciones. Pero ya se ha cansado. Con el carácter que tiene, la verdad, no me explico cómo ha aguantado semejante trato. Evidentemente, no ha aceptado

ninguna de las proposiciones que ella le ha insinuado y le ha dado largas como ha podido.

—Mañana, cuando acabe de trabajar, salimos a tomar unas copas y tanteamos el terreno en los pubs. Hablaremos con Vicky, quizá les haga falta alguien en la barra —propongo más seria.

—Me parece bien —contesta Carlota.

—¿Te apuntas, Nadia?

—No puedo. He quedado con Andrés. Los viernes son nuestros, chicas. Pero el fin de semana lo dedico a mi novio.

—Vale. Pues nos acercamos nosotras —me dirijo a Carlota—. Me voy a dormir. Algunas trabajamos mañana. —Me levanto de la silla y recojo mi vaso para llevarlo a la cocina—. Buenas noches, *nenis*.

—Buenas noches, flor —se despide Carlota.

—Buenas noches, niña —dice Nadia.

Mañana tengo dos reportajes de boda, así que me voy a pasar todo el santo día de pie. Por suerte, el hotel donde voy está cerca de casa y me dejan ir vestida de manera informal y con calzado cómodo. No como en otros sitios, que debo ir en traje y zapatos. No sé cómo no entienden que moverse de un lado a otro, persiguiendo a los novios, con tacones es bastante incómodo. Debería decirle a Marta que incluya en las facturas de los servicios el importe de los apósitos con los que luego tengo que, prácticamente, vendarme los pies.

Marcos me recoge en el portal a las diez de la mañana y nos dirigimos al hotel para preparar el equipo y hacer fotos del entorno para luego mezclar los fondos con fotos de los novios, ya que el hotel está frente a la playa y me gusta fotografiar esa zona antes de empezar. Abro la puerta trasera del coche para colocar mi mochila con el material fotográfico que necesito.

—Buenos días, *Verita* —saluda burlón.

—Buenos días, *Marquitos* —digo en el mismo tono.

—Estás muy guapa hoy. —Arranca el coche.

—Gracias. Tú también —contesto, sin apenas mirarlo y me abrocho el cinturón.

—¿Te has levantado con el pie izquierdo?

—Marcos, no voy a acostarme contigo, no seas pesado —lo increpo.

—Si no trabajáramos juntos, ¿lo harías?

—¿En serio vamos a tener otra vez esta conversación? —lo miro con las dos cejas levantadas.

—Solo es un polvo, tía. —Se ríe.

—Que no, joder. Mira que eres cansino. —Me río también—. Puedes tirarte a todas las chicas que quieras, déjame en paz.

—Cómo me gusta hacerte rabiar, es tan fácil. —Se ríe a carcajadas y yo me contagio de su risa exageradamente escandalosa.

Marcos es el típico tío guapo, con cuerpazo, ojos claros que te atraviesan y sonrisa perfecta. Pero, de verdad, a mí no me van ese tipo de hombres, prefiero una belleza más original, no sé, no tan perfecta o tan típica. No digo que no me guste, no. Es lo de siempre, es una belleza aburrida; que cuando te acostumbras a ella, ya no te lo parece tanto. Bueno, al menos a mí no me lo parece. Y sobre gustos... Sí, para un polvo, vale, está muy bien, pero trabajamos juntos, y yo paso de mezclar placer con trabajo, que ya se sabe cómo acaban estas cosas.

Marcos y yo nos compaginamos los reportajes de bodas desde que empezó la temporada, hace casi tres meses. Él se encarga del vídeo y yo de las fotos. Aunque la era digital está muy presente en este tipo de trabajos, las bodas siguen siendo un evento donde los protagonistas quieren que sus recuerdos visuales sean de calidad, y no unas cuantas fotos que amigos hacen con el móvil. Claro que ahora ya no se venden las fotos en papel durante la celebración. Hacemos un *pack* con todas las fotos de los invitados y se las adjuntamos a los novios con el resto del reportaje.

Es divertido trabajar con él. Todas las chicas de los eventos, incluida la novia, lo miran con ojos de cordero degollado y hasta en varias ocasiones (o muchas) se ha enrollado con alguna invitada al acabar la fiesta. Sospecho que por esa razón aceptó este trabajo; para sacar un extra en varios sentidos. Y a mí me da la risa cuando lo veo extender sus plumas de pavo real. Es todo un espectáculo.

El día pasa rápido, porque con dos bodas no tienes tiempo para nada más que comer cuatro canapés de la bandeja que el hotel nos prepara en estos casos, pero al ir como un bólido, no reparamos mucho en ese aspecto. Y la cena no es mucho mejor.

A la una de la noche salimos de allí cargados con nuestros equipos, y Marcos me devuelve al mismo sitio de donde me recogió. Nos despedimos hasta el próximo sábado para volver a hacer lo mismo que este.

—Hola, *neni*, ya estoy aquí —saludo a Carlota, que está en su habitación,

acabando de vestirse para salir.

—Hola, flor. Te he dejado un poco de lasaña de verduras en la nevera.

—Cómo te quiero. Gracias, amor. Estoy muerta de hambre. —Entro en mi habitación, que está junto a la suya. Dejo la mochila del equipo bajo el escritorio, para volver a salir y dirigirme a la cocina.

Nuestro apartamento es totalmente exterior, porque hace esquina en el edificio. Tiene un pasillo muy largo desde la entrada hasta el salón, donde están el baño y las tres habitaciones dobles que cada una de nosotras utilizamos individualmente; menos Nadia, que a veces viene con Andrés a dormir algún fin de semana. Carlota y yo no solemos traer chicos a casa y, si lo hacemos, es porque los conocemos más que de una noche, cosa que ocurre poco, porque no acostumbramos a tener esos rollos. Al final del pasillo se abre el salón en forma de ele; en la pared del fondo hay una ventana y la vidriera doble para salir a la terraza, que da a primera línea de playa. La cocina está en el rincón de la ele del salón. Y aquí estoy yo ahora mismo, calentando un poco la lasaña en el microondas y bebiendo una Coca-Cola Zero.

—Tía, esto está de vicio —le digo a Carlota, cuando entra para hacerme compañía.

—Me alegra que te guste. —Sonríe y se sienta junto a mí en la barra de la cocina.

—Todo lo que cocinas está riquísimo. Deberías pensar en poner un restaurante de comida vegetariana. Seguro que sería un exitazo.

—Seguro. —Apoya los codos sobre la mesa.

Realmente, Carlota cocina de miedo. Empezó a hacerlo porque, al ser vegetariana, no comía lo que preparaban en su casa y, buscando en Internet, descubrió un millón de recetas para comer variado.

—Acabo enseguida, me doy una ducha rápida y nos vamos. Ya verás como encontramos algo para que puedas trabajar este verano.

—Sí, tranquila. Estoy más animada desde que he tomado la decisión en firme de marcharme.

—Pues claro. No tienes por qué aguantar esa mierda.

—Sí. Tenía que haberme ido mucho antes.

—Bueno, el lunes ya darás el primer paso. Y en dos semanas, lista. —Me bebo el último trago que queda en el vaso y salgo de la cocina para ir al baño a ducharme—. Por cierto, Nadia se ha ido todo el *finde*, ¿no?

—Sí, hasta mañana por la noche no volverá. Se ha ido al piso de Andrés.

A las dos menos cuarto, salimos de casa en dirección al pub donde acostumbramos a ir para tomar unas copas y bailar. En el centro hay un par de calles donde se concentran todos los pubs y discotecas del pueblo.

En media hora, ya tenemos nuestra primera copa en la mano y Carlota habla con Vicky, la novia del dueño del 90's VIP. Es el sitio donde más venimos, porque al poner música de los noventa, la gente es más de nuestra edad y no una panda de adolescentes a los que sus padres dejan salir por la noche, porque esto es un pueblo costero y, al parecer, aquí hay menos riesgo de que se emborrachen o se metan en líos; pero, vamos, que cada fin de semana nos los encontramos a todos vomitando en aspersor por las aceras. El Ayuntamiento debe de gastar un dineral en carros de limpieza.

—Ya está. Vicky me ha dicho que puedo empezar la semana próxima —me dice Carlota muy contenta.

—¿En serio? —La abrazo con fuerza.

—Sí, le han fallado un par de camareros para este verano. Y, si no me supone un problema compaginar los viernes y sábados por la noche hasta que termine en la oficina, puedo empezar. —Se le iluminan sus ojillos azules.

—Pues, hala, ya tienes curro. ¿Ves? No era tan difícil.

Vicky nos conoce desde hace mucho tiempo. Cuando vinimos a vivir aquí las tres juntas, después de acabar la carrera de ADE, trabajamos durante tres veranos en el pub de camareras, para sacarnos un extra, ya que en las oficinas donde trabajábamos, nuestro sueldo era bastante bajo por ser novatas. De eso hace ya unos cuantos años y nos hemos plantado en la treintena sin darnos tiempo a asimilarlo. Pero estamos contentas. Nos va bien viviendo juntas. Nos hicimos muy amigas en el primer curso de universidad y, aunque yo después seguí estudiando en otra facultad, no encontré mejores amigas que ellas.

—Hombre, *Verita*. Cuánto tiempo sin verte. —Me giro y veo a Marcos muy sonriente.

—¿Qué coño haces tú aquí? —Y me sale un tono de reproche que no sé si quería que fuese tan evidente.

Marcos se acerca y me da dos besos, mientras me coge de la cintura. Me aparto un poco. Este no es un buen lugar para evitar tentaciones. Solo he visto a Marcos en sitios donde nos pasamos horas trabajando, pero nunca en un pub, de fiesta.

—Me he quedado en casa de un amigo. —Se gira, y otro chico aparece tras él—. No tenía ganas de irme a casa a estas horas. —Marcos vive en una población interior a unos veinte kilómetros de aquí—. Él es mi amigo César

—me dice. El otro chico se acerca y me da dos besos. No es tan alto como Marcos ni tan cachas. Tiene unos ojos grises muy bonitos, tras unas gafas de pasta negras, y el pelo castaño claro—. Ella es Vera, una compañera de trabajo.

—Ella es Carlota —digo y cojo de la mano a mi amiga. Veo como Marcos sonríe socarrón y se le iluminan esos ojos verdes de una forma que no le había visto antes.

—Encantado. —Le da dos besos y le presenta a su amigo.

Y hechas las presentaciones, nos ponemos a hablar los cuatro bastante animadamente. Nos reímos, bailamos, bebemos un par de copas y, a las cinco de la madrugada, salimos por la puerta del pub habiendo disfrutado mucho de la conversación con ellos.

—Gracias por acompañarnos, chicos —empiezo a despedirme.

—Un placer —contesta César con una sonrisa—. Podríamos quedar otro día,  no?

—Por mí no hay problema. Pero yo estar  en la barra, sirviendo copas —dice Carlota.

—Pues ya ir  a que me invites a algo —contesta Marcos.

—Ya hablaremos. Venga, que es muy tarde y me muero de sueño. Aunque pod is quedaros aquí y seguir charlando. Yo me subo —digo y saco las llaves de mi *minibolso*.

—No, no. Yo también subo. Adi os, chicos —se despide Carlota.

Estoy muerta de sueño, llevo despierta veinte horas y lo único que me apetece es meterme en la cama y dormir hasta el lunes por la mañana. Me desnudo por completo y espero mi turno para entrar al baño porque Carlota est  usándolo en este momento. Mi móvil vibra contra la tabla blanca de la mesita de noche. Lo cojo y veo que tengo un mensaje de Marcos.  Qu  querrá ahora?

Marcos: « Crees que tengo posibilidades con la rubia?».

Yo: « Qu  rubia?».

Marcos: «Joder, Vera. Tu amiga Carlota».

Yo: «Jajajajajaja. Era por hacerte rabiar. Preg ntaselo a ella».

Marcos: «Me da corte».

Yo: «Jajajajajaja.  Corte, a ti? No me tomes el pelo».

Marcos: «S ... No s , me ha dado corte».

Yo: «Vete a cagar, Marcos».

Marcos: « Me das su número?».

Carlota pasa en ese momento por la puerta de mi habitación y se apoya en el marco; está desnuda, con la ropa que se ha quitado en la mano.

—¿De qué te ríes?

—De Marcos. Me ha pedido tu número. Le gustas.

—¿Y por qué no me lo ha pedido él?

—Porque es gilipollas. —Me río a carcajadas—. Creo que le gustas, *gustas*. Y le ha dado corte.

—¿Quieres decir que no solo es para un polvo? —Se sorprende ella.

—Eso me ha parecido, porque dice que le ha dado corte pedírtelo. Y créeme, Marcos no conoce la vergüenza ni la ha conocido nunca.

—Es guapo. ¿Es buen tío?

—Sí, es buen tío —contesto convencida.

Sé que, a pesar de su comportamiento promiscuo, es una buena persona. Es cariñoso, divertido y siempre está dispuesto a ayudar. Es fácil trabajar con él y eso, para mí, es de las cosas más difíciles de encontrar.

—Pues dáselo. —Se ríe—. A ver qué sale de todo esto.

Las dos nos reímos y se marcha a su habitación.

Yo: «Dale caña, Romeo».

Marcos: «¿Le has dicho algo a ella?».

Yo: «Tú eres tonto, ¿no? Pues claro. No te iba a dar su número sin consultarle».

Marcos: «Joder, tía. Vaya corte».

Yo: «Venga ya, idiota. ¿Qué haces hablando conmigo aún?».

Marcos: «Gracias, te debo una».

Yo: «Ja. Me debes unas cuantas más».

Marcos: «Tienes razón. Ya te invitaré a algo».

Yo: «Buenas noches, *Marquitos*».

Marcos: «Buenas noches, *Verita*».

Trabajar muchas horas seguidas con él ha hecho que cojamos bastante confianza en muy poco tiempo. Y ese tira y afloja de enrollarnos se ha convertido en un juego que sabemos que no va a pasar de ahí (al menos para mí), así que muchas veces lo he ayudado en sus rollos con algunas invitadas de las bodas. Como ya he dicho, Marcos es un *tiarrón*, con esos ojazos verdes y ese pelo negro, que lleva bastante corto de atrás y un poco más largo por delante, siempre peinado con gomina en puntas ladeadas. Es divertido, atento y un poco niño. En muchas bodas nos han preguntado si éramos hermanos, porque los dos tenemos prácticamente los mismos rasgos físicos, aunque mi

mandíbula es un poco más triangular y mi nariz más chata y estrecha. Parece que todas las personas morenas con ojos verdes tengamos que ser familia. Pero, en realidad, somos muy distintos; él es muy ancho y musculoso; en cambio, yo soy bastante delgada, demasiado incluso para mi gusto, pero no ha habido forma de engordar, ni haciendo dieta específica ni ejercicios de musculación, aunque sigo insistiendo. Él mide casi metro noventa, mientras yo no llego al metro setenta. Él tiene una hilera de dientes perfectos, mientras mi pala superior izquierda está sutilmente montada sobre la derecha. En fin, parecidos pero muy diferentes. Y mira, no se me ocurre otro chico mejor para mi amiga Carlota, ahora que lo pienso. Si es que sabe tener guardada la minga más de una semana.

Me meto en la cama después de desmaquillarme y asearme un poco. Y me duermo en un microsegundo. No pienso salir de la cama en todo el domingo.

Han pasado las dos semanas que Carlota debía dar de plazo para marcharse de la oficina. Es viernes, y hoy se despedía de todos sus compañeros, que le han deseado lo mejor. A su jefa no le ha dicho ni *mu*. Esta última, desde que presentó su carta de dimisión, no le ha hecho caso. Ni le ha insistido más en ir a tomar nada. Ni le ha dicho lo guapa que es, ni las ganas que tenía de poder besarla algún día. Nada. Solo temas de trabajo, para que Carlota dejara todo arreglado y preparado. No sabemos si ha sido porque, realmente, la había acosado para que se marchara, o porque se ha quedado en *shock* al ver la decisión de mi amiga, o porque tenía miedo de que, al irse, ella la acusara ante sus superiores. Y la verdad, a Carlota le ha dado igual, no le importa la razón que haya tenido para dejar de perseguirla de repente. Lo ha estado haciendo durante casi ocho meses y ahora ya no hay vuelta atrás. Nos ha contado todo por WhatsApp.

—¡Soy *libreeeeeeeeee*! —grita Carlota al entrar en casa. Me levanto de la silla de mi escritorio y salgo al pasillo—. Se acabó —dice sonriente, desde la entrada.

—¡Felicidades! —le digo y echo a correr hacia ella. La agarro del cuello con los brazos y de la cintura con las piernas. La abrazo fuerte y se estampa contra la puerta—. No sabes cuánto me alegro.

—Joder, Vera, que me tiras. —Se ríe a carcajadas.

—Es que estoy muy contenta.

—Y *yoooooooo*. Qué peso me he quitado. Aunque ahora tenga el tuyo encima. —Se ríe, y el trasero se le escurre por la puerta hasta el suelo, conmigo aún enganchada a ella.

Nos quedamos las dos en el suelo, riéndonos. Carlota tiene su largo pelo rubio y liso desparramado por la puerta, y sus ojos son dos líneas de pestañas arrugadas por la risa. Tiene la piel blanca y fina, y unas pequitas salpican sus pómulos y el tabique nasal. Sus dientes son pequeños y muy blancos y, sí, sus labios, como ella dice, son demasiado delgados, apenas se le ven cuando se ríe, pero a mí me parece que es tan bonita como un amanecer.

Me quito de encima y la ayudo con mis manos a incorporarse.

—Estás como una cabra. Casi me partes la rabadilla.

—Es que estoy muy contenta —repito.

Caminamos juntas por el pasillo, abrazadas.

—¿Ha llegado Nadia?

—No. Imagino que no tardará.

—¿Mañana trabajas?

—A partir de las cinco. Tengo una boda por la tarde-noche.

—Entonces... ¿hoy puedes salir? —Me enseña su sonrisa de pilla.

—Bueno... no pensaba... pero si me lo pides así...

—Hay que celebrarlo, ¿no?

—Por supuesto. —Doy una palmada al aire—. Avisa a Nadia, que se vaya haciendo a la idea. Que a ella las improvisaciones le dan grima. —Me río—. Voy a seguir con el trabajo, a ver si me da tiempo de terminar antes de cenar. —Entro en mi habitación.

—Vale. Yo aviso a Nadia y voy a llamar a mis padres para contárselo.

Vuelvo a mi escritorio, donde estoy acabando de retocar y arreglar el reportaje fotográfico de la semana anterior. Solo falta pasarlo al *pen* para llevárselo a Marta y que dé el visto bueno.

Después de dos horas sin apenas descanso, acabo el trabajo.

—Dios, tengo la espalda hecha trizas de estar sentada —me quejo al entrar en el salón. Carlota está sentada en el sofá, tecleando en el móvil como una posesa—. ¿Aún no ha llegado Nadia?

—No —contesta sin dejar de mirar la pantalla.

—¿Qué haces? —Me siento a su lado.

—Hablar con Marcos —contesta con una sonrisa traviesa.

—¿Te lo has tirado ya?

—No. Solo hemos salido alguna tarde a tomar algo. Entre que hemos trabajado mucho durante estas últimas semanas, él está ocupado los sábados contigo y yo estoy en el pub las noches de viernes y sábado, no hemos tenido tiempo —explica como si tal cosa.

—Para un polvo se saca tiempo de donde sea.

—Ya, pero no quiero un polvo de cinco minutos. —Sonríe, y no sé si es por lo que me acaba de decir o por lo que habla con Marcos, porque no ha levantado la cabeza para mirarme en ningún momento—. Le he dicho a Marcos que venga esta noche al 90's, ¿te importa? —pregunta y ahora sí me mira.

—Pues claro que no me importa. ¿Por qué iba a importarme? —digo, sin entender su duda.

—No sé, como trabajáis juntos, no quiero que te sientas incómoda de fiesta.

—No me siento incómoda por que venga Marcos. Me cae bien y me alegra

que seáis... ¿amigos?

—Vale —contesta sin más.

Madre mía, sí que le ha dado fuerte. Me levanto para ir a la cocina y empezar a preparar algo de cena, dado que ya son casi las ocho de la tarde. En ese momento, la puerta de casa se abre y se cierra de un portazo. Miro a Carlota, que ha levantado la vista hacia mí.

—¿Nadia? —llamo sin moverme de en medio del salón.

Oigo pasos rápidos y otro portazo.

—¿Qué pasa? —pregunta Carlota, preocupada.

—No lo sé. —Me encojo de hombros.

Carlota tira el móvil en el sofá y se levanta. Se dirige hacia el pasillo y yo la sigo; nos plantamos en pocos segundos en la puerta de la habitación de nuestra amiga.

—¿Nadia? ¿Estás bien? —pregunta Carlota a través de la puerta cerrada. No hay contestación.

—Nadia, ¿podemos entrar? —pregunto en tono bajo. Tampoco hay respuesta.

Decido entrar, igualmente. Agarro el pomo y lo giro. Al abrir la puerta, vemos a nuestra amiga tumbada en la cama, bocabajo. Carlota y yo nos miramos preocupadas e interrogándonos con los ojos, aun a sabiendas de que no tenemos la respuesta. Entramos despacio y nos sentamos en la cama junto a ella. Carlota le pasa una mano por la espalda, Nadia mira hacia el otro lado.

—Cariño, ¿qué te pasa? —le pregunta.

Ella no se mueve. Tiene su media melena castaña oscura y rizada sobre la cara.

—Nadia —la llamo en un susurro.

Gira la cabeza hacia el lado donde estamos nosotras. Tiene los ojos castaños enrojecidos. Parece que ha llorado.

—Andrés me ha dejado —contesta en un suspiro y empieza a llorar en silencio.

—¿Qué? —decimos a la vez nosotras dos, con los ojos como platos.

Nadia y Andrés llevan saliendo dos años y, si soy sincera, no me gusta nada ese tío. Es un gilipollas integral, pero es el novio de mi amiga y me tengo que aguantar. Le tiene que gustar a ella, y no a mí.

—¿Qué ha pasado? —sigue preguntado Carlota. Nadia se sorbe los mocos y se limpia las lágrimas con las manos—. Anda, cuéntanoslo, cariño —la invita, mientras la coge del brazo para que se levante.

Nadia se mueve con pesadez y se incorpora para sentarse en el borde de la cama, entre nosotras. Se suena los mocos con un pañuelo de papel que lleva arrugado en la mano y respira varias veces antes de mirarnos con los ojos tan hinchados que apenas se le ven.

—Me... me ha escrito para quedar después del trabajo —empieza con una voz tan débil que apenas la oímos, pero no decimos nada para que siga—. Hemos quedado en una cafetería que hay cerca de allí. —Vuelve a sonarse los mocos—. Y, simplemente, me ha dicho que debíamos dejarlo, que él ya no sentía lo mismo y que no quería seguir saliendo conmigo. Me ha traído una mochila con las cosas que tenía en su casa y nada más. —Señala con la cabeza la bolsa que ha dejado junto a su mesita de noche.

—Joder. Puto Andrés de los cojones —suelto, porque no puedo evitar mi frustración al verla tan triste.

—Tranquila. Seguro que lo arregláis. Le habrá dado un aire o algo, no sé. Él te quiere. —Carlota es siempre más suave, pero en el fondo sé que está pensando lo mismo que yo, aunque se calla.

—No lo sé, pero si ha decidido dejarlo es porque lo ha pensado y no quiere seguir —dice Nadia, con tanta pena que me rompe el alma.

—Escucha. Vamos a cenar y nos vamos a ir a tomar unas copas, te vas a emborrachar hasta que tengamos que traerte a rastras por los pelos, y mañana lo verás de otra forma —le digo con convicción.

—No, no. Yo no salgo esta noche. Me quedo en casa —contesta sin apenas voz.

—De eso nada. Tú te vienes con nosotras a dejar seco el 90's VIP —insisto.

—Que no, Vera. Yo no soy como tú. —Me mira y creo que se arrepiente en el acto de haberlo dicho—. Perdona, no quería decir eso —se disculpa.

—Sí querías decirlo, pero da igual. —Sonrío con dulzura—. Ya sé que no tengo un trabajo fijo y que no me importa. Tampoco tengo novio, y eso aún me importa menos. Y para colmo, no me hablo con mis padres desde que acabé la universidad. Sí, es posible que creas que no tengo ningún apego con nada ni con nadie, pero no es cierto. Me dejaría arrancar un brazo por cualquiera de vosotras dos y, esta noche, me lo arrancaré empujándote a salir. Así que ya estás levantándote de esa cama y metiéndote en la ducha para arrastrar con el agua esas lágrimas que ningún tío merece que derrames por él —digo con vehemencia. A ver si el capullo de Andrés se va a pensar que puede mangonearla como le apetezca.

Las dos se me quedan mirando como si hubiesen visto un unicornio con tres cabezas.

—Creo que tiene razón, como siempre. —Sonríe Carlota.

—Vale. Si me garantizas que voy a dejar de sentir esta opresión en el pecho, saldré —dice Nadia con una media sonrisa.

—Te garantizo que vas a dejar de sentir hasta las piernas. —Me río—. Venga, joder. ¿Qué haces ahí parada todavía? Ve a la ducha. Yo voy a preparar la cena. —Y salgo de la habitación para que no me repliquen más y Nadia no tenga tiempo a desdecirse.

A las diez, nos sentamos a la mesa de la terraza para cenar, como cada viernes. Carlota le explica a Nadia cómo le ha ido el día en la oficina, despidiéndose de todos sus compañeros y cómo su jefa no ha salido en todo el día del despacho y ella no ha entrado, ni siquiera a despedirse. Evitamos por todos los medios que se hable de Andrés y de la tarde que ha hecho pasar a Nadia. Hoy vamos a salir a celebrar que Carlota ha dejado atrás el trato que su jefa le ha hecho tragar los últimos meses. A partir de mañana, nos encargaremos de que Nadia siga adelante y no esté triste por su ruptura. Pero esta noche es de celebración y borrachera asegurada, por las dos. Por alegría y por tristeza, parece que todo se celebra de la misma forma. Con alcohol de por medio.

—¿Recogéis vosotras? Voy a ducharme. —Me levanto de la silla.

—Sí, tranquila. Por cierto, la tortilla de patatas estaba buenísima —contesta Nadia, mucho más animada ya.

—Me alegro, bonita. —Le guiño un ojo.

Me meto en la ducha y me pongo todos los potingues que encuentro en las estanterías. Nadia es la leche, está todo colocado por orden de uso; champú, mascarilla, gel, exfoliante, aceite corporal y crema hidratante bajo la ducha, para que uses el que prefieras. A veces, a propósito, he cambiado los botes de sitio y, al día siguiente, vuelven a estar en riguroso orden. Y yo me parto de risa cada vez que lo veo. La nevera es otro lugar donde todo está en orden. Si mueves algo, vuelve a su sitio como por arte de magia. Menos mal que no la dejo organizar mi habitación, si no, no encontraría nada. Mi sistema es un caos, sí, pero es el mío y sé perfectamente dónde encontrar cada cosa.

Me visto con un *short* tejano negro y una camiseta también negra de tirantes con la famosa boca de los Rolling Stones en rojo brillante. Me encanta esta camiseta. La compré hace un montón de años en rebajas y me la he puesto tantas veces que ha perdido algunas tachuelas. Siempre la lavo a mano para

que no se desgaste tanto y no dejar en la lavadora restos de purpurina plateada.

Vuelvo a entrar en el baño y me encuentro a mis amigas maquillándose. Nadia se delinea el ojo con lápiz negro. Carlota se pone sombra verde en los párpados. Nadia viste un tejano azul oscuro y una camiseta de gasa floreada con escote en pico que deja ver el canalillo... No, el canal de Panamá que tiene entre pecho y pecho. Qué envidia más grande, nunca mejor dicho.

Carlota lleva un vestido rojo estrecho con un cinturón negro que marca sus caderas. Ella dice que tiene el culo gordo, pero a mí me parece que tiene unas curvas preciosas y muy femeninas. Nada que ver conmigo, que parezco una tabla. Sí, tengo un poco de caderas y cintura, pero si me miras de cuerpo entero, parezco un tronco. Menos mal que he musculado un poco en los últimos meses, entrenando en el gimnasio, y no parezco una preadolescente en proceso de desarrollo. Y los pechos no tienen arreglo como no pase por quirófano, cosa que no pienso hacer ni aunque me los regalen. Me da un pánico terrible que me abran en canal, así que voy a tener que dejar de quejarme. Cada cual es distinto y deberíamos aceptarnos tal como somos.

Como el baño es bastante grande y el espejo ocupa toda la pared frontal, me coloco junto a ellas y me maquillo los párpados en negro; mucha máscara de pestañas y labios rojos. Me plancho el pelo, que me llega hasta la altura del pecho, con la raya en el lado derecho. Como casi siempre.

A las once y media, salimos por la puerta. Carlota ha de estar en el pub a las doce para empezar su turno de camarera en la barra. Saludamos al de seguridad de la puerta, al que ya conocemos desde que trabajamos allí en nuestros años mozos.

Entramos al local, que está prácticamente vacío, y por los altavoces suena *Would I Lie To You?*, de Charles & Eddie. Siempre empiezan suave hasta que la sala se llena. La estancia está casi en penumbra, aún no han encendido la bola de luces central ni los focos laterales. Solo brillan las lucecitas que hay en el techo, haciéndolo parecer un cielo estrellado, y las luces lilas de las estanterías de licores. Hay dos barras, una a la derecha y otra a la izquierda del espacio central que hace de pista de baile. Al fondo hay un escenario pequeño en el que, a veces, actúan grupos locales o incipientes artistas del monólogo. El DJ está en la esquina izquierda de ese mismo escenario y a cada lado de este, las puertas de los baños.

Nos sentamos en los taburetes de la barra de la derecha, que es donde está Vicky y donde va a servir Carlota. Saludamos a la dueña del lugar y Carlota se

mete tras la barra. Sin preguntar, nos prepara un *gin tonic* para mí y un mojito para Nadia. Le pide permiso a Vicky para beberse un ron añejo con zumo de naranja y nos quedamos hablando, mientras no hay nadie a quien servir. Va a ser el único rato que podremos estar juntas porque, como mucho, en una hora el local estará lleno a reventar.

—Sabes que te vas a cagar por las patas abajo mañana con eso, ¿verdad?
—le digo a Carlota, señalando su bebida.

—Bah, así hago limpieza. —Se ríe.

—Chicas... —habla Nadia. La miramos con interés porque se ha puesto un poco seria—. Solo quería daros las gracias por estar conmigo y hacerme salir esta noche —dice, y los ojos se le empiezan a empañar.

—Eh, eh. Nada de lloros. Esta noche solo entran líquidos, no salen —digo y levanto mi copa de balón—. Por nosotras. Da igual lo que nos hagan o lo que nos digan: nos lo pasamos por el forro. —Nos reímos, chocamos nuestras copas y bebemos un largo trago.

—Buenas noches, señoritas. —Oigo una voz que conozco muy bien detrás de mí.

Me doy la vuelta y veo a Marcos, que extiende sus brazos hacia nosotras.

—Hola, Marcos. —Le doy dos besos—. Ella es nuestra amiga Nadia —le digo, señalándola. Como ella no suele salir con nosotras los sábados, y los viernes no salíamos hasta que Carlota empezó a trabajar allí, es la primera vez que ellos coinciden.

—Encantado —saluda a Nadia. Luego se mete entre nosotras, apoya los antebrazos en la barra y se inclina para besar a Carlota, que está al otro lado. Le da un beso en la mejilla—. Hola, encanto. ¿Qué tal estás? —Sonríe como un bobo y me hace poner los ojos en blanco.

Nadia señala a su espalda, preguntando con la mirada si él es el famoso Marcos, del que Carlota no ha parado de hablar en las últimas semanas, y asiento. Ella pone morritos, dándome a entender que le gusta el nuevo *amigo* de nuestra amiga, y yo suelto una carcajada.

—¿Vienes solo? —le pregunto.

—No, César está fuera hablando por teléfono, ahora entrará. ¿Te gusta mi amigo? —dice con una sonrisa pícara.

—No, imbécil. Solo era una pregunta de cortesía. Pero si quieres, ya no te pregunto más —contesto, medio asqueada.

Qué pesado es, a veces. Para él todo se reduce a que todos nos liemos con todos, qué tío. Aunque parece que Carlota le gusta, porque no ha parado de

hablar de ella los últimos sábados que hemos trabajado y no se ha enrollado con ninguna invitada de las bodas.

César aparece en ese momento y Marcos le presenta a Nadia. Y allí nos quedamos los cinco, hablando hasta que el local empieza a llenarse y Carlota tiene que ponerse a trabajar. No nos alejamos de su zona de la barra y bailamos allí mismo, sin adentrarnos en la pista.

—¿Sabes lo que me dijo Andrés? —Nadia se pone un poco más seria, en un momento en que ya llevamos un par de copas, creo. Le hago un movimiento de cabeza para que me lo diga—. Que quiero tenerlo todo controlado y no doy pie a ningún plan improvisado. ¿Soy así? Me sonó a que me estaba llamando aburrida —pregunta en tono triste.

—A ver, cariño... —empiezo a contestar—. No eres aburrida, pero sí un poco maniática del orden y de que todo esté planeado con *muuuuucha* antelación —le digo con una sonrisa para que entienda que no es algo malo, pero que, a veces, no es necesaria tanta anticipación—. Eh, pero cada una es como es. Tampoco creo que sea una virtud que mi habitación parezca una cuadra. —Me río.

—Ya... es posible que tengas razón. —Se ríe—. Y tu habitación, más que una cuadra, parece una pocilga.

—Eeeeeehhhh, no te pases. —Me carcajeo.

—¡Nenaaaassss! —grita Carlota desde la barra. Nos damos la vuelta y vemos que levanta los brazos para que nos acerquemos. Hacemos lo que nos pide—. Me ha dicho Vicky si nos atrevemos a hacer nuestro bailecito encima de la barra, como hacíamos cuando trabajábamos aquí —nos cuenta ilusionada.

—Ni hablar. Yo no. Ya no tengo veinticinco años —ruge Nadia.

—Venga, Nadia. Será divertido —la anima Carlota.

—Que *noooooo*. Me muero de vergüenza.

Yo no digo nada, porque siempre soy yo la de los planes locos y, por una vez, dejo que Carlota se encargue. A mí no me ha preguntado porque ya sabe la respuesta. Nadia me mira y yo levanto los brazos, diciendo que no ha sido idea mía, en esta ocasión.

—Me cago en vosotras —dice, riéndose. Sorbe por la pajita el resto del mojito que tiene en la mano—. Vale. —Suelta el vaso con un golpe en la barra.

—¿En serio? —pregunto con los ojos desorbitados.

Carlota empieza a saltar y a aplaudir.

—Como me caiga de la barra y me rompa algo, os voy a tener a mis

órdenes hasta que me quiten la escayola. Haré de vuestra vida un infierno. — Se ríe Nadia a carcajadas—. Vamos a improvisar un poco —me susurra al oído.

Dios, o se ha vuelto loca o está al borde del coma etílico. En cualquier caso, me alegro de que se haya atrevido a hacer esta animalada.

Carlota sale corriendo a avisar a Vicky para decirle que lo haremos. Ella habla por un *walkie* y le hace señas al DJ. Aparecen un par de chicos de seguridad y despejan un poco la barra, apartando con cuidado a la gente. Vicky se afana con un trapo limpiando la superficie donde nos vamos a subir. Cuando todo está listo, se para la música y habla el DJ por el micro.

—¡¡¡Buenas noches, *peñaaaaa*!!! —se desgañita. Y la peña, como es lógico a estas horas de la madrugada, gritan como espartanos—. Hoy, después de varios años, nuestras mejores antiguas camareras van a hacer un numerito musical que sabemos os va a gustar *muchoooooooooo*. —La peña vuelve a gritar. Los de seguridad nos ayudan a subir encima de la barra, Carlota nos mira y asentimos. Le hace una señal al DJ—. Ahí las tenéis. Vamos, chicas, demostrad lo que sabéis hacer. —Y empieza a sonar *Unbelievable*, de EMF.

Me veo aquí arriba y, por un segundo, pienso si esto ha sido tan buena idea. Siento como la saliva ha abandonado mi boca, pero ya no tiene remedio. Así que... Empezamos a movernos como aún lo hacemos en el piso cuando nos da la vena. Carlota está en medio, Nadia a su izquierda y yo a su derecha. Trotamos sobre nuestros pies y giramos, saltando para acabar con las piernas abiertas. Movemos las caderas de un lado a otro con las manos extendidas hacia delante. Camino por la barra en dirección a Carlota, y Nadia hace lo mismo. Carlota se queda en el centro y hacemos un *sándwich* con ella en medio, contoneándonos de manera *sexy*. Me giro y ando en dirección contraria unos pasos, ellas se quedan donde están y me dejo caer de espaldas. Carlota me coge por las axilas y, según voy cayendo, levanto la pierna derecha. Miro a la gente y guiño un ojo. Ellos gritan, silban y aplauden. Como Carlota me deje ir y caiga de espaldas sobre la barra, sí que van a aplaudir.

Río en mi interior, imaginando la escena. ¿Demasiado mayores para hacer estas burradas? Pues no. Me tiemblan las piernas como hacía años, eso sí. Pero no me importa. Me lo estoy pasando en grande. Carlota me impulsa hacia delante y vuelvo a quedar de pie. Por suerte, sigo entera. Pues parece que no está saliendo tan mal. Claro que, nos pasamos la vida saltando en medio del salón al ritmo de la música, como si no hubiese nada mejor que hacer... Y no lo hay. No hay nada como saber que siempre puedo contar con ellas, para

todo. Que, a pesar de nuestras diferencias, nos queremos; las quiero como si tuvieran mi propia sangre. Mi propia sangre. A veces, ni siquiera eso es una garantía para que te acepten sin condiciones. A veces, la sangre no tira tanto como una buena amistad. Y eso es lo que nosotras tenemos, una unión estrecha, sin obligaciones, ni reproches, ni nada que no sea abrazarnos cuando lo necesitamos o, simplemente, bailar hasta caer muertas de la risa.

Damos dos pasos hacia delante y dos hacia atrás con las manos alrededor de nuestras caderas. Y cuando suena el último «You are unbelievable», nos giramos y quedamos de espaldas a la pista, acabando así nuestra actuación. La gente se vuelve loca; aplaude y silba como en nuestros tiempos de camareras. Nos giramos y saludamos con las manos hacia toda la gente que nos mira.

—¡Otra, otra, otra! —Se oye a coro por toda la sala, pero nosotras negamos con la cabeza.

Ni de coña, vamos. Es justo en este momento cuando me doy cuenta de que me estoy haciendo mayor y no quiero. No quiero avergonzarme de hacer locuras, no quiero imaginar lo que piensan los demás acerca de mi comportamiento. No lo he hecho nunca y no quiero hacerlo nunca. Pero, al parecer, estos pensamientos vienen sin pedirlos. Así que no voy a tener más remedio que echarlos a patadas.

Los de seguridad nos ayudan a bajar de la barra. Y por los altavoces empieza a sonar *Smells Like Teen Spirit*, de Nirvana, y la gente vuelve a la pista para seguir bailando, al ver que no vamos a regalarles ningún bis. Algunas personas se acercan a saludarnos y a decirnos que lo hemos hecho muy bien. Damos las gracias, casi sin aliento.

—Joder, necesito una botella de agua, estoy seca —grito, y siento como la sangre me corre a toda prisa por las venas.

—Yo necesito otro mojito. Madre mía, casi me da una taquicardia ahí arriba —dice Nadia con una mano en el pecho.

—¡La madre que os parió! Pero ¿qué ha sido eso? —grita Marcos, cuando se acerca a nosotras con los ojos abiertos de par en par—. Me habéis dejado muerto. Hijas del gran coyote. —Se va a la barra donde está Carlota y se encarama con medio cuerpo encima de la tabla barnizada. La alcanza por la nuca con la mano y le planta un beso en los labios.

—Tela con *Marquitos*. —Me parto de risa, viendo como se comen los labios.

La gente que tenemos alrededor empieza a silbar y Carlota se aparta, mirando a Marcos, sorprendida pero sonriente.

—Hoy no te escapabas —le dice.

—¿Quién ha dicho que quiera hacerlo? —contesta ella y le regala un último beso.

—Hoy llegamos a casa tú y yo solas —le aseguro a Nadia. Ella se ríe, sin poner en duda lo que acabo de decir.

Cuando Carlota se recupera (y os aseguro que a ella no es fácil sorprenderla), le pedimos agua y un mojito. Nos sentamos en los taburetes que, parece, llevan nuestro nombre toda la noche. César se acerca para hablar con Nadia, y Marcos habla conmigo.

—Hay un tío que no te ha quitado ojo en toda la noche.

—Marcos, déjame en paz, ¿quieres? Estás muy pesado con el temita —le contesto, levantando una mano cerca de su cara.

—Yo solo te lo digo por si se te acerca. Porque parece que quiere hacerlo, pero no acaba de atreverse.

—¿Ahora te dedicas a mirar qué hacen los tíos?

—Conozco a los tíos. Sé cuándo buscan rollo o quieren algo más. Y este quiere algo...

—Qué coñazo eres, de verdad. —Bebo de mi botella de agua.

—Avisada quedas.

—Anda, calla y baila conmigo.

Bajo del taburete y bailamos junto a César y Nadia, que llevan un rato en la pista. Sonrío, viendo que mi amiga está más contenta que cuando empezó la noche. Menos mal. Al menos, hoy tenemos la fiesta en paz. Mañana ya veremos, cuando se le pase la resaca.

Siguiendo la tradición de los noventa en este pub, quince minutos antes de cerrar, el DJ hace sonar la primera canción lenta de la madrugada, dando a entender que cuando acaben las que le seguirán, se habrá acabado la fiesta por esta noche. *Unbreak My Heart*, de Diane Warren, inunda el local con sus notas.

Carlota sale de detrás de la barra, ya que a estas horas apenas nadie pide bebida y, sin mediar palabra, Marcos la agarra de la mano y se la lleva al centro de la pista. Me siento con una sonrisa para contemplarlos, los cuatro bailan en pareja, agarrados como adolescentes. A mí no me hacía demasiada gracia que pusieran lentas en mis años preadolescentes, porque todos te miraban como si fueses ganado. Aunque he de admitir que era una buena forma de hacer un parón entre el baile y la salida hacia casa, porque siempre acababa como un pollo en remojo a causa del sudor, después de pasarme horas

bailando.

Llevo bebiendo agua desde que acabamos nuestra *actuación* encima de la barra, así que decido aprovechar para ir a descargar el líquido que se acumula en mi vejiga desde hace bastante rato. No hay cola en el baño, por extraño que parezca, y en pocos minutos estoy de vuelta en mi taburete. Hay un chico apoyado en la barra al lado de mi asiento. Cuando llego a su altura, me detengo porque no sé si quiere sentarse él. Al mirarlo, me hace un gesto con la mano para que lo haga yo, sonrío y me siento.

—Te estaba esperando —me dice.

Me giro hacia él y lo miro con el ceño fruncido.

—¿A mí? ¿Por qué?

—¿Quieres bailar? —pregunta, sonriendo, y veo que entre sus paletas superiores hay una pequeña separación que lo hace parecer infantil, aunque debe de tener treinta y tantos. Lleva el pelo un poco largo y sobre el flequillo descansan unas gafas rojas de pasta a modo de diadema, pero un mechón se le ha escapado y le cae sobre el ojo derecho. Su mirada parece agradable.

Empieza a sonar *Father Figure*, de George Michael; esta canción me encanta y me apetece bailar.

—Vale. —Acepto con una sonrisa.

Me coge de la mano y me lleva a la pista. Paso por detrás de mis amigos y Marcos me hace una señal con la mirada. Leo en sus labios un «es él». Al principio no caigo, pero viendo la cantidad de gestos que hace cuando lo señala, entiendo que se refiere al chico del que me ha hablado antes, que, según él, no me quitaba la vista de encima.

El chico se para y se gira para quedar frente a mí. Me rodea con sus brazos la cintura y yo pongo mis manos sobre sus hombros, que me parecen delgados pero fuertes. Nos movemos despacio, casi sin levantar los pies del suelo, y me da la risa interna pensando en que, realmente, parecemos adolescentes.

—¿Cómo te llamas?

—Vera. ¿Y tú?

—Jorge.

—Encantada de conocerte, Jorge. —Le sonrío.

—No más que yo —contesta y vuelve a sonreír. Sus dientes me encantan —. Y... ¿ponen muchas lentas aquí?

—No sé, cuatro o cinco, creo. Como en las *discos* de los años noventa — contesto, sin darle demasiada importancia.

—¿Y te mueves igual en horizontal que en vertical? —pregunta socarrón.

—¿Perdona? —¿En serio? Me paro en seco y lo miro fijamente a los ojos, que parecen oscuros.

—¿Demasiado directo? —pregunta divertido y me empuja con los brazos para que siga bailando. Y lo hago—. Era broma. —Me guiña un ojo—. ¿Estás de vacaciones?

—No. Vivo aquí —contesto distraída, aún pensando en lo que me acaba de preguntar.

—Ah. Debe de ser divertido vivir aquí, con tanta gente —se burla.

—Solo hay *tanta gente* los meses de verano. El resto del año es bastante tranquilo. Y tú, ¿estás de vacaciones?

—Sí, he venido con dos amigos a pasar quince días. Hemos llegado hoy.

Y por lo que veo, no quiere perder el tiempo. Primera noche, primer baile con chica. Y tengo que ser yo.

—¿De dónde eres?

—De Zaragoza.

—Esto está plagado de paisanos tuyos todo el verano.

—Es la zona de playa que más cerca tenemos.

—Sí, lo sé.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Cada fin de semana. Mi amiga trabaja en la barra y venimos a hacerle compañía. —Sonríe y me parece que estamos teniendo la típica conversación de película cutre de domingo por la tarde. Como me pregunte si estudio o trabajo, me largo.

—¿Me das tu número?

—¿Qué número? —Finjo no entender.

—De teléfono, no va a ser de zapatos. —Se separa un poco y mira mis pies—. ¿Treinta y nueve? —Sonríe. Esa separación entre los dientes me tiene idiotizada.

—¿Así de fácil? ¿Un bailecito, acertar el pie que calzo y tengo que darte mi número? —me burlo—. Deberías currártelo un poco más, ¿no crees?

Me mira fijamente a los ojos y se muerde el labio inferior. Baja su mirada a mi boca y levanto las cejas.

—Ni lo pienses, chaval —le advierto.

Se acerca a mi oído y susurra con voz ronca:

—No lo haré hasta que me lo pidas. —Me suelta la cintura, se da la vuelta y se aleja, dejándome plantada en medio de la pista.

Pero... ¿qué le pasa a este tío? Lo veo acercarse a dos chicos que hay en la

barra, coge su vaso y se bebe de un trago el líquido que hay dentro. Les da unas palmadas a los que parecen sus amigos y se marchan los tres hablando, con toda tranquilidad.

—¿Qué ha pasado? —Oigo a Nadia detrás de mí.

—No tengo ni idea —contesto, con la mirada aún en la puerta por donde se han largado. No me lo puedo creer.

César nos acompaña a Nadia y a mí hasta el portal de casa, caminando. Carlota se ha ido con Marcos al piso de su amigo. Vaya dos. Creo que Carlota, por fin, va a tener su polvo de más de cinco minutos.

—Oye, César... —empieza a hablar Nadia cuando llegamos a nuestro destino—. No sé si aquellos dos te van a dejar dormir. ¿Quieres quedarte en casa? Puedes dormir en mi cama, yo dormiré en la de Carlota —propone con deje nervioso, sin apartar la vista del suelo.

—Bueno, si no os importa... —contesta él, un poco cortado pero sonriente.

—¿No te importa, Vera? —Me mira mi amiga.

—Eh... no. Claro que no. —Y estoy más perpleja que cuando me han dejado tirada en medio de la pista de baile. ¿Qué le pasa a todo el mundo esta noche?

Entramos en casa y voy directa al baño.

—Acabo en seguida y podéis usarlo. Quiero irme a dormir, ya he tenido bastantes sorpresas por hoy. —Y no sé por qué tengo este tono tan irritante.

Nadia y César me miran, pero no dicen nada.

Me muevo por el baño nerviosa, me desmaquillo y se me cae el bote de crema de las manos. Menos mal que es de plástico y no se rompe.

—Joder.

—Vera, ¿estás bien? —pregunta Nadia desde el otro lado de la puerta.

—Sí, sí, tranquila —contesto, controlando mi tono.

Acabo de asearme y salgo. Paso por delante de la puerta de la habitación de Nadia. Ella está preparando la cama para César. Él está parado en medio de la estancia con las manos metidas en los bolsillos del tejan.

—Buenas noches, chicos. Me voy a dormir —digo sin mucho afán.

—Buenas noches, Vera —contesta César con una sonrisa—. Y gracias por dejar que me quede.

Levanto la mano para quitarle importancia al asunto.

—Buenas noches, niña —dice Nadia.

Me meto en mi cuarto y me desnudo. Pongo el despertador del móvil a las tres de la tarde, por si acaso me quedo dormida. Marcos pasará a recogerme a las cinco para ir al hotel donde trabajaremos. Me meto en la cama, boca arriba, con un cabreo monumental, pero no sé muy bien por qué. Repaso la noche. Beso de Carlota con Marcos. No. Baile encima de la barra. No. Nadia bailando y riendo con César. No. César en nuestro piso. No. Jorge. Yo plantada en medio de la pista. Será *mamón*. Como me lo vuelva a encontrar se va a enterar. Me sorprendo pensando en si me ha cabreado más que me haya dejado plantada o que no me haya besado, a pesar de mi advertencia. Por Dios, Vera. Cállate y duerme.

3

A las cinco de la tarde, bajo al portal para esperar a Marcos. He hablado un rato con Nadia. Parecía bastante tranquila, aunque no quiero fiarme, porque estas cosas suelen salir a los días de haberte pasado. Cuando se dé cuenta de que va a tener que cambiar sus rutinas; al menos, las que incluían a Andrés. No sé, tendremos que estar atentas. Al parecer, César se ha marchado sobre las doce del mediodía, pero no he querido preguntar más sobre él. Carlota nos ha avisado de que la traería Marcos cuando viniera a buscarme. Y ahí llegan los dos en el coche, tan sonrientes que se les va a desencajar la boca de un momento a otro.

—¿Qué? ¿Lo habéis pasado bien? —me burlo. Me apoyo en el marco de la ventanilla donde está Carlota.

—Muy bien, gracias —contesta Marcos.

—Vaya cara de *atontaos* traéis los dos. —Me río.

—Nos vemos luego. —Carlota se despide de Marcos con un beso un poco más largo de lo que debería ser un beso casto.

—Venga, que tenemos que ir a currar —me quejo con los ojos al cielo.

Me aparto de la puerta para que Carlota pueda bajar. Lleva el mismo vestido de la noche anterior, claro. Me da un beso en la mejilla.

—¿Cómo está Nadia?

—Bastante bien, pero no te fíes. Cualquier cosa, me avisas.

—Vale. No te preocupes, yo me encargo. Hasta luego, flor.

—Anda, date una ducha, que apestas a fluidos corporales.

—Ya me he duchado.

—Pues creo que no ha sido suficiente.

Levanta su dedo corazón sin mirarme desde el portal y me echo a reír.

Me meto en el coche y me abrocho el cinturón.

—¿Qué tal, Vera?

—Arranca, que no llegamos. No hay nada como un buen polvo para dejarte tonto —le digo, viendo que no hace amago de poner el coche en marcha.

—Ya voy. —Reacciona—. ¿Qué tal estás?

—Bien. Como siempre.

—Como anoche...

—Ni se te ocurra mencionarlo. Tengamos la fiesta en paz —lo interrumpo.

Se calla y yo también, pero lo veo sonreír por el rabillo del ojo. Mi cabreo

ha remitido, pero no quiero llamar al mal tiempo. Como he estado desde que me levanté hablando con Nadia, tenía la cabeza ocupada y no he pensado mucho en la noche anterior, pero la *escenita* del baile con Jorge no ha dejado de pasarme por la cabeza de vez cuando. Vale, ya basta Vera. A trabajar. ¿Por qué narices tengo que pensar tanto en ese energúmeno?

Llegamos al mismo hotel de la semana anterior. El noventa por ciento de las bodas que hacemos son en el mismo sitio, así que lo tenemos por la mano y conocemos todos los rincones donde poder sacar buenas fotos y tomas con la cámara. El tiempo se nos pasa volando y, cuando nos queremos dar cuenta, ya hemos acabado. He recibido mensajes de Carlota, que me informaba del estado anímico de Nadia; parece que todo va bien y no ha habido bajón de por medio. Diré que, a favor de Nadia, juega el hecho de que Andrés vive en Barcelona, a unos setenta kilómetros de ella, y que, con toda probabilidad, no se vuelvan a cruzar nunca más. Pero *nunca* es una palabra que abarca demasiado.

—Hola, ya estoy aquí —saludo al entrar por la puerta de casa.

—Hola, niña. —Nadia asoma la cabeza desde el baño con el secador en la mano—. En la cocina tienes la cena —me informa muy contenta.

—¡Cooooñooooo! ¿Qué te has puesto? —exclamo, sorprendida al verla con una falda tejana cortísima y una camiseta roja de tirantes tan ajustada que sus pechos van medio metro por delante de ella.

—¿No te gusta? —pregunta, sin dejar de secarse el pelo con el difusor.

—Sí, me encanta. Estás que te sales... nunca mejor dicho. —Señalo su pecho.

Ella suelta una carcajada.

—Anda, cena y dúchate, que nos vamos —dice con tono autoritario.

—A la orden —contesto y pongo mi mano sobre la frente como si fuese un soldado.

Hago lo que me ha dicho a una velocidad de vértigo y, a la una y media, salimos hacia el pub. Por el camino me cuenta cosas de César. Y yo no sé si eso es bueno o malo, la verdad. No soy de las que piensan que un clavo quita a otro clavo, pero vamos, que yo en eso tengo poca experiencia. Nunca he tenido novio *formal*, siempre han sido relaciones de pocos meses y no he llegado a encariñarme con ningún chico hasta niveles sufridores. Carlota ha tenido un par de relaciones más o menos estables, y Nadia también. Carlota es más loca y nunca la he visto muy hecha polvo al acabar sus noviazgos, pero estuvo un poco *depre* al principio de dejarlo con los dos chicos. Nadia dejó a su primer

novio después de año y medio y, no sé si por dejarlo ella, que ya se lo veía venir, estuvo bien, pero esta vez no me fío mucho. Ya veremos.

Cuando entramos al pub está sonando *It's Raining Men* versionada por Geri Halliwell. Nadia me mira sonriente y me tira un beso, imagino que por la ironía de la canción y la situación, o yo que sé, pero entra bailando hacia la barra para saludar a Carlota. Como esto solo sea un subidón se va a pegar un *talegazo* que verás. En fin, ya nos preocuparemos de la caída cuando se produzca; mientras tanto, disfrutaremos.

—*Holaaaaaaaa* —grito a mi amiga. Subo medio cuerpo a la barra para darle un beso. Ella me abraza.

—Ha venido tu *amigo* a preguntar por ti —me susurra en el oído.

—¿Qué amigo? —pregunto extrañada.

—Jorge —contesta con una sonrisa burlona en los labios.

—No me toques los ovarios, Carlota.

—Es verdad. Está en la otra barra. —Señala con la barbilla hacia la zona de enfrente.

Giro la cabeza hacia mi izquierda, aún subida encima de la tarima, y lo busco entre la gente. Lo veo sentado en un taburete al otro lado de la pista. Me está observando. Lo miro un momento, muy serio. Me saca la lengua y sonrío. Será... Entrecierro los ojos y me giro hacia mi amiga con el ceño fruncido.

—Que le den. Ponme un *gin tonic*.

—Tú mandas —contesta Carlota y me pone una copa de balón frente a la cara.

Alguien me coge por la cintura y tira de mí para bajarme de la barra. Veo a Carlota partirse de risa entre dientes, mientras desliza la ginebra en mi copa. Intento aferrarme a la barra, pero no puedo, no hay nada donde agarrarse y me dejo ir, sintiendo el corazón en la garganta. ¿Qué pasa? Cuando puedo darme la vuelta, veo a Marcos, que se ríe con ganas y me impulsa hacia arriba para cogerme en brazos. Quedo en posición lateral junto a su pecho, con uno de sus brazos por mi cintura y el otro por debajo de mis rodillas.

—¿Qué pasa, *Verita*? ¿Te has acojonado? —Me planta un beso en la mejilla.

—Joder, Marcos. Casi me da una embolia —le grito, recuperando el ritmo cardíaco.

—¿A que nunca te habías alegrado tanto de verme? —Le guiña un ojo a Carlota.

—Suéltame, *mamón*. —Le doy un puñetazo en el hombro.

Me deja en el suelo y me recoloco la falda negra y la camiseta verde botella, que han quedado hechas un gurrño sobre mi cuerpo. Cuando levanto la cabeza, todos se ríen de mí, incluido César. Arrugo la nariz y los miro fingiendo enfado.

—¿Os parece bonito reiros de una amiga? —Los miro de uno en uno, con el ceño fruncido.

—Tenemos pocas oportunidades de hacerlo. —Se ríe Nadia.

Arg. Muy graciosos. Pero el susto me lo he llevado yo. Agito los brazos como queriendo espantar moscardones y cojo la copa que hay sobre la barra. Carlota ya está en el otro extremo, sirviendo a otros clientes. Bebo un sorbo para refrescarme el calor que me ha subido en segundos cuando he notado que me cogían por detrás. Mejor olvidarlo.

Me doy la vuelta y veo a mis tres amigos bailando al ritmo de *It's Like That*, de Run-D.M.C. Sonríe cuando veo a Marcos, que mueve los pies muy rápido y me señala con los dedos índices, invitándome a bailar. Me acerco a ellos con una sonrisa. Bailamos, reímos y yo me olvido de que hay un chico mirándome desde la otra parte del local.

—Voy al baño —le digo a Nadia, al cabo de media hora.

Ella asiente con la cabeza.

Me meto entre la gente que hay en la pista para ir al otro extremo, donde está el lavabo. Espero un rato porque hay varias chicas en la cola. Me miro en el espejo y me arreglo un poco la coleta alta. Pienso en Nadia, en lo bien que se lo está pasando, y sonrío. No se está tomando la ruptura demasiado a pecho. Mejor. No me gustó verla llorar por Andrés, sinceramente. No se merece que nadie la haga sufrir. No porque sea mi amiga, y eso sea un pensamiento subjetivo, no. Ella es una buena persona, se entrega a sus sentimientos y, a pesar de ser un poco maniática en algunas cosas, es una tía con la que siempre puedes contar para lo que necesites, y eso es demasiado valioso para los tiempos que corren, donde todo el mundo va a lo suyo y estamos más pendientes de nuestro trasero que de dónde lo posamos.

Salgo del baño y vuelvo a perderme entre la gente para volver con mis amigos. Esto está a reventar, y solo son las dos y media de la madrugada. Aparto cuerpos a mi paso con cuidado, pido perdón y me hacen hueco para cruzar la pista. Suena *Don't Cha*, pero no identifico la versión.

Alguien me coge de la cintura por detrás y tira de mí en dirección contraria a donde voy. Jodido Marcos. Al final, hoy se gana una torta con la mano abierta. Noto como su cuerpo se mueve detrás del mío, no demasiado cerca.

Muevo las caderas con los brazos en paralelo a mi cuerpo, para acompañarlo en su ritmo. Su cuerpo se acerca, se pega a mi espalda y a mi trasero. Rodea mi cintura con los brazos por encima de los míos y dejo de moverme. Demasiado cerca, incluso para Marcos. Miro las manos que me abrazan y veo que no es él. Me deshago de ellos y me doy la vuelta.

Jorge me mira con un mohín en los labios.

—¿Puedo hablar contigo? —Se acerca a mi oído.

—La verdad es que no. —Me giro para marcharme, pero me agarra de la mano.

—Por favor. —Su rostro se ha puesto más serio.

—¿Qué quieres? —contesto con fastidio.

—Bailar contigo.

—Ya tuviste tu oportunidad anoche.

—Lo siento.

Levanto una ceja al ver que hace un puchero. Pero sus ojos parecen arrepentidos, a pesar de lo cómico de su rostro. No puedo evitar sonreír.

—De verdad, lo siento. No sé por qué fui tan imbécil.

—Es lo que tiene ser idiota. Que no sabes por qué haces las cosas.

—En eso tienes razón. —Me acerca a él.

No me había dado cuenta, pero aún seguía sujetando mi mano. Es guapo, el puñetero. Y parece sincero en su arrepentimiento.

Empieza a sonar *I Want Your Sex*, de George Michael, y sonrío burlón, con una ceja levantada. Me contagio y empiezo a reír entre dientes. Si yo estaba cabreada con este tío... Qué blanda me estoy volviendo. Pero me parece divertido, sus expresiones resultan espontáneas y naturales. No deja de hacer gestos con los ojos para divertirme y lo consigue. Y dice mucho de él que haya vuelto para disculparse por su comportamiento de la noche anterior. Me hace girar un par de veces, despacio; no se acerca demasiado, pero no me suelta los dedos. En uno de los giros se acerca a mi cuello y noto un escalofrío al sentir su aliento sobre mi piel.

—Pues es verdad que la música amansa a las fieras —susurra en mi oído.

—Definitivamente, eres idiota.

—De verdad, siento lo de anoche —se disculpa en tono sincero.

—Vale, acepto tus disculpas. Pero ¿por qué te largaste? —me aventuro a preguntar.

—Porque si me hubiese quedado, me habría ganado una buena hostia. —Se ríe.

—¿Por qué?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Para eso he preguntado.

Se separa de mi oído y me mira la boca. Se vuelve a morder el labio inferior y sonrío, como la noche anterior. Ay, Dios. No se atreverá...

—A pesar de las ganas que tengo de besarte, voy a mantener lo que dije. No lo haré hasta que tú me lo pidas —vuelve a susurrar en mi oído.

Otro escalofrío me azota la espalda. Ya llevo dos en menos de cinco minutos.

Se aparta y me mira directamente a los ojos. Veo un brillo intenso en ellos, a pesar de la oscuridad y los destellos de las luces del local. Se me atraganta un suspiro en la boca. No puedo soltarlo, porque va a pensar que yo también tengo las mismas ganas, y eso no me ha pasado en la vida. Conocer a alguien y desear empotrarlo contra uno de los altavoces, pues no, no me ha pasado nunca. Creo que tengo cara de acelga porque no deja de mirarme con esos ojos pequeños y divertidos.

Se separa de mí y me hace girar para intentar hacerme bailar. Mi cuerpo lo agradece; deja de convulsionar para pasar a rezumar calor, un calor intenso que me recorre de la cabeza a los pies. Los pies, Vera. Muévelos. Respiro hondo y sonrío. Así está mejor. Bailo al ritmo que me marcan sus vueltas y Crystal Waters con su *Gypsy Woman (La Da Dee La Da Da)*, que, además, es lo único que puedo tararear en este momento. Vera, céntrate; la que parece idiota ahora eres tú.

Me coloca de espaldas a él y se acerca un poco. Me agarra las dos manos y entrelaza nuestros dedos. Me acaricia el dorso de la mano con sus pulgares.

—Tus labios me están volviendo loco.

Si lo que quiere es que le diga ya que me bese, lo está haciendo de fábula. Cada vez que se acerca a susurrarme algo al oído, el calor de su aliento me pone la piel de gallina en el acto. Pero ¿qué narices le pasa a mi cuerpo?

Me doy la vuelta y le sonrío de nuevo.

—Vas a tener que currártelo un poco más, ya te lo dije anoche. —Recupero la voz, por fin.

Suelto sus manos de las mías y sigo bailando despacio. Será más fácil resistirse si no me toca.

—¿Tampoco me vas a dar tu número?

—Creo que va a ser más fácil que te dé un beso que mi número. —
¿Perdón?

—Bien. Empezaré por ahí, entonces.

Baila sin apenas moverse del sitio. De hecho, casi no se mueve. Solo me mira, burlón en ocasiones, en otras más serio.

—¿Vas a pasarte la noche intentándolo?

—Las catorce noches que me quedan de vacaciones, si es necesario.

—¿Y si no lo consigues?

—Volveré para seguir intentándolo.

—Vaya, cuántas molestias por un beso.

—No solo quiero un beso... —Ya suponía algo así, claro—. Los quiero todos... —Genial.

—Pues eso te va a costar un poco más.

—No importa.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿no?

—La verdad es que no. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Soy idiota, ¿recuerdas?

—Cierto. Aunque debo admitir que eres un idiota muy divertido. —Me río.

—Gracias.

—De nada.

—Te propongo algo...

—A ver...

—Nos damos un beso. Si no nos gusta, adiós, muy buenas, y cada uno por su lado.

—¿Y si nos gusta? —No puedo creer que haya preguntado eso.

—Si nos gusta... nos damos otro. —Se encoge de hombros.

Me acerco un poco más y lo miro a los ojos. Yo tampoco sé muy bien qué estoy haciendo, así que ya somos dos idiotas en medio de una pista de baile llena de gente.

—De acuerdo. Acepto.

No me da tiempo a decir nada más, porque en un segundo tengo su boca contra la mía. Me muerde los labios despacio, pero con ansia. Los abro casi en un acto reflejo y su lengua caliente entra en mi boca con desesperación, buscando la mía. Y la encuentra, vaya si la encuentra. Las dos se enredan en un baile sórdido y excitante. Apoyo mis manos en su cuello y él me aprieta fuerte, rodeando mi cintura con sus brazos. Pero ¿qué narices me pasa? Puedo sentir la vibración de su garganta en mi boca. Se me erizan todos los poros. No acabo de entender por qué mi cuerpo ha concentrado toda su energía en mi boca. Siento sus labios recorrer los míos, sus dientes pellizcan mi piel y, cada

vez que lo hace, un calambrazo me azota la entrepierna. ¿Cuánto tiempo hace que no me besan así? ¿O soy yo, que sin darme cuenta lo deseaba más de lo que creía?

Por inercia, mis caderas se mueven hacia delante y las suyas me embisten con brío. Ahora puedo oírlo gemir con fuerza y me excita de una forma alarmante saber que está tan agitado como yo. Sus manos bajan a mi trasero y lo aprietan tanto que noto su erección en la parte alta de mi vientre. Mi pierna izquierda empieza a trepar por la suya y su mano se desliza hacia el interior de mi muslo, que estruja con sus dedos. ¿Me estoy volviendo loca o qué? Casi grito en su boca de puro placer cuando siento la humedad salir de mi interior.

—Vente a mi hotel —pide entre jadeos, sobre mis labios.

—Vale —contesto sin pensar, porque con lo encendida que estoy mi cabeza no da para más. ¿En serio?

—¿Sí? —Abre mucho los ojos.

—No suelo hacer estas cosas, pero... —No me deja seguir, vuelve a besarme y la humedad de su boca me deja sin aliento, otra vez.

Me coge de la mano y tira de mí hacia la salida. Se detiene frente a sus dos amigos y les dice que se marcha, los otros dos asienten con la cabeza, me miran sonrientes y me saludan con la mano, yo hago lo mismo. Uno es moreno y el otro rubio, uno delgado y el otro más fuerte. Parecen agradables y me miran divertidos. Deben de estar partiéndose de risa en su fuero interno, pensando en lo locos que nos hemos vuelto. Y yo también, para qué negarlo. Pero me importa bien poco en este momento. Solo quiero salir de allí y, en efecto, darle todos mis besos al chico que me sostiene la mano.

—Avisa a tus amigos de que hoy no duermes en casa —me dice al oído. Y me dirige hacia la barra donde están todos, bailando y riendo.

—Nadia, me voy. No me esperéis levantadas. —Cojo mi bolso del taburete. Les guiño un ojo y echo a correr de la mano de Jorge, dejándolos con una cara de estupor que me hace reír entre dientes.

Salimos a la calle y Jorge tira de mí hacia la derecha.

—Jorge, tranquilo. No va a pasar nada por unos minutos —le digo entre risas.

No contesta y, en la siguiente bocacalle, me atrapa entre la pared del edificio y su cuerpo. Pone sus manos sobre mis mejillas y me vuelve a besar con furia.

—Llevo veinticuatro horas arrepintiéndome de no haberte besado. Así que sí, quiero aprovechar cada minuto —susurra al separarme de su boca.

Me he vuelto loca, definitivamente. No suelo largarme con el primer tío que me lo pide. En la universidad lo hice en alguna ocasión al salir de alguna fiesta, pero esos años quedaron ya muy atrás. Para ser sincera, no me gustan estos rollos de una noche, pero no sé qué tiene este chico que me atrae tanto. Me cautiva la sensación que me produce el tacto de sus dedos, de sus besos. Creo que mi cerebro ha desconectado para dejarle todo el control a mi cuerpo.

Vuelve a cogerme, esta vez por la cintura, y me lleva casi en volandas por las dos calles hasta llegar al hotel. Lo conozco, de hecho, conozco todos los lugares de este pueblo. Cruzamos el vestíbulo a toda prisa, riéndonos como dos colegiales. Mientras esperamos el ascensor, escribo a mis amigas para decirles dónde estoy. Tenemos esa regla. Cuando alguna de nosotras sale con alguien *nuevo*, nos enviamos mensajes para informarnos de cómo va la cita.

Entramos en el habitáculo y pulsa el botón de la tercera planta. En cuanto se cierran las puertas, me mira y sonrío. Me encanta ver la separación que hay entre sus dientes. No me toca, pero noto como se reprime, igual que yo contengo mi respiración excitada. No entiendo bien por qué estoy en un hotel con un chico al que acabo de conocer, pero hay algo que tira de mi cuerpo y no puedo evitarlo, y creo que tampoco quiero hacerlo.

Las puertas del ascensor se abren y me ofrece su mano. La tomo y salimos hacia el pasillo. Se detiene frente a la puerta de la habitación número trescientos treinta. Abre la puerta con la llave magnética y tira de mí hacia dentro, sin apartar sus ojos de los míos. Imagino que debe de querer cerciorarse de que no me he arrepentido de estar allí. Solo deja la luz de la entrada encendida. Se queda quieto en mitad de la estancia y me mira; estoy a un metro de él.

—Estás segura, ¿no? Si no, podemos irnos... —Deja sus gafas sobre el escritorio.

—Sí. —Lanzo mi bolso sobre la butaca.

Lo dicho, que mi cerebro no responde por mí. Dios, cómo me gusta este tío.

—Bien. —No deja de mirarme a los ojos.

Da dos pasos para recorrer el espacio que nos separa y me agarra de la cintura. El pulso dentro de mi pecho se vuelve frenético, casi al borde de la taquicardia. No me había dado cuenta hasta este momento de lo nerviosa que estoy. Estampa su boca contra la mía y la cabeza vuelve a darme vueltas por la excitación. Lo agarro fuerte del pelo que le cae sobre la nuca y suelta un gemido que me vuelve loca. Me encaramo a su cintura, enredando mis piernas

alrededor de su cuerpo. Pone sus manos sobre mis nalgas y aparta la tela de la falda estrecha que las cubre. A estas alturas, ya me sobra toda la ropa.

Me deja sobre la cama y se incorpora delante de mí. Se quita la camiseta que lleva y la lanza al suelo. Su torso es delgado pero firme y se le marcan todos los músculos de forma sutil. Tiene una fina capa de vello castaño sobre el pecho y una hilera le baja desde el ombligo hasta la goma de la ropa interior. Y esa imagen provoca que la humedad que siento entre las piernas se incremente de forma exponencial. Noto el corazón bombear a toda pastilla y martillearme las sienes.

—No te quedes ahí... —jadeo. Quiero sentir sus manos sobre mi cuerpo, otra vez.

—Yo tampoco suelo hacer estas cosas, pero tú... —dice con voz ronca sin dejar de mirarme con los ojos encendidos. Cae sobre el hueco que hay entre mis piernas. Levanta mi camiseta, pasando sus manos por mis costados y levanto los brazos para que pueda sacarla. Queda a su vista el tatuaje de una pluma en varios colores que llevo en el esternón. Sin detenerse, me saca el sujetador del mismo modo que ha hecho con la camiseta, sin desabrocharlo. Y siento una sacudida entre las piernas cuando la tela roza mis pezones duros—. ¿Cuántos secretos tienes escondidos? —pregunta jadeante, al ver mi *piercing* en el pezón izquierdo.

—Unos cuantos. —Sonrío traviesa.

—Pues quiero verlos todos. —Y me pasa la lengua por encima del tatuaje.

Resoplo con fuerza y meto mis dedos entre su pelo suave, cuando atrapa mi pezón derecho con los dientes. Tira de él y casi grito de puro placer. Oigo su respiración irregular y acelerada sobre mi piel, su aliento me quema cada centímetro por donde pasa. Arqueo la espalda y lo empujo contra mi pecho para que bese mi pezón perforado. Juega con la lengua sobre el metal y mi piel, y tira de él con cuidado. Estoy tan mojada que cuando llegue a casa no voy a tener más remedio que tirar las bragas a la basura, si es que queda algo de ellas por la mañana. Jorge sube su recorrido de besos hacia mi cuello.

—Quiero follarte hasta perder el conocimiento —susurra en mi oído.

—Pues hazlo... —contesto casi con rabia, porque necesito que se hunda entre mis piernas, ya.

Se arrastra por la cama hacia mis pies y se lleva el resto de mi ropa con él, mientras sus dedos me surcan la piel. Hace lo mismo con sus pantalones, que deja tirados en el suelo. Se me escapa un gemido al ver su erección pegada a su ombligo. Me mira lascivo y se aleja hacia el escritorio.

—¿Adónde vas? —pregunto impaciente.

—A por un par de condones, los vamos a necesitar, ¿no crees? —contesta sin dejar de mirarme y sonreír.

—Sí, creo que sí. —Me río entre dientes.

Rebusca en una mochila que hay sobre la mesa y saca, de uno de los bolsillos, una caja. Se me hacen eternos los segundos que transcurren mientras se coloca el preservativo, frente a mí, completamente desnudo. No puedo más que resoplar. «Impaciente» no es la palabra; «ansiosa» define mucho mejor mi estado. Hince una rodilla en la cama y después la otra. Se sienta sobre los talones y estira los brazos hacia mí.

—Ven aquí —me pide. Me incorporo y me coloco de rodillas frente a él. Me coge por la cintura y me sube sobre sus muslos—. Hazlo tú. Quiero sentir a la fiera que sé que llevas dentro.

Y con esa última frase casi entro en combustión espontánea. No solo no quiere ser él quien lleve el control, sino que, además, me invita a sentirme libre de hacerlo a mi ritmo. Apoyo mis brazos sobre sus hombros y me da un subidón de lujuria por todo el cuerpo que se me derrama por los poros, lo noto. Lo miro fijamente con los ojos encendidos. Cojo una de sus manos y la paso por mi trasero hasta dejarla sobre mi sexo mojado. Mi garganta se desgarran cuando lo hago introducir dos de sus dedos en mi interior. Lo acompaño en el movimiento para indicarle el ritmo y siento sus dedos bailando dentro de mí. Todas las partes de mi cuerpo se contraen y se dilatan en sacudidas que acaban entre mis piernas.

—Estás ardiendo —susurra frente a mí.

No nos hemos besado desde que se incorporó de la cama, solo nos miramos y contemplamos la excitación del otro a través de nuestras pupilas. Nunca había sentido la necesidad de mirar a mi pareja sexual como lo estoy haciendo ahora. Es extraño y... excitante. Me incorporo un poco más sobre sus muslos y dejo mis piernas caer por sus caderas. Aparto con suavidad su mano de mi interior, me apoyo sobre sus hombros para levantarme y dejar mi entrada sobre su erección.

—¿Listo? —pregunto con una voz tan ronca que ni la reconozco como mía.

—Vamos, fiera, no aguanto más —contesta con los dientes apretados por la anticipación.

Dejo caer mi peso sobre su glande y se introduce en mi interior, arrasando mi carne caliente a su paso. Noto como me tiemblan las piernas. Cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás y deja su cuello masculino frente a mi boca.

Jadea con fuerza. Vuelvo a incorporarme y de nuevo a bajar. Apoyo mis pies sobre la cama y me ayudo con ellos para moverme con más rapidez. Lo veo abrir los labios y resoplar.

—Mírame —le ordeno. Quiero verlo. Me provoca ver cómo me mira.

Lo hace, y sus ojos me devuelven una mirada brillante y llena de placer contenido.

—Esto es el puto cielo —casi grita antes de embestirme la boca con sus labios.

Nos besamos frenéticos, mientras no dejo de moverme sobre él. Sus manos se posan sobre mis nalgas y las amasa, apretándome más contra su erección. La fricción de nuestros cuerpos y la falta de oxígeno hacen que separemos nuestras bocas para recuperar parte del aliento que nos falta, mientras mis embestidas son cada vez más rápidas. Lo necesito; necesito acelerar porque hace minutos que siento como los espasmos me invaden todo el cuerpo, desde mi interior palpitante. Sé que no voy a tardar mucho en hacerme pedazos.

—Sí, fóllame, joder. Fóllame, Vera —susurra con furia en mi boca.

Y con esas palabras y su garganta pronunciando mi nombre, me dejo llevar porque las convulsiones se vuelven incontenibles, insoportables.

—Me voy a correr, Jorge. Ahora... —Cierro los ojos y me abrazo a su cuerpo, mientras dejo mis gemidos sobre su oído.

Noto como se tensa bajo mis piernas y me aprieta. Me llega un orgasmo devastador, que me hace sudar en cuestión de segundos como nunca lo había hecho antes. Mi cuerpo tiembla como un postre de gelatina. Pero no dejo de moverme, no puedo, quiero más.

—Me corro, Vera... —grita y jadea de forma irregular.

Se queda quieto, disfrutando de la tensión que le provoca el orgasmo mientras yo siento como se vacía en el condón que separa nuestros cuerpos. Cuando el tono de sus gemidos desciende, dejo de moverme tan rápido para solo balancearme sobre sus caderas. Despacio, acariciándolo en mi interior.

—¿Bien? —pregunto. Asiente con los ojos cerrados, mientras recupera el ritmo de su respiración—. Vale... porque aún no he acabado contigo —le susurro de nuevo en el oído y me separo para mirarlo.

Abre los ojos, me mira asombrado y una media sonrisa de incredulidad se le dibuja en los labios. No dejo de moverme sobre él. Noto que su carne está más flácida que antes, en mi interior, pero no ha bajado del todo.

—¿Has tenido suficiente? —Pongo mi mano entre nuestros cuerpos y le agarro la base con los dedos índice y pulgar, el resto de mi mano va a parar a

su zona más baja.

—Me vas a matar —susurra. Cierra los ojos y suelta un suspiro largo.

Me siento muy traviesa, como hacía mucho tiempo que no me sentía, y quiero seguir con este juego.

—Nadie se muere por un polvo. Tranquilo —le digo burlona.

—Esto no es *un* polvo... Es *el* polvo —contesta con vehemencia contenida.

—Pues *el* polvo aún no ha terminado —informo con una sonrisa.

Lo saco de mi interior, de golpe. Gime al notarlo libre, pero mi mano izquierda sigue en movimiento. Con la otra le saco el condón y lo dejo sobre la cama. Cojo un extremo de las sábanas...

—¿Puedo? —pregunto.

—Por favor. —Asiente.

Le paso la sábana para limpiarle el resto de semen que ha quedado tras su eyaculación. No dejo de mirarlo y él me sujeta por las caderas mientras yo tengo las manos ocupadas. Noto como la tensión vuelve a su miembro entre mis manos, vuelve a estar duro, y sus labios no dejan de resoplar sobre los míos.

—Agárrate a mí —pide—. Voy a dejarte sobre la cama.

Me sujeto con la mano libre a su cuello y él acaricia con la suya mis labios; los atrapa con sus dientes y dejo escapar un quejido. Nos besamos con lentitud y profundidad. Su lengua casi alcanza mi garganta y la mía se entretiene en su boca, degustando su sabor. Se incorpora para dejarme sobre la cama, tal como ha dicho, y él queda de rodillas a cuatro patas, sobre mí. Estira las piernas alternando su peso. No sé cómo no se le han quedado dormidas del rato que lleva, prácticamente, en cuclillas.

—¿Entumecidas? —pregunto.

—Un poco, pero ya está.

—Pásame el otro condón —pido en un suspiro.

—*Aaaahhh*... ¿En serio? —jadea mientras nos tocamos—. ¿Vas a follarme otra vez? —pregunta en tono vicioso.

—No. Ahora lo vas a hacer tú.

—Lo estoy deseando.

Alarga la mano con la que me tocaba y coge el preservativo que ha dejado hace un rato sobre la cama. Abre el plástico con los dientes y lo saca del envoltorio. Se lo cojo de entre los dedos y lo coloco sobre su erección, que vuelve a estar en vertical. Me doy la vuelta bajo su cuerpo y le doy la espalda.

Elevo mi peso sobre las rodillas y mis manos. Se acerca por encima de mi espalda y coloca sus brazos al lado de los míos. Me besa un hombro.

—No puedo creer el tatuaje que llevas en la espalda —me dice con admiración, y noto como se acomoda entre mis piernas—. Luego te enseñaré algo...

Y me embiste con una estocada brutal que me hace temblar las piernas y gritar. Ya no sé qué iba a contestar sobre mi tatuaje, porque lo he olvidado. Jorge se mueve tras de mí con suavidad, después de los primeros empujones. Entra y sale tan lentamente que es casi una tortura.

—Jorge, por favor... más rápido —suplico.

—No... fiero... Ahora vas a correrte muy despacio... —Mi cuerpo absorbe sus palabras de forma inmediata. Las convulsiones empiezan a sacudir mi interior, pero se alargan, se retrasan... Intento mover mi cuerpo para acelerar, pero él me detiene con una mano sobre mi cadera—. *Sssshhhh*, disfrútalo, no hay prisa... —susurra.

Pero yo sí tengo prisa, y mucha.

La mano que tiene en mi cadera me acaricia el vientre y se mete entre mis piernas, dejando sus dedos sobre mis pliegues abultados. Apenas me roza cuando mi interior explota de una manera descomunal. Siento la humedad salir a raudales, sin control. El placer se extiende a todas las venas de mi cuerpo y me arqueo bajo el suyo. No puedo (ni quiero) ahogar el grito que sale de mi garganta cuando el punto más álgido de placer me sacude y me estremezco hasta el punto de dolerme cada centímetro de piel. Él me besa el cuello, y la mano que tenía entre las piernas, ahora me acaricia hasta el pecho. Cuando empiezo a reponerme, y a elucubrar que no recuerdo la última vez que tuve un orgasmo de este calibre, él acelera el ritmo que ha llevado durante los últimos minutos. Oigo como la respiración se le corta y se tensa sobre mí. En apenas unas pocas embestidas, sus jadeos y sus gritos me revelan que también ha llegado al final de un orgasmo de órdago. Y yo ya no puedo pensar más. Solo quiero tirarme en la cama y dormir hasta el próximo lustro.

No sé si abro los ojos por el cosquilleo que siento en la piel de mi espalda, pero, cuando lo hago, veo luz entrar por las rendijas de una persiana que no reconozco. Parpadeo varias veces para despejar y enfocar lo que tengo delante; la ventana, con las cortinas blancas abiertas, ocupa casi toda la pared que tengo enfrente. No se oye nada. El hormigueo sigue recorriendo mi espalda; a pesar de que tengo una sábana blanca sobre mi cuerpo, noto ese trozo de piel al aire, porque estoy tumbada sobre mi lado izquierdo. Giro la cabeza hacia la derecha y veo a Jorge sobre su costado tras de mí, haciendo dibujos con el dedo en mi piel.

—Buenos días, dormilona —saluda con una sonrisa.

Tiene el pelo castaño y liso desperdigado por la cara. Lo miro a los ojos y, por primera vez, puedo ver que son también castaños, no demasiado oscuros. La sábana lo cubre hasta la cintura y tiene hundida media cara en la almohada. Me doy la vuelta y lo miro de frente, haciendo que tenga que apartar la mano con la que me acariciaba la espalda.

—Buenos días. —Recoloco la sábana por encima de mi pecho, ya que estoy desnuda.

—¿Por qué te hiciste el tatuaje que llevas en la espalda? —pregunta intrigado.

—Pues... bueno, siempre me han fascinado los felinos. Son muy independientes, grandes cazadores y solitarios. Solo puedes acercarte a ellos si te dan permiso...

—¿Igual que tú? —interrumpe con media sonrisa.

—Es posible. —Me río también.

—Mira... —Se inclina sobre la cama y su espalda queda ante mis ojos.

—Jo-der... —susurro, sin poder creer lo que estoy viendo. En la zona central entre los omóplatos, hay dibujado un primer plano de los ojos y el hocico de una pantera negra, con los bordes difuminados sin un contorno definido. Me incorporo de un salto y me siento en la cama para admirarlo desde más cerca. Estiro los dedos y los paseo por su piel pintada de negro—. Es igual que mi puto tatuaje —casi grito y no sé qué pensar. Estoy totalmente fascinada.

—Salvo por el color de ojos —apunta—. Es evidente por qué los de tu pantera son verdes y no azules. —Se da la vuelta, se sienta en la cama como

estoy yo y me mira directamente a los ojos.

—Sí, es evidente. —Sonrío tímida. Me coloco el cabello detrás de las orejas.

—Me quedé de piedra al verlo anoche cuando te volviste de espaldas... y me puse más cachondo de lo que te puedas imaginar. —Esta última frase me provoca un escalofrío por todo el cuerpo porque su tono se vuelve ronco—. Y me acabo de excitar otra vez... —Se acerca y me arranca la sábana del cuerpo. Suspiro con fuerza, un calor húmedo me sube hasta la nuca—. Ven a la ducha conmigo —me pide y se incorpora de un salto. Veo que también está desnudo y no puedo evitar clavar mis ojos en su entrepierna dura a más de media asta. Él se percata de mi invasión a su cuerpo y sonrío travieso—. Es toda tuya.

—De acuerdo. Cuando salga por la puerta, me la llevaré en el bolso y la pondré encima de mi mesita de noche. —Sonrío ampliamente, mientras me deslizo por mi lado de la cama.

—¿Y no querrías llevarme entero? —Finge un puchero y se cruza de brazos.

—No, con el rabo me basta. —Me río cuando paso por delante de él hacia el baño. Siento un manotazo en mi nalga derecha—. Au, eso ha picado. —Me froto el trasero con la mano.

—Ese comentario ha sido demasiado impertinente. —Su expresión se ha endurecido un poco al entrar al baño, puedo verlo reflejado en el espejo tras de mí.

—Vaya, lo siento. Era broma. —Me doy la vuelta y lo miro. Sigue hosco y con los brazos sobre el pecho—. Dios, Jorge, solo era una broma. En serio —me disculpo de verdad.

Yo, que siempre pego broncas por comentarios machistas o menosprecios por tratarnos como a pedazos de carne, y ahora le digo que solo me interesa esa parte de su anatomía.

Aprieta los labios con fuerza y me mira fijamente. Estalla en una carcajada que hace retumbar las baldosas de la estancia por el eco. Lo miro atónita.

—Serás capullo. —Le doy un puñetazo en el brazo—. Joder, pensaba que de verdad te habías enfadado. —Sigo dándole empujones mientras él no para de reírse.

—Ven aquí, fiero. —Me coge por la cintura y se echa mi peso sobre su cadera. Carga conmigo hasta la ducha. Grito y me río, intentado escapar de su abrazo. Abre la mampara y nos mete dentro. Es un plato moderno a nivel de

suelo, alicatado con las mismas baldosas que el resto del baño, donde cabemos los dos con bastante amplitud. Abre el grifo del agua y nos cae encima un chaparrón, porque la alcachofa tiene el diámetro de un cubo de fregar—. Mierda, está helada —se queja entre risas.

—Se te va a bajar la minga. —Me río.

—De eso nada. —Coge mi mano y la posa sobre su erección, acompañando con la suya el movimiento arriba y abajo.

Aprieto su carne entre mis dedos y nos metemos de lleno en un nuevo asalto de sexo brutal que empieza bajo la ducha y termina con las sábanas de la cama empapadas, una hora después.

—¿Me he ganado ya que me des tu número? —pregunta, mientras acabamos de desayunar en la mesa auxiliar de su habitación.

—Mmmmm... pues no sé... —Miro al techo y arrugo el morro como si lo estuviera pensando.

—Qué dura eres. A ver si te voy a tener que echar otro polvo antes de que salgas por la puerta —amenaza sonriente.

—Creo que paso.

—¿Pasas de darme tu número o pasas de otro polvo?

—Del polvo. No creo que pueda volver a abrir las piernas en un par de días —contesto, antes de darle el último sorbo a mi café.

—¿Y salir a cenar?

—Oye, Jorge... —empiezo a hablar, aunque no sé muy bien qué quiero decir. Pero no quiero que piense que puede haber algo más—. Ha sido una noche fantástica, pero no quiero ser el motivo de que te pierdas tus vacaciones. Has venido con tus amigos y deberías estar con ellos; salir por ahí, visitar sitios, esas cosas que se hacen estando de vacaciones. —Me titubea un poco la voz, pero consigo acabar todas las frases.

No es que no quiera volver a verlo; sería genial vernos mientras está aquí y, cuando se marche, adiós muy buenas, pero cada vez que me mira, me da una punzada en el maldito estómago y no me gusta.

—¿Me estás diciendo que no quieres volver a verme? —pregunta con la ceja levantada—. Joder, lo he debido de hacer fatal. —Sonríe burlón.

—No seas idiota. Ha sido genial, pero tienes dos semanas para divertirme con tus amigos —sigo con mi argumento improvisado.

—También puedo pasar ratos contigo, ¿no? —insiste.

—No sé si quiero ser el rollo de verano de alguien... —acabo confesando.

—Ya veo. —Baja la mirada.

—No me malinterpretes. No suelo tener rollos de una noche, pero sabiendo que te marchas en dos semanas, prefiero dejarlo aquí a que pase más tiempo. Lo entiendes, ¿verdad? —le explico, más para convencerme a mí que a él.

—Está bien. Te acompaño a casa. —Vuelve a mirarme muy serio.

Son las doce cuando salimos de la habitación y del hotel, en silencio. Hace un sol espectacular y el cielo tiene un azul tan intenso que no puedo evitar levantar la cara para absorber la luz y que esta haga desaparecer el desasosiego que me ha invadido en cuanto le he dicho a Jorge que no nos veríamos más. Llegamos al portal y me detengo frente a él.

—Es aquí —digo. Saco las llaves del bolso. Él me mira con el mismo semblante serio. Yo sonrío un poco—. Bueno, ha sido... —empiezo a hablar.

—Calla, hostia... —me interrumpe con un bufido, me coge por la nuca con las dos manos y me besa. Joder si me besa. Su lengua entra en mi boca como un torbellino, arrasando con todo a su paso, me muerde los labios, los acaricia con los pulgares mientras los chupa. Su respiración se acelera y hace que la mía también lo haga. Le rodeo la cintura con los brazos y lo aprieto. No puedo evitarlo; su cuerpo absorbe al mío. Cuando separa su boca de la mía, quiero más. Me mira a los ojos y luego a los labios, los acaricia con sus dedos, vuelve a besarme esta vez con besos cortos y seguidos—. Esto no se ha acabado aquí —susurra y me parece una amenaza que va a cumplir. Vuelve a besarme, me suelta y se marcha a paso ligero, dándome la espalda.

Me quedo allí, viendo como se aleja con las manos metidas en los bolsillos del tejano desgastado y me tiembla todo el cuerpo. No sé si las piernas que me sostienen son mías o del vecino del quinto. Me toco los labios con los dedos y los noto hinchados y húmedos. Qué tío, por Dios.

Unos silbidos muy sospechosos me hacen volver al sitio donde estoy y miro hacia arriba, porque los conozco muy bien. Veo a Carlota y Nadia asomadas con medio cuerpo fuera de la barandilla de nuestra terraza, en el tercer piso, con los dedos en la boca.

—Guarra, sube ahora mismo y cuéntanoslo todo —grita Carlota.

—Calla, que se va a enterar todo el vecindario —la riño.

—Que subas, coño —ordena Nadia.

Abro el portal a toda pastilla, subo por las escaleras sin esperar al ascensor y entro en casa sin aliento. Las dos me esperan en el recibidor, con

los brazos en jarras sobre las caderas.

—¿Qué has estado haciendo toda la noche? —pregunta Carlota con tono de pilla.

—Follar y dormir —contesto sin más. Recupero la respiración que me falta, no sé si por la carrera o por el puñetero Jorge y sus besos.

—¿Cuántos? —pregunta Nadia.

Hago que cuento con los dedos de las manos y miro al techo.

—Cuatro —informo con una sonrisa.

—¿Seguidos? —vuelve a preguntar Carlota sin inmutarse.

—Dos y dos.

—¿Folla bien? —Quiere saber Nadia.

—Como un puñetero dios —suspiro.

—¿Tamaño? —insiste Carlota.

—Segundo en el *ranking*. —Me río. No sé si alguien superará a Josh, un inglés con el que estuve liada un par de meses hace ya varios años. Pensé que tendrían que ponerme varios puntos de sutura la primera vez que me penetró.

—¿Cuerpo? —Otra vez Nadia.

—No está mal. —Me encojo de hombros—. Y vale ya. Se acabó el quinto grado. —Zanjo el tema.

Recorro el pasillo hacia mi habitación y ellas me siguen. Dejo el bolso sobre el escritorio y me desnudo. Les explico todo con detalle porque sé que no se van a marchar hasta que lo escupa, incluida la coincidencia de nuestros tatuajes en la espalda. Cómo me he despedido de él mientras desayunábamos y cómo él no ha aceptado esa despedida en el portal.

—O le gustas mucho o es un psicópata que no acepta un *no* por respuesta —dice Carlota, mientras me siguen al baño.

—Mierda, no había pensado en eso. Ahora me has asustado. —Me giro hacia ellas antes de meterme en la ducha.

—No le hagas caso. Seguro que le gustas y, si no, en dos semanas se marcha —me tranquiliza Nadia—. No seas tonta y aprovecha estos días. ¿Qué puedes perder?

La cabeza, eso puedo perder. Pero no lo digo.

—Nada. No pierdo nada. Gano unos cuantos polvos. —Abro el grifo de la ducha. Es la segunda que me doy esta mañana, pero la necesito para relajarme—. ¿Podéis dejarme intimidad, por favor? —me quejo, viendo que aún siguen metidas en el baño.

—Ay, sí, perdona. Nos vamos. —Carlota tira de Nadia hacia fuera y

cierran la puerta.

El agua me cae templada por la cabeza y pienso en lo que han dicho mis amigas; podría divertirme estas semanas con él y, cuando se marche, se acabó. Estupendo, maravilloso, genial. ¿Y por qué tengo un nudo en el estómago? ¿Por qué no quiero que se marche? ¿Por qué acaba de besarme hace apenas media hora y ya quiero que vuelva a hacerlo? Estoy nerviosa, confundida. ¿Por qué? No quiero pensar en estas cosas. Aparto todo de mi cabeza para disfrutar de la ducha y relajarme, pero no lo consigo del todo.

Mientras preparamos la comida, Carlota me cuenta que se volvió a marchar al piso de César con Marcos, que está como loca (mejor dicho, sin el «como») por él y que han quedado esta tarde para ir a la playa y luego a tomar algo. Nadia se quedó en nuestro piso con César. A este pobre lo echan de casa cada fin de semana, le van a tener que pagar por los servicios prestados a la comunidad. Nadia explica que anoche se besaron. Qué *jodía*. Ella le ha explicado que acaba de dejar una relación y todavía no está preparada para acostarse con otro chico. Vaya, ahora me quedo más tranquila. También ha quedado con él para salir esta tarde. Virgen del Sagrado Corazón, esto es un despiporre.

—Perfecto. Me quedo guardando el castillo esta tarde. Voy a dormir hasta mañana. Estoy destrozada, me duelen todos los músculos del cuerpo —digo cuando las dos se preparan para salir.

—¿Por qué será? —pregunta Carlota con retintín.

—Venga, largaos, que quiero dormir. —Las echo de casa a empujones.

En cuanto salen por la puerta, me meto en la cama y me duermo antes de llegar a cerrar los párpados.

No sé cuánto tiempo he dormido, pero me despierto envuelta en mis propias babas sobre la almohada. Dios, qué gusto. Miro el móvil, que he dejado sobre la mesita de noche, y miro la hora. Las siete y media. Me desperezo un poco y me incorporo en la cama. Debería hacer algo con mi habitación; está llena de trastos por todas partes y la ropa tirada por el suelo. Nadia tiene razón, esto parece una pocilga.

Conecto Spotify en el ordenador y suena *Can't Stop The Feeling*, de Justin Timberlake. Quito las sábanas, bailo al ritmo de la música y amontoño la ropa sucia en un rincón. Después de una hora y media, el espacio parece una

habitación casi *normal*.

Carlota me ha escrito para decirme que cena con Marcos en el paseo y Nadia que está en Sitges con César y que también se quedan a cenar. Les contesto que me parece estupendo y que yo estoy de limpieza en mi habitación. Me río cuando preguntan si estoy enferma. Y me doy cuenta de que mi buen humor se debe a que me alegra que Jorge no me haya hecho caso en mi despedida. Mierda. Al final no le he dado mi número de teléfono. Bueno, el viernes seguro que me lo encuentro en el pub. Le dije que vamos allí todos los fines de semana. *Siiiiiiiiiiiiii*.

A las diez de la noche, me acomodo en la terraza con una cerveza y un bocadillo de tortilla dispuesta a cenar como una reina; mientras el olor a sal y el rumor de las olas me llegan desde la oscuridad. Y, con *solo* esto, me siento feliz.

Faith, de George Michael, suena en mi móvil cuando acabo y, antes de recoger la mesa, se me van los pies y me monto un bailecito en la terraza. Me da igual que los vecinos me miren, aunque me he cerciorado primero de que en el balcón de al lado no hubiese nadie. Muevo las caderas, los hombros, doy pasos hacia delante y hacia atrás al ritmo, levanto los brazos, giro en el estribillo y hasta canto. Eso sí, de espaldas a la calle, no sea que a la gente del paseo le dé por mirar y alguien me reconozca.

Antes de entrar con el plato y el vaso hacia el salón, escucho un silbido y aplausos, pero como si solo una persona los estuviera haciendo.

—¡*Bravo*oooo, Vera! —se desgañita una voz masculina desde la calle.

¿Ha dicho mi nombre? ¿Me doy la vuelta o no? Me la doy. De los cobardes nunca se ha escrito nada. Giro sobre mis pies y veo en el paseo a Jorge con los dedos metidos en la boca, silbando. La madre del cordero. Pero ¿qué hace este hombre aquí? Menos mal que está lejos para ver que me he puesto roja como un tomate de la huerta de Murcia.

—¿Cuánto rato llevas ahí?

—¡El suficiente!

—Eres un jodido mirón.

—Las vistas merecían la pena.

—¿Qué haces aquí?

—Baja y te lo cuento.

—¿Ahora?

—No, el mes que viene. Venga, baja, joder.

Sin contestar, entro en el salón y meto en el lavavajillas lo que llevo en las

manos. ¿Qué hace aquí? Salgo disparada a mi habitación, me quito el pijama y me pongo un tejano corto y una camiseta de tirantes. ¿Qué querrá? Me cepillo los dientes en cinco segundos, cojo el móvil, apago la luz de la terraza y cierro la vidriera. Tengo taquicardia y me sudan las manos. Cierro la puerta con llave y me meto en el ascensor. Me miro en el espejo y veo que llevo pelos de loca. Me deshago el moño y me lo vuelvo a hacer.

Salgo del portal, corriendo, y cruzo la carretera que me separa del paseo, después de mirar que no viniera ningún coche. Me detengo frente a él. Hoy no lleva las gafas en el flequillo y tiene el pelo alborotado sobre los ojos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, casi sin aliento.

—He pensado que quizá te apetecía ir a la playa un rato.

—¿A estas horas? —Miro al cielo—. ¿Necesito bronceador? —Me río.

—Anda, calla. —Me coge de la cintura y me da un beso en los labios, largo y sin lengua; pero a mí me sabe igual de bien que cualquiera de los que nos dimos anoche. Esto está empezando a preocuparme.

Tira de mi mano hacia la playa y recoge de la acera un trozo de tela de color negro con letras blancas, o manchas, o yo qué sé. Se quita las deportivas y salta a la arena. Yo me quito las chanclas y me tiro sobre su espalda.

—Qué susto. Estás loca. —Se ríe y me agarra una de las piernas que le rodea la cintura.

Echa a correr conmigo a cuestras hacia la orilla y a pocos metros, se detiene. Me río como una energúmena por el arranque que le ha dado; como un chiquillo la primera vez que ve el mar. Me bajo de su espalda y él coloca lo que parece un pareo gigante sobre la arena, lo ayudo a estirarlo por las puntas. Deja las deportivas en la arena y yo dejo mis chanclas. Camina hacia el agua y mete los pies en la orilla. Yo lo miro desde atrás; lleva un tejano por encima de las rodillas, hecho trizas, y una camiseta de manga corta roja. Sus hombros están relajados y sus brazos descansan junto a su cuerpo. Me acerco despacio. Mira hacia el horizonte, que a estas horas ya no se ve, pero parece que él sí lo distingue.

—Debe de ser una pasada vivir aquí.

—Sí, lo es. Carlota, Nadia y yo lo tuvimos claro cuando acabamos la carrera. Queríamos vivir en un sitio de playa.

—¿No has vivido siempre aquí? —Se gira para mirarme.

—No. Vivíamos en distintas poblaciones del interior, no demasiado lejos. Nos conocimos en la facultad y decidimos, con el tiempo, que queríamos vivir aquí. Nos encanta la brisa del mar, su olor, la libertad que te brinda, la luz que

siempre hay. Así que, cuando terminamos, buscamos trabajo cerca y en menos de un año estábamos viviendo en el piso donde me has visto bailar en la terraza. —Sonríe y él también.

—Sois unas privilegiadas. —Vuelve a mirar al mar.

—Bueno, no nos quejamos.

Me aparto un poco porque creo que quiere disfrutar de la oscuridad y sentir cómo el espacio abierto te envuelve con su calma. Lo sé, porque es lo que sentí cuando me mudé a este lugar. La vida no te agobia tanto cuando tienes un sitio al que puedes mirar de frente sin que nada te moleste.

—No te vayas. —Me ofrece su mano sin dejar de mirar al infinito. Agarro sus dedos y me coloco a su lado. Las pequeñas olas me golpean los pies, como tantas veces han hecho. Un escalofrío me recorre las piernas—. Me gusta estar aquí... contigo.

Vaya, pues parece que no es un psicópata. Miro su perfil, donde el pelo le ha envuelto la cara y parece ausente. Daría lo que fuese por saber en qué está pensando. Aunque quizá no piensa en nada, solo disfruta del momento. Es lo que tiene este lugar, que no es necesario pensar, solo estar.

Nos quedamos un rato en silencio. En los años que llevo viviendo aquí, nunca había venido a la playa con un chico, siempre lo he hecho con Carlota y con Nadia. Muchas noches de verano nos bajamos a esta misma playa y cenamos sentadas en la arena. Pero es la primera vez que vengo con alguien a solas, de noche. De día y en grupo sí que lo he hecho, pero no así, como ahora. Y no sé si es bueno... Hace apenas dos días que lo conozco, pero parece que hace una eternidad. Y eso me asusta. Nunca había echado de menos a un hombre después de haber estado horas juntos, siempre necesitaba alejarme y estar sola, en mis cosas. No sé qué me pasa con él.

Se da la vuelta y me mira. Sonríe y me coge en brazos por la cintura, yo abro las piernas, que coloco alrededor de sus caderas, y apoyo mis manos en su nuca. Las gotas de agua de mis pies salpican nuestras piernas. Le brillan los ojos como no le había visto a nadie. Camina hacia la arena, sin apartar su mirada de la mía, se arrodilla sobre el pareo y me deja sobre él.

—Cuéntame más cosas de las que hacéis aquí. —Se estira a mi lado.

—Pues no sé. Paseamos por la orilla, bajamos a cenar unos bocatas y unas cervezas muchas noches de verano, leemos sentadas en una hamaca frente al mar, tomamos el sol, jugamos a palas... —le explico y sigo pensando en las cosas que a mí me parecen de lo más normal, pero que, a él, posiblemente, le parezcan un privilegio, tal como ha dicho—. Oye, ¿hasta qué día estáis aquí?

—le pregunto de repente, acordándome de algo.

—Hasta el domingo veinticinco.

—Estaréis para la verbena de San Juan, el veintitrés. —Sonrío—. Esa noche, la gente se reúne a lo largo de toda la playa. Se hacen hogueras, cenamos sentados en la arena y pasamos la noche hablando, bailando y riendo. Es genial. ¿Por qué no venís con nosotras? —le digo ilusionada, y a él parece que la idea le gusta porque ha abierto mucho los ojos y me sonrío.

—¿Esta mañana no querías volver a verme y ahora me invitas a pasar esa noche contigo? —se burla.

—Anda que me has hecho mucho caso, tú —bromeo—. Me tienes aquí tirada, pasándote por el forro mi negativa. —Me río.

—Eres preciosa. —Me besa despacio en los labios.

¿Por qué me gusta tanto este tío? Y ya no pienso más en ello porque me muerde con lentitud el labio inferior y yo solo quiero que no deje de hacerlo jamás.

Mi móvil suena en el bolsillo trasero de mi pantalón. Muy oportuno.

—Seguro que es alguna de mis amigas para saber dónde estoy —digo entre sus besos—. ¿Sí? —contesto mientras él recorre mi cuello.

—¿Dónde andas, flor? —pregunta la voz de Carlota.

—Estoy en la playa, justo enfrente. —Y un escalofrío me recorre el cuerpo al notar la lengua de Jorge bajar por mi clavícula.

—¿Qué haces ahí?

—Estoy con Jorge.

—¿Ha venido a buscarte? —Suena ilusionada.

—Síiiii... —contesto en un lamento.

—Joder, ¿qué estáis haciendo, guarros? Ya sabes que no se puede follar en la playa, como os pillen os llevan al cuartelillo. —Se ríe a carcajadas.

—Ya. Ahora subiré... —consigo contestar, porque Jorge ha descubierto que, con las prisas, no me he puesto sujetador y me acaricia el pezón derecho bajo la camiseta.

—Vale, os dejo. Que os divirtáis.

Cuelgo sin despedirme y meto el móvil otra vez en mi bolsillo.

—No podemos hacer esto aquí... —digo entre jadeos.

—¿Por qué no? —Aparta mi camiseta y se lleva un pezón a la boca.

—Porque está prohibido. No se puede follar en un sitio público... O peor aún, algún capullo te puede grabar y subir el vídeo a Internet —le explico como puedo. Su caricia es una tortura demasiado deliciosa.

—¿En serio? —Levanta la cabeza y me mira divertido. Asiento con una sonrisa lasciva—. A la mierda una de mis fantasías sexuales, entonces. —Se ríe y coloca mi camiseta en su sitio—. No sabes lo que te haría ahora mismo. —Vuelve a mordirme los labios—. Pero no quiero arriesgarme a que medio mundo vea esos bonitos pechos.

—Se agradece tu preocupación por mi integridad moral. —Me río.

—Soy un caballero. —Se pone la mano en el pecho.

Nos incorporamos para sentarnos. Él lo hace a mi espalda y me acomoda contra su pecho. Me rodea con sus brazos y yo me agarro a sus manos. Y creo... no, lo sé, que no podría estar en ningún otro lugar mejor que aquí, escuchando su voz y el rumor de las olas golpeando la arena de la orilla. No conocía yo esta faceta ñoña de mi cabeza.

La semana empezó bien, pero acabó como el puto culo. Así, sin nada más que añadir.

El lunes me fui a trabajar a la asesoría. Dejé a Carlota en la cama y a Nadia cogiendo el tren para ir a su oficina. Volví a la hora de comer y Carlota me explicó que había ido a la oficina de desempleo a tramitar su nueva situación laboral. También me contó que Vicky la había llamado y que le había ofrecido trabajar los jueves y los domingos durante los meses de julio y agosto, aparte de las noches que ya trabaja. Estaba muy contenta. Luego llegó Nadia, sobre las siete de la tarde, y también nos explicó que el día había ido bien; que había estado hablando con César durante la hora de comer y, otra vez, de vuelta en el tren. Pues nada, parecía que la cosa iba bien para todas.

A las siete y media, llamaron al timbre y fui a abrir, porque estaba metida en mi habitación y era la que más cerca estaba de la puerta. Tras la madera me encontré con un mensajero que me ofrecía un ramo de flores enorme y me hizo firmar un albarán. Miré la tarjeta cuando cerré la puerta; iba dirigida a Carlota.

—Carlota, te han traído flores.

—¿Flores? ¿De quién? —preguntó extrañada.

—Yo qué sé, no suelo abrir las notas que no van dirigidas a mí. —Las dejé sobre la mesa del salón. Era un centro de rosas rojas preciosas, por cierto, aunque a mí las flores me dan grima. Siempre he pensado que las flores son para los muertos. Los cementerios están llenos de ellas y en ese momento teníamos un pedazo en nuestro salón—. Arg. Cómo odio las flores. ¿No sería mejor una caja de chocolate? ¿A ver qué haces con eso? Ni te lo puedes comer ni te lo puedes poner. —Me pasé las manos por los brazos del repelús.

—Qué exagerada eres, Vera. Son flores, símbolo de que amas a alguien, esté muerto o vivo —contestó Nadia, que también se acercó desde la cocina. Ella siempre tan romántica.

—No pone nada, ni hay nada. —Carlota nos enseñó el sobre que sostenía en la mano.

—Habrà sido Marcos —supuso Nadia.

—Si Marcos te ha enviado esto, le arranco los huevos en cuanto lo vea. —Hice el gesto con la mano.

—No creo que haya sido Marcos. No parece su estilo. Él no es tan...

¿clásico? —conjeturó Carlota.

—Carca —apuntillé—. Él te habría enviado una caja de condones. —Me reí.

—¿No tendrás algún admirador del pub? —preguntó Nadia.

—No creo. Nadie se me ha acercado más de la cuenta. Y, además, ¿cómo va a saber dónde vivo? —contestó Carlota pensativa, mientras miraba las flores—. Voy a preguntarle a Marcos, antes de nada. No sea que se haya vuelto gilipollas. —Se dio la vuelta y cogió el móvil que había dejado tirado en el sofá. Escribió en él a toda velocidad. Nadia y yo esperamos a que dijera algo —. Nada, no ha sido él. Quizá se han equivocado —contestó.

—Mucha casualidad sería esa. Eres la única Carlota del edificio —habló Nadia.

—A mí lo que me tiene mosca es que no haya escrito nada y tampoco tenga remitente. Cualquiera que envía un regalo quiere que sepas quién es, para, al menos, darle las gracias, ¿no? —dije.

—Bueno, da igual. No le demos más vueltas —sentenció Carlota.

Y así lo dejamos... Hasta el martes, que volvió a recibir otro ramo igual. Y hoy miércoles, otro más. Todos iguales. Y sin nota.

—Ahora ya me estoy mosqueando —dice Carlota al recibir el tercero.

—Ya dije yo que no podía ser casualidad que fuese un error —les recuerdo.

—Tendríamos que llamar a la poli, ¿no? —habla Nadia.

—¿A la poli? ¿Y qué les digo? ¿Que he recibido tres ramos de flores iguales sin remitente? Se van a partir de risa —argumenta Carlota.

—¿No has notado nada raro? Si alguien te seguía a casa o algo —digo, por aportar ideas más que nada.

—Joder, Vera. No me asustes —contesta, dando un respingo.

—Tranquila, seguro que no es nadie raro. —Nadia me mira con el ceño fruncido

Levanto los hombros en señal de disculpa.

—Podemos preguntar a los vecinos si han visto a algún tío merodeando —propongo.

—Hay *un millón* de personas más en el pueblo en estas fechas, seguro que hay un montón de tíos merodeando por todas partes —dice Carlota con fastidio.

—Pero en este edificio la mayoría vive aquí todo el año, si ven entrar a alguien que no conocen se darían cuenta —argumenta Nadia.

—Vale, ya preguntaré. —Carlota arruga el morro—. Y voy a tirar ahora mismo todas estas putas flores, que me están dando *yuyu* —sentencia.

Coge dos de los ramos para tirarlos a la basura. Luego vuelve a por el otro y hace lo mismo. Y así, zanja Carlota el asunto.

A las diez y media, bajo a la calle con la bolsa de la basura en la mano para tirarla al contenedor. He quedado con Jorge todas las noches desde que vino el domingo a buscarme para ir un rato a la playa.

—¿Qué llevas ahí? ¿Un muerto descuartizado? —pregunta cuando me ve bajar con la bolsa industrial, que me ayuda a tirar.

—No, tres ramos de flores que ha recibido Carlota y no sabemos quién los envía —contesto.

—¿En serio? —pregunta extrañado.

—Sí, uno cada día desde el lunes. Estamos un poco moscas. Marcos no ha sido y no tenemos ni idea de quién puede ser.

—Vaya, tened cuidado. Hay mucha gente pirada por ahí —me dice preocupado.

—No sé, esperemos que no sea nada. —Intento quitarle la importancia que, realmente, le estoy dando al asunto dentro de mi cabeza—. Anda, vamos. Dejemos el tema. —Cojo su mano y tiro de él hacia la playa.

Como cada noche desde el domingo, nos tumbamos sobre el pareo gigante y nos besamos, nos besamos mucho y muy fuerte. Tanto que, cuando llego a casa después, aún tengo los labios hinchados.

—¿Qué habéis hecho hoy? —le pregunto cuando ya estoy empezando a jadear, por parar antes de que se nos vaya de las manos.

—Hemos estado todo el día en Tarragona. —Y me explica lo que han visitado.

Llevan todos los días recorriendo zonas cercanas como cualquier grupo de amigos que está de vacaciones y me cuenta que les ha encantado todo lo que han visto.

—Oye, ¿querrías venir el viernes a cenar con nosotros? Me gustaría que conocieras a Mauro y Sergio. Son geniales —me propone.

—Pues... los viernes es el día que siempre cenamos las tres juntas y nos contamos nuestras cosas. Aunque como ahora Carlota está en casa, cenamos juntas todos los días. Ya les preguntaré si no les importa —le contesto un poco nerviosa, porque me siento rara por que quiera presentarme a sus amigos. Sí, ya sé que no son sus padres; pero conocer a personas de su entorno... parece que las cosas se ponen serias o yo no sé cómo tomarme eso.

—Vale, mañana me dices algo. —Y vuelve a besarme—. Podría estar besándote todo el día —susurra en mi boca.

—Y toda la noche —contesto.

Y cada vez que su lengua entra en mi boca, mi cuerpo reacciona convulsionándose, y mi garganta arde por los gemidos que contengo para no dar ninguna escena. A estas horas no hay apenas nadie en la playa, alguna pareja como nosotros y varios tríos de pescadores; todos están bastante alejados, pero creo que les llegarían mis gritos.

Nos acariciamos la espalda por debajo de la camiseta y él siempre pasa su mano a mi parte delantera, pero se entretiene poco rato, porque a los treinta segundos estamos ya jadeando. Y me río internamente, porque parecemos dos adolescentes que no se atreven a dar el siguiente paso para perder la virginidad.

—No sé si es buena tanta contención —musito entre beso y beso.

—No, no lo es. Cada noche, cuando llego al hotel, me tengo que *relajar* a solas —contesta como si tal cosa.

—¿En serio? —Me separo de él y lo miro con los ojos muy abiertos.

—Pues claro. No quiero que me explote el escroto. —Me mira divertido. Suelto una carcajada y me dejo caer sobre mi espalda—. No te rías, no es divertido dormir empalmado toda la noche. —Hace una mueca que aún me hace reír más—. ¿Tú no te tocas? —pregunta extrañado, con una sonrisa.

—No —contesto entre risas.

—¿Nunca? —insiste.

—Nunca, no. —Me recupero un poco de la risa—. Sí que me toco, pero no estos días cuando he llegado a casa. —Apoyo los codos para incorporarme un poco.

—Pues no sé cómo lo aguantas, porque yo me voy de aquí cada noche con un dolor de huevos que no puedo con él. No me había pasado desde que tenía diecisiete años. —Se ríe.

—Qué exagerado eres. —Pero sé que no lo es, porque a mí me pasa lo mismo.

—Será eso, pero te aseguro que me paso el día empalmado solo de pensar en ti.

—Qué bonito es todo lo que me dices. Eres tan romántico... —contesto con ironía.

Se ríe entre dientes, sin dejar de besarme en el cuello, en la clavícula, en los hombros, en los labios...

Finalmente, es viernes y he quedado para cenar con Jorge y sus amigos. Carlota y Nadia no pusieron objeción cuando les pregunté ayer. Hemos quedado en el pub después; Marcos y César las recogerán en casa para que no vayan solas, ya que Carlota ha vuelto a recibir otros dos ramos de rosas rojas sin remitente, y ya estamos más que asqueadas con el asunto.

Jorge me espera en el portal y, cuando salgo y me lo encuentro de frente, casi me da un pasmo. Lleva un tejano azul oscuro, una camisa blanca remangada hasta los codos, el pelo ladeado hacia atrás, alborotado con algún tipo de gomina y las gafas rojas puestas sobre la nariz. ¡Válgame Dios! Que llamen a los bomberos porque se me acaban de carbonizar las bragas.

—Hola —dice sonriente y no puedo dejar de mirarle la boca—. Estás preciosa.

—Gra... gracias —baluceo aún impactada por su aspecto—. Tú también estás muy guapo. Estás... diferente —consigo decir, con una mueca que pretende ser una sonrisa.

—Gracias. He pensado en vestirme un poco mejor para salir a cenar contigo. —Se acerca y me besa en los labios. Y yo me muero por arrancarle la camisa a mordiscos—. ¿Vamos? —Me ofrece su mano sin dejar de mirarme a los ojos.

—Sí, vamos. —Reacciono no sé ni cómo y lo cojo de la mano.

—Hemos reservado mesa en el italiano del paseo. Te gusta, ¿no? Me dijiste que te gustaba la pasta. —Me mira sonriente mientras caminamos.

—Sí, sí. Me encanta —contesto, sorprendida de que recuerde ese detalle que le conté en la playa.

Llegamos a la puerta del restaurante cogidos por la cintura. Él levanta la mano para saludar y los dos chicos que vi con él la primera noche en el pub salen a nuestro encuentro en mitad de la multitud que invade el paseo a estas horas.

—Hola —saluda Jorge—. Ella es Vera —me presenta y me suelta para que pueda saludarlos con dos besos a cada uno—. Él es Mauro. —Señala al moreno de pelo rizado y ojos tan azules que casi puedo reflejarme en ellos—. Y él, Sergio. —El otro chico tiene el pelo castaño claro y los ojos muy oscuros, casi negros.

—Un placer, bonita —saluda Mauro y me hace sonreír su tono un tanto

amanerado.

—Encantado, Vera —dice Sergio con voz suave.

—Ellos son pareja —apunta Jorge con una sonrisa.

—Lo he imaginado. —Sí, lo he pensado en cuanto los he visto, más que nada porque iban cogidos de la mano.

—Además de guapa, lista. Qué joyita —dice Mauro, con sus ojos en los míos—. Nena, si tienes pensado hacerte donante de ojos, yo me pongo a la cola. —Sonríe.

—Los tuyos no se quedan atrás —contesto a su cumplido.

—¿Entramos? —dice Sergio, con los ojos en blanco y una sonrisa en los labios.

Asiento, y los cuatro entramos al restaurante. Nos dan una mesa junto a la ventana con sofá en lugar de sillas. Mauro y Sergio se sientan juntos, y Jorge me cede el sitio junto al cristal, frente a Sergio. Me quito el *minibolso* que llevo en bandolera, lo dejo entre mi cuerpo y el ventanal, y acomodo la falda de mi vestido bajo mis muslos con las manos.

El camarero nos trae las cartas y las miramos para elegir.

—¿Quieres vino? —me pregunta Jorge.

—Sí, lambrusco si puede ser.

—Bien. Vas a hacer muy buenas migas con Mauro. A él le encanta ese vino.

Miro a Mauro, que me observa con una sonrisa.

—Estos dos siempre se ríen de mí porque dicen que ese vino es de chicas. —Levanta una mano con desdén.

—Mejor, así tocamos a más.

—Me encanta esta chica. —Eleva su mano frente a mí para que se la choque. Y lo hago, suena una fuerte palmada y nos reímos.

—Dios mío, no le des cuerda; si no, no te lo vas a quitar de encima. —Se ríe Sergio.

—Creo que él prefiere estar encima de ti —contesto con una ceja levantada.

Mauro abre mucho los ojos y se pone la mano en el pecho.

—Cielos, Jorge. Si tú no la quieres, me la quedo yo —casi grita y pone una mano encima de la que yo tengo en la mesa.

—Eh, quita tus manos de mi chica, *mamón*. —Se ríe.

¿*Su chica*? Esto sí que es nuevo. No digo nada y me río a coro con ellos. Esto va a ser divertido. Son un trío de lo más peculiar.

Pedimos la cena, una botella de lambrusco y otra de vino tinto para Sergio y Jorge. Me gusta mucho oírlos hablar, porque cuando lo hacen entre ellos se les nota más el acento de su tierra. Se les ve cómodos, se ríen, se hacen bromas. Noto entre ellos una relación muy estrecha y sincera, y me encanta, porque me recuerda a la que tenemos Carlota, Nadia y yo.

—¿Les has dicho lo de venir a la playa la noche de San Juan? —le pregunto a Jorge en tono más bajo, mientras esperamos que nos traigan la comida.

—Sí, les parece una idea genial. —Sonríe—. ¿Verdad que iremos a pasar la noche de San Juan con ella y sus amigas?

—Ay, sí. Me encanta la idea. Es muy *hippy* —contesta Mauro.

—Aquí os lo sabéis montar bien con las fiestas, por lo que veo —añade Sergio.

—Sí, se hace en todas las playas. Al día siguiente es fiesta en la Comunidad, así que la gente suele estar en la playa hasta el amanecer. Es una de las fiestas más esperadas del año, al menos a nosotras nos encanta —les explico—. Seguramente vengan Marcos y César también. Seremos un buen grupo.

—Marcos y César son los novios de sus amigas —puntualiza Jorge.

—Bueno, Marcos y Carlota salen desde hace poco. Pero César y Nadia aún no... Se han besado y eso, pero no han llegado a más —explico y lo dejo ahí, porque no es plan de explicar la vida de mis amigas a personas que acabo de conocer, por muy bien que me hayan caído.

—Por cierto, no se puede follar en la playa —les suelta Jorge.

—¿No me digas? —Mauro abre mucho sus ojos azules—. ¿Por qué?

Me río mucho con este chico. Es muy expresivo. Tiene los labios carnosos y la nariz larga y estrecha. Su rostro es alargado y se nota que se cuida muy mucho. Es delgado pero fibroso, o eso muestran sus antebrazos. Lo contrario de Sergio, que tiene la mandíbula ancha y los labios delgados, la nariz chata y su cuerpo parece bastante musculoso bajo su camisa roja.

—Porque es delito por escándalo público o algo así —contesto—. ¿Tu fantasía sexual también es hacerlo en la playa? —pregunto con retintín.

—Cariño, todo el mundo quiere follar en la playa, sobre todo los que la tenemos a más de doscientos cincuenta kilómetros. —Se ríe Mauro.

En ese momento el camarero llega con las bebidas y nos sirve en las copas. Sergio levanta la suya cuando la tiene llena.

—Porque salga algo bonito de esta cena. —Brinda y me guiña un ojo.

—Salud —digo, y chocamos nuestras copas.

Mientras cenamos, me cuentan cómo se ganan la vida. Mauro es decorador de interiores y trabaja para una empresa que tiene los mejores clientes del país. Suele viajar bastante, porque se ha corrido la voz de que es el mejor (palabras de él), y ha decorado las casas de algunos famosos y gente de negocios muy importante.

—No pienso dejar que entres nunca en mi habitación —le digo.

—¿Por qué no? —pregunta con curiosidad exagerada.

—Porque es una pocilga, como dice Nadia, y tiene razón. Soy un desastre, lo tengo todo por el medio —contesto un poco apurada por mi confesión.

—Eso es porque no tienes lo necesario para guardar cada cosa en su sitio. Seguro que te hace falta algún armario escondido o estanterías. Nada fuera de lo habitual —me contesta muy profesional.

—Debes tener razón. Y, también, porque es más cómodo dejar las cosas en el suelo que guardarlas en su sitio. —Me río.

Sergio es ingeniero agrícola y me cuenta que se dedica a mejorar los sistemas de riego de las zonas de cultivo de todo el país. Su empresa trabaja para el Gobierno y viaja mucho por esa causa.

—Vaya, parece que sois muy importantes. Por cierto, Jorge, tú no me has contado aún a qué te dedicas. —Lo miro y él sigue comiendo de su plato de pasta.

—Mi trabajo es mucho menos apasionante que el de estos dos. —Los señala con el tenedor y evita su respuesta. Todos nos callamos, y sus dos amigos lo miran serios. Él levanta la vista y se encoge de hombros. Suelta el tenedor sobre el plato y se limpia los labios con la servilleta. Me mira serio —. Soy abogado mercantil. Un soberano aburrimento.

—¿No te gusta lo que haces? —pregunto.

—Pues no. —Y parece que su humor empieza a cambiar—. ¿Podemos dejar de hablar de esto? —pregunta con fastidio.

—Y tú, ¿a qué te dedicas, Vera? —pregunta Sergio para calmar la tensión que se ha generado.

—Bueno, he hecho bastantes cosas. Tengo un trabajo fijo a media jornada en una asesoría laboral. Y el resto del tiempo lo dedico a otras cosas relacionadas con las artes plásticas y visuales. Ahora mismo trabajo haciendo reportajes fotográficos de bodas. Pero he diseñado páginas web, logos, publicidad, también he sido tatuadora, guía turística en varios museos, he diseñado joyas y pinto —explico, intentando no dejarme nada, y no miro a

Jorge porque no quiero ver su expresión de hastío.

—¿Cuadros? —pregunta Mauro sorprendido.

—No, paredes. —Me río—. Sí, cuadros.

—Vaya, nena, sí que has hecho cosas —exclama Sergio.

—¿Qué clase de cuadros pintas? —se interesa Mauro.

—Pues... un poco de todo. Espera, tengo fotografías en el móvil. —Me limpio la boca y las manos con la servilleta de tela y saco el móvil del bolso. Voy a la galería de fotos y abro el álbum donde los tengo todos fotografiados—. Mira. —Se lo entrego a Mauro.

Él lo coge y pasa las fotos con el dedo índice. Jorge sigue callado, y poso una mano sobre su pierna para que me mire. Le sonrío y sus ojos me devuelven una expresión seria. Pero, finalmente, sonrío y pone su mano sobre la mía. No sé qué le pasa con su trabajo, pero no me gusta verlo así. Me gusta verlo sonreír, decirme burradas con descaro y mirarlo mientras sus ojos se pierden en la inmensidad de la oscuridad, cuando estamos en la playa.

—Joder, son buenos. Muy buenos —halaga Mauro muy serio—. ¿Tienes alguno que pueda ver? —Me mira muy interesado.

—Alguno tengo, la mayoría los he vendido a tiendas de decoración y en el paseo marítimo.

—Seguro que por una mierda, claro. —Levanta una ceja.

—Bueno, no soy una artista consagrada, así que mis cuadros no valen millones. —Me río sin soltar la mano de Jorge, que aún tengo cogida por debajo de la mesa.

—Yo te los puedo vender a un buen precio.

—No sé... —dudo.

—Vera, si supieras las mierdas que me hacen colgar en las paredes de salones y habitaciones... Los tuyos son mucho mejores. Quedamos un día que te vaya bien y voy a verlos.

—Como quieras. Estoy todas las tardes en casa a partir de las dos —le digo, aún con dudas. Nunca le he enseñado mis cuadros a un experto, como parece ser él.

—Pues el lunes estoy en tu casa y no se hable más —sentencia—. Y tú, Jorge, quita esa cara de espinaca hervida que tienes, por favor —le pide más serio. Jorge le tira un beso al aire—. Así está mejor. Vera va a pensar que eres un rancio.

El ambiente se va relajando, y Jorge vuelve a sonreír y a bromear. Me cuentan que se conocen desde niños; que Sergio y Mauro se dieron cuenta muy

jóvenes de que se gustaban y desde entonces están juntos. Me río mucho cuando me explican que llevan años intentando que Jorge se anime a hacer un trío con ellos, y él les llama de todo menos bonitos.

—Supongo que habéis ido a Sitges —les digo a los dos.

—Sí, varias veces. Nos gusta el ambiente, claro. Allí no estamos tan cohibidos. Pero vamos, que nos da igual —explica Sergio y le da un pequeño beso en la boca a Mauro.

—Pero allí paso desapercibido. Prefiero dar la nota entre heterosexuales. —Se ríe Mauro—. Me parto de risa cuando los veo mirarme con cara de pena. Como si ellos fueran los normales y yo el desviado. Al menos, yo digo y hago siempre lo que me da la gana. No como ellos, que son unos reprimidos. Eso sí que es una pena y no yo —dice muy serio.

—Con dos cojones, Mauro. —Levanto la mano para que la vuelva a chocar y lo hace con tanta fuerza que suena como si hubiese explotado un globo. La mitad de la gente del restaurante se gira para mirarnos.

—¿Ves a lo que me refiero? —Acerca su cara a la mía.

Salimos del restaurante pasadas las doce de la noche, riéndonos como locos, porque Mauro le ha *tirado los trastos* al camarero y el pobre chico no sabía dónde meterse. Caminamos dos calles hasta llegar al pub donde deben de estar ya mis amigos.

Me abrazo a Nadia nada más entrar y beso a Carlota a través de la barra. Les presento a los chicos, incluido a Jorge, porque aún no lo conocían de cerca. Y les digo que se apuntan a pasar la verbena de San Juan con nosotros. Marcos me dice que él y César también vendrán, y saltamos de contentas cuando Carlota nos explica que Vicky le ha dado esa noche libre, porque no suele haber tanto movimiento, ya que todo el mundo se va a la playa. Y pienso que esa noche va a ser especial para todos nosotros. Hacía tiempo que no nos juntábamos tanta gente para celebrar esa fiesta, aunque nosotras tres nos bastamos solitas, no necesitamos a nadie. Menudas juergas nos hemos corrido todos los años. Siempre acabábamos acopladas a los grupos de alrededor.

Carlota pone copas a todos como una profesional, además de unos chupitos para ir entrando en calor. Todos la aplaudimos mientras mueve botellas de un lado a otro, sirviendo a dos manos. Chocamos nuestras copas para brindar por la nueva amistad que estamos forjando esta noche y empieza a sonar *Believe*, de Cher. Mauro se vuelve loco y me coge en volandas para que baile con él. Nos movemos uno pegado al otro, nos tocamos y hasta me da un beso en los labios. Este tío está como un cencerro y me cae genial. Los demás se unen a

nosotros y así de contentos estamos cuando se desata el desastre; los desastres, mejor dicho, uno detrás de otro. Porque, como ya he contado antes, la semana empezó bien, pero va a acabar como el rosario de la aurora.

Sobre la una y media, se sienta en la barra de Carlota una mujer de unos cincuenta años, con el pelo castaño rizado. Lleva un vestido entallado negro que le queda como un guante. Levanta la mano para llamar la atención de mi amiga con la intención de pedir una copa, o eso me parece a mí. Cuando Carlota la ve, su expresión se vuelve totalmente desencajada. Puedo incluso ver, a pesar de la oscuridad, como la sangre abandona su cara y se pone más pálida que la cal viva. Me acerco a la barra y arrastro conmigo a Jorge para disimular. Le digo al oído que nos quedemos aquí, porque algo pasa con Carlota y la mujer que hay sentada en el taburete; él la mira de reojo y asiente.

—¿Qué coño haces aquí? Lárgate —le dice Carlota, más seca que una empanada de serrín.

—He venido a tomar una copa, ¿es que no puedo? —dice la otra.

—Aquí no.

—Esto es un sitio público, puedo entrar donde me dé la gana.

—Pues ve a la otra barra.

—Prefiero esta.

—Joder, Raquel. Que te largues.

Abro los ojos de par en par y le digo a Jorge al oído que esa mujer es la exjefa de Carlota; que ella ha tenido que dejar el trabajo porque no dejaba de acosarla. Él me dice si quiere que intervengamos y le digo que aún no. Carlota se ha dado cuenta de que estamos pendientes de ellas.

—Quiero un *gin tonic*.

Carlota se apoya en la barra y se acerca a ella.

—O te largas o llamo a seguridad.

—¿Y qué les vas a decir? ¿Que estoy aquí sentada?

—Esto no es tu oficina. Aquí mando yo y, si digo que te echen, te echan. Así que lárgate.

—¿Es que no te han gustado las flores que te he enviado?

Joder, ella ha sido la que ha enviado las malditas flores.

—Pues no, no me han gustado. Las he tirado a la basura.

—¿Cómo? —La mira con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo te atreves a tirar mis regalos a la basura? —Y sin esperarnos más reacción que esa, le suelta un bofetón a mi amiga que le cruza la cara.

Me llevo las manos a la boca para no soltar un grito y me quedo

paralizada. Veo como los ojos de Carlota se encienden de rabia. Dios, la va a matar. Apoya un pie en una caja de bebida que hay en el suelo y salta por encima de la barra, arrojándose sobre Raquel. El taburete cede por el impulso y las dos caen al suelo en un golpe seco. Carlota le tira del pelo y le da guantazos por todas partes. La mujer no puede hacer otra cosa que ponerse las manos sobre la cara y gritar como una posesa que pare.

Aparto a Jorge con cuidado y me tiro al suelo junto a ellas. Cojo a Carlota por debajo de las axilas para separarla, pero recibo un par de golpes en la cara que me hacen soltarla y llevarme la mano al ojo izquierdo, porque Carlota, sin querer, me ha golpeado con el puñetero anillo que lleva puesto. Me escuece una barbaridad. Joder. La gente ha empezado a apartarse de donde se está desatando el combate y, en pocos segundos, Marcos, César, Nadia, Sergio y Mauro se agachan para separarlas, y entre todos lo consiguen. Agarran a Carlota y la alejan hacia la barra. Sergio y César levantan a Raquel del suelo, que se queja de dolor en la espalda.

—Lárgate de aquí y, como vuelvas, te vas a llevar más de lo mismo —grita Carlota, y creo que le va a reventar la vena que se le hincha en la sien cuando se enfada.

—Me las pagarás, Carlota. Ten cuidado, porque no sabes con quién estás tratando —la amenaza, mientras se coloca el vestido.

—Aquí no puedes intimidarme. Lárgate, yo ya no trabajo para ti —escupe con rabia mi amiga.

En ese momento llegan los de seguridad y hablan con Carlota. Ella les explica lo que ha pasado y cogen a Raquel, cada uno por un brazo, y la sacan fuera del local. Vicky aparece justo después y habla con Carlota. Ella vuelve a contar la historia y la dueña le dice que pase un rato a su despacho hasta que se calme. Marcos se va con ella.

—Vera, ¿estás bien? —Oigo decir a Jorge—. Déjame ver, anda. —Me aparta la mano del ojo, pero yo sigo con él cerrado—. Joder, nena, estás sangrando. ¡Mauro! Dame tu pañuelo.

—¡Ah! Vera, cariño. ¿Qué te ha pasado? —grita Mauro al acercarse.

Noto una humedad en la cara que hasta ahora no había sentido, me toco con la mano y me miro la palma. Es sangre. Hay una mancha oscura entre mis dedos. Con todo el jaleo, ni me he enterado de que el golpe de Carlota había sido tan fuerte. Jorge me aparta la mano con cuidado y me pone el pañuelo de tela que Mauro le ha dado.

—Vamos fuera. Quiero ver esa herida. Sangra mucho y quizá tengamos que

ir al hospital —me dice Jorge.

—¿Qué dices? ¿Al hospital? ¿Tanto sangro?

Con todos cogiéndome por todas partes, salimos del local. En la calle, Jorge aparta el pañuelo y me mira el ojo.

—¿Qué tengo? —pregunto asustada.

—¿Me dejas? —pregunta el de seguridad de la puerta.

Jorge le hace sitio delante de mí. El *segurata* coge el pañuelo y aprieta sobre la herida; me duele un poco, pero no me quejo, solo arrugo los labios. Aparta el pañuelo y mira la zona.

—Tienes una pequeña brecha en la ceja. Vas a tener que ir al hospital a que te pongan un par de puntos. No es muy profunda, pero esa zona no se te va a cerrar sola —informa—. Voy a avisar a Vicky, a ver si te puede llevar alguien de aquí.

—No te preocupes, la puedo llevar yo. No hay problema —dice Jorge.

—Vale, pero si hay cualquier problema, me avisas, ¿de acuerdo, Vera? —me dice el de seguridad.

—Diego, ¿eres tú? —le digo, porque creo que lo he reconocido, pero llevo todo el rato con los ojos cerrados.

—Sí, soy yo. No te preocupes, no es nada grave —me tranquiliza.

—Vale. Gracias.

—Gracias. —Oigo decir a Jorge.

Estoy apoyada en alguna pared y Jorge tiene cogido el pañuelo sobre mi ojo, después de que Diego le haya echado un vistazo. Él entiende de estas cosas, porque más de una vez ha habido algún que otro altercado y tiene nociones de primeros auxilios.

—Sergio, id a por el coche, por favor. —Y los dos salen corriendo calle abajo—. ¿Puedes andar? —me pregunta.

—Sí, creo que sí —contesto, intentando despegarme de la pared.

—¿Qué coño haces aquí? —Oigo a alguien que grita con voz pastosa.

Abro el ojo bueno y veo a Andrés con otros dos chicos. ¿Qué hace este hombre aquí? Se tambalea por la calle en dirección a nosotros. Miro a todas partes, en busca de Nadia. Está detrás de mí y sale a su encuentro.

—Nadia, no. Está borracho. Déjalo —le pido.

—No. Ahora vuelvo —me dice—. ¿Estás bien? —Asiento.

Veo como se aleja hacia donde está Andrés, a pocos metros de nosotros.

—Vera, vámonos. Tenemos que llevarte al hospital —insiste Jorge.

—Espera un momento. No quiero dejar a Nadia sola, y menos con Andrés

por aquí —contesto.

Creo que no soy la única que mira en su dirección. Todos estamos atentos a los acontecimientos, porque después de lo que ha pasado, solo faltaba que aún se pusiera peor la situación. Y todavía nos queda ir al hospital. Me cago en Carlota. Bueno, en Carlota no, en su exjefa. La que ha liado en un momento.

—¿Qué quieres, Andrés? Estás muy lejos de tu casa, ¿no? —Oigo a Nadia.

—¿Qué coño haces aquí? ¿De fiesta después de cortar? —le recrimina Andrés.

—No, voy a quedarme en casa, llorando por los rincones —le suelta irónica.

—Pues eso deberías estar haciendo. Porque yo... yo no... —Se echa las manos a la cara—. Joder. Hace una semana que cortamos.

—Tú fuiste el que cortó. No yo. ¿Qué quieres? —se enfada Nadia.

—Que vuelvas conmigo. Me equivoqué. Lo siento. Yo te... te quiero —dice él.

—Cortaste sobrio. Si quieres volver, tendrás que hacerlo del mismo modo. Me voy —le dice.

—*Nooooo*. Espera. —La coge del brazo y tira de ella.

Me muevo hacia delante por inercia para ir en su busca, pero Jorge me detiene con sus brazos.

—Eh, fiera. Ahora mismo no estás en condiciones de pelearte otra vez.

—Pues ve a buscarla tú, por favor —le pido.

—Ya voy yo —dice César detrás de mí. Avanza hacia ellos. Nadia intenta soltarse de la mano de Andrés—. Disculpa —interviene—. Suéltala, por favor. Ella no quiere hablar contigo ahora, como te ha dicho. Vuelve otro día.

—Y tú, ¿quién cojones eres? —grita el otro.

—Soy un amigo de Nadia. —Se acerca más a ellos.

—Pues Nadia es mi novia y estoy hablando con ella.

—Andrés, te he dicho que, si quieres hablar, vengas sobrio. No es buen momento para tener esta conversación. Tenemos que llevar a Vera al hospital. Está sangrando —le explica.

—¿En qué coño te has metido esta vez, Vera? —me grita desde la distancia—. Tú siempre liándola. Si es que se lo he dicho un millón de veces a Nadia, eres una maldita buscona.

Me revuelvo en los brazos de Jorge. Pero no me suelta.

—Le voy a partir la cara a ese imbécil —digo.

—¿Quieres estarte quieta? —me regaña Jorge.

Plaaaaaffff.

¿Nadia le acaba de dar un guantazo a Andrés? Si no lo agarran por detrás sus amigos, se cae de culo al suelo.

—No vuelvas a hablar así de Vera, ¿me oyes? Lárgate de aquí y que no se te ocurra volver, ni sobrio ni borracho —grita mi amiga con vehemencia. Se da la vuelta y viene hacia nosotros. César la sigue.

—Vaya amigas tienes, fieras. —Se ríe por lo bajo Jorge y me hace reír a mí.

—*Ssssshhhh...* calla, que vienen. —Me pongo seria. Y a él se le escapa la risa.

—Vamos al hospital —me dice Nadia. Me agarra por el lado donde no está Jorge.

—No te preocupes, Nadia. Yo la llevo. Vete a casa con César. Estás muy nerviosa. Necesitas tranquilizarte —sugiere Jorge al ver que Nadia tiembla como una hoja.

—Sí, será lo mejor. Avisa a Carlota y le dices que no se preocupe, ¿vale? —le digo con cariño, porque está a punto de echarse a llorar.

—Siento lo que ha dicho Andrés —se disculpa.

—Tranquila, cariño. —Yo ya lo sabía hace tiempo, pero era el novio de mi amiga, no se lo iba a decir así de claro. Aunque, ahora que lo pienso, debería haberlo hecho, nos habríamos ahorrado el panorama de esta noche; al menos, esta parte.

Suena un móvil y veo a Jorge meter la mano en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Dime, Mauro —contesta—. Vale, vamos para allí. —Y cuelga—. Vamos, ya están al final de la calle con el coche. —Me agarra fuerte y me desliza junto a él.

Caminamos los cuatro juntos hasta el final de la calle, donde Mauro y Sergio nos esperan en el coche. Le doy un beso a Nadia y a César.

—Cuídamela, por favor —le susurro a César. Él asiente.

Sigo caminando y Jorge abre la puerta trasera de un Jeep negro. Me ayuda a subir y cierra la puerta, él da la vuelta y se mete por el otro lado. Me abrocha el cinturón y se sienta junto a mí. Dentro huele a nuevo.

—¿A quién le habéis robado este coche? —bromeo a medias.

—No se lo hemos robado a nadie, es mío —contesta Mauro—. Hasta con la ceja partida tiene ganas de cachondeo, la maja. —Se echa a reír. Y los demás también nos reímos.

—Vera, ¿sabes la dirección del hospital al que tenemos que ir? No sé si te

acuerdas, pero no somos de aquí. —Sergio me mira a través del retrovisor.

Le digo el nombre del hospital y la dirección, Mauro lo pone en el GPS y arranca el coche. Apoyo la cabeza en el hombro de Jorge y él me acaricia el pelo y la mejilla.

Creo que me quedo medio dormida, porque en lo que me parecen treinta segundos, Jorge me vuelve a sacar del coche en brazos y entra a Urgencias conmigo a cuestas. La luz blanquecina del lugar me hace abrir los ojos; bueno, *el ojo*, porque el otro lo llevo tapado con el pañuelo de Mauro. Me pasan a un *box* para examinarme la herida.

—Es poca cosa, tranquila —me dice una doctora bastante joven, debe de ser de mi edad. —Con puntos adhesivos será suficiente.

—De acuerdo, gracias —le digo.

—Ahora aviso a una enfermera para que venga a curarte. —Se levanta del taburete y sale por la puerta.

—Al menos no voy a perder el ojo. —Sonrío.

Jorge suelta una carcajada y se acerca a mí.

—Estarías preciosa incluso con un parche, fiera. —Pasa sus ojos por todos los rasgos de mi cara. Me acaricia la mejilla con el pulgar y me besa con suavidad los labios.

Este tío podría volverme loca en muy poco tiempo, si es que no lo ha hecho ya.

Se abre la puerta y entra una enfermera de unos cincuenta años y que no levanta el metro y medio del suelo. Muy enérgica en todos sus movimientos. Se acerca y me examina la ceja.

—Esto no es nada, cariño. Enseguida te irás a casa —dice en tono amable.

—Gracias.

En menos de media hora, salimos por la puerta del *box* en dirección a la salida, donde Mauro y Sergio nos esperan sentados en la sala.

—Cielo, ¿cómo estás? —Me abraza Mauro.

—Bien. Cansada, pero bien —contesto, metiendo mi cara en su pecho. Me encanta que sea tan cariñoso, es como un osito de peluche, pero sin pelo y sin michelines.

—Venga, vámonos. Que estarás agotada y querrás descansar. —Sergio me da un beso en el pelo.

Salimos los cuatro a la calle y nos metemos en el coche.

—¿Adónde te llevamos? —pregunta Mauro.

—Al hotel —contesta Jorge—. Nadia está con César en su casa. Marcos

irá con Carlota a tu casa, no la va a dejar sola después de lo que ha pasado. El mejor sitio para que descanses sin que te molesten es en mi habitación. — Jorge me mira con una cara que no admite discusión.

—Vale, me has convencido. —Le sonrío—. ¿Has hablado con ellas? No tienes su número.

—César me ha dado el suyo antes de irnos —contesta—. No es tan difícil dar un número de teléfono. —Se ríe muy cerca de mi boca y, si no estuviera tan cansada, le mordería esos labios tan jugosos que tiene.

Llegamos al hotel y subimos los cuatro en el ascensor desde el *parking* a la tercera planta. Arrastro los pies, apenas puedo sostenerme. Imagino que el subidón de adrenalina de hace un rato está empezando a bajar y, con él, mis ganas de seguir despierta.

—Cielo, mañana te traeré ropa para que te cambies, ¿de acuerdo? —me dice Mauro.

—¿Tienes ropa de tía? —pregunto sorprendida.

—No preguntes. —Sonríe Jorge.

Vale. No pregunto.

Nos despedimos con besos y abrazos y nos metemos en la habitación.

—Dios, necesito una ducha, pero estoy tan cansada que no tengo ni ganas.

—Ya te ducharás mañana. Ahora acuéstate, venga.

—Vale. ¿Tienes una camiseta para prestarme?

—Sí, ahora te busco una.

Me meto en el baño y me desnudo. Me lavo la cara con cuidado de no mojar los puntos adhesivos e intento quitarme el maquillaje que me queda lo mejor que puedo, con la toalla y agua. Miro la herida con detenimiento en el espejo; está un poco hinchada y amoratada, pero no es muy grande, solo ocupa el final de mi ceja izquierda. Salgo desnuda, después de lavarme los dientes y asearme.

—¿Tú pretendes que no duerma esta noche? —pregunta Jorge con los brazos cruzados sobre su pecho desnudo. Solo lleva el bóxer puesto.

—¿Y tú?

—Yo llevo mis vergüenzas tapadas.

—Ese pecho es una vergüenza y lo llevas al aire.

—Toma. —Me tira la camiseta—. Tápate si no quieres que te deje sin dormir toda la noche. —Sonríe socarrón y se mete en el baño.

Dejo mi ropa sobre el escritorio y me pongo su camiseta. Dios, cómo huele a él. Me llevo la tela a la nariz y aspiro con fuerza, y me parezco a una

psicópata. Aunque, para psicópata, Raquel. Menudo follón ha liado. Ahora no quiero pensar en eso, estoy demasiado cansada. Cojo el móvil y escribo en el grupo de mis amigas que acabo de llegar al hotel con Jorge. Después de contarnos brevemente que estamos bien, quedamos en hablar por la mañana. Me meto en la cama y me duermo antes de apoyar la cabeza en la almohada.

6

Noto un cosquilleo en la mejilla que me hace sonreír. Abro un ojo y veo la cara de Jorge junto a la mía; me está besando muy despacio por todo el rostro y su pelo me acaricia la piel. Me besa en los labios. Ronroneo un poco y me muevo bajo su cuerpo. Está apoyado con los brazos a cada lado de mis hombros. La luz de la calle vuelve a entrar por las rendijas de la persiana, como la primera vez que estuve aquí.

—Buenos días, fiero. ¿Cómo estás? —susurra en mi oído.

Me da un escalofrío por todo el cuerpo al oír su voz suave. Muevo las cejas y noto una pequeña tirantez en la izquierda, pero no duele casi nada.

—Buenos días. Bien. Casi ni lo noto. —Lo abrazo por la cintura.

—¿No? —pregunta con mirada traviesa.

—No —digo en el mismo tono—. Pero necesito una ducha.

—Perfecto. Vamos —dice. Se incorpora y tira de mi mano, despacio, para ayudarme.

Me levanto y lo sigo. Está completamente desnudo y, cuando se da la vuelta y veo su tatuaje, casi idéntico al mío, y su culo prieto y redondo, siento un latigazo en el estómago. No acabo de creer que tengamos la piel marcada con el mismo dibujo. Es algo que me descoloca, como si ese hecho tuviera que decirme algo, que signifique algo más que una simple coincidencia.

Entramos al baño y se da la vuelta hacia mí. Me levanta la camiseta y la saca por mi cabeza con cuidado de no rozar mi ojo. La lanza por encima de su hombro y me abraza por la cintura. Su erección se me clava en el vientre y me remuevo contra ella. Jorge emite un gemido que me trago hasta la garganta, porque allí tiene metida su lengua. Los besos se vuelven más salvajes y ya empiezo a notar como se humedece el centro de mi cuerpo. Él me eleva sobre su cintura y abro las piernas para colocarlas en sus caderas. Su glándula roza el interior de mi muslo y bufo en su boca.

—Dame una sola razón por la que no deba follarte durante todo el puñetero día —jadea en mi oído, mientras pasa su lengua por mi cuello.

—Tengo que ir a casa a ver cómo están mis amigas —susurro. Y no veas cómo me jode, pero he de hacerlo. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Bien, pero esta noche no te escaparas. —Sigue besándome.

—Vale.

Y me mete en la ducha, donde sus embestidas conmigo alrededor de su

cintura me hacen gritar como si nunca en la vida hubiese tenido un orgasmo tan glorioso. Y creo que, en realidad, no lo he tenido hasta el momento en que me crucé con él en el pub.

Mauro y Sergio se pasan por la habitación a ver cómo estoy y a traerme ropa, tal como me prometió Mauro la noche anterior. En la bolsa que me ofrece hay un conjunto de ropa interior negro de encaje, un *short* blanco y una camiseta básica en color rosa.

—¿Esto es tuyo?

—Solo la ropa interior. —Se ríe—. Está limpia, eh. El resto he bajado a comprarlo.

—No tenías por qué. Dime lo que te ha costado y te lo pago.

—Tú estás tonta. No es necesario. Te lo mereces por la noche que pasaste.

—Siento que la cosa acabara en una batalla campal. Gracias por todo lo que hicisteis por mí. —Me siento un poco culpable por que la primera noche que nos conocemos, acabáramos en el hospital. Y eso que no vieron a Nadia pegarle el bofetón a Andrés. Dios, vaya noche.

—Un placer ayudarte, preciosa —contesta Sergio y me da un beso y un abrazo sobre el albornoz que llevo puesto—. Nos vemos luego. Saluda a tus amigas de nuestra parte y espero que estén bien. —Vaya, pues, al parecer, no piensan que estamos locas, o al menos no lo dicen.

—Sí, ahora voy para casa, a ver qué se cuentan. Gracias de nuevo, de verdad. —Me quedo mirando la puerta por la que se marchan—. Son geniales —le digo a Jorge.

—Sí, son como mis hermanos.

—¿Tienes hermanos? —pregunto con timidez.

—No, soy hijo único. Ellos han sido mis hermanos toda la vida.

—Pues tienes los mejores. —Sonrío mientras empiezo a vestirme.

—Sin duda —constata.

Media hora más tarde, me despido de Jorge en mi portal.

—No sé lo que me voy a encontrar ahí arriba. —Saco el móvil del bolso—. Dame tu número y te llamo luego, para quedar. —Levanto la cabeza y veo que me mira con una ceja levantada y los brazos cruzados sobre el pecho—. Si quieres, claro.

—¿Crees que te has ganado que te dé mi número? —dice con una media

sonrisa.

—Me han partido una ceja. A lo mejor necesito que me vuelvas a llevar al hospital —bromeo con cara de pena.

—Vale. Apunta. —Y sin más, me canta su número, que anoto en mi agenda.

Acto seguido, lo marco y le hago una llamada perdida. Suena su móvil y se corta a los pocos segundos.

—Ya tienes el mío.

—Por fin, gracias —Sonríe.

—De nada.

—Espero que tus amigas estén bien; cualquier cosa me llamas. —Me coge de las mejillas y me da un beso en los labios.

—Vale. Hasta luego.

—Adiós, fiero.

Cuando salgo del ascensor, suena un pitido en mi móvil. Lo miro porque aún lo llevo en la mano y leo el mensaje.

Jorge: «Eres la chica más increíble que he conocido nunca».

Me quedo de piedra y sonrío. Debería contestar, ¿no?

Yo: «Y aún no has visto nada».

Y salgo de la aplicación porque me ha dejado tan perpleja que no sé qué más contestar. Hace tan solo unos días que nos conocemos y ya me dice que soy increíble. Eso sí que es *increíble*.

Entro en casa despacio. Suena música suave en el salón. Camino por el pasillo y veo la habitación de Carlota vacía y ordenada. Entro a la mía y dejo la bolsa con la ropa que llevaba puesta anoche. Me quito el bolso y los zapatos. Vuelvo a salir al pasillo y la habitación de Nadia también está vacía. La puerta del baño está cerrada. Llego al marco de la puerta del salón. Desde allí puedo ver a mis dos amigas sentadas en la terraza.

—Hola, *nenis* —saludo, al asomarme a la vidriera.

Las dos se dan la vuelta y saltan de sus sillas para venir a abrazarme.

—¡Vera! Lo siento. Lo siento mucho —dice Carlota. Se separa un poco y me mira la ceja—. Dios, cómo lo siento.

—Tranquila. No es nada. Pero la próxima vez, haz el favor de no ponerte el pedrusco ese. —Sonrío. Ella se ríe y me vuelve a abrazar—. ¿Estás bien? —le pregunto a Nadia, que aún sigue pegada a nosotras y le doy un beso en la mejilla.

—Sí, estoy bien. Ven a sentarte. Cuéntanos qué te dijeron en el hospital —me invita.

Las tres nos sentamos alrededor de la mesa de la terraza.

—¿Quieres tomar algo? ¿Has desayunado? —pregunta Carlota.

—Sí, he desayunado en el hotel con Jorge —contesto—. Pero me vendría bien una de esas. —Señalo los botellines de cerveza que tienen sobre la mesa.

—Perfecto. —Carlota se levanta, va a la cocina y me trae una.

Las dos me miran. Le doy un trago a la cerveza.

—Nada. Me limpiaron bien la herida, la desinfectaron y me pusieron los puntos adhesivos. Es poco profunda y no tuvieron que darme puntos de sutura. Pero la ceja sangra mucho y parecía más de lo que en realidad me había hecho —explico con tranquilidad—. Cuando se me despeguen los apósitos ya estará curada. Que me la vaya limpiando con suero y me ponga yodo.

—De verdad que lo siento. Pero cuando vi a Raquel allí, hablándome de esa manera, como si aún estuviésemos en la oficina, me empecé a calentar. Y cuando soltó que era ella la de las flores casi me da un ictus. La hostia que me dio fue la gota que colmó el vaso, claro. ¿Te lo puedes creer? Me pegó un bofetón, joder. Me cegué. Quería matarla. Literalmente —cuenta Carlota con la cara descoyuntada.

—Y lo habrías hecho si no os separamos. Nunca te había visto tan enfadada. Estabas como poseída. —Nadia sonrío para quitarle un poco de hierro al asunto.

—Sí, no sé qué me pasó. Bueno, sí, que me cruzó la cara. —Carlota se toca la mejilla donde su exjefa le había pegado—. Vicky se ha portado muy bien conmigo. Ha dado orden de que no la dejen entrar al pub si aparece por allí otra vez y me ha dicho que, si esta noche no quiero ir a trabajar, me quede en casa. Pero no me quedaré, iré a trabajar. No quiero que esa energúmena condicione mi vida. Ahora ya no trabajo para ella, así que se va a tener que acostumbrar a que no pienso pasarle ni una —explica, muy segura de lo que dice.

—Me parece perfecto. Pero deberías ir a la poli. Al menos a poner una denuncia preventiva, por si acaso. Lo que ha hecho es acoso —propongo muy seria.

—Yo también opino lo mismo —apoya Nadia.

—Sí, supongo que tenéis razón. Iré a la poli y preguntaré si se puede hacer algo —contesta Carlota—. No sé por qué narices les dije a mis compañeros, cuando me despedí, dónde trabajo. Seguro que por eso ella lo sabía.

—Porque tienes la boca como un rape. —Me río—. Yo te acompañaré a comisaría.

—Vale, iremos una tarde de la próxima semana.

Las dos miramos a Nadia.

—Estoy bien, no os preocupéis —responde a nuestra pregunta no hecha—. Andrés me ha llamado esta mañana cuando estaba en casa de César. Se ha disculpado y le he dicho que no vuelva a ponerse en contacto conmigo nunca más —explica un poco tensa—. Tú tenías razón —se dirige a mí.

—¿Yo? ¿En qué? —pregunto, porque no recuerdo haber dicho nada al respecto.

—En que es un gilipollas —sentencia—. Sé que lo piensas, pero nunca has dicho nada. Solo había que mirarte la cara de asco que ponías cada vez que hablaba de él o quedábamos todos juntos. —Sonríe y yo también. Nunca he podido evitar que mis pensamientos se reflejen en mi cara—. En cambio, él siempre te ponía verde. Debí dejarlo hace tiempo. Un novio que critica a tus mejores amigas no es bueno —termina diciendo.

Le cojo la mano y se la aprieto para que sepa que estoy con ella y siempre lo estaré, pase lo que pase.

—Por cierto, Jorge está cañón. —Sonríe Carlota.

—Sí, es bastante atractivo —contesto, un poco cohibida.

—¿Atractivo? —Se ríe Nadia, por fin—. Es más que eso, y además parece buen tío. Estaba preocupado por lo que te había pasado.

No quiero pensar demasiado en ello. Es normal que, si te ocurre algo, las personas que están contigo en ese momento se preocupen. Pero, realmente, se portó genial. Y eso no hace otra cosa que dificultar la sensación de agobio que se me mete en el cuerpo cuando pienso en que en unos días se marchará.

—Y qué majos sus amigos, ¿no? —añade Carlota. Creo que se ha dado cuenta de que mi cabeza es un hervidero.

—La verdad es que sí. Han bajado esta mañana a comprar esta ropa para que pudiera cambiarme, porque mi vestido estaba lleno de sangre. Pero la ropa interior es de Mauro —digo divertida, mientras intento mitigar el nudo de mi estómago.

—¿Cómo? —se sorprende Nadia.

—No lo sé ni he querido preguntar. Pero llevo un conjunto negro de encaje cojonudo. —Saco un tirante por encima de la camiseta.

—La de guarradas que habrán hecho esos dos con ese conjunto. —Se ríe Carlota.

—Calla, joder. —Me río, mientras sacudo una mano para apartar de mi cabeza cualquier situación que implique ver a Mauro y Sergio haciendo

cualquier cosa con la ropa interior que llevo puesta.

—Se portaron muy bien los tres anoche —dice Nadia—. Jorge nos informó de todo lo que ocurría contigo.

—Sí, son geniales. —Clavo mis ojos en el techo de la terraza.

—Te gusta —afirma Carlota, sin poder aguantarse más. La conozco demasiado bien.

—Se marcha el próximo domingo. Esto no es más que un rollo de verano y no va a haber nada más —argumento, pero no me convence ni a mí.

—Vera, ya has tenido una relación a distancia. Lo llevaste bien, puede que funcione —dice Nadia.

—No quiero hablar de eso ahora. —Y me sale un tono de frustración que no me gusta nada.

—Nunca había visto ese brillo en tus ojos, como cuando estás con él —dice Carlota.

—He dicho que no quiero hablar de eso. —Me levanto de la silla y recojo las tres botellas de cerveza vacías—. Voy a hacer de comer. Esta tarde trabajo y quiero descansar un poco antes de irme.

Pasamos las siguientes horas en la cocina y comemos en la terraza, planeando la noche. Quedamos en vernos en el pub. Carlota y Nadia irán con César. Marcos me dejará en casa después de trabajar y me recogerá Jorge. Nos veremos allí para intentar pasar un rato agradable y olvidar todos los incidentes de la noche anterior. Proponemos nuestro plan a todos los chicos y les parece perfecto.

Y aquí estamos todos, hablando en la esquina de la barra donde sirve Carlota. Quien dice hablando, dice riendo, bailando y haciendo el ganso, porque Mauro es un espectáculo en sí mismo y nos arrastra a todos con él. Marcos está desatado, ha hecho muy buenas migas con él y bailan como dos *locas*. César no se separa de Nadia, y Sergio habla continuamente con ellos. Jorge me rapta de vez en cuando del lado de Mauro y Marcos, con los que bailo como si no hubiera un mañana. Y sí, parece que se nos ha olvidado el mal trago de la noche anterior.

A las cuatro y media, empieza a sonar *With or Without You*, de U2, y Jorge me arrastra al centro de la pista, donde hay un millón de parejas bailando. Me abraza por detrás, dejando su cuerpo pegado a mi espalda. Su brazo izquierdo

me cruza el pecho por encima de mi hombro y el derecho está alrededor de mi cintura; coloco los míos sobre los suyos. Nos movemos los dos al ritmo lento de la música y su boca susurra la canción en mi oído. Esto que voy a decir me sorprende hasta a mí, pero en mi vida he tenido la sensación de estar tan a gusto en ninguna parte como entre los brazos que me sostienen en este momento. Y cierro los ojos porque quiero expresar al máximo esta plenitud.

Noto la mano de Jorge, que baja de mi cintura hacia el interior de mi falda de vuelo. Aprieta mi nalga derecha, mete la mano por debajo de mi ropa interior y la coloca en el mismo centro, entre mis piernas. A estas alturas ya estoy jadeando, en silencio.

—Me vuelves loco cuando te mojas así —ronronea sobre mi cuello. Ahogo el rugido que me viene a la garganta, porque ha metido uno de sus dedos dentro de mi cuerpo y otro me acaricia, con lentitud, el punto exacto de mis terminaciones nerviosas—. Córrete para mí, fiero —me dice justo antes de besarme con fuerza. Gimo en su boca porque lo que está haciendo bajo mi falda es morboso y excitante. Se balancea contra mis caderas, de las que solo lo separan su brazo metido entre los dos. Mi cuerpo va por libre y solo reacciona a su caricia. Los espasmos que siento en el interior de mi bajo vientre cada vez son más enérgicos y estoy segura de que en segundos voy a explotar. Se lo hago saber, apretando su brazo con mi mano, y él acelera el movimiento y su beso. Y estallo de forma brutal. Cuando me desplomo contra su pecho, él saca la mano de mi falda y deja de besarme para chuparse los dedos. Abro los ojos de par en par, y él sonrío lascivo—. Exquisito —susurra, y con esa misma mano me agarra del cuello para volver a besarme. Noto en su boca mi sabor salado y me muero de ganas otra vez—. Vámonos —dice, y tira de mí hacia la barra, donde nos despedimos de todos, no sin antes cerciorarme de que el plan de vuelta a casa queda concretado. Mis amigas volverán debidamente acompañadas.

Cuando entramos por la puerta de la habitación casi nos arrancamos la ropa a tirones. Y todo se convierte, allí dentro, en un sinsentido de besos húmedos, caricias ansiosas, palabras calientes, baile de dos cuerpos sudorosos; un sexo desmedido que ni en un millón de vidas podría haber imaginado que sería capaz de disfrutar, y me doy cuenta de que todos mis sentidos jamás volverán a experimentar nada igual si no es con él.

Es lunes por la tarde. Carlota y yo vamos, a primera hora, a la comisaría para que nos informen de lo que se puede hacer respecto al incidente con Raquel. Nos explican que puede poner una denuncia por haberle pegado. Abren expediente con todo lo que Carlota les explica, desde el acoso en su antiguo trabajo hasta la pelea en el pub, pasando por el envío de las flores y que su exjefa acabó por confesar. Nos indican que volvamos si ocurre cualquier otro incidente para añadirlo a la denuncia *preventiva* y nos dan un número de teléfono directo con la agente que nos ha atendido, donde podemos llamar si tenemos cualquier problema. No salimos de allí muy convencidas, pero al menos han anotado todo lo que les hemos contado.

Al subir al coche, suena mi móvil y es de un número que no conozco.

—¿Sí? —contesto con cautela, porque a estas alturas ya no me fío de nada.

—Vera, cariño. Soy Mauro. Jorge me ha dado tu número. Te dije que pasaría a ver tus cuadros hoy. ¿Te va bien? —dice de corrido.

—Hola, Mauro. Sí. —Miro mi reloj—. En media hora estaré en casa. ¿Sabes la dirección?

—Jorge me ha dicho dónde es, pero no sé el piso.

—Tercero tercera. Si quieres, te aviso cuando llegue.

—Vale, cielo. Avísame y voy a verte. Hasta luego.

—Hasta ahora.

Guardo el móvil en el bolso y le explico a Carlota lo que estuve hablando con Mauro sobre mis cuadros, mientras conduce nuestro viejo Corsa azul oscuro. Sí, tenemos un coche para las tres. No lo necesitamos demasiado, porque trabajamos cerca de casa y nos apañamos bastante bien compartiéndolo.

Cuando llegamos a casa, aviso a Mauro y, en menos de quince minutos, está plantado en la puerta.

—Hola, bonita. —Me da dos besos al entrar.

—Hola, ojazos. Pasa. —Camino por el pasillo y me sigue hasta el salón, donde he colocado todos los cuadros que tenía metidos en un rincón de mi habitación.

Carlota sale de la cocina para saludar.

—Hola, Mauro.

—Hola, guapa. ¿Qué tal estás? ¿Ninguna novedad de tu exjefa? —se

interesa.

—No. Y espero no volver a saber nada de ella en toda mi vida.

—Seguro que no vuelve a acercarse a ti después de la paliza que le pegaste el otro día. Menuda matona estás hecha. —Se ríe.

—Se me fue un poco la mano, creo. —Y me mira con culpa—. ¿Quieres tomar algo?

—Una cervecita fresca estaría genial —contesta él.

—Bien. Ahora te la traigo.

Mauro se da la vuelta hacia el salón y se acerca a mí, que estoy junto al sofá, donde he colocado los diez cuadros de diferentes tamaños. Camina hacia ellos y los observa detenidamente, sin decir palabra. Carlota sale de la cocina y le deja la cerveza sobre la mesa baja, que he apartado hacia un lado para colocar bien todas las pinturas. Mauro le da las gracias y ella se marcha a su habitación para dejarnos intimidad. Él saca su móvil del bolsillo trasero de su tejanos.

—¿Puedo? —Me pide permiso para fotografiarlos.

—Sí, claro.

—¿Sabes la medida exacta de cada uno?

—Está escrito en la parte trasera, y también el tipo de material que utilicé.

—Perfecto.

Los fotografía uno a uno y anota las medidas. Se guarda el móvil y coge cada uno para observarlos de cerca; los toca y los pone de perfil para verlos entre las diferentes luces y sombras del salón. Yo solo hablo cuando me pregunta algún detalle y lo contemplo hacer su trabajo, con fascinación.

—Déjame unos días para hacer unas llamadas, pero es posible que me los lleve todos —dice cuando acaba de mirarlos.

—¿Todos? —pregunto incrédula.

—Sí, tengo varios trabajos pendientes y ya los he visualizado colgados en las paredes de algunos de ellos.

—¿Estás seguro? —insisto, porque estoy bastante sorprendida.

—Tú déjame a mí.

Se da una vuelta, observándolo todo, y descubre el cuadro de dos metros que hay colgado sobre la pared lateral del salón, frente a la vidriera de la terraza.

—¿Este también es tuyo?

—Sí, pero ese no está en venta.

—¿Por qué? —pregunta, sin dejar de mirarlo.

—Porque es el primero que pinté cuando me gradué. Simboliza el final de una etapa y el inicio de otra.

—¿Con qué lo pintaste? —se acerca y toca los relieves que sobresalen del lienzo.

—Óleo, con las manos.

—¿En serio? —Me mira intensamente.

—Sí, tuve pintura metida en las uñas más de dos semanas después de acabar. —Sonrío.

—Me encanta.

Es un cuadro lleno de colores vivos. En la parte izquierda hay espirales en tonos naranjas, amarillos, verdes y granates, todas mezcladas unas con otras. En la parte derecha hay un fondo en diferentes azules y marcas horizontales en rojo que hice arrastrando las manos. Aún recuerdo el tacto de la pintura resbalando por mis dedos, fue increíble. No sé por qué no he vuelto a pintar con ellas. Aquella sensación fue una de las mejores que he tenido en la vida. Debería volver a hacerlo.

—La parte izquierda son tus años de universitaria, ¿verdad? —dice, y yo me quedo estupefacta—. Y la derecha... es tu vida frente al mar... El rojo te sienta de maravilla. —Se gira hacia mí y me guiña un ojo.

—¿Cómo has sabido eso? —pregunto, impresionada.

—Te dije que era el mejor. —Se ríe a carcajadas—. Yo también estudié Bellas Artes. Sé lo que es pintar con el alma —dice más serio.

Sé que soy bastante fiel a mis sentimientos y pensamientos, pero que alguien que apenas me conoce lo vea tan claro no sé si me halaga o me asusta.

Mauro se marcha una hora más tarde, después de decirme que embale todos los cuadros para el domingo; los recogerá antes de marcharse a Zaragoza.

—Imagino que no tienes registradas estas pinturas.

—No.

—Pues las próximas vas a tener que registrarlas, porque, si todo va bien, te voy a hacer muchos encarguitos.

—Bueno, lo vamos hablando. Quizá a tus clientes no les interesen tanto como crees.

—A mis clientes les interesa lo que yo les aconsejo, cariño. —Me guiña un ojo. Sonrío ante tal descaro—. Me marchó ya, no quiero entretenerte más y, además, no quiero que Sergio y Jorge se queden todos los rayos de sol.

—¿Han ido a la playa?

—Sí, hoy nos lo hemos tomado de relax. Ya tuvimos bastantes emociones el fin de semana.

—Lo siento. —Qué vergüenza siento aún por lo ocurrido—. Por cierto, te he lavado el conjunto lencero. Llévatelo. —Empiezo a caminar hacia mi habitación.

—Ah, no. Te lo regalo.

—No, no. Es tuyo y te debió de costar una pasta.

—Vera, he dicho que te lo quedes. Yo tengo más. Y estoy seguro de que a ti te queda mucho mejor que a mí. —Se ríe.

Virgen Santa, este hombre está como una cabra. Me río y lo abrazo muy fuerte.

—Muchas gracias, Mauro. De verdad. Eres un tío genial.

—De nada, guapa. Te lo mereces, tienes mucho talento. —Me besa en el pelo.

El resto de la semana transcurre tranquila. Nadia, trabajando, como siempre, y afianzando su posible relación con César. Carlota, renovando su currículum y buscando ofertas de empleo que le interesen. Se hace cargo de más tareas de casa por tener más tiempo libre. Y queda con Marcos algunas tardes para salir a pasear o tomar algo. Y yo, trabajando por la mañana en la oficina y por las tardes en casa, editando los trabajos fotográficos. Como cada noche, me voy un rato a la playa, con Jorge, a sufrir calentones que no bajan, aunque me duche con agua fría al llegar a casa, porque lo de tocarme sola me parece insuficiente comparado con lo que siento bajo sus manos.

El viernes llega casi sin darnos cuenta y esa tarde, Carlota y yo nos metemos en la cocina para preparar la cena que bajaremos a la playa para celebrar la noche más corta del año, pero no por ello menos intensa. Nadia se une a nosotras más tarde, cuando llega de trabajar.

A las ocho y media, bajamos a la playa cargadas como burras con una nevera portátil llena de bebidas y otra de comida. Mantel, servilletas, platos de plástico y demás menaje para un auténtico picnic playero. Los chicos se encargan de las bebidas alcohólicas y el postre. Buscamos un hueco grande en la arena para colocarlo todo y nos disponemos a empezar la velada rodeados de otros grupos que, como nosotros, se han acercado a la playa para celebrar esta noche.

—Esta es la mejor tortilla de patatas que me he comido en la vida —suspira Mauro, mientras se lleva un buen trozo a la boca con los dedos.

—Es obra de Vera, es la mejor haciéndola —dice Carlota.

—Venga, no es para tanto. Solo es una tortilla —me quejo—. Yo prefiero la pizza de Carlota, aunque solo lleve hierbajos. —Me río. Mi amiga me da una patada en el pie.

—Yo soy más de carne —dice Sergio, dándole un bocado a su gran bocadillo de hamburguesa llena de ketchup y mayonesa.

—No es necesario que des más detalles. —Se ríe Jorge.

Y todos nos echamos a reír por el doble sentido de la frase.

El ambiente está animado y se oyen diferentes músicas a nuestro alrededor, cosa que nos ha alentado para no poner la nuestra y que parezca un popurrí indescifrable. Al anochecer, algunos grupos encienden hogueras y otros, como nosotros, plantamos en la arena algunas lámparas solares que hemos cargado durante el día. Puedo incluso ver algunos farolillos con velas en su interior.

Es una noche mágica, llena de sensaciones positivas; como si el comienzo del verano tuviera que traer nuestros mejores deseos. *La Nochevieja veraniega*, podríamos bautizarla.

Mauro no hace más que llenarme la copa de lambrusco, así que noto como la vejiga empieza a necesitar un cambio de agua. Estamos cerca de casa y hemos ofrecido nuestro baño para ir a descargar el líquido sobrante. Todos han ido subiendo cuando lo han necesitado.

—Voy al baño, ya no aguanto más —informo y me levanto de encima del mantel.

—Te acompaño —se ofrece Jorge.

—Cuidado. La última vez que me dijiste esa frase no volviste a dormir a casa. —Se ríe Nadia, mientras bebe de su copa de vino tinto.

—Serás petarda. —Le doy con el pie en la rodilla. Recuerdo a la perfección esa noche en la que Jorge me abordó en el pub después de salir del baño.

—Eso me lo vas a explicar —dice Sergio.

—Ahora mismo te lo cuento —contesta mi amiga con una sonrisa—. En cuanto estos dos se larguen. —Se ríe de nuevo.

—Me voy. —No quiero oír su versión de los hechos, porque seguro que se rieron de lo lindo a mi costa, por irme a fornicar con un desconocido.

Jorge me sigue. Vamos cogidos de los dedos y entramos en casa. Cuando cierro la puerta, él me agarra de la mano y me estampa contra la pared del

recibidor para besarme en la boca con fuerza. Su lengua desgarró un gemido de mi garganta y en menos de quince segundos estamos jadeando como animales. Me coge de las nalgas y me eleva hasta su cintura, donde poso mis piernas.

—Segunda puerta a la izquierda —ronco en su boca.

Joder, cómo me pone este hombre en cuestión de segundos. Es increíble.

Camina por el pasillo sin dejar de besarme y metiendo sus dedos por la parte central de mis *shorts*. La puerta de mi habitación está abierta y se cuela dentro. Me tira sobre la cama y se echa encima de mí. Mete su mano por debajo de mi camiseta y aparta la copa del sujetador. Juega con el *piercing* de mi pezón y yo me retuerzo bajo su cuerpo.

—Jorge, tengo que ir al baño... es urgente —le digo, porque noto que, a pesar de la agitación que siento entre las piernas, no puedo concentrarme porque la vejiga me va a explotar.

Se incorpora y deja que me levante. Salgo de la habitación hacia el baño y él me sigue. Intento cerrar la puerta, pero él pone la mano y entra conmigo.

—Voy a mear, Jorge. ¿De verdad quieres verlo? —me burlo. Él asiente y yo, ni corta ni perezosa, me bajo los pantalones y las bragas, me siento en la taza y abro las piernas, sin dejar de mirarlo. Él se coloca de rodillas frente a mí y me besa. Dios, esto es muy difícil. Te lo aseguro, hacer pis mientras te besan se convierte en una puñetera odisea. Me concentro un poco más en la parte baja de mi cuerpo y por fin puedo soltar el líquido. Él mete su mano entre mis piernas y me toca mientras lo hago. Mi cuerpo se estremece de una forma que, aunque sea imposible con él, no había conocido y gimo, gimo fuerte —. ¿Dónde has visto hacer estas cochinas? —susurro con voz ronca, y se me escapa la risa. Me sorprende no sentirme incómoda por lo que hacemos; debe de ser por la excitación, el alcohol y que este tío me pone más caliente de lo que había pensado.

—No lo sé. Eres tú, me vuelves loco y no dejo de hacer cosas que no había hecho en mi vida. Me has convertido en un perverso. —Sonríe sobre mis labios.

—Claro, es culpa mía que seas un degenerado —jadeo y él me quita, con la otra mano, los pantalones y las bragas, que deja apartadas en el suelo.

—¿Has terminado? —pregunta. Asiento. Y sin dejar siquiera que me levante, me coge a peso y me coloca sobre la encimera del baño que tenemos detrás. Se lleva la mano a la parte trasera de su pantalón y saca la cartera, coge un preservativo y rasga el envoltorio. Me lo da y se desabrocha los

botones de la bragueta, se baja los pantalones y el bóxer. Su erección choca con mis piernas y jadea—. Vamos, ponme el condón, que te voy a follar hasta que grites como la fiera que eres. —Me mira con ojos velados por la excitación.

Sonrío lasciva y hago lo que me pide. Cuando se lo he colocado, se mete dentro de mí con tal ferocidad que no puedo evitar gritar de puro placer. Se mueve rápido y me besa con brutalidad. Le muerdo el labio inferior y gime; lo acompaño en los movimientos de cadera y él mete su mano para acariciar el centro de mis pliegues, que tengo totalmente sensibilizado.

—Quiero oírte gritar mi nombre como un animal —bramo en su oído, cuando estoy a punto de llegar al punto álgido en mis convulsiones.

—Vera... quiero morirme follando contigo —grita—. Veraaaa... —Se tensa entre mis piernas y los dos explotamos, a la vez, en un orgasmo demencial, con nuestros nombres saliendo de la boca del otro, a gritos. Me abraza fuerte mientras intentamos recuperar el aliento. Apoya su frente en la mía y resopla—. No te vayas... —susurra, mientras coge el aire que le falta.

—No voy a irme a ninguna parte —contesto entre sus jadeos. Me abraza fuerte y me besa. Me besa de una forma tan desesperada que me asusta. Intento quitarle importancia a sus palabras, ya que yo no me voy a ir, pero él sí; dentro de poco menos de cuarenta y ocho horas. Y eso está empezando a ser un problema dentro de mi cabeza que no me gusta nada.

—Mauro no deja de hablar de tus pinturas. ¿Me las enseñas? —dice, cuando salimos del baño después de asearnos y recoger lo que hemos desmontado.

—Eh... sí, claro —contesto un poco cohibida. No sé por qué me da vergüenza que él los vea. Quizá porque pienso que dicen mucho más de mí de lo que creía desde que hablé con Mauro.

Entramos en mi habitación y me doy cuenta de que está hecha un desastre; tengo los cuadros amontonados en un rincón, un fardo de papel burbuja y otro de papel para embalar, y ropa amontonada en la silla del escritorio.

—Pues sí que parece una cuadra, sí —se burla él y le doy un puñetazo en el brazo.

No contesto, porque lo que dice es cierto, pero es mi habitación y la tengo como me parece. Sí, puede que dé la impresión de ser un desastre, pero, sinceramente, me da igual. Saco los cuadros uno a uno para que los pueda ver. Los mira con menos detenimiento que Mauro, pero no con menos atención.

—Elige uno y me lo quedo yo. El resto puedes vendérselos a Mauro. Son

buenos. Aunque yo no entiendo mucho de arte. Pero me gustan —dice sonriente.

—De acuerdo. Te regalaré uno de ellos.

—No, no. Te lo pagaré.

—No pienso cobrarte un cuadro. A ti, no.

—Está bien.

Volvemos a la playa abrazados por la cintura y nos sentamos en nuestro sitio sobre la arena.

—¿Un *rapidín*? —se burla Carlota, cuando me coloco a su lado.

Me río a carcajadas.

A la una de la madrugada, como es tradición, fuegos artificiales se elevan en el cielo sobre el mar desde el espigón del puerto deportivo de la población de al lado. Estoy sentada entre las piernas de Jorge con su pecho pegado a mi espalda, medio tumbados, admirando el colorido con el que el cielo oscuro se ilumina. Me acaricia los brazos y me besa el pelo. Y sé que, después de mucho tiempo, va a ser muy difícil despedirme de alguien con el que he tenido una relación, aunque hayan sido solo dos semanas.

Cuando la traca final de petardos termina y el silencio cubre de nuevo el ambiente, todas las personas que estamos allí rompemos en un sonoro aplauso y silbidos estridentes para dar las gracias por el espectáculo.

—Ha sido maravilloso —dice Mauro, emocionado—. ¿Podemos venir cada año a celebrar esta noche aquí?

—Pues claro, tonto. Puedes venir siempre que quieras.

Veo como se levanta y se abalanza sobre mí. Me da mil besos en la cara y yo me muero de risa por su reacción tan desmedida.

—Esta tía es cojonuda, ¿verdad? —le dice a Jorge.

—Esa es la única cosa con sentido que has dicho en toda tu vida —contesta él.

Mauro nos abraza fuerte a los dos, y yo me quedo sin aire porque estoy en medio y su pecho me está obstruyendo las vías respiratorias.

—Me estás ahogando, huevón —lo increpo, e intento coger aire por debajo de su axila.

—Perdona, cariño. —Afloja su abrazo y me da un beso en el pelo.

Cuando los primeros rayos de sol empiezan a asomar por nuestra izquierda, comenzamos a levantar el campamento para volver a casa. Esta vez, cada cual se va a dormir a su cama, porque estamos bastante cansados y resacosos, pero con una sonrisa en los labios por sentir que ha sido una de las

mejores noches de nuestras vidas, al menos para mí. Y sé que para mis amigas también.

—Cuando salgas de trabajar, avísame. Es nuestra última noche juntos y quiero pasarla entera contigo. No quiero ir al pub —me dice Jorge, mientras nos despedimos un poco alejados del resto—. Si quieres, claro.

—Sí, por supuesto. Supongo que llegaré a casa sobre la una. Te aviso —contesto y trato de no dejar al descubierto mi mezcla de ilusión por su propuesta y tristeza porque, como ha dicho, será nuestra última noche.

Me levanto a las doce porque he de intentar dejar embalados los cuadros que Mauro se llevará mañana por la tarde. Ni él ha dicho lo que va a pagarme por ellos ni yo le he dado ningún precio. Ya hablaremos después y nos pondremos de acuerdo; con él parece todo muy fácil. Dejo a un lado el que voy a darle a Jorge, porque desde que me lo dijo tuve muy claro cuál elegiría. Le voy a regalar el que pinté después de dormir la primera noche en este piso. Estuve horas asomada a la terraza admirando el mar. Había luna llena y la luz mortecina se reflejaba en el agua oscura; me evocó tanta calma que al día siguiente comencé a pintar ese paisaje. Es sencillo y oscuro, pero creo que le gustará mirarlo cuando esté en su casa, recordando la sensación de paz que creo que le produjo, la primera noche que me llevó a la playa.

Salgo de la habitación y el piso está en silencio. Mis amigas siguen durmiendo, pero yo he de comer y ducharme antes de que Marcos venga a recogerme a las cinco para ir a trabajar. Hago un poco de pasta con tomate y una mezcla de quesos para que Carlota también pueda comerlo. Cuando salgo de la ducha, Nadia entra en el baño con una cara de modorra impresionante.

—¿Sueño o resaca? —pregunto con burla.

—Las dos cosas —contesta sin abrir los ojos y se sienta en el inodoro—. ¿Te vas a trabajar? —pregunta con voz pastosa.

—Sí. Algunas no tenemos tanta suerte —contesto, peinándome con los dedos.

—Al menos por las tardes trabajas en casa —dice, aún sentada y con la cara apoyada en las manos—. No sé cómo puedes estar tan fresca después de la ingesta de alcohol de anoche.

—Yo dejé de beber después de los fuegos artificiales. Parezco una inconsciente, pero estoy más cuerda que vosotras dos. —Me río. No me gusta beber durante toda la noche porque tener demasiada resaca me pone de muy mal humor y, además, tengo que trabajar.

—Esta noche no iré al pub. Jorge me ha pedido que pase nuestra última noche con él, a solas —le explico.

—¿Qué vais a hacer? Y no me refiero a esta noche en concreto. —Me mira.

—Nada, supongo. Despedirnos y adiós muy buenas —contesto con una punzada en el estómago.

—Eso no te lo crees ni tú. Os he visto juntos —sentencia, como si eso lo explicara todo.

—Pues no sé qué otra cosa podría pasar.

—Venga ya, Vera. Ese tío te gusta, y mucho.

—Como tantos otros —digo, intentando mitigar el nudo que me oprime las tripas.

—No digas gilipolleces —se enfada un poco.

—Vale, Nadia, por favor. No lo sé, no hemos hablado de eso. Creo que para él solo es un rollo de verano y ya está. A mí se me pasará y todos tan contentos. Solo han sido dos semanas —argumento para convencerme a mí más que a ella y salgo del baño—. Os he dejado pasta hecha en la cocina. Me voy a vestir, Marcos está a punto de llegar.

Me pongo una camiseta negra y una falda corta del mismo color; como el humor del que me ha puesto hablar con Nadia del tema. Cuando Marcos me recoge, está igual de resacoso que mi amiga y, aparte del saludo inicial, no habla demasiado, y yo lo agradezco, porque no me apetece estar escuchándolo. Ni a él ni a nadie.

La boda es tranquila y va bien. Sonreímos comedidos y hacemos nuestro trabajo, menos enérgicos de lo habitual, pero todo sale como es debido y tenemos material suficiente para que el reportaje sea igual de bueno que el resto de los ya realizados en las semanas anteriores. Nos despedimos de los novios y Marcos me lleva a casa.

—¿Nos vemos luego en el pub? —pregunta de mejor humor ya, parece que se le ha pasado la resaca después de acabar con las reservas de agua del hotel.

—Hoy, no. Jorge quiere que pasemos la noche juntos. Es la última. Se marchan mañana —le digo irritada. Yo sigo del mismo mal humor, por lo que veo.

—Vaya, me hubiese gustado despedirme de él y de Sergio y Mauro. Parecen buenos tíos —contesta un poco desilusionado.

—Se lo diré, igual podemos pasar un momento.

—Como quieras. Adiós, guapa. Y alegre esa cara.

—Sí. Adiós —contesto sin mucho afán. Cojo mi mochila del asiento trasero y me meto en el portal.

Cuando llego a casa, todo está en silencio y a oscuras. Nadia y Carlota deben de haberse marchado hace más de una hora. Voy a la cocina a comer algo y veo que me han dejado un plato de ensalada de patatas con una nota: «Vas a necesitar energía si quieres aguantar toda la noche follando». Qué hijas

de su madre. Sonríe ampliamente y no me puedo creer lo brutos que son estos. Aunque la idea de la nota estoy segura de que ha sido de Carlota.

Aviso a Jorge con un mensaje de que en tres cuartos de hora estaré lista. Me contesta que estará en el portal cuando baje.

Decido ponerme el conjunto de ropa interior que Mauro me regaló y un vestido negro estrecho de tirantes. Me dejo el pelo suelto con la raya al lado, como siempre; sandalias con poco tacón por si Jorge quiere ir a pasear... y salgo a la calle. Me lo encuentro apoyado en la pared junto al portal y me quiero morir de lo guapo que es. Lleva un tejano azul claro y una camisa verde botella, pero esa ropa tan sencilla a él le queda de vicio, o eso me parece a mí. Me pongo delante de él y me mira a los ojos. Le brillan menos que en los días anteriores. Me coge por la cintura y me besa suavemente.

—Marcos me ha dicho si podemos pasar un momento por el pub, quiere despedirse de ti. No sé si Sergio y Mauro están disponibles.

—Ellos están en el pub. Podemos pasar un momento, si quieres, y me despido de todos, pero esta noche te quiero para mí solo —contesta sin dejar de morderme los labios.

Entramos al pub un rato después, y allí están todos bailando y riendo. Nos acercamos a ellos y hablamos un rato. Finalmente, Jorge decide que ya ha pasado el tiempo suficiente para irnos y se despide de Marcos, César, Nadia y Carlota. Todos se abrazan y desean verse pronto de nuevo. Se invitan unos a otros a volver o a ir a Zaragoza. Mientras, Mauro me dice que pasarán por mi casa a recoger los cuadros cuando tengan el coche cargado con las maletas y se dispongan a volver a casa, seguramente, después de comer. Decido no hablar sobre el precio y que él me dé lo que quiera; sea lo que sea, bien recibido será.

Salimos de allí y Jorge me lleva al hotel. Qué ingenua, y yo pensando que quizá quería dar un paseo o algo parecido. Lo que quiere es follar toda la noche, está claro. Me río de mí misma y pienso que esto me pasa por bajar la guardia, por no ser la Vera de siempre. La que sabe que nadie da nada por nada, la que no deja que invadan su espacio vital, la que siempre se cansa de todo, la que nunca se ha enamorado hasta las trancas. Sí, enamorado. Porque esta sensación de falta de oxígeno al pensar que Jorge se marcha mañana no la había tenido jamás. Y si no la he tenido jamás, no puede ser otra cosa que eso.

Entramos en la habitación y veo que está todo recogido y una maleta descansa encima del banco que hay junto al armario. La repisa interior de la ventana y el escritorio están llenos de pequeñas velas, apagadas. Sonríe, y

acabo de derretirme cuando le veo ese hueco entre los dientes.

Deja la cartera sobre la butaca y yo dejo mi bolso. Me quedo de pie sin saber muy bien qué hacer. Él se dirige al armario y abre la puerta corredera, también está vacío.

—Te he comprado un regalo. —Saca un paquete cuadrado y plano del tamaño de un folio.

—¿Un regalo? —pregunto sorprendida.

—Sí, lo he visto y me ha recordado a ti. —Se detiene frente a mí y me lo entrega—. Ábrelo.

Lo cojo y rasgo el papel de regalo en color rosa liso. Saco una lámina de un dedo de grosor en cartón blanco y observo el dibujo. De fondo hay un bosque oscuro, pero se pueden distinguir los árboles y un pedregal en la parte inferior. La luna llena brilla sobre el cielo negro. A la izquierda, sobre las piedras, hay un hombre de perfil con los brazos abiertos a los lados mostrando su pecho desnudo; solo lleva un pantalón tejano y va descalzo. Frente a él, en la parte derecha, una pantera negra de pelo brillante está en posición de ataque. Paso los dedos por el dibujo, que parece una fotografía perfilada, como retocada con efectos de pintura. Lo miro con una sonrisa torcida.

—¿Y esto?

—Estoy en tus manos. Puedes acariciarme o destrozarme, lo que prefieras —contesta y me mira serio, pero tiene una pequeña sonrisa en los labios.

No acabo de entender lo que quiere decir, pero no pregunto nada al respecto. No quiero intensificar el momento. No es bueno para mi cabeza.

—Gracias. Es precioso. —Lo cojo de la nuca con una mano y acerco su boca a la mía.

Lo miro mientras enciende las velas con un mechero y apaga las luces de la habitación. La estancia se llena de sombras parpadeantes y me parece el lugar más romántico en el que he estado nunca. Sí, puede que él solo quiera que nos despedamos a lo grande, y sí, yo debería permitirme la indecencia de pensar lo mismo. Lo echaré de menos, de eso ya no me cabe ninguna duda; pero esta noche la pasaré pegada a su cuerpo y no desaprovecharé la ocasión para impregnarme de su aroma para siempre. Lo sé, no voy a olvidar a Jorge en la vida.

Coge mi vestido de la parte más baja y de un tirón me lo saca por la cabeza. Yo hago lo mismo con su camiseta. Nos desnudamos el uno al otro sin apenas tocarnos, despacio. Sin apartar la mirada de nuestros ojos y sonriendo como dos adolescentes. Me coge de una mano y me estira sobre el centro de la

cama, bocarriba.

—¿Te gustan las fresas? —Me mira de nuevo con intensidad.

—Sí.

—¿Y el chocolate?

—¿A quién no le gusta el chocolate? —Sonrío.

—Bien.

No sé qué pretende, pero acabo de imaginar su cuerpo desnudo untado en chocolate, y el pulso se me ha acelerado como si acabase de correr un maratón.

Trastea en el *minibar* y coloca una botella de cava y dos copas sobre el escritorio. Después de unos segundos, se da la vuelta y me mira con los ojos encendidos. Lleva un bol de fresas en una mano y una tarrina de chocolate en la otra. Vaya visión celestial. Desnudo con dos manjares en las manos. Menudo muso para pintar tengo frente a mis ojos. Quizá debería hacerlo. De esa forma, lo podría mirar siempre que quisiera y no olvidar estas dos semanas, jamás. Me estoy empezando a poner nerviosa; no, nerviosa no... ansiosa, como siempre que sé que vamos a hacer algo que implique nuestros cuerpos desnudos, sudorosos, uno contra el otro. Coloca el bol de fresas a mi derecha y abre la tapa del chocolate. Se desliza con lentitud, provocando que mi mirada siga todos sus movimientos. Eleva la tarrina de chocolate sobre mi cuerpo y un hilo del líquido oscuro cae sobre el tatuaje que llevo en el esternón. Está frío y, al contacto con mi piel, se me endurecen los pezones en décimas de segundo. Sonríe al verlo y desciende para que el chocolate caiga hasta mi ombligo. Me retuerzo porque me muero de anticipación.

—Fresas, chocolate y tú. No puede haber mejor combinación —susurra, mientras suelta el recipiente junto a mi costado.

Posa una fresa justo debajo de mi labio inferior y la desliza por mi barbilla hacia el cuello en busca del rastro de líquido que se extiende sobre mi cuerpo. La fruta me hace cosquillas y empiezo a notar las sacudidas bajo el vientre. Levanta la fresa impregnada de chocolate y la lleva delante de su boca, eleva la barbilla y abre los labios; los míos se abren por efecto reflejo de los suyos. Saca la lengua, divertido, y posa la fresa sobre ella. Madre de Dios, me está matando con sus movimientos provocativos. Esconde la lengua en su boca, llevándose la fruta con ella, y la saborea con los ojos cerrados. Veo su nuez moverse arriba y abajo al tragar, y se me seca la boca. Abre los ojos y se chupa los dedos para limpiarse los restos que le han quedado en las puntas. Me mira intensamente.

—¿Para mí no hay? —resoplo.

—No seas impaciente —ronronea.

Vuelve a coger otra fresa y la arrastra de nuevo por el hilo de chocolate, se la mete entre los dientes y se inclina hacia mi boca. Apoya las manos sobre la cama sin llegar a rozarme con su cuerpo. Posa la fresa entre mis labios y la empuja con su lengua dentro de mi boca. La mezcla dulce de la fruta y el sabor amargo del chocolate explota entre mis dientes y me quiero morir de placer, porque Jorge ha descendido y me acaricia los pezones con la lengua. Desliza los dedos en la tarrina de chocolate y acaricia mis pechos. Este hombre me mata esta noche. El ritmo con el que me chupa es más fuerte; ejerce presión con sus dientes y su lengua sobre mi carne. Jadeo sin contención. Se incorpora y vuelve a introducir los dedos en el recipiente.

—Toma. —Me coge la mano y mezcla el chocolate entre mis dedos. La suave textura me resbala por la piel, fresca y un tanto espesa. Embadurno su glándulo con el líquido de mi mano y lo acaricio con suavidad—. ¿No quieres probar? —Sonríe anhelante.

Me incorporo hasta que su erección, totalmente en vertical, queda frente a mi boca y la engullo hasta la base. Se le escapa un rugido sordo y yo saboreo la mezcla del chocolate con su piel. Es tremendamente excitante. Arrastro con delicadeza mis dientes sobre su punta y noto como se tensa. Vuelvo a introducirla en mi boca sin dejar de mover mi mano en su base, y su respiración se vuelve más violenta.

—Para o me correré en dos segundos —susurra con los dientes apretados.

Me incorporo y me pongo de rodillas a su altura. Lo miro a los ojos y lo cojo de la nuca. Me vuelve loca verlo tan excitado; provocar que pierda el control de su cuerpo, de su deseo. Él rodea mi cintura con sus brazos. Lleva la cara llena de chocolate y supongo que la mía también debe de estar perdida.

—Quiero hacerte disfrutar toda la noche y que tengas suficiente hasta que podamos volver a vernos —dice, mientras aprieta mis nalgas entre sus dedos.

—¿Quieres que volvamos a vernos? —pregunto, y mi corazón empieza a latir más fuerte.

—No podría vivir sin volver a verte, Vera. —Y lo dice con un convencimiento que hace que los golpes de mi ritmo cardíaco suban hasta la garganta.

—Pensé que nunca dirías algo así. Pensé que para ti sería un rollo de verano, de vacaciones, y te irías sin mirar atrás —le confieso, por fin. Porque en los últimos días he sentido ese miedo.

—Estoy loco por ti. Han sido las dos mejores semanas de mi vida. Y quiero verte, necesito verte.

—Vale. Ya veremos cómo lo hacemos. Ahora solo bésame y disfrutemos de esta última noche juntos... de momento. —Le sonrío y necesito dejar de hablar porque el ambiente se ha vuelto muy intenso y no quiero perder la cabeza. Necesitaré tiempo para pensar en todo esto.

Él sonrío también y me acaricia la cara con sus pulgares, que después mete en mi boca para besarla de una forma desmedida, sin control. Y la noche se nos va entre fresas, chocolate, cava, besos, caricias, jadeos, gritos y palabras de una *no despedida* que se me clavan a fuego en la mente; y que no podré olvidar en toda mi vida.

Por la mañana me marché del hotel y dejé a Jorge acabando de recoger y hacer el *check out*. Quedamos en vernos después, cuando se marchen y pasen por mi casa a buscar los lienzos. Llego a casa con una mezcla de alegría y tristeza que no me cabe en el cuerpo.

—¿Cómo estás? —pregunta Carlota al verme entrar en el salón. Están las dos sentadas en el sofá con el móvil entre las manos.

—Bien —contesto.

—¿Se ha despedido de ti? —pregunta Nadia con cautela.

—No. Dice que quiere que sigamos viéndonos —contesto con una pequeña sonrisa.

—¿En serio? —Carlota salta del sofá para abrazarme—. ¿Ves, idiota? Le gustas. —Me coge de las mejillas y me las besa, varias veces.

—Zaragoza no está tan lejos. Seguro que podéis veros a menudo —apunta Nadia, que también se ha levantado para abrazarnos.

—Sí, supongo que sí —contesto, con una amplia sonrisa, y la tristeza se marcha para solo dejar espacio a la alegría que alberga mi pecho.

A las cuatro de la tarde, Jorge llama para decirme que ya vienen hacia mi casa. Me pregunta si quiero que suban ellos a recoger los cuadros y le digo que Carlota y Nadia me ayudarán a bajarlos. Así que las tres salimos del piso cargadas con mis lienzos, que metemos en el ascensor para bajar a la calle. Salimos del portal, y el Jeep de Mauro está en la puerta con el maletero abierto. Los tres se acercan a nosotras, les indico los que han de meter en el coche y me quedo con el que he elegido para regalarle a Jorge.

—Vera, cariño. —Mauro viene hacia mí cuando ha terminado de cargar. Me abraza—. No sabes lo que te voy a echar de menos —me dice al oído—. Aunque vamos a estar en contacto, porque tenemos que hacer negocios. —Se ríe—. Por cierto, toma. —Me alarga un sobre cerrado—. Esto es por los cuadros. Es mucho menos de lo que yo habría pagado por ellos, pero los jefes mandan. De todas formas, a partir de la semana próxima voy a hacer correr la voz entre mis clientes. Los va a volver locos saber que conozco a una artista que pinta cuadros personalizados. Eso les encanta, y van a pagar una pasta, te lo digo yo, que los conozco. Se les llena la boca contando a sus amistades que el cuadro es exclusivo, y ellos mismos te promocionarán. Ya verás —me cuenta, y yo no sé si está hablando en serio o es cachondeo, pero le dejo decir lo que quiera, porque este hombre me ha robado el corazón.

—De acuerdo, Mauro. Tú mandas. Ya me contarás lo que necesitas. Y muchas gracias por todo, de verdad. Eres un tío cojonudo.

—*Chiqui*, tú sí que eres genial. Y te mereces todo lo bueno que pueda ocurrirte. —Mira a Jorge y se pone un poco más serio. Me besa en las mejillas como si fuera mi abuela—. Hablamos, y espero que nos veamos pronto.

—Vale, ya sabes que podéis venir siempre que queráis. Tenéis un pedazo de playa exclusivo para vosotros. Adiós. —Se aparta para que Sergio pueda abrazarme también—. Adiós, Sergio. Ha sido un placer conocerte. —Lo beso en las mejillas con fuerza.

—El placer ha sido mío, te lo aseguro. No sabes lo feliz que has hecho a Mauro, está como loco. Y si él está contento, yo también. Espero verte pronto. —Mira a Jorge de la misma forma en que antes lo ha hecho Mauro.

Los dos se apartan con mis amigas para despedirse y nos dejan a solas.

—No quiero irme. Me quedaría aquí contigo hasta que te cansaras de mí y me echaras a patadas. —Sus labios sonrían, pero sus ojos no tanto.

—Yo no te echaría a patadas. Me gusta tenerte a mi lado —contesto, un poco nerviosa.

Nos abrazamos fuerte. Lo toco, lo huelo... para que todo él se meta más dentro de mí; y de ese modo, pretendo que su esencia perdure más tiempo conmigo. Se separa y me mira a los ojos.

—No sabes cómo te voy a echar de menos, fiera. —Pone sus manos sobre mis mejillas.

—Y yo a ti. Mucho —contesto sin dejar de mirarlo a los ojos. No soy de lágrima fácil, pero noto como me escuecen los párpados y los cierro.

Me besa profundamente. Parece que también quiere quedarse con mi sabor

en la boca el mayor tiempo posible hasta que podamos volver a vernos.

—Intentaré venir dentro de unas semanas. Cuando vuelva mañana al despacho voy a tener trabajo acumulado. Y salgo de viaje fuera del país la semana próxima, pero en cuanto pueda vendré a verte, ¿de acuerdo? —me dice serio y sin dejar de mirarme a los ojos.

—De acuerdo.

—Te llamo cuando llegue a casa esta noche —promete. Y veo que le brillan mucho los ojos.

—Bien. Esperaré tu llamada. —Intento aguantar las lágrimas.

Me besa de nuevo y se aleja hacia mis amigas, a las que besa y abraza como despedida. Veo el cuadro que he preparado para él apoyado sobre la pared de nuestro edificio.

—Jorge, espera —lo llamo cuando casi ha llegado al coche. Él se gira hacia mí—. Tu regalo. Espero que te guste. —Le entrego el paquete.

—Gracias, fiero. Seguro que me encanta. —Me vuelve a besar—. Hasta pronto.

—Adiós.

—Chicas, cuidaos mucho —dice Sergio, asomado a la ventanilla del coche.

—Vosotros también —contesta Nadia.

Jorge se mete en el asiento trasero y se abrocha el cinturón. Baja la ventanilla y me mira con intensidad. Me tira un beso al aire y sonrío. Mauro arranca el coche y empieza a desplazarse hacia nuestra derecha por la calzada. Levantamos el brazo, despidiéndonos, y ellos también, hasta que ya no podemos verlos. Me quedo allí, plantada, durante unos segundos. De repente, una sensación extraña se apodera de mi estómago. No sé si es por la tristeza de verlos partir o, quizá, mi subconsciente me avisa de algo; algo que mi cerebro no puede admitir. ¿Y si no vuelvo a verlo más?

Nadia me coge de la mano y me arrastra hacia el portal.

—Volverá —me asegura con una sonrisa.

A veces, creo que sabe leerme la mente.

En el ascensor, me doy cuenta de que aún llevo en la mano el sobre que me ha dado Mauro. Lo abro y se me desencaja la mandíbula cuando cuento diez billetes de quinientos euros. No puede ser. ¿Cinco mil euros? Este tío se ha vuelto loco. Se habrá equivocado, no puede ser, es imposible.

—¿Qué pasa, Vera? —pregunta Carlota al salir del ascensor, viendo mi cara de estupefacción.

—Joder. Que me ha pagado cinco mil euros por los cuadros —digo, sin poder creerlo aún.

—¿Cuánto?! —gritan las dos a la vez.

—Cinco mil. Joder. Cinco mil —repito atónita—. Voy a llamarlo ahora mismo y le voy a decir que no puede ser. —Cojo el móvil que he dejado en mi habitación.

—Espera un poco, que va a parecer que has ido desesperada a abrir el sobre —propone Nadia.

—Vale, espero un poco, pero no demasiado. No quiero que piense que me los quiero quedar si es un error —argumento.

Dejo pasar media hora, en la que ordeno mi habitación. Saco el caballete que tengo entre el armario y la pared y lo coloco en el hueco que han dejado vacío los cuadros que se han llevado a Zaragoza. Miro en el mismo hueco del armario y cuento los lienzos en blanco que me quedan. Cinco de más de un metro, dos más grandes y cuatro de tamaño mediano. Espero que con esto tenga suficiente para empezar. Aunque, con el dinero que me ha dado Mauro, puedo comprar más, además de pintura de diferentes texturas y pinceles nuevos. Es una pasta.

Marco el número de Mauro, porque no puedo aguantar más.

—Hola, preciosa —contesta al segundo tono.

—¿Es que te has vuelto loco?! —grito.

—¿Yo? ¿Por qué? —pregunta, y sé que se está riendo.

—¿Cinco mil euros? ¿Se te han frito las neuronas con tanto sol? —vuelvo a gritar, y se me escapa la risa.

—Cariño, son diez cuadros de buen tamaño. Yo te habría pagado más.

—Nueve. El décimo se lo he regalado a Jorge —puntualizo.

—Deja a Mauro, él sabe lo que hace. —Oigo decir a Sergio.

—Joder, ¿vas con el manos libres? —digo en tono más bajo.

—Pues claro, estoy conduciendo. —Se ríe.

—Perdona, no quería gritarte —me disculpo.

—Tranquila. Aquí somos todos de confianza —dice Jorge—. ¿Cómo estás, fiera?

—Bien, pero vosotros estáis locos de atar —contesto. Oigo las carcajadas de los tres—. Pues eso, Mauro, que me parece una cantidad exagerada, de verdad.

—No te preocupes. Cuando tengas que pagar impuestos e inscripciones al registro te va a quedar en una mierda, así que aprovecha. Vete de vacaciones y

te pillas una buena cogorza a mi salud —dice entre risas.

—No, no. Tengo que comprar material para pintar lo que me encargues.

—Venga ya, nena. No compres nada hasta que empecemos, porque no vas a saber qué tamaños necesitarás. Además, te adelantaré dinero para ese tema. No te preocupes; cuando lo tenga todo coordinado, te llamo y hablamos.

—Vale. Tú mandas. Muchas gracias por todo.

—Deja de darme las gracias, no te pega nada —me riñe—. Además, los artistas sois seres soberbios que creéis estar por encima de los mortales; si vas dando las gracias por todo, pareces una mosquita muerta y tú no eres eso, ni por asomo.

Suelto una carcajada que ha debido de hacer eco dentro del cubículo del coche donde van los tres metidos.

—Lo que yo diga, como una puta cabra estás —le digo. Ahora se ríen ellos—. Bueno, os dejo. Espero que tengáis buen viaje de vuelta.

—¿Quieres decirle algo a Jorge? —pregunta Sergio.

—No pienso decir nada con vosotros delante, cotillas.

Vuelvo a oír sus carcajadas.

—Pues yo sí quiero decirte algo. —Oigo decir a Jorge.

—Dime.

—Ya te estoy echando de menos y acabo de dejarte. Por favor, ten paciencia, volveré en cuanto me sea posible, ¿de acuerdo? —dice, y me quedo muda, porque su tono me parece una súplica.

—De acuerdo. Te esperaré. —Cierro los ojos porque tengo un nudo en el estómago más grande que el continente africano.

—Hasta pronto, fiera. Te llamo luego —se despide.

—Vale, hasta luego.

—Adiós, cariño. Hablamos pronto —se despide Mauro.

—Adiós, Vera. Cuídate mucho. —Sergio habla el último y corto la llamada.

¿Cómo narices se puede echar tanto de menos a personas a las que acabas de conocer?

Pasamos el resto de la tarde limpiando, poniendo lavadoras y ordenando el piso, ya que el fin de semana se nos ha hecho muy corto y no hemos podido hacer ni la mitad en lo que a tareas domésticas se refiere. Y porque no quiero estar parada, mientras espero a que Jorge me llame y desesperarme si no lo hace. Aunque ha dicho que lo haría. Dios, qué nervios.

La llamada de Jorge llega a las diez y media de la noche.

—Hola.

—Hola, fiero. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Qué tal el viaje de vuelta?

—Tranquilo. Mauro conduce como un abuelo de noventa años. —Se ríe.

—Ya imagino.

—Perdona que te llame tan tarde. He ido a cenar con mis padres —me dice y me sorprende porque es la primera vez que los menciona. Aunque yo tampoco he mencionado a los míos—. Mi madre no se encuentra muy bien y he querido pasar a ver cómo estaba.

—Vaya, lo siento. Espero que se recupere pronto. —Bufa a través de la línea y se queda callado—. ¿Qué pasa, Jorge? —Intuyo que hay algo que no me ha contado.

—Ella... no está bien —empieza a hablar—. Está enferma desde hace varios años. Tiene Alzheimer —explica.

—Joder, lo siento, cielo. —Resoplo y siento tanto no tenerlo a mi lado para poder abrazarlo...

—No he querido hablar de este tema mientras estaba ahí porque no quería estropear lo que hemos vivido juntos —contesta a una pregunta que yo ni siquiera he hecho, pero parece que empieza a conocerme bastante bien—. Me he relajado un poco estando de vacaciones, pero al volver... siempre te encuentras lo que hay en realidad.

—Bueno, tranquilo. Tú haz todo lo posible por ella mientras se pueda, no hay otra —intento animarlo.

—Sí, eso es lo que hago cada día. Pero cada vez es más difícil.

—Lo sé.

—Cambiemos de tema, no quiero hacer de esta llamada un drama —dice más enérgico—. Me encanta el cuadro. Es precioso. Y sabía que ibas a elegir ese para mi regalo.

—No podía ser otro. Espero que te acuerdes de mí cuando lo mires.

—Me acuerdo de ti, aunque no lo mire, Vera. No sabes lo que has hecho conmigo estos días, de verdad —vuelve el tono melancólico.

—Sé muy bien lo que he hecho contigo.

Lo oigo reírse.

—Eres increíble, dentro y fuera de la cama.

—Sí, en el baño también se nos da bien. —Me río.

—No me refería a eso.

—Ya, pero yo sí. Al final, has podido comprobar que me muevo igual de

bien en horizontal y en vertical. —Hago referencia, a propósito, a nuestra primera conversación, cuando me sacó a bailar en el pub. Me parece que hace ya un millón de años.

—Dios, menudo cretino fui —se lamenta.

—Sí, un poco sí.

—Lo siento. Me porté fatal.

—No importa, lo has arreglado con creces.

—Mauro tiene razón, eres la tía más increíble que hemos conocido nunca.

—Pocas tías conoce Mauro, me parece a mí.

—Si no fuese gay, él y yo tendríamos un conflicto.

—¿Por mí? —Me echo a reír.

—No te rías. Está loco contigo.

—No será para tanto. Mauro es muy exagerado en todo lo que dice y hace.

—Sí, bastante. Pero es genial. Él y Sergio son geniales. Y les gustas mucho.

—Sí, lo son. Y tú también.

—No quiero entretenerte más, aunque estaría hablando contigo toda la noche. Necesitarás dormir y yo también. Tengo que arreglar unos papeles antes de irme a la cama —empieza a despedirse.

—Sí, estoy cansada. Alguien no me dejó dormir demasiado anoche. —
Sonrío.

—Y más noches que te voy a tener en vela.

—Eso espero.

—Es una promesa.

—Bien. Me alegra saberlo. Anda, vamos a dormir —le digo, porque sé que debe de tener pendiente hasta deshacer la maleta.

—Sí. Te llamo mañana por la noche.

—Perfecto. Hasta mañana.

—Hasta mañana, fiera.

Cuelgo. Y estoy tan contenta de que al llegar a su casa no haya cambiado de opinión respecto a seguir adelante con lo nuestro que me cuesta un poco dormirme, pero al final el cansancio me puede y me quedo frita pensando en muchos de los momentos que hemos pasado en las dos últimas semanas.

9

La semana pasa volando entre el trabajo en la oficina, las tardes sentadas frente al ordenador, arreglando fotografías de boda, y pensando en las próximas pinturas. Jorge me envía mensajes durante el día, aunque no todos, y por la noche, siempre sobre las diez y media, me llama para hablar un rato. Me cuenta que pasa horas en el despacho o saliendo a reuniones con clientes, pero no le parece demasiado divertido, y que cuando estudió Derecho no pensó que tendría que dedicarse a la vertiente mercantil; él hubiese preferido el laboral. Y me río porque parece que los dos tenemos eso en común. Me explica que trabaja en el despacho de sus padres. Ellos fundaron la empresa hace ya bastante tiempo, pero, con la enfermedad de su madre, él tuvo que ponerse al frente junto a su padre para sacar adelante el negocio, y encargarse de la parte que su madre llevaba, el derecho mercantil. También me cuenta que el estado de ella no es demasiado bueno, aunque, con los cuidados que tiene en casa, todo es más fácil. Pasa a verla cada tarde y habla un rato con ella cuando está receptiva o, simplemente, se sienta a su lado y le coge la mano cuando ella parece estar inmersa en alguna parte de su mente a la que nadie puede acceder.

Me gusta que me cuente esas cosas. Parece que todo se hace más real. No solo somos dos personas que se han conocido en un pueblo costero y se han hartado de cama durante dos semanas.

El fin de semana pasa sin noticias de Jorge. Ni mensajes ni llamadas. El domingo a media mañana, no aguanto más y le envío un mensaje por WhatsApp, preguntando si ocurre algo; quizá su madre esté peor. Pero veo que no le llega, como si no tuviese el teléfono conectado.

Y así continuó durante la semana siguiente. No sé nada de él desde el viernes, en que me llamó por la noche. Mauro tampoco da señales de vida y empiezo a estar bastante nerviosa y de muy mal humor, para qué negarlo. Se me amontonan millones de pensamientos, pero la idea que empieza a prevalecer en mi cabeza es la de que, por alguna razón, han decidido dejar de existir, me han dejado a un lado. Me han olvidado y siguen con sus vidas, sin importar lo que han dejado atrás.

El sábado, después de una semana de comerme la olla y todas las uñas de las manos y de los pies por no recibir contestación de Jorge, suena mi móvil sobre la mesita.

—Hola, preciosa —saluda Mauro.

—Hola, Mauro. ¿Qué tal todo? —pregunto con cautela.

—Muy bien. Estoy en Madrid. He pasado toda la semana aquí porque tenía varias reuniones con clientes —explica, con su tono desenfadado habitual—. Escucha, tengo ya un par de encargos. Te explico cómo lo vamos a hacer, ¿de acuerdo? —sigue, y contesto con un escueto sí—. Me mandas tu dirección de e-mail y te enviaré todos los detalles. Te voy a enviar unos vídeos de las dos estancias donde se han de colocar los lienzos. Te explicaré cómo son los clientes y lo que les gusta. Añadiré más o menos el tamaño que debe tener cada cuadro, ¿me sigues? —pregunta, al ver que no contesto nada. Parece que solo tengo en la cabeza una cosa: Jorge. Intento concentrarme y vuelvo a contestar con otro sí—. Vale. El precio de los trabajos lo pones tú, pero te puedo ayudar a calcularlo.

—De acuerdo. No estoy acostumbrada a saber cuánto puedo pedir por ellos. —Consigo poner toda mi atención en la conversación. Es trabajo, es importante.

—Bien. Mira, en principio, calcula cuarenta euros por cada metro del lienzo, ¿de acuerdo? —empieza a explicarme.

—Sí, bien.

—Después, añade el cálculo de unos... cincuenta euros por hora en las que estés trabajando en él. Y, por último, añade el importe de los gastos de envío, ¿de acuerdo?

—¿Cincuenta euros por hora? —Me sorprendo.

—¿Te parece poco? —pregunta en el mismo tono profesional con el que lleva toda la conversación—. Para empezar, creo que está bastante bien.

—Sí, sí. Me parece... perfecto —contesto sin saber muy bien si acabo de entender todo lo que me ha dicho.

—¿Lo has anotado todo bien? Bueno, da igual. Te lo pasaré por mail para que lo tengas claro. Si crees que puedes añadir algo más, me lo dices —comenta.

—Sin problemas, todo claro —contesto, deseando terminar la conversación—. Oye, Mauro... ¿sabes algo de Jorge? No me ha llamado en toda la semana —pregunto, porque la impaciencia se me derrama por las venas.

Se queda callado un instante.

—Creo que está en Japón. Es posible que solo lleve el móvil de trabajo y no tenga el suyo conectado —explica en un tono que me suena a contestación

improvisada, pero no digo nada—. Yo tampoco he sabido nada de él en estos últimos días. Pero no te preocupes, cuando sale de viaje fuera del país, suele ser así. Si hablo con él en algún momento, ya le diré que te llame, ¿de acuerdo? —me tranquiliza con la última frase.

—¿Va todo bien? ¿Su madre sigue... igual? —insisto.

—Eh... ¿te ha explicado lo de su madre? —contesta extrañado.

—Sí, me dijo que estaba enferma de Alzheimer. Y pensé que quizá estaba peor...

—Su madre sigue igual. No te preocupes. Intentaré localizarlo para que te llame, preciosa. —Y lo dice con un tono un poco irritado, como si estuviese enfadado con Jorge por no llamarme—. Escúchame, Vera. Quiero que te concentres en el trabajo que te voy a pasar, es importante, ¿de acuerdo? —vuelve su tono más serio.

—De acuerdo, tienes razón. —Decido que lo más importante ahora es el trabajo. Mauro ha confiado en mí y no puedo defraudarlo.

—Bien. Pásame tu e-mail para enviarte todos los detalles.

—Vale, ahora te lo paso por WhatsApp.

—Te dejo, cariño. Si tienes cualquier duda, me llamas.

—De acuerdo. Muchas gracias, Mauro. Hablamos pronto.

—Adiós, bonita.

—Adiós.

Corto la llamada y tengo una sensación extraña metida en el cuerpo. Por un lado, estoy satisfecha por la propuesta de trabajo de Mauro; parece que va en serio, y él ha cumplido su palabra. Le envío mi dirección de e-mail, tal como hemos acordado.

Por otro lado, me siento nerviosa porque el tono que ha empleado con respecto a nuestra conversación sobre Jorge me ha parecido enfadado con él. Pero no estoy del todo segura de ello. Por teléfono, a veces, las palabras pueden parecer algo que no son.

Y, además, estoy preocupada por la ausencia total de Jorge. No acabo de entender cómo durante la semana pasada nuestras conversaciones se habían convertido en algo más íntimo; él me había hablado de su madre, de su vida en Zaragoza, parecía que quería que lo conociera mejor. Y ahora, no sé nada de él.

Me quedo un buen rato sentada sobre la cama sin apartar mi vista del móvil, como si al mirarlo fijamente se pudiera producir la llamada que espero desde hace más de una semana. Pero, después de media hora, decido que no

puedo quedarme parada todo el día. Así que me levanto y dejo el móvil sobre la mesita de noche, de nuevo. Preparo el material para la boda de esta tarde y lo meto todo en la mochila donde siempre lo transporto. Enciendo el ordenador y pongo música de mi lista de canciones de los noventa en Spotify; empieza a sonar *Mambo no. 5*, de Lou Bega, y los pies se me van con el ritmo mientras ordeno la habitación. No la pongo muy alta porque mis amigas aún duermen.

Consigo concentrarme, por fin, en la tarea que hago. Decido mover algunos muebles para dejar suficiente espacio libre como para poder pintar allí y tener todo el material ordenado. Hay suficiente luz durante todo el día, así que no tendré problemas. Antes lo hacía en la terraza, pero era una faena transportar el material de un lado a otro, provocando algún desastre sobre el suelo de parqué. El armario de dos cuerpos queda en la pared de la derecha, pegado a la puerta, por lo que hay espacio suficiente como para almacenar los lienzos y todo el material. La habitación es la que se suponía que era la de matrimonio del piso; me tocó por sorteo cuando nos vinimos a vivir aquí y, aunque las otras dos habitaciones son dobles, la mía es la más grande.

Mientras acabo de organizarlo todo en el rincón junto al armario, pienso que necesito comprar algún tipo de estanterías para colocar la pintura y las herramientas, en lugar de tenerlas en el suelo. El sonido del móvil me hace dar un brinco y el corazón se me pone a mil, deseando que sea Jorge quien llama. Me acerco poco a poco y veo su nombre en la pantalla. *Siiiiiiiiiiiiii*. Bajo el volumen de la música.

—Hola —casi grito de la emoción.

—Hola, fiero. ¿Cómo estás? —contesta, también muy contento.

—Bien, muy bien. ¿Y tú?

—Reventado de trabajo, pero bien —contesta en un soplo—. Por cierto, menuda bronca me acabo de llevar de Mauro —dice, riéndose.

—¿De Mauro? —contesto extrañada.

—Me ha llamado y me ha dicho que por qué cojones no te había llamado en la última semana. Que estabas preocupada por si me había pasado algo. — Sigue riendo—. Lo siento, Vera —se disculpa más serio—. Llevo toda la semana en Tokio. Creo que te comenté que salía de viaje fuera del país. — Cierto, me lo dijo al despedirnos en mi portal—. Estos japoneses me tienen loco. Después de horas de reunión, me sacan a cenar y a cantar por todos los karaokes de la ciudad. Están como putas cabras. —Se ríe y yo me contagio de su risa; y se me pasan el enfado, la incertidumbre y los nervios.

—Vaya. Veo que te estás divirtiendo mucho.

—Escucha, el jueves próximo tengo una reunión por la mañana en Tarragona. ¿Cómo lo tienes para que pase a verte por la tarde y me quede esa noche contigo? —me propone con un tono socarrón.

—¿En serio? ¿El jueves?

—Sí, el viernes he de volver temprano. Tengo una reunión a las diez en Zaragoza. Pero puedo dormir contigo y levantarme pronto.

—Me parece perfecto. ¿Quieres dormir en mi piso?

—No, mejor reservo una habitación en el hotel en el que estuve en junio y te vienes conmigo. No quiero que Carlota y Nadia llamen a la policía por escándalo. —Se ríe.

—Sí, mejor. No quiero pasar la noche en comisaría.

—Perfecto. Vuelvo a España el martes de madrugada. Te llamo el miércoles y quedamos para el jueves, ¿de acuerdo?

—Sí, vale.

—Oye... te echo mucho de menos —dice en tono más suave—. Mi vida es un infierno sin tenerte cerca. Me tienes loco, fiera.

—Yo también te echo mucho de menos —contesto con un nudo en el estómago de la agitación que siento por lo que acaba de decir.

—Tengo que dejarte, he de volver con los *japos*.

—Sí, claro.

—Nos vemos el jueves. Te voy a comer hasta la puntilla de las bragas —susurra, y sé que está sonriendo.

—No esperaba menos de ti.

—Adiós, fiera —se despide.

—Adiós, Jorge.

Cuelgo y salto de la cama, donde me había sentado para hablar con él. Subo el volumen de la música hasta que no escucho nada más y suena una de mis canciones favoritas: *I Can't Stop The Feeling*, de Justin Timberlake. Empiezo a bailar y a cantar como una posesa por toda la habitación.

La puerta se abre de repente y da un golpe seco contra la pared. Me giro, asustada, y veo a Carlota, desnuda, con cara de pocos amigos.

—¡Tú, perra! Algunas nos hemos acostado a las seis de la mañana después de trabajar toda la noche —grita con los ojos pegados.

La cojo de las manos, tiro de ella hacia dentro de la habitación y la hago bailar conmigo, dando vueltas.

—Estás pirada, ¿lo sabías? —grita por encima del sonido de la música,

pero ahora ya sonrío y se mueve conmigo.

—¿Qué está pasando aquí? —Nadia aparece bajo el marco de la puerta, vestida con un pijama de color fucsia, restregándose los ojos.

—Esta... —contesta Carlota, riendo— ... que se ha vuelto loca.

—¿Más aún? —pregunta Nadia y entra en la habitación, moviendo las caderas.

La canción acaba y empieza a sonar *Happy*, de Pharrell Williams, y seguimos las tres bailando al ritmo de la música.

—¿A qué se debe este despliegue de enajenación mental? —pregunta Carlota sin dejar de bailar.

—Mauro me ha llamado y me ha encargado dos trabajos —explico, sin dejar de dar vueltas—. Y Jorge también me ha llamado. Viene el próximo jueves a verme. —Sonrío hasta que me duele la cara.

—Vaya. En ese caso, bailemos —grita Nadia. Eleva los brazos y gira sobre sus pies—. Aunque tú deberías taparte. —Señala a Carlota—. Porque como te vea el vecino de enfrente, le va a dar un infarto y su mujer nos va a pedir daños y perjuicios. —Mira hacia la ventana abierta.

—Que le den —contesta nuestra amiga, moviendo exageradamente la delantera.

Y allí nos quedamos un buen rato bailando y riendo. Saltando sobre la cama y subiéndonos a la silla de mi escritorio. Me siento plétorica y necesito demostrarlo, y con mis amigas aquí aún soy más feliz. Me encanta compartir con ellas todos los momentos de mi vida, buenos y malos. En este caso, uno de los mejores.

Ha sido una semana complicada para mi estado de ánimo y, por fin, me siento bien y relajada. Aunque a la vez, pienso que nunca había dejado que mi humor se viera condicionado por otras personas. Quiero decir que yo siempre intento estar contenta por mí, por nadie más. No me gusta demasiado haber dejado que el hecho de que Jorge no me llamara haya enturbiado mi tranquilidad. No me gusta ser dependiente de mis emociones, pero en esta ocasión no he podido evitarlo. Voy a tener que trabajar un poco en eso, porque la distancia que nos separa va a ser más dura de llevar de lo que había imaginado en un principio. Hasta ahora, no había echado tanto de menos a un chico.

Esta semana estoy ocupada a todas horas. Porque, aparte del trabajo de las mañanas, las tardes las paso frente al ordenador y pintando los cuadros que Mauro me ha encargado. El mismo fin de semana que hablamos, me envió un correo electrónico y me encontré varios vídeos donde grababa dos estancias. La primera era un salón enorme con paredes blancas, sillones de cuero verde claro, mesa y sillas de comedor pintadas de diferentes colores vivos, un sofá de medidas descomunales en color naranja y una chimenea en piedra de color rojiza. El cuadro debía ir colgado en la pared sobre esa chimenea, justo en el centro. Mauro explicaba en el vídeo cómo tenía que ser el cuadro; debía medir dos metros de ancho y uno de alto, en forma rectangular. Abstracto, sin dibujo visible. Una mezcla de los mismos colores que se habían usado para los muebles; que pareciera que el cuadro armonizaba con la estancia. Bien. Primer trabajo claro.

El segundo espacio era un cuarto de baño. ¿En serio? ¿Un cuadro en el baño? Desde luego, hay gente para todo. Las baldosas eran en tono blanco y azul. Los sanitarios blancos y una enorme ducha con mampara completamente transparente. Mauro me contaba en la grabación que la vivienda es de un actor porno y que quería un cuadro erótico. Una pareja en plena faena, hablando claro. Se me escapó la risa al oírlo decir que no se me ocurriera dibujar a una pareja de tíos, que el dueño es muy hetero. Debía ser cuadrado, de entre medio metro y setenta y cinco centímetros de largo y ancho. Bien. Segundo trabajo, también bastante claro.

El plazo para la entrega es de dos semanas, como mucho tres. Voy a tener que trabajar a destajo. Pero no me importa, estoy tan feliz que soy capaz de no dormir para acabarlos.

Repaso todo el material y veo que tengo lienzos sin usar de las medidas que me ha pedido Mauro, así que no tendré que comprarlos. Lo que sí tendré que comprar es pintura, y el lunes por la tarde lo dedico a eso. Y así me paso los días, ocupada como no lo había estado antes.

El jueves llega en un suspiro y estoy deseando que sean las dos para salir de la oficina y encontrarme con Jorge. Hemos quedado en que pasaría a buscarme para ir a comer. He reservado mesa en un pequeño restaurante de una población cercana, ya que me ha dicho que viene en coche y podemos desplazarnos sin depender del transporte público.

Cuando salgo por la puerta, me lo encuentro al otro lado de la calzada apoyado sobre un BMW X3 negro, aparcado en doble fila. Lleva un pantalón de traje marrón claro y una camisa blanca por fuera de la cintura y las mangas

hasta los codos. También unas gafas de aviador con los cristales de espejo y el pelo más corto de lo que recordaba, aunque aún lo lleva un tanto largo y el flequillo le cae sobre la montura metálica. Jesús bendito, se me acaba de parar hasta el alma. Cuando me ve plantada en la acera, observándolo, se separa de la carrocería del coche y extiende los brazos hacia los costados y sonrío mucho. Miro a ambos lados de la calle y echo a correr, cruzando la carretera para empotrarme contra su cuerpo, al que me encaramo con brazos y piernas. Nuestras bocas chocan como dos imanes y, en un segundo, nuestras lenguas se buscan con desesperación.

—Menudo recibimiento, fiera —dice con sus manos en mis nalgas, por encima de la bermuda negra que llevo—. Yo también me alegro de verte. ¿Cómo estás?

—Ahora mejor. ¿Y tú? —contesto con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mucho mejor ahora, también. —Y vuelve a besarme.

—Anda, vamos a comer, que estoy muerta de hambre y aquí hace un calor horroroso.

—Sí, vamos.

Me bajo de su cintura y me abre la puerta del coche para que suba.

—Dios, voy a necesitar una escalera para meterme aquí dentro —bromeo.

Pone sus manos en mi trasero y me empuja hacia dentro; caigo de rodillas sobre el asiento.

—Hala, ya está. Ni escaleras ni nada. —Me guiña un ojo y cierra la puerta. Da la vuelta y entra por el otro lado—. ¿Adónde vamos? —pregunta, mientras se pone el cinturón y arranca el coche.

—Este coche sí que se lo has robado a alguien, ¿no? —Repito la misma frase que le dije a Mauro la noche que me llevaron al hospital para curarme la ceja.

—No. Es mío. —Se ríe a carcajadas.

—¿Y tú no sabes lo que se dice de los tíos que conducen un coche tan grande?

—No, pero seguro que me lo vas a decir.

—Coche grande... pene pequeño.

Estalla en una carcajada y yo me río con él.

—Con razón las tías huyen despavoridas cuando ven el coche.

—Eh... ¿qué tías? —Finjo un mohín.

—Estoy de guasa. Yo solo quiero a una tía en mi coche. Tú —contesta sin dejar de sonreír. Me coge de la barbilla y me besa—. ¿Cómo de pequeño en

proporción? —pregunta entre risas.

—¿Con este coche? —Simulo que me lo pienso—. Como un cacahuete. —Coge mi mano y se la lleva a la entrepierna. Hijo de su madre, está duro—. Parece que eres la excepción. —Me río—. Anda, tira. Que aún te arranco esa camisa y te llevo a la parte de atrás.

Sonríe y se aparta. El coche empieza a avanzar y le indico por dónde tiene que dirigirse. En veinte minutos llegamos al puerto de la población de al lado. Aparcamos en el mismo paseo y vamos andando hasta el restaurante. Es una especie de lonja donde a la entrada eliges el pescado que quieres que te cocinen y en el interior hay un comedor cuadrado con no más de diez mesas. Todo está decorado en colores blancos y azules, con motivos marineros y, al fondo, hay un gran ventanal por donde entra mucha luz y se puede ver el mar.

Durante la comida, me cuenta que estuvo en Japón con un cliente español que, al parecer, va a colaborar en temas de exportación con una empresa de Tokio. Las negociaciones fueron bastante duras, pero no querían salir de allí sin los preacuerdos firmados. Al final, acabaron sellando los contratos en firme. Y yo le cuento los encargos que me ha hecho Mauro. Se ríe cuando le explico que voy a pintar un cuadro para que cuelguen en un cuarto de baño. Pero no le comento lo que he de pintar porque tiene que ver con una escena que nosotros mismos hemos protagonizado en mi baño.

—¿Quieres que te acerque a casa y coges ropa para mañana? —me pregunta, cuando estamos de vuelta—. Me marcharé sobre las seis de la mañana. Podrías quedarte en el hotel e ir a trabajar desde allí; por lo que he visto, tu oficina está más cerca de allí que de tu casa —propone.

—Es buena idea. Sí. Perfecto.

Para el coche frente al portal y subo a por ropa. No hay nadie en casa. Nadia aún está trabajando y Carlota ha ido a visitar a sus padres, aprovechando mi ausencia. Bajo de nuevo con una mochila colgada al hombro y me subo en el coche, esta vez sin ayuda. Por el trayecto escribo un mensaje a mis amigas informándolas del plan. En menos de un minuto recibo un «que ustedes lo follen bien» de Carlota y un «que te diviertas» de Nadia. Sonrío al ver lo diferente que son las dos.

Jorge aparca el coche en el *parking* del hotel y hace el *check in* en recepción. Subimos en el ascensor mirándonos, ya hambrientos. Y nada más entrar por la puerta y soltar nuestros equipajes, saltamos el uno encima del otro, arrancándonos la ropa a manotazos. Pasamos media tarde enredados en nuestros propios cuerpos y llenando la habitación de susurros, gemidos,

jadeos y mil maneras de intentar dejar de echarnos de menos.

A las nueve decidimos pedir algo de cena al servicio de habitaciones. No queremos compartir nuestro espacio con nadie más que no seamos nosotros mismos. Jorge pone en su móvil música en tono bajo. Suenan canciones de U2, una detrás de otra. Por lo que veo, le encanta. Hablamos tranquilos mientras cenamos un bocata y una cerveza, y no me atrevo a preguntar por su madre, no quiero que se entristezca y, si él no lo hace, después de haberme contado su enfermedad, no deseo ser yo la que introduzca el tema. Pero no lo hace, no habla de ella. Imagino que debe de seguir en el mismo estado de hace unas semanas.

Después de un segundo asalto brutal a la cama, nos disponemos a dormir, porque al día siguiente él se tiene que levantar muy temprano para conducir más de doscientos kilómetros.

—Te voy a echar mucho de menos —susurra en mi oído cuando estamos acostados de lado, él detrás de mí con su brazo alrededor de mi cintura—. Volveré lo antes posible.

—También puedo ir yo a Zaragoza, en AVE es un momento. No siempre tienes que ser tú el que se desplace, ¿no? —contesto, pensando en esa opción; aunque es difícil, porque yo trabajo toda la semana, sábado incluido.

—O podemos quedar a medio camino. En Lérida, por ejemplo —sugiere.

—También —confirmo. Y me alegra que estemos hablando de este tema porque parece que intentamos llevar una relación más allá de la cama.

—Encontraremos la forma. —Me besa en la cabeza—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, fiero. Haré lo que sea para que podamos vernos lo más a menudo posible.

—Tú has sido una grata sorpresa en mi vida, Jorge. Yo... no suelo... no suelo sentir cosas tan intensas hacia los tíos. Nadie ha hecho que me plantee una relación seria hasta ahora. —Me giro un poco, en busca de sus ojos en la oscuridad.

—Pues ya va siendo hora de que sientes esa cabeza loca que tienes. —Se ríe.

Vuelvo a mi posición en la cama y cierro los ojos. Y es cierto, jamás habría creído que nadie me hiciera pensar en sentar ni la cabeza ni ninguna otra parte de mi cuerpo. Con esta sensación reveladora me quedo dormida, abrazada a Jorge.

A las ocho suena la alarma de mi móvil y lo apago sobresaltada. Me incorporo en la cama y me siento desorientada. No estoy en mi casa, estoy en el hotel. Se me va pasando el vuelco que me ha dado el corazón. Me giro y no veo a Jorge ni su maleta de mano. Me levanto y veo encima del escritorio una caja alargada, estrecha y plana, de unos cuarenta centímetros de largo. Pone mi nombre en ella. La cojo, abro la tapa y dentro hay una pluma de pavo real muy parecida a la que llevo tatuada en mi cuerpo. Hay un trozo de papel enrollado a ella. Lo saco de la pluma y leo:

«No he querido despertarte, pero te he dado un beso de despedida. Quiero que nuestra relación no sea una carga para ti, quiero que sea ligera como esta pluma. No te preocupes por nada, yo me encargaré de todo. Ya te echo de menos, fiera. Nos vemos pronto».

Y sonrío, porque ha hecho referencia a lo que le expliqué sobre el porqué de mi tatuaje. Pienso que la vida debe fluir liviana, sin pesos sobre los hombros. Sentir puramente, sin forzar nada. Hacer lo que te apetezca según tus sentimientos, sin dejar que nada ni nadie te ate a algo que no quieres.

Esta mañana me marcho a trabajar mucho más ingrávida. Casi levitando.

Han pasado casi dos meses desde que conocí a Jorge, estamos a mitad de agosto y en este tiempo nos hemos visto en varias ocasiones. Él ha venido todas las veces aquí, casi siempre entre semana y algún fin de semana. Dice que yo trabajo el sábado y no quiere cansarme demasiado, además de que, al parecer, él también trabaja la mayoría de los sábados en el despacho, preparando la documentación de la semana.

Pero ahora estoy de vacaciones en la oficina. Y tengo tres semanas libres donde solo trabajo los fines de semana en las bodas y a ratos para arreglar los reportajes en el ordenador. Aparte de los trabajos que me encarga Mauro, claro. Nadia también está de vacaciones y Carlota trabaja de jueves a domingo por la noche. Tal como le dijo Vicky, en los meses de pleno verano la necesita más días, y ella está encantada, porque es más dinero; pero nos vamos a quedar sin el viaje a Ibiza que queríamos hacer este año.

Mauro me ha encargado bastantes trabajos estas semanas. Parece que mis pinturas gustan mucho a sus jefes y a los clientes. Me ha dicho que están pensando en contratarme a tiempo completo para que, además de lienzos, pinte otro tipo de objetos; como lámparas, estanterías, piezas de cerámica y hasta algún mueble. Estoy pensando que, si eso ocurre, voy a tener que alquilar un local donde poder trabajar y tener almacenado todo el material que necesitaré. Pero solo si eso ocurre. En septiembre tendré que viajar a Zaragoza para hablar con los jefes de Mauro y concretar los detalles. Estoy tan contenta, que no me importa haberme quedado sin viaje.

Nadia sí se va a ir de vacaciones a Menorca, con César. Al final estos dos están saliendo juntos y creo que César es el chico perfecto para ella. Es atento, divertido y la trata como ella se merece.

Carlota también sigue saliendo con Marcos, y muchos fines de semana lo tenemos durmiendo en casa. Es divertido verlo pasear en calzoncillos por nuestro salón como si estuviese en el suyo. A pesar de lo animal que pueda parecerme a veces, es encantador con mi amiga, así que le perdono que invada mi cuarto de baño con sus potingues. Usa más cremas que nosotras tres juntas.

Parece que todo fluye con normalidad y la calma se ha instalado en nuestra casa y en nuestras vidas, hasta un jueves en que todo se torna un infierno y algo en nuestro interior no tiene más remedio que cambiar para siempre.

Como digo, es jueves por la tarde. Nadia y yo estamos en casa, yo trabajo

con un cuadro y ella lee un libro en la terraza. Carlota ha salido a comprar algunas cosas para la cena, se ha empeñado en hacer no sé qué receta árabe.

Oigo abrirse la puerta del piso desde mi habitación. Un ruido extraño me hace detener el pincel en el aire; parece que a Carlota se le ha caído al suelo la bolsa de la compra.

—¿Carlota? —la llamo. No hay contestación. Me acerco a la puerta de mi habitación.

Veo, en ese momento, que mi amiga pasa delante de mí, caminando muy despacio hacia atrás en dirección al salón y con las manos levantadas.

—¿Qué te pasa, *neni*? —le pregunto al ver su expresión de pánico.

Ella no contesta y sigue mirando al frente. Me asomo al pasillo y veo a Raquel, su exjefa, con una pistola en la mano y caminando hacia delante a la misma velocidad lenta a la que Carlota retrocede. Se me corta la respiración de golpe y el corazón me da dos vueltas en el pecho.

—Tú, sal de ahí y ve hacia el fondo con ella —ordena con voz desquiciada. Tiene los ojos inyectados en sangre. Hago lo que me pide y miro a Carlota, ella no puede dejar de mirar el arma que su exjefa está empuñando y con la que nos apunta—. ¡Espera! —me grita y doy un respingo por el susto—. ¿Dónde está tu móvil?

Intento pensar dónde lo he dejado, porque estoy totalmente bloqueada por la impresión que me causa que alguien me esté apuntando con una puta pistola.

—En... encima de mi mesita —consigo contestar.

—Entra y cógelo. Pero no hagas ningún movimiento raro o me cargo a Carlota —amenaza con rabia.

Vuelvo a hacer lo que me pide y le entrego mi teléfono sin apenas rozar sus dedos. Me tiemblan las manos...

—¿Qué pasa? —Oímos a Nadia acercarse por el salón. Cuando llega a nuestra altura, se le cae el libro al suelo—. ¿Eso es una...? —Se le apaga la voz y se tapa la boca con la mano.

—Sí y, si no quieres comprobar cómo te sentaría una bala en la cabeza, camina hacia el salón. —Raquel sigue dando órdenes. Sus ojos nos escrutan fijamente, pero noto un velo en ellos; como si no acabara de ver lo que tiene delante. Nadia levanta las manos en un acto reflejo—. Dame tu móvil. —Ella mete, muy despacio, la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y se lo entrega—. Bien, ahora todas vamos a sentarnos en el salón a hablar de algunas cosas que tenemos pendientes. —Su mirada es de total desequilibrio, no había visto unos ojos tan llenos de rabia y desespero en mi vida.

Hacemos lo que nos pide y caminamos con lentitud hacia el salón, sin dejar de mirar el arma.

—Sentaos. —Señala el sofá con la pistola. Ella se queda de pie frente a nosotras.

Carlota está pálida y Nadia no parpadea. Yo tengo el latido del corazón martilleándome las sienes y no puedo pensar. ¿Qué quiere esta mujer? ¿Y por qué está en nuestra casa con una pistola? ¿Es que se ha vuelto loca?

—Llevo mucho tiempo esperando este momento —empieza a hablar—. Tú y yo tenemos muchas cosas que aclarar —le dice a Carlota.

—Yo no tengo nada que hablar contigo —contesta ella con rabia, y yo le golpeo con mi pierna la suya, para que no sea tan brusca o acabaremos con una bala metida en el cuerpo.

—Sí, sí tenemos cosas que comentar —insiste.

Dios, esto es una maldita locura. Me tiembla el cuerpo entero y me sudan las manos, que me paso continuamente por las perneras del pantalón, que llevo lleno de pintura.

En ese momento suena mi móvil sobre la mesa del salón que Raquel ha dejado allí junto a los de Nadia y Carlota. Las tres saltamos en el sofá. La energúmena que tenemos delante ni se inmuta. El móvil deja de sonar y, acto seguido, vuelve a emitir el mismo sonido. Así hasta cinco veces.

—Disculpa, quizá sea importante. Estoy esperando una llamada y saben que estoy pegada al móvil; si no contesto, quizá aparezca alguien aquí. Y no quieres eso, ¿verdad? Necesitas tiempo para hablar con Carlota. —No sé cómo narices he podido hablar, pero me sale un tono bastante tranquilo.

El móvil vuelve a sonar.

—De acuerdo. Pero ni una palabra de lo que ocurre aquí si no quieres que os pegue un tiro —amenaza, y esta vez me mira con los ojos entrecerrados. Y sí, ahora mismo tengo miedo, pavor.

Me acerca el móvil y veo en la pantalla que es Jorge.

—¿Sí? —contesto, sin apartar mi mirada de Raquel, porque me apunta directamente a mí.

—¿Qué tal, fiera? —pregunta Jorge con alegría.

—Bien, bien. En casa.

—¿Ocurre algo? —Jorge cambia su tono al oír mi escueta respuesta.

—No, claro que no. Voy bien de tiempo. Acabaré el cuadro dentro del plazo sin problemas. —Se me ocurre, no sé ni cómo, porque en mi cerebro solo está la imagen de un arma.

—¿Qué pasa, Vera? —insiste en tono más firme.

—No te preocupes, no habrá problema —digo, intentando seguir con la conversación que he empezado. Al menos Jorge ya ha notado que ocurre algo.

—¿Pasa algo en tu casa? —pregunta algo más tranquilo, parece que empieza a pensar.

—Sí, sí, eso —contesto, con un atisbo de esperanza en la voz.

—¿Grave?

—Sí, mucho. Eso me gustaría mucho.

—¿Llamo a alguien? ¿A la poli? —pregunta de pronto.

—Sí, perfecto. En cuanto lo tenga acabado, te llamo.

—¿Estás sola?

—Tres más una. Sí, lo sé.

—Vale. Llamo a la poli ahora mismo. No te preocupes, ¿vale? Estate tranquila —me dice, creo que para calmarse más él que a mí. Suspira—. Joder —grita.

—Tranquilo, todo irá bien. —Veo que Raquel empieza a desesperarse y se acerca a mí—. Te dejo, he de seguir trabajando. Te llamo en unos días.

—Joder, Vera. No, espera...

—Adiós. —Cuelgo la llamada y le entrego el móvil sin que ella me lo pida, más que nada para que vea una buena voluntad por mi parte de que no quiero quedarme el aparato. Extiendo la mano, que tiembla como si tuviera Parkinson.

Ella lo coge y lo vuelve a dejar sobre la mesa sin dejar de apuntarnos. Estamos las tres sentadas muy juntas en el sofá.

—Carlota, creo que deberías hablar con Raquel. Seguro que tiene muchas cosas que decirte, ¿verdad, Raquel? —digo, primero mirando a mi amiga, a la que tengo al lado, y después a su exjefa. Carlota me mira desorbitada. La vuelvo a mirar y sonrío para que entienda que debemos estar tranquilas y no ponerla nerviosa a ella, más que nada por si se le escapa el dedo y nos pega un tiro en la cabeza—. Al menos escucha lo que tenga que decir. —Le pongo la mano en la pierna y aprieto.

—Puede que tengas razón. —Sonríe nerviosa y se gira para mirar a su exjefa—. Habla, Raquel, te escucho. —Intenta controlar el tono de histeria.

Veo que Nadia se encoge en el sofá.

Raquel relaja los hombros y la expresión.

—¿Por qué te has marchado de la oficina? —pregunta seria.

Carlota respira hondo para intentar tranquilizarse, imagino.

—Porque no me has dejado en paz desde hace ocho meses. Es acoso, Raquel.

—Yo solo quería que fuésemos amigas.

—Raquel, no me lo pediste. Me lo exigiste. Llegaste incluso a decirme que, si no salíamos a tomar algo, harías que me despidieran.

—Pero no lo hice.

—Cierto. Y te lo agradezco. Aunque no ha sido agradable trabajar contigo.

Raquel baja la mirada, avergonzada. Parece que empieza a calmarse. A ver si mi amiga consigue que suelte el arma, al menos. Aunque el cañón sigue frente a nuestros ojos.

—Carlota, yo no quería que te marcharas de la oficina. Si hubieses aceptado mi idea de conocernos mejor, quizá aún estarías trabajando allí y nosotras podríamos tener una relación muy bonita —dice, casi con transcendencia. Definitivamente, esta mujer no está bien—. No tengo amigas. —Vuelve a bajar los ojos al suelo.

—Sí, quizá me precipité un poco. —Carlota sigue en el juego. Bien, a ver si podemos ganar tiempo y que llegue la policía antes de que esto acabe mal.

—Yo solo quiero salir a comer o a cenar o a tomar algo contigo. Me gustas. —Vemos como traga saliva.

—Ya, Raquel. Pero a mí me gustan los hombres. Ya te lo dije.

—Eres la primera chica que me gusta de verdad. El trabajo es el único lugar donde mi madre no se mete. Soy buena en lo que hago. Y pensé que podríamos salir juntas.

—Sí, lo eres. Muy buena. Pero la vida no siempre sale como nosotras queremos.

—La vida. —Sonríe sin ganas. Nos vuelve a mirar con furia. Dios, ya no sé por dónde nos puede salir esta mujer. Cada vez me tiembla más el cuerpo —. Mi vida es un auténtico asco. Estoy casada con un hombre que no me gusta. He tenido que meterme en la cama con él y mantener relaciones para tener hijos y que todo pareciera normal. ¡Normal! ¿Qué narices significa eso? —se altera un poco.

—Lo entiendo. Imagino que no debe de ser fácil vivir según lo establecido, si no es lo que te hace feliz —contesta Carlota con más tranquilidad.

Empezamos a entender lo que se le está pasando por la cabeza a esta mujer y lo trastornada que debe de estar. Pero eso no quita que esté muerta de miedo.

—No, no lo es. Y si te gustan las chicas y vas a un colegio de monjas, la cosa se pone fea. Tienes que estar en un vestuario lleno de chicas desnudas,

intentando no mirar demasiado tiempo a ninguna para que no te llamen rara o cosas mucho peores —sigue explicando, con la mirada un poco perdida. Y asustada, está asustada. No sé qué es peor, que esté enfadada o asustada.

—Claro. Ya entiendo. Aunque ahora las cosas han cambiado. Puedes divorciarte y hacer lo que quieras. Nosotras tenemos amigos *gays* y son muy felices. Salen con quien les gusta y hacen siempre lo que quieren. ¿Verdad, chicas? —Carlota nos mira nerviosa.

—Sí, sí —contestamos Nadia y yo. Estoy un poco más tranquila, pero no quiero bajar la guardia por si se le va la olla y esta mujer hace una desgracia.

—No, no. Yo no puedo divorciarme, mi madre no me lo permitiría. — Levanta el arma, que se le había caído unos centímetros y apuntaba al suelo. Y veo como su cara se desenfoca—. Mi madre es una mala persona. Me obligó a tomar una medicación para *curarme* y a salir con hombres. Por eso no tengo amigas; ella no me deja —dice, apretando los dientes.

—Nosotras podemos hablar con ella, si quieres —digo para intentar calmarla.

—Pero eres su hija, seguro que aceptaría que tuvieras una vida que te hiciera feliz —argumenta Carlota.

—Mi madre no me quiere. Solo quiere a mi hermano. —Se empieza a enfadar.

—Yo también tengo problemas con mi padre. A él no le gusta mi trabajo, hubiese preferido que siguiera sus pasos y fuera arquitecta. Pero yo prefiero hacer otras cosas —confieso, por si la ayuda escuchar que no es la única que tiene problemas con sus progenitores.

Joder, a ver si viene ya la policía. Esto es pura angustia. Espero que Jorge se haya dado prisa con la llamada. La comisaría está cerca de aquí, no deberían tardar mucho en llegar.

—Todas las madres quieren a sus hijos, aunque no lo parezca —sigue Carlota.

Ella niega con la cabeza y aprieta el arma con las dos manos.

—No me dejaría estar contigo —insiste ella con los ojos llenos de lágrimas.

Mierda. No comparto lo que está haciendo, pero entiendo que se haya vuelto loca, o eso me parece a mí, por culpa de lo que nos está contando. Lo que no acabo de comprender es por qué lleva un arma.

—Raquel, ¿por qué no sueltas la pistola y hablamos tranquilas? —le digo, a ver si la convengo.

—¡No! Si la suelto, Carlota no me escuchará y me echará de aquí a golpes como hizo el día del bar —se enfada de nuevo.

—Lo siento, Raquel. Pero te recuerdo que fuiste tú la que me dio un bofetón primero —contesta Carlota un poco tensa.

—Pero tú habías tirado mis flores.

—Es que no sabía que eran tuyas. La próxima vez manda las flores con tu nombre —le dice mi amiga.

Nadia está totalmente hundida en el sofá. Está muerta de miedo y no me extraña. Yo también lo estoy, y Carlota tiene la cara desencajada, pero intentamos que esta pobre mujer se calme. Siento pavor de lo que pueda hacer, cada vez está más nerviosa y desequilibrada.

Se oye el timbre de la entrada y golpes en la puerta.

—Policía, ¿hay alguien ahí? Abran. —Se oye a través de la puerta una voz femenina.

—¡¿Habéis llamado a la policía?! —grita Raquel, con los ojos rojos de aguantar las lágrimas y la rabia.

—No, no. Nuestros móviles los tienes tú —consigo decir y señalo la mesa.

Ella levanta el arma y se acerca más a nosotras. Carlota y yo nos pegamos al sofá y levantamos las piernas sobre el asiento. Nadia se esconde, pegada al otro lado de Carlota, y se tapa la cara con las manos. Suena un crujido en la puerta de entrada seguido por un golpe seco en la pared. En segundos, oímos pasos por el pasillo, debe de ser la policía, que ha abierto la puerta y se acercan. En un movimiento rápido, Raquel se coloca la pistola sobre la sien.

—No quiero volver al hospital —dice.

—¡Noooooooooo! —gritamos Carlota y yo.

Saltamos del sofá las dos a la vez para intentar detenerla en su propósito.

Baaaaaannnnnggggg.

El estruendo del disparo me golpea los tímpanos y caigo al suelo con las manos en los oídos. Veo desplomarse el cuerpo inerte de Raquel, a cámara lenta, sobre el suelo de parqué de nuestro salón, con un agujero en la sien. Dios mío, lo ha hecho, se ha pegado un tiro.

Varios agentes de policía irrumpen en el salón empuñando sus armas. Una agente rubia se agacha junto al cuerpo de Raquel y le toma el pulso.

—Está muerta —sentencia.

Otros tres se acercan a nosotras. Uno se planta delante de mí en cuclillas y me coge por las mejillas.

—¿Estás bien? ¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Vera. Me llamo Vera. Y no, no estoy bien. Una mujer se acaba de pegar un tiro delante de nosotras. ¡Joder! —grito e intento levantarme, pero el agente me coge por los hombros y me aprieta. Yo me remuevo porque necesito salir de aquí—. ¡Se ha pegado un tiro!

—Tranquila. Ya ha pasado. Tranquila.

Me levanta despacio y me sienta en el sofá. Veo a Carlota sentada en el suelo con la espalda apoyada en el sofá, respira hondo. Otro agente está junto a ella y la abanica con la mano. Está totalmente pálida. Nadia sigue hundida entre los cojines, con las manos sobre la cara, llorando. La agente rubia está hablando por un móvil. Nuestro salón se ha convertido en un caos.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero llega más policía y una mujer delgada con el pelo oscuro y rizado. Deja un maletín en el suelo junto al cuerpo de Raquel. Se agacha junto a ella y se coloca unos guantes de látex. Examina la herida de su cabeza y luego mira alrededor. Se levanta para inspeccionar la pared que separa el salón de la cocina, y que está salpicada de sangre. Joder, el salón parece una carnicería. ¡Nuestro salón!

Vuelve a agacharse y mira el arma que ha quedado en la mano de la exjefa de Carlota. Se acerca a la agente y hablan en una esquina. No puedo oír lo que dicen.

Dejo de mirar la escena, porque no puedo soportar ver a Raquel allí tirada, y cierro los ojos. Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y me tiembla todo el cuerpo. Siento que quiero llorar, pero no puedo, no me salen las lágrimas. Estoy totalmente colapsada. Mi cuerpo no responde a nada de lo que mi cerebro le manda hacer.

—Vera —me llama el agente que me ha atendido—. Vais a tener que venir a comisaría para hacer una declaración de lo que ha ocurrido, ¿de acuerdo? —Asiento con los ojos aún cerrados. Genial, estamos nosotras como para declarar nada—. ¿Tenéis algún sitio donde dormir esta noche? Porque no creo que podáis entrar en el piso hasta mañana. Han de retirar el cuerpo y procesarlo todo —me explica.

—Supongo que podremos dormir en casa de algún amigo. —Y pienso en César. Imagino que él dejará que nos quedemos en su casa.

—Bien, pues deberíamos irnos a comisaría. ¿Puedes caminar?

—Sí. Necesito salir de aquí. —Me levanto del sofá sin mirar hacia el lugar donde Raquel yace muerta—. Necesito mi móvil. He de hacer algunas llamadas.

—¿Dónde está? —pregunta el policía.

—Encima de la mesa. Coge los tres, por favor. Mis amigas también necesitarán llamar —le pido.

—¿Pueden coger los móviles? —le pregunta a la mujer que he visto examinar la escena.

—Sí, ya hemos tomado las fotografías que necesitamos —contesta ella.

Él se acerca a la mesa y los coge. Me los pone delante y tomo el mío. Veo a Carlota y a Nadia que también se levantan del sofá y vienen hacia mí, acompañadas por otros dos agentes.

—Llevaos los móviles. Tendréis que hacer algunas llamadas, imagino —les digo.

Sin contestar, ellas dos cogen cada una el suyo de las manos del policía y salimos las tres al pasillo, caminando como zombis. Dos agentes nos siguen. Al salir al rellano, vemos a varios vecinos allí plantados, intentando averiguar qué ha ocurrido.

—Chicas, ¿qué ha pasado? —pregunta Álvaro, el vecino de al lado.

—Ya se lo explicarán en otro momento, señor. Ahora tienen que acompañarnos a comisaría —contesta el agente que me ha atendido.

Camino por inercia, no porque quiera hacerlo. Salimos a la calle y entramos en un coche de policía, las tres juntas en el asiento trasero. Los agentes se sientan delante y el coche empieza a moverse. Miro mi móvil y marco.

—Vera, ¿estás bien? —Oigo a Jorge al otro lado de la línea.

—Sí, estamos bien —contesto en voz muy baja.

—Tranquila, cariño. Estoy de camino —dice exaltado.

—¿De camino adónde? —pregunto extrañada.

—A verte —contesta.

—¿Estás viniendo hacia aquí? —pregunto, porque creo que con la confusión que tengo no lo he entendido bien.

—Sí, he salido en cuanto he llamado a la policía. Estoy casi a medio camino.

—Vera, amor. Vamos los tres a verte —oigo decir a Mauro.

Me quedo callada y ahora sí que las lágrimas se agolpan en mis ojos y empiezan a salir a borbotones. Lloro y no puedo parar.

—Vera, cielo. No llores, ¿vale? En una hora estamos ahí contigo —dice Jorge con mucho cariño en la voz.

—Estáis locos, ¿lo sabéis? —Me sorbo los mocos y me limpio la cara con las manos.

—Estamos locos por ti. Eres nuestra niña —dice Mauro.

Y vuelvo a sollozar.

—Vera, ¿qué ha pasado? Por favor, dime algo porque está a punto de darme un infarto —dice Jorge, preocupado.

Intento recuperarme un poco y me aclaro la voz.

—La exjefa de Carlota se ha presentado en casa con un arma. No sé cómo ha entrado en casa, porque aún no he podido hablar con Carlota. Imagino que la ha abordado en el portal. —Miro a mi amiga y ella asiente con la cabeza—. Sí, la ha abordado en el portal. Quería hablar con ella. Hemos intentado calmarla y hacer tiempo después de hablar contigo. Esperaba que hubieses captado que teníamos problemas y llamaras a la policía. Estaba muy trastornada y no dejaba de apuntarnos con la pistola. Cuando ha llegado la policía y han abierto la puerta, Raquel se ha pegado un tiro en la cabeza. Joder, se ha matado delante de nosotras en el salón. —Vuelvo a llorar. Miro hacia mi izquierda y veo a mis amigas calladas, con la cabeza apoyada una en la otra y las manos cogidas.

—Joder, Vera. Cuánto lo siento. ¿Estáis bien? ¿Os ha herido?

—No, no. Estamos bien, al menos físicamente —contesto sin poder parar de llorar—. Pero ha sido una pesadilla. Un caos. Una puñetera desgracia.

—¿Dónde estás ahora? —pregunta Sergio, que aún no había dicho nada.

—Hola, Sergio. Vamos en un coche de la policía camino de la comisaría para declarar.

—Vale, cuando lleguemos, te llamo y me dices dónde estás para ir a buscarte, ¿me oyes? —dice Jorge.

—Vale —contesto, sin apenas voz.

—En un rato nos vemos.

—Sí, hasta ahora. —Cuelgo la llamada y apoyo la cabeza sobre el hombro de Nadia; ella me acaricia la mejilla con la mano. Me abrazo a ella con fuerza.

Vuelvo a llorar en silencio. No puedo creer que Jorge esté de camino hacia aquí, sin saber siquiera lo que había pasado. La angustia que siento en el pecho se hace menos latente, menos sangrante. Un incipiente alivio se abre en medio del dolor y el miedo. Parece que le importo, le importo y viene a verme. Sigo llorando, pero creo que esta vez es de emoción. O de temor. O de las dos cosas. Nunca un hombre había demostrado tanto interés por lo que me ocurriera, aunque tampoco yo me he enfrentado a ninguna situación como esta. Mi vida ha sido siempre alocada, divertida. Así la he querido vivir yo. A pesar de que he tenido bastantes problemas por ello con mis padres. Lo que le

conté a Raquel era cierto; llevo años sin hablar con ellos. Y ahora, en este momento, los echo de menos. Echo de menos que mi madre me abrace y que mi padre me bese el pelo, como hacían cuando aún era una niña.

En la comisaría nos toman declaración a las tres, por separado; cada una nos sentamos en una mesa con un agente que escribe en el ordenador lo que le contamos. Yo, desde que oí la puerta de casa abrirse hasta que Raquel se suicidó. Incluso la llamada de Jorge y la conversación que tuvimos con la exjefa de Carlota. El agente comprueba en mi móvil que, efectivamente, hay varias llamadas perdidas de Jorge y una llamada de un par de minutos.

Cuando salgo a la sala de espera de la comisaría, después de declarar, me encuentro a Jorge, Mauro y Sergio sentados, esperando. Al verme, los tres se levantan y vienen hacia mí. Jorge me abraza fuerte por encima de los hombros y yo rodeo su cintura con mis manos. Me besa el pelo y no puedo evitar llorar otra vez. Su olor me envuelve y siento un atisbo de felicidad; a pesar de lo ocurrido, estoy feliz por tenerlo cerca.

—Ya está, cariño. Ya ha pasado —me tranquiliza. Me aprieto fuerte contra su pecho.

—Si no llegas a llamar esta tarde y convengo a Raquel de que me deje contestar... no sé qué hubiese pasado. Estaba muerta de miedo —le digo.

—Tranquila, estoy aquí contigo. —Me acaricia el pelo.

Me separo un poco de su cuerpo y veo a Mauro y Sergio detrás. Sergio está muy serio, con los brazos cruzados sobre el pecho, y Mauro me mira a punto de llorar. Alargo una mano y me la coge. Tiro de él para abrazarlo sin soltar a Jorge.

—Mi niña, pobrecita. El miedo que habréis pasado —dice y me besa en el pelo.

Sergio también se ha acercado y me abrazan los tres. Me siento tan querida que no puedo más y vuelvo a llorar con fuerza. Los aprieto contra mi cuerpo porque necesito sentirlos, necesito saber que están conmigo en este momento. No puedo creer que hayan hecho tantos kilómetros para venir hasta aquí.

—Gracias —les digo.

Esperamos a que salgan Carlota y Nadia de declarar. Pocos minutos después de sentarme en la silla de la sala, junto a Jorge, Mauro y Sergio, Marcos y César entran en la comisaría. Mis amigas los habían llamado justo antes de entrar. Les explico por encima lo que ha pasado y esperamos juntos a que ellas acaben.

Cuando nos reunimos todos, decidimos que Nadia y Carlota se irán al piso

de César con él y con Marcos. Carlota no va a ir a trabajar esta noche al pub, ya ha avisado a Vicky. Yo me quedo con Jorge, Mauro y Sergio para ir al hotel, donde han reservado dos habitaciones mientras venían en el coche. La policía nos avisará cuando podamos volver a casa.

—Ya que habéis venido, lo mínimo que puedo hacer es invitaros a desayunar. A cenar también os invitaría, pero estoy tan conmocionada y tan cansada que solo quiero meterme en la cama y dormir —les explico, porque con todo el asunto son casi las diez de la noche.

—Tranquila, mañana nos vemos —se despide Sergio.

—Que descanses —dice Mauro.

Nos metemos en la habitación.

—Me voy a dar una ducha —le digo a Jorge.

—Vale, te espero aquí. Si necesitas algo, dímelo. —Se estira sobre la cama.

Me meto bajo el agua y me quedo un buen rato allí. Intento calmar los nervios y la congoja que llevo en el cuerpo desde hace más de tres horas. No se me va de la cabeza la imagen de Raquel cayendo al suelo con la sangre brotando de su sien. Dios mío, aún no puedo creerlo; todo me parece una pesadilla.

Salgo del baño desnuda y me encuentro a Jorge metido en la cama, tapado con la sábana hasta la cintura. Me subo a la cama junto a él. Apaga la luz y me abraza.

—No has cenado nada —le digo.

—No tengo hambre, ¿tú quieres algo? Puedo pedirte lo que quieras.

—No, yo tampoco tengo hambre. Gracias por estar aquí.

—Siempre.

Por fin, me tranquilizo y me quedo dormida sobre su pecho en pocos segundos.

Me despierto de golpe. Estoy sudando y el corazón me va a mil por hora. Salto sobre la cama.

—¿Qué pasa, Vera?

—Joder. He soñado que Raquel me pegaba un tiro. —Me froto la cabeza con las manos.

—Tranquila. No pasa nada. Solo ha sido una pesadilla. —Me abraza por la espalda.

—Dios mío, ¿cómo alguien puede matarse? —pregunto para mí misma en voz alta.

—A veces, la vida aprieta tanto que al final ahoga —contesta él con voz más seria.

—Ya, pero debes de estar muy desesperado para pensar que no hay ninguna otra salida. Todo debería tener solución, ¿no?

—Quizá ella se ofuscó tanto que no encontró la salida.

Me quedo callada y dejo que me abrace. Una tenue luz entra por la ventana, debe de estar amaneciendo. Y pienso que Raquel ya no volverá a ver el amanecer nunca más y que el nuestro será distinto a partir de ahora. Al menos, el mío lo será.

Una hora más tarde, nos levantamos y salimos del hotel para desayunar con Mauro y Sergio. He llamado a la oficina y les he explicado lo que había ocurrido. No han puesto ninguna objeción para que me tomara el día libre. Nos sentamos en una pequeña cafetería. A pesar de no haber cenado, no tengo hambre, pero me obligo a comer algo.

—No sé cómo agradeceros que hayáis venido hasta aquí. Sois los mejores —les digo y pongo mis manos sobre las de Mauro y Sergio.

Mauro no dice nada y me acaricia la mejilla. No hablamos demasiado, pero no quiero convertir el desayuno en una triste experiencia y que se marchen pensando que estoy tan mal.

—Mauro, intentaré acabar el cuadro este fin de semana y te lo envío la semana próxima —hablo, por no callar durante más tiempo.

—No te preocupes. Nuestro actor porno está muy contento con tu trabajo, esperará lo que haga falta —contesta él, con una media sonrisa.

El cliente que pidió un cuadro para el cuarto de baño quedó tan satisfecho con mi pintura de una pareja fornicando sobre la pica del lavabo con sus

cuerpos reflejados en el espejo, que ya llevo tres cuadros más. Todos de personas practicando sexo. Desde luego, de casta le viene al galgo. Parece que en ese hombre todo es puro erotismo.

—Espero no conocerlo nunca; si no, me moriré de vergüenza —digo un poco más relajada.

—Pues no descartes esa posibilidad. Creo que quiere hacerte proposiciones deshonestas. —Se ríe Mauro.

—¿Qué dices? Estás de coña, ¿no? —Me río.

—Yo diría que quiere saber de dónde te viene esa vena tan sexualmente morbosa —contesta, mirando a Jorge.

—A mí no me mires, la fiera es ella. —Sonríe Jorge.

—Pues aún tengo metidos en los oídos tus gritos en el hotel desde junio —interviene Sergio con una carcajada—. Deberías cortarte un poquito.

—¿En serio? —Abro los ojos como platos.

—Y tan en serio. Yo creo que hubo varias llamadas de quejas a recepción —se burla Sergio.

—Pues que insonoricen las habitaciones —contesto.

Los cuatro nos reímos, y me siento un poco mejor. Ellos siempre consiguen que me ría con ganas. Mi móvil suena y veo en la pantalla un número que no conozco.

—¿Sí?

—Buenos días, ¿Vera Márquez? —dice alguien al otro lado.

—Sí, soy yo.

—Te llamo de la comisaría de policía donde estuviste anoche declarando. Es para informarte de que ya puedes volver a casa. Todo ha sido procesado —contesta la voz masculina.

—De acuerdo, gracias.

—Adiós, buenos días.

—Adiós —me despido y cuelgo—. Era la policía, ya podemos volver a casa —informo.

—Te acompañamos —contesta Jorge.

—Voy a hablar con Carlota y Nadia. Quiero quedar con ellas para entrar juntas —digo y me pongo a chatear con ellas por WhatsApp.

En media hora, estamos en el portal de casa. Me despido de Sergio, Mauro y Jorge porque han de volver a Zaragoza para seguir con sus vidas. Parece que, desde que los conozco, no hago más que entorpecerlos con mis desgracias. Dos veces en dos meses han tenido que salir corriendo por mí

causa. La primera, porque Carlota me partió una ceja con su anillo, y ahora esto. Si no me han mandado a freír espárragos, debe de ser por una especie de milagro.

—Espero no volver a provocar que tengas que salir corriendo en mi busca —me disculpo cuando me quedo a solas con Jorge, antes de que se marchen.

—No digas tonterías, Vera. Tú no necesitas a nadie, eres una fiera, ¿recuerdas? Hemos venido porque hemos querido —me regaña él.

—Eso mismo pensaba yo hasta hace poco. Pero cada vez tengo más necesidad de ti y me asusta —le confieso.

—Soy yo el que te necesita —dice y me abraza fuerte—. Vendré el fin de semana próximo. Me dijiste que no trabajas ese sábado, ¿verdad? —me susurra al oído.

—No, no trabajo. —Despego mi cara de su cuerpo y lo miro ilusionada—. ¿De verdad vendrás?

—Pues claro. Intentaré adelantar trabajo durante la semana para no tener que hacerlo el sábado. —Me besa en los labios con suavidad.

—Vale. Hablamos. Tened cuidado en la carretera.

—Si no nos matamos ayer viniendo, con lo nervioso que estaba, no creo que lo haga ahora.

—No digas eso ni en broma —lo regaño.

—Vale, fiera. Cuídate. Y espero que vaya bien la vuelta a casa —dice, señalando el portal con la barbilla.

—Sí, veremos cómo nos tomamos eso de entrar en casa después de lo que pasó ayer. —Me preocupa bastante ese tema. No quiero que esto se convierta en un problema y no podamos vivir en nuestro piso de la misma forma desde este momento.

—Tranquila. En cuanto pase un poco de tiempo, se olvidará. Todo se olvida —contesta con mirada triste.

Imagino que se refiere a su madre y a la ausencia de memoria en ella. Sí, es triste olvidar una vida entera. Los recuerdos son lo que tenemos al final de nuestros días, pero si nuestra mente los abandona, ¿qué nos queda?

Por otro lado, a veces, es mejor olvidar. Y en este caso, debería ser la mejor opción, porque, aunque yo no soy muy propensa a que las cosas me afecten demasiado, esto ha sido un golpe bastante fuerte, incluso para mí.

Nos despedimos todos de todos, porque en el portal de casa nos hemos juntado además de nosotros, Carlota con Marcos y Nadia con César. Aunque no queremos que nos acompañen arriba. Preferimos enfrentarnos a lo que sea

que nos encontremos solas. Necesitamos hacerlo y saber las sensaciones que nos va a deparar volver a entrar en nuestro salón después de la tragedia vivida hace poco más de doce horas.

Subimos en el ascensor en silencio y en el rellano nos quedamos paradas un momento, frente a la puerta. Finalmente, Carlota la abre. La cerradura principal está inutilizada. La policía nos dijo que tendríamos que arreglarla, ya que la reventaron para entrar. Mi amiga ha abierto la cerradura de seguridad y empuja la puerta con cautela. Siento mi estómago revolverse hasta límites que me provocan arcadas, pero las controlo porque no quiero entrar en casa vomitando. Respiro hondo por la boca, con disimulo. Me atrevo a dar el primer paso y cruzo el umbral de la puerta. Camino por el pasillo despacio, oigo como mis amigas me siguen y cierran la puerta con llave. Nuestras habitaciones y el baño tienen las puertas abiertas y veo que no hay nada raro en ellos ni están desordenados. A dos pasos de la puerta del salón, me detengo. Carlota y Nadia se paran junto a mí. Nos miramos las tres y nos cogemos de las manos. Acude a mí la idea de ver en el suelo, dibujada en blanco, la silueta del cuerpo que aparece en tantas series de asesinatos y sacudo la cabeza para quitármela.

Damos los pasos necesarios para entrar en el salón y mi vista se clava sobre la porción de suelo donde ayer yacía el cuerpo de Raquel. Ya no está allí, pero la mancha de sangre sí. Mi mente viaja bajo las lamas de madera e intento no pensar en que debajo de ellas también se habrá colado. La mesa queda a nuestra izquierda junto a la puerta de la cocina. El sofá frente a nosotras pegado a la pared de la derecha. Y en esa esquina nos quedamos paradas un momento. Me acerco al sofá y me siento en la misma esquina en la que estuve ayer. No puedo dejar de mirar el centro del salón. Carlota y Nadia se sientan junto a mí y nos quedamos en silencio. Nadia hace amago de vomitar y sale corriendo en dirección al baño. Carlota la sigue. Pero yo no puedo moverme. Ni siquiera puedo dejar de mirar la salpicadura que el disparo dejó en la pared que tengo enfrente. Es una putada muy grande que tengamos que limpiar nosotras este desastre, después de vivir lo que sentimos ayer en este lugar.

Saco el móvil de mi pantalón desgastado y lleno de pintura. Llamo a la agente que nos atendió el día anterior. Nos dio una tarjeta con su número por si necesitábamos algo. Le pregunto cómo es posible que no hayan limpiado, y me contesta que no forma parte del trabajo forense, pero me facilita el número de una agencia de limpieza que se encarga de hacerlo. Le doy las gracias, sin

muchas ganas. Marco el número que me ha dado y me indican que en un par de horas vendrán a limpiar.

Nadia sigue vomitando en el baño. Puedo oír como las arcadas pasan por su garganta.

Sigo con la vista puesta en el otro lado del salón, donde está el mueble de módulos en color crema y la tele en medio. El espacio restante está vacío, como siempre. No quisimos amueblar más porque queríamos el espacio libre para pasar y bailar. Bailamos mucho en esta estancia y me pregunto si seremos capaces de volver a hacerlo. Trago saliva y necesito pensar que sí, que podremos hacerlo como si nada hubiese pasado en nuestro salón, en nuestra casa.

Me levanto del sofá y me dirijo al baño. Me encuentro a mis dos amigas sentadas en el suelo, junto a la bañera. Nadia tiene los ojos llorosos y se limpia la boca con un trozo de papel higiénico. Me agacho junto a ellas.

—Quiero que prometamos una cosa hoy, aquí —empiezo a hablar. Ellas me miran—. Por muy mal que nos vayan las cosas, todas, las pequeñas y las grandes; hablaremos, lloraremos, reiremos, bailaremos, cantaremos, nos enfadaremos, nos disculparemos, nos perdonaremos. No dejaremos que nada ni nadie nos afecte tanto como para volvernos locas y que acabemos con un puto tiro en la cabeza. Nada es tan importante como nuestra propia vida. Así que, hoy, aquí, quiero que prometamos que la vamos a vivir en paz. Que no vamos a aguantar situaciones que no nos gusten, ni por un trabajo... —Miro a Carlota— ... ni por un tío. —Miro a Nadia—. Cualquiera puede acabar como Raquel.

Nadia está a punto de llorar, tiene sus expresivos ojos castaños hinchados, y a Carlota se le han caído dos lagrimones de sus preciosos ojos azules. Me acerco a ellas y las abrazo a las dos, muy fuerte.

—Te lo prometo, Vera. No dejaré que nada me haga tanto daño como para no poder reponerme —dice Carlota, llorando sin contención alguna.

—No me lo prometas a mí, promételo a ti misma —le contesto—. Vivamos a tope, seamos libres de malos entendidos, de sentimientos negativos, seamos felices, sin más.

—Os quiero mucho —dice Nadia en un susurro.

—Eso también está bien; digamos lo que sentimos, lo que pensamos. No lo escondamos. Tragarnos nuestras mierdas acaba corrompiéndonos por dentro. Compartamos lo bueno y lo malo, siempre. No dejemos que ningún peso nos hunda.

—Joder, Vera. Eres una puta filósofa. —Se ríe entre lágrimas Carlota.

—No, cariño, no. Yo también tengo mis problemas sin solucionar. Pero voy a poner remedio ahora mismo. —Separo un poco mi cuerpo de ellas—. Os quiero muchísimo y siempre estaré disponible para vosotras. —Me levanto del suelo y camino hasta mi habitación.

Cojo el móvil y marco. Al segundo tono descuelgan.

—Hola, mamá —saludo.

—¿Vera? —se sorprende mi madre.

—Sí, mamá. Soy Vera. ¿Tienes un momento para hablar?

—Sí, claro —contesta mi madre, tras un pequeño silencio.

—Necesito ir a veros. ¿Estaréis en casa esta tarde?

—Eh... sí. Tu padre llegará temprano hoy. —Creo que está flipando porque hace como ocho años que no hablo con ellos.

—¿A las seis os va bien?

—Tendré que decírselo a tu padre.

—Díselo. Si tenéis cualquier problema, me llamas. Si no recibo ninguna noticia tuya, estaré en casa a las seis.

—Bien, de acuerdo.

—Bien. Adiós.

—Adiós.

Cuelgo el teléfono y doscientos gramos del peso que llevo sobre mis hombros resbala por mi espalda hasta caer al suelo.

Salgo de mi habitación y veo a mis amigas aún sentadas en el baño. Están hablando en voz baja y sonríen tímidas.

—He llamado a una empresa de limpieza que me ha facilitado la policía. Vendrán dentro de un rato. Mientras tanto, ¿queréis que hagamos algo? —Las dos me miran, pero no dicen nada—. Se acabó el duelo. Pongamos un poco de música. —Me dirijo a la mi habitación y ellas me siguen. Conecto el ordenador y *I Like To Move It* en versión disco empieza a sonar por los altavoces a todo trapo. Comienzo a saltar sobre mis pies y a mover los brazos en círculos. Mis amigas me miran divertidas, pero no se atreven a seguirme—. Vamos. No quiero pensar que sois unas reprimidas —grito con una sonrisa.

Por fin, me acompañan y bailamos las tres como si estuviésemos en plena noche en el pub. Siento un cosquilleo por todo el cuerpo y sé que es un subidón, un subidón de felicidad que no había sentido en mucho tiempo. A veces, las cosas más complicadas te demuestran que, en realidad, la felicidad es bailar con tus amigas en una habitación llena de trastos.

Las siguientes horas las pasamos sin dejar de saltar. Nos tiramos sobre la cama y recordamos nuestros años universitarios; cuando todo era más sencillo, más divertido y mucho menos pesado. Queremos hacer desaparecer cualquier resquicio que nos recuerde lo que ocurrió ayer. Mientras, los operarios de limpieza hacen su trabajo en el salón. Cuando acaban y se marchan, salimos de nuestro encierro. Respiramos tranquilas en el salón. Ya no queda nada. Solo nuestra casa. Espero que podamos volver a sentir que nunca se ha ido, que siempre... será la de siempre.

Antes de comer, llamo a Jorge para decirle que estamos bien y que creo que todo volverá a la normalidad en poco tiempo. Él se alegra y nos despedimos hasta que vuelva a llamarme por la noche.

—Quizá si me hubiese preocupado más por lo que me decía Raquel, no habría acabado de esa forma —comenta Carlota, mientras comemos en la mesa de la terraza. Su semblante se ha vuelto triste.

—No podías saber qué iba a ocurrir, Carlota. Las cosas no son tan sencillas. Raquel tenía problemas que tú no podías solucionar —contesto.

—Ya, pero si hubiera aceptado salir con ella me habría dado cuenta de su problema y podría...

—Carlota, no habrías podido ayudarla. No te martirices más —la interrumpe Nadia, con vehemencia.

—O sí...

—Escúchame bien. —La señala con el tenedor—. Todos podemos elegir nuestra vida. Pero los cambios nos dan miedo. Y dejamos que nos arrollen, sin pensar en las consecuencias que nos acarrearán. Nuestras decisiones nos traerán otros problemas, pero, al menos, será porque hemos elegido luchar. —Vuelve a comer de su plato.

Carlota y yo la miramos. Ella sigue a lo suyo, como si lo que acabara de decir no tuviese importancia alguna. Pero la tiene. La tiene toda.

—Cuando termine de comer, llamaré al seguro para que arregle la puerta —dice Carlota, tras un largo silencio.

No es necesario decir nada más.

A las cinco de la tarde, salgo en coche camino de casa de mis padres. Estoy tranquila porque, aunque hace años que no hablamos, sé que esta visita va a ser el punto de inflexión definitivo; o se arregla nuestra situación o se estropea

para siempre, pero aceptaré cualquiera de las dos opciones con tal de quedarme en paz.

Viven a las afueras de Reus. En una casa a cuatro vientos moderna, de paredes blancas y tejas oscuras, con grandes ventanales que se abren en todas las estancias. Aparco en la calle, frente a la verja que da al jardín delantero. Llamo al timbre y noto que me tiemblan las manos, ahora sí. Parece que, al final, sí que estoy un tanto nerviosa. Se abre la puerta interior de la casa y sale a mi encuentro, casi corriendo, Cecilia, la mujer que mis padres tienen empleada en su casa desde que yo era pequeña.

—Vera, mi niña —saluda emocionada al abrir la verja—. Dios mío, estás tan guapa. —Me da un abrazo y un beso en la mejilla.

—Hola, Ceci. ¿Cómo estás? —Le devuelvo el abrazo y sonrío mucho.

—Muy bien, cariño. No sabes cómo me alegro de verte. Cuando tu madre me ha dicho que vendrías esta tarde, me he puesto loca de contenta. Te he preparado tarta de manzana, ¿aún sigue siendo tu favorita? —Ceci no deja de hablar mientras caminamos hacia el interior del jardín.

—Sí, por supuesto. Tu tarta de manzana siempre será mi favorita.

Entro en casa y me quedo parada en la puerta. Todo sigue exactamente igual que cuando me marché. La entrada de altos techos abarca la escalera que sube al piso de arriba. Se abre al gran salón que sigue sin estar recargado. Muebles y complementos sencillos. A la izquierda está la gran chimenea y sobre ella hay colgado un lienzo que yo pinté. Lo hice en el garaje. Fue el primero, en segundo curso de ADE, mientras mi padre se pasaba el día recriminándome que no estudiara Arquitectura. Lo escondí tras el armario del garaje y, cuando salí por la puerta, me lo olvidé allí.

—Ven, tus padres te esperan en el porche trasero —me dice Ceci, ofreciéndome su mano. Le doy la mía, y me arrastra como cuando era una niña y no quería ir donde me decían. Salimos por la puerta corredera del salón al porche. La misma mesa de teca y las sillas a juego siguen presidiendo la parte derecha del exterior—. Vera ha llegado —anuncia Cecilia.

Mi padre está sentado en una silla en la parte más alejada de la mesa. Tiene el pelo más canoso de lo que recordaba y está más delgado. Levanta sus ojos verdes por encima de las gafas de pasta oscura que lleva sobre la nariz y deja el libro que está leyendo encima de la mesa. Mi madre está sentada junto a él, leyendo también. Sus ojos negros se clavan en los míos. Ella está prácticamente igual que cuando me marché. Tiene el pelo oscuro y liso como yo, pero le llega solo hasta los hombros.

Los dos se levantan, pero se quedan quietos. Me toca a mí acercarme, está claro. Lo hago y beso a mi madre en la mejilla. Luego beso a mi padre.

—Hola —saludo, con timidez. Sus ojos me miran, pero no veo enfado o reproche en ellos y me quedo más tranquila.

—Hola, Vera. Siéntate. —Mi padre me ofrece la silla que hay junto a él y frente a mi madre.

Me siento y cruzo las manos sobre la mesa.

—¿Quieres beber algo? —pregunta mi madre, aún demasiado seria. Imagino que está a la expectativa de la razón por la que estoy aquí.

—Sí, un zumo de naranja. —Sonrío a Ceci.

—En seguida te lo traigo, cariño —contesta ella y se marcha por la puerta por donde hemos entrado hace escasos minutos.

—¿Qué tal te va todo? —pregunta mi padre.

—Bien, muy bien.

—¿Sigues trabajando en la oficina? —pregunta mi madre.

—Sí, pero solo por las mañanas. Por la tarde, trabajo en casa montando reportajes de bodas. Y pintando —explico y me noto un poco tensa—. Trabajo para una empresa de decoración de Zaragoza que me pide lienzos para sus clientes. Y los sábados trabajo de fotógrafa de bodas.

—Siempre te ha gustado hacer muchas cosas a la vez —declara mi madre.

—Sí, ya lo sabes. Me aburre la monotonía —contesto, con una leve sonrisa.

—Pero la oficina no la has dejado —interviene mi padre.

—No. Es un trabajo fijo y con el tema de las artes ya sabes que todo es muy volátil.

—Vaya, al menos piensas con la cabeza —interrumpe mi madre.

—No empieces, Meli —la para mi padre.

—No he venido a discutir —digo con tranquilidad.

—Ya imagino que, después de ocho años, no has venido a liarla —sigue mi madre.

—Por favor, Meli. —Mi padre la mira.

Y yo estoy flipando, porque en la época en que vivía con ellos, el infierno me lo hizo pasar mi padre y no mi madre. Pero parece que los años han hecho que cambien las tornas. Tener de buenas a mi padre y de malas a mi madre es toda una novedad. Aunque creo entender por qué está a la defensiva. Imagino que, como yo, lo pasaría tan mal con mi marcha que no quiere hacerse ilusiones si vuelve a verme salir por la puerta, para no regresar jamás. Y yo

deseo con todas mis fuerzas que no sea así; que podamos arreglar la situación y volver a ser la familia que éramos antes de que todo este embrollo comenzara.

Cecilia aparece en ese momento con mi zumo de naranja recién exprimido y un plato con un trozo enorme de tarta de manzana.

—Muchas gracias, Ceci. No sabes cuánto he echado de menos tu tarta —le digo muy sonriente.

—Pues cómetela toda y te llevas el resto a tu casa —contesta ella y se marcha de nuevo.

Bebo un poco de zumo para aclararme la garganta.

—He venido porque no quiero seguir con esta situación entre nosotros. No quiero morirme y pensar que lo he hecho estando enfadada con mis padres —empiezo a hablar.

—¿Vas a morirte? —pregunta mi padre horrorizado.

—No, papá. Es una forma de hablar. No tengo intención de morirme en muchos años —lo tranquilizo con una sonrisa. Él acerca su mano a la que tengo sobre la mesa, pero no me toca—. Sé que no soy como vosotros quisierais, pero a mí me gusta como soy. Solo necesito saber que tengo unos padres para completar esa... felicidad. —Veo que a mi padre se le ablanda el semblante—. Papá, yo no he querido nunca ser arquitecta. No soy como tú. Me gusta lo que hago, y fue un infierno vivir bajo vuestro techo sintiéndome menospreciada por esa nimiedad. —Lo miro fijamente a los ojos y él los cierra—. Mamá, no me gusta vestir políticamente correcta y ser una señorita. —Miro a mi progenitora—. Tampoco soy como tú. Y aunque es cierto que no eras demasiado dura en eso conmigo, en el fondo también querías lo mismo que papá. Solo me dejaste un poco a mi aire porque sabías que, cuanto más me cercarais, menos caso os iba a hacer. Pero siempre estabas ahí para que no me desviara del todo. Con esto no quiero recriminaros nada, solo pretendo que veáis mi punto de vista. Yo entiendo el vuestro, pero nunca os pusisteis en mi lugar.

—Tienes razón —sentencia mi padre—. Siempre has sido mucho más lista que nosotros dos juntos. —Sonríe un poco y yo me relajo porque me duele el cuerpo de la tensión—. Yo solo pensaba en que tenías que seguir la tradición familiar y ocuparte del despacho que mi padre fundó —se excusa.

—Lo sé. Habría sido mucho más fácil si hubieseis tenido más hijos a los que darles por saco con ese tema. —Sonrío mucho más.

—Lo intentamos, créeme, pero no hubo forma. —Se ríe, por fin, mi madre

—. Tuve a tu padre más de dos años obligándole a hacerme el amor cada noche.

—Dios, no quiero saber nada sobre eso. —Me río y no puedo creer que mi madre acabe de decir semejante intimidad. Aunque ahora mismo lo único que me importa es que ella me sonría.

—Meli, deja de darle detalles de nuestra vida sexual a la niña. Se va a morir de vergüenza ajena —la regaña mi padre.

—¿Vergüenza? Esta niña no ha conocido la vergüenza en su vida. Cada fin de semana llegaba con un chupetón nuevo de la universidad —le dice mi madre a mi padre como si yo no estuviese allí.

—¿En serio? —Mi padre me mira con los ojos de par en par.

—No quiero seguir hablando de esto, ¿vale? —digo, fingiendo enfado, y sigo sin entender cómo hemos acabado comentando mis intimidades universitarias—. ¿Por qué le has contado eso? Él vivía mejor en su ignorancia. —Vuelvo a sentirme una veinteañera con mi madre encubriendo la mitad de mis locuras.

—Te equivocas en una cosa —dice mi madre más seria. La miro inquisitiva—. Sí que eres como yo. —Se aparta la camisa del hombro, donde puedo ver que lleva tatuada una pluma muy parecida a la mía.

—¿Cuándo te has hecho eso? —pregunto sorprendida.

—Hace varios años. Esperaba que volvieras algún día y me acompañaras, pero no volviste —dice un poco más triste.

Me tapo la cara con las manos porque estoy a punto de llorar. ¿Por qué no habré venido antes? Me habría ahorrado miles de enfados conmigo misma y unos cuantos reproches internos hacia ellos.

—¿Por qué no me habéis llamado en todos estos años? —pregunto, mientras intento recuperarme del sofocón.

—Porque pensamos que era lo que querías. No volver a saber nada de nosotros. Ha sido la cosa más dura que hemos hecho en toda nuestra vida, te lo aseguro. Te marchaste tan enfadada y sin decirnos adónde ibas... —contesta mi padre con sus ojos verdes tan claros que parecen casi translúcidos.

—Joder. —Me abalanzo sobre él y lo abrazo tan fuerte que me duelen los brazos cuando lo hago—. Lo siento, de verdad. Lo siento mucho. —Rompo a llorar.

—Tranquila, cariño. Ya está. Todo se ve diferente con la perspectiva de los años. Nosotros tampoco fuimos los mejores padres del mundo —dice él—. Yo no debí decirte que, si te marchabas, te olvidarás de nosotros.

Mi madre se levanta de su silla y me abraza. Alargo mi brazo para cogerla y los estrecho a los dos. Nos pasamos unos minutos así. Mi madre me besa el pelo y mi padre lo hace en la mejilla. Y yo no puedo dejar de llorar. He llorado más en las últimas veinticuatro horas que en toda mi vida, creo.

Cuando nos reponemos un poco de las emociones que nos golpean desde hace una hora, les explico cómo nos va la vida a Carlota, a Nadia y a mí. De nuestros trabajos, de lo bien que nos llevamos, de lo maravilloso que es vivir las tres juntas. Les hablo de Jorge, de Mauro y de Sergio. De cómo Mauro me ha dado la oportunidad de trabajar en lo que más me gusta, pero que es el trabajo menos rentable hasta ese momento y por ello no me dedico plenamente. De cómo conocí a Jorge, y mi madre se sorprende cuando le cuento que me dejó plantada en mitad de la pista del pub en nuestro primer encuentro. Mi padre dice que quiere tener unas palabritas con él y se ríe.

—Siempre has sabido cuidar muy bien de ti misma. Sabíamos de ti por tus abuelos. Cuando los llamabas, tu abuela nos informaba de todo. Si te hubiese pasado algo, habríamos ido a buscarte a cualquier lugar —dice mi padre en un momento de nuestra larga conversación.

—Pues ayer por la tarde ocurrió una tragedia en nuestro piso, y podría haber sido mucho peor —les digo.

Y empiezo a relatarles lo que pasó con Raquel. Mi padre se echa las manos a la cabeza y mi madre a la boca.

—Dios mío, tenías que habernos llamado, Vera. Con esas cosas necesitas a tu familia contigo. No puedes pasar por algo así sola —dice mi madre—. A partir de ahora vas a venir más a menudo a vernos y a llamarnos, y nosotros a ti. Y no hay excusas que valgan. —Palabra de madre, palabra sagrada.

—Eso, precisamente, lo que ocurrió ayer me hizo entender que no puedo, que no podemos estar enfadados para el resto de nuestras vidas —sentencio—. Os he echado mucho de menos.

—Y nosotros a ti, cariño. Eres lo que más queremos en esta vida. No sé cómo hemos podido soportar tu ausencia tanto tiempo. —Mi padre me acaricia la mano y me aprieta los dedos con fuerza. Está a punto de llorar, igual que mi madre, y como yo.

No puedo creer que haya sido tan fácil. Vaya manera de perder tantos años. En ese momento, me vuelvo a prometer que jamás dejaré que nada, ni siquiera yo misma, me aleje de los que más quiero.

Después de cenar, salgo de allí con tarta de manzana en un *tupper* y una sensación de euforia que no sentía desde hacía años. Y noto como los

trescientos kilos del peso sobre mis hombros se desvanecen para no volver jamás.

Llego a casa y me encuentro a mis amigas en la terraza, tomando un mojito.

—¿Quieres uno? —pregunta Nadia.

—Sí, un mojito para acabar la noche sería estupendo.

Se levanta y va a la cocina a prepararlo.

—¿Vas a ir a trabajar esta noche? —le pregunto a Carlota.

—No. Hoy tampoco voy. Necesito descansar. Demasiadas emociones — contesta sin dejar de mirar la oscuridad del mar.

—Bien hecho —le digo.

—Me han llamado de dos empresas para hacer entrevista de trabajo — explica sin mirarme.

—¿Sí? Eso es fantástico. Ya verás como encuentras un buen trabajo en menos de lo que crees.

—Sí —contesta y me mira sonriente, por fin.

Nadia sale a la terraza y deja el mojito frente a mí.

—¿Qué tal con tus padres? —pregunta.

—Mejor de lo que esperaba —digo, antes de sorber por la pajita—. Supongo que con los años se nos ha olvidado por qué narices estábamos enfadados.

Les explico todo lo que ha ocurrido en casa de mis padres y brindamos por nosotras, por dejar atrás nuestros miedos, por olvidar las desgracias y recordar los buenos momentos. Por querernos como lo hacemos y para que la vida nos ofrezca, siempre, la oportunidad de sonreír, a pesar de las dificultades.

Nos acostamos temprano porque estamos reventadas. Y esa noche me vuelvo a quedar dormida como un tronco, sin apenas darle vueltas a nada en la cabeza.

En mitad de la noche, me despierto de golpe por culpa de un grito. Me incorporo en la cama porque no sé con exactitud qué es lo que me ha desvelado.

—*Noooooooooo*, no dispaes, *noooooooooo...* —oigo gritar a Carlota desde su habitación.

¿Qué pasa?! Me levanto de un salto y salgo de mi cuarto sin pensar en nada más que en llegar hasta Carlota. En el pasillo me tropiezo con Nadia, que también se ha levantado al oírla. Entramos las dos a la habitación de nuestra amiga y nos la encontramos en la cama, retorciéndose y con las manos en la

cara. Grita sin parar.

—Carlota, despierta. Carlota. —Me echo sobre ella y la cojo de las manos.

Nadia me ayuda a despertarla. Carlota se incorpora en la cama, sobresaltada, y se aleja de nosotras.

—Carlota, es una pesadilla. Tranquila. Ven. —Le ofrezco mi mano en la oscuridad. Nadia enciende la luz de la mesita de noche y podemos verla encogida en el rincón de la cama. Tiembla como una hoja—. Carlota... no pasa nada. No hay nadie, cariño. Solo estamos nosotras. Ven.

Ella nos mira asustada y, tras unos segundos, se acerca sin decir nada. La abrazamos fuerte y nos tumbamos las tres en su cama. Esto va a ser más difícil de lo que había pensado en un principio, pero no vamos a dejar que algo, por muy trágico que haya sido, nos desvíe de seguir hacia delante. No lo permitiremos. Lo hemos prometido.

12

El fin de semana pasa tranquilo. Marcos se queda en casa y duerme con Carlota, después de que le contara la pesadilla que tuvo el viernes por la noche. Nadia se queda con César en su casa, como ya es habitual en los últimos meses. A partir del lunes por la noche, Nadia y yo pasamos a ser las compañeras de cama de Carlota. Ella no quiere dormir sola y nosotras tampoco queremos dejarla. Se le pasará, estoy segura, pero, mientras tanto, haremos que se sienta cómoda. De momento, no ha vuelto a tener pesadillas en toda la semana.

El viernes, a última hora de la tarde, llega Jorge para pasar el fin de semana juntos, tal como me prometió la última vez que nos vimos, por el asunto de Raquel. Le propongo ir a la playa a cenar unos bocadillos y unas cervezas, como hemos hecho tantas veces mis amigas y yo.

Le cuento todo sobre la visita a casa de mis padres. Le había explicado poca cosa respecto a la relación que había tenido con ellos durante los últimos años, porque, aparte de que no me apetecía hablar del tema, me sentía avergonzada por ello. Había pensado muchas veces en llamarlos, pero nunca lo había hecho porque no estaba preparada para tener una discusión con la que saldría de un humor de perros. Qué equivocada estaba.

—No te preocupes, todos cometemos errores. Lo importante es que lo habéis arreglado —dice con su mano en mi mejilla—. Yo no tengo nada que arreglar con mis padres, pero sé que la relación con mi madre tiene fecha de caducidad. —Su expresión se entristece.

—Tú estás haciendo todo lo que puedes por ella.

—Hablemos de otra cosa, por favor.

Le enumero los trabajos que Mauro me ha encargado durante esta semana y le digo que en septiembre iré a Zaragoza para hablar con sus jefes y concretar los detalles de mi posible contrato con ellos.

Cerca de las doce de la noche, nos encaminamos hacia el hotel de siempre. No vamos a ir al pub esta noche, lo haremos mañana. Hoy es para nosotros solos.

Jorge me besa despacio, me acaricia despacio y me desnuda despacio. Pasa su lengua por todo mi cuerpo, torturando cada poro y haciéndome gemir

cuando muerde mis pezones y roza la zona entre mis piernas.

—Esta noche no vamos a follar —susurra en mi oído.

—¿No? —jadeo sorprendida, porque, como pare ahora, me hace una desgraciada.

—No. Esta noche te voy a hacer el amor.

Y todo mi cuerpo se estremece al oír salir de su boca tales palabras. Lo abrazo fuerte y él responde del mismo modo. Nos besamos lánguidamente, con nuestras bocas pegadas de una forma que me resulta dolorosa cuando tenemos que separarnos para tomar aliento. Todos nuestros movimientos se vuelven muy intensos y delicados. No hay rabia, ni fuerza, ni brutalidad... Solo dos personas que quieren demostrarse que significan algo más que un contacto carnal puro y duro. Y cuando me invade el orgasmo, se me hace eterno, se extiende por todo mi cuerpo y me hace temblar de una forma que no había sentido antes, ni siquiera con él en los últimos meses.

Por la mañana, Jorge me despierta temprano. Quiere que vayamos a pasar el día a Port Aventura. No me lo podía creer cuando me lo dijo anoche; quiere verme montada en todas las atracciones y comprobar si soy tan valiente como quiero hacerle ver. Yo me burlo y le contesto que lo voy a hacer subir en la *Shambahla* hasta que vomite.

Se mete en el cuarto de baño. Yo me levanto y empiezo a recoger la ropa que anoche dejamos esparcida por toda la habitación. Doblo la mía y la dejo sobre el escritorio. Cojo su pantalón y, al ponerlo boca abajo, caen al suelo varias monedas. Me agacho para recogerlas y distingo un aro dorado entre los euros desparramados. Lo cojo y veo que es un anillo. Parece una alianza, como las docenas que he fotografiado en los dedos de los recién casados. ¡Qué raro! No recuerdo que Jorge llevara nunca ninguna joya. Hay algo grabado en su interior. «Jorge y Carmen, siempre – 01/07/17». Me da un vuelco el corazón y el estómago hace amago de querer salirse por la boca. La suelto sobre el escritorio como si quemara. Y en ese preciso momento mi cabeza empieza a encajar muchas piezas, demasiadas. Me visto con torpeza a causa del temblor de mis manos y, cuando he terminado, Jorge sale del baño con el bóxer puesto.

—¿Nos duchamos...? —detiene la frase al ver que tengo entre mis dedos el anillo y lo miro con los ojos encendidos.

—¿Es una alianza? —pregunto con toda la rabia que tengo acumulada.

—Vera...

—¡Contesta! —grito fuera de mí.

—Sí. Pero...

—¿Estás casado? —sigo preguntando; ahora ya no voy a parar hasta que confiese.

—Sí. Vera...

—¿Te casaste la semana siguiente de marcharte de aquí, después de conocernos? —vuelvo a preguntar. Se queda callado—. ¡Contesta! —vuelvo a gritar más fuerte.

—Sí, deja que te explique... —dice, con la cara desencajada.

—Eres un maldito cabrón —sentencio, sin apartar mis ojos de los suyos. Camina un par de pasos—. ¡No te acerques a mí! —grito y siento ganas de vomitar, a pesar de que tengo el estómago completamente vacío.

—Vera... —Extiende su mano.

—¡No se te ocurra tocarme, pedazo de mierda! —vuelvo a gritar, y se aparta. Suelto el anillo sobre la mesa y cojo mi bolso del sillón.

—Vera, por favor. No te vayas. Deja que te explique —dice, mientras me ve recoger. Paso por delante de él hacia la puerta, y no se mueve—. Vera, por favor. No te marches. Estoy loco por ti. ¡Te quiero, joder! —grita entre dientes a mi espalda.

No puedo creer lo que acaba de decir. Cojo el pomo de la puerta y me giro para verlo por última vez. Respiro hondo por la boca, porque estoy a punto de echarme a llorar y no quiero. No quiero llorar delante de él. No se lo merece.

—No se puede querer a alguien y mentirle de la forma en que lo has hecho tú —digo, como si soltara un escupitajo. Él me mira con ojos tristes y el semblante pálido—. No vuelvas a llamarme ni a escribirme. Esto se acaba aquí. —No puedo retener una lágrima que me cae por la mejilla y siento rabia hacia mí misma por no haber podido aguantar sin soltarla.

Salgo y cierro de un portazo. Echo a correr por el pasillo hacia las escaleras. Oigo abrirse una puerta.

—Vera, por favor —lo escucho llamarme.

No me detengo, tengo que salir de aquí como sea. Bajo las escaleras y atravieso el *hall* del hotel. Salgo a la calle y echo a correr. Me tiemblan las piernas, el corazón me va a estallar en el pecho, pero no me detengo. No sé hacia dónde voy, pero me voy. Giro la primera calle a mi derecha y veo el mar al final. Sí, el mar. Allí estaré a salvo. Acelero mi marcha y atravieso las

calles que me separan de la arena. Los adoquines de la calle peatonal se me clavan en las plantas de los pies, pero no dejo de correr. Entro en la playa por la rampa de tablonés. Me paro un momento para quitarme las deportivas y sigo corriendo por la arena hasta llegar a la orilla. Meto los pies en el agua y continúo en dirección contraria a mi casa. Apenas hay nadie porque son las ocho de la mañana. Cuando noto que no soy capaz de introducir más aire en mis pulmones, me detengo. Apoyo las manos sobre las rodillas e inspiro hondo, tratando de recuperar el aliento. Me duele todo el cuerpo por dentro. Los sollozos empiezan a invadirme y se me atragantan en la boca del estómago. Me hago pedazos sobre la arena mojada. Me tiro al suelo y me tapo la cara con las manos.

Lloro durante mucho rato; no sé cuánto, pero no puedo ni quiero parar. Estoy sentada en la orilla, y el agua me moja las piernas y los *shorts* que llevo puestos. Agradezco el frescor. El mar nunca defrauda. Siempre está ahí cuando lo necesito. Levanto la cabeza y miro su inmensidad. Aquí soy pequeña, justo como me siento ahora. El mar siempre te pone en tu sitio. Respiro hondo, tanto que puedo sentir el olor a sal. La sal cura las heridas. Escuece al principio, pero las acaba curando. Cicatrizan y solo queda una marca.

Sigo sentada, mirando el mar. Ya no lloro, y mil ideas pasan por mi cabeza... Por eso pasó aquel primer fin de semana sin llamar, se estaba casando. Por eso se marchó a Japón, no para trabajar, o sí, pero también podría ser su viaje de boda. Por eso me llamó cuando hablé con Mauro. Por eso sus llamadas tan a destiempo a veces y otras tan milimetradas. Por eso venía a verme siempre entre semana. Por eso vino con Mauro y Sergio cuando pasó la desgracia de Raquel, para cubrirse las espaldas con ellos. Dios, Mauro y Sergio. Joder. Por eso algunas miradas de reproche por parte de ellos. Todo el puñetero puzle encaja ahora. Ahora que me he perdido en lo que siento. Ahora que ya no hay vuelta atrás. Ahora que mi cabeza es un maldito caos.

El móvil lleva sonando dentro de mi bolso desde que me senté en la playa, me parece que hace ya una eternidad. El sol está justo encima de mi cabeza y lleva rato quemándome la piel. Es hora de volver a la realidad. Voy a tener que forzar mi parte cerebral más pragmática para salir de esto, y lo haré. No debí apartarla nunca y dejarme llevar por la parte más emocional. Debí seguir como siempre. Seguir siendo la Vera de siempre. La que sabe lo que hace, la que hace lo que quiere. La que no deja invadir su espacio vital.

Abro el bolso y cojo el móvil. Hay llamadas de Carlota, de Mauro y de

Jorge. Y mil mensajes de WhatsApp. Borro los de Jorge sin leerlos y bloqueo su contacto para que no me lleguen más, ni mensajes ni llamadas. Aún no me atrevo a borrarlo. Llamo a Carlota.

—Vera, ¿dónde estás? —pregunta preocupada.

—Estoy en la playa.

—Jorge me ha llamado, dice que habéis discutido, que te has marchado corriendo y no te encuentra.

—No hemos discutido. Hemos cortado.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Está casado. Eso ha pasado.

—Vera, ven a casa. Hablaremos. Dijimos que lo hablaríamos todo.

—Sí, ahora iré, no te preocupes. Estoy bien.

Dudo si devolver la otra llamada. Pero tengo que hacerlo. Mauro y yo estamos muy implicados el uno con el otro y he de aclarar las cosas con él.

—Vera. ¿Estás bien? —pregunta en cuanto descuelga el teléfono.

—Sí, estoy bien.

—Escucha, siento lo que ha pasado. Sergio y yo...

—Mauro —lo interrumpo. Se queda callado al escuchar mi tono serio—.

No vamos a hablar nunca más de este tema, ¿de acuerdo?

—Pero, Vera...

—Que no. ¿Te interesa que sigamos trabajando juntos como hasta ahora?

—Sí, claro que sí, cariño —dice en tono suave.

—Bien, pues esa es mi condición. Si seguimos trabajando juntos, no volveremos a hablar de Jorge nunca más —sentencio y siento una punzada en el pecho al decir su nombre.

—Vera, hay cosas que deberías saber.

—Pues no las quiero saber.

—Él está...

—Mauro, ¿qué parte de lo que te he dicho no has entendido?

—Perdona. Imagino cómo debes sentirte.

—No, no te lo imaginas. Pero vamos a dejarlo aquí. Te llamaré la semana próxima. Dale recuerdos a Sergio —empiezo a despedirme porque no quiero seguir hablando.

—Vera, yo quiero que sigamos siendo amigos como hasta ahora, aparte de trabajar.

—Yo también, pero eso pasa por lo que te he dicho. Ni una palabra más —contesto, más seria de lo que pretendía. Sé que él no tiene la culpa de lo que

ha ocurrido. Sé que ellos lo sabían todo, pero no eran los indicados para explicarme nada.

—Bien. Hablamos el lunes. Tengo un par de encargos más y tenemos que organizar la reunión en nuestra oficina.

—De acuerdo. Hablamos.

—Adiós, cariño. Cuídate, por favor. No hagas ninguna locura, que te conozco.

—No te preocupes, ojazos. Adiós —me despido y cuelgo.

Vuelvo a casa caminando por la orilla con las deportivas en la mano, como tantas veces he hecho en los últimos años. La playa se ha llenado de gente, pero yo no los veo, no quiero ver a nadie. Respiro hondo, muy hondo. Sé que he perdido un pedazo de alguna parte de mi interior; una que no volveré a recuperar, pero puedo seguir viviendo con el resto. El resto será suficiente.

Entro en casa aún descalza. Nadia y Carlota corren a mi encuentro y, sin decir palabra, me abrazan. No se puede tener mejores amigas en el mundo. Me desplomo en el suelo y vuelvo a llorar; vuelvo a llorar y ellas no dejan de abrazarme, las tres tiradas en el suelo del recibidor. Nadia no deja de besarme el pelo y yo me aferro a ellas con fuerza, como queriendo no caer por un precipicio. Y cuando dejo de llorar, me suben a la garganta unas ganas inmensas de gritar. Y grito.

—¡Joder, me cago en su estampa! Le di la oportunidad de dejarme la primera noche. Se la volví a dar cuando se marchó. Pero no, el muy cabrón quiso seguir el juegucito. Y yo soy gilipollas, porque me lo tragué todo como una imbécil. Todo. Hasta que me hizo quererlo, quererlo como no he querido a nadie en mi puta vida. —Y cuando dejo de gritar, vuelvo a llorar. Y mis amigas no se separan de mí ni dicen nada, solo me dejan sacar toda la rabia que llevo dentro. Rabia que me hierve en las entrañas desde hace horas.

Me paso el sábado tirada en el sofá con los auriculares puestos a toda marcha. U2 me golpea los tímpanos y el cuerpo todo el día. A veces río, a veces lloro y, otras, grito como una posesa. Mis amigas no dicen nada, solo están cerca por si las necesito. No como ni ceno. He decidido martirizarme todo el fin de semana, aprovechando que no trabajo, y después, se acabó. Vuelta a la vida. El lunes empezará, o seguirá, mi vida tal como la conocía antes de Jorge.

Carlota se marcha a trabajar al pub acompañada por Marcos. Nadia se

queda conmigo porque yo no quiero salir a ninguna parte. Cuando me canso de estar en el sofá, entro en el baño, me doy una ducha que me sienta de maravilla, y me meto en la cama. Nadia se acuesta conmigo y nos dormimos las dos abrazadas. A las seis de la mañana, Carlota llega a casa y se mete en la cama con nosotras.

El domingo lo paso igual. Sé que me revuelvo en mi propia mierda, pero lo necesito. Lo necesito para volver a la vida.

Es viernes por la mañana, y han pasado varias semanas desde que dejé a Jorge en aquella habitación de hotel. Voy en el AVE de camino a Zaragoza para reunirme con Mauro y sus jefes; si todo va según lo previsto, también serán los míos. Sergio ha insistido en que me quede con ellos en su piso y no duerma sola en un hotel. Querían que fuésemos a cenar fuera, pero he preferido que lo hagamos en su casa; no quiero merodear por la ciudad, donde puedo encontrarme a Jorge en cualquier esquina y, además, he de volver mañana por la mañana, porque por la tarde tengo una boda que fotografiar. Sí, me he vuelto un poco cobarde con este tema, pero no estoy preparada para verlo. Ellos lo han entendido, y Mauro va a cocinar para mí.

Al salir por la puerta de la estación, me lo encuentro apoyado en su Jeep. No lo había vuelto a ver desde la noche en que Raquel se suicidó en nuestro salón.

—*Veraaaaaaaaa* —grita y agita las manos.

Sonrío, porque sigue igual de loco que siempre.

—*Holaaaaaaaa*, ojazos.

Me abraza tan fuerte que creo que me va a romper alguna costilla.

—Dios mío, qué ganas tenía de verte. —Me besa en las mejillas—. Déjame verte. —Me aparta un poco y me mira a los ojos—. Estás tan preciosa como siempre.

—Gracias, tú también.

Nos subimos a su coche y me explica que vamos directos a la oficina para la reunión y, después, me llevará a comer a un restaurante cercano, en el centro. Entramos en un *parking* subterráneo y subimos por el ascensor a la sexta planta. Al parecer, el edificio es un centro de negocios donde diferentes empresas alquilan los despechos que necesitan para desarrollar su actividad. Como la mayoría de entrevistas las hacen fuera de la oficina, no necesitan tener un gran espacio para ellos solos. Todo el edificio es completamente nuevo, con muebles de color claro y ventanales en todas las paredes. Su oficina está al final del pasillo y al entrar me quedo maravillada de la luz que se cuela a raudales y el espacio bien distribuido.

Es un despacho de unos treinta metros cuadrados en forma rectangular. La pared frontal es un ventanal en sí; debajo, está lleno de armarios en color marrón claro. A la derecha hay dos mesas con ordenadores y más armarios

bajos en la pared que sigue hasta la puerta. Al otro lado, un archivador desde el suelo al techo cubre el espacio, también del mismo color, una mesa de dibujo repleta de planos frente a la ventana y un escritorio junto a la puerta. En el centro, una mesa ovalada con varias sillas tapizadas en color azul claro.

—Vaya, es una oficina muy amplia y muy luminosa.

—Sí, cuando tengo que estar aquí metido, que sea agradable, al menos —contesta en su habitual tono desenfadado. Deja su mochila en el suelo junto a la mesa de oficina de la izquierda—. Pasa, puedes dejar la maleta en esa esquina. —Me señala la zona que hay detrás de la puerta—. Marga y Roberto deben de estar a punto de llegar. —Mira su reloj de pulsera—. Siéntate aquí, conmigo. —Señala una silla frente a su mesa. Él se sienta en la suya y enciende el ordenador. Justo cuando me acomodo, se abre la puerta del despacho y entran un hombre y una mujer de unos cuarenta años. Nos levantamos los dos a la vez—. Mira, ya están aquí. Marga, Roberto, ella es Vera Márquez.

—Hola, Vera. Ya teníamos ganas de conocerte. Mauro habla maravillas de ti, y tu trabajo habla por sí solo, claro —me saluda el hombre delgado y muy alto, con barba de tres días y pelo alborotado.

—Encantada también de conocerte.

—Hola, yo soy Marga. Un placer verte, por fin. —La mujer también es alta y delgada. Tiene el pelo rubio y recogido en una coleta baja. Sus facciones son delicadas y tiene unos claros ojos marrones muy expresivos.

—Igualmente, Marga.

—Empecemos cuanto antes, así podrás irte con Mauro a visitar la ciudad. Me ha dicho que solo te quedas hasta mañana —dice Roberto.

—Sí, mañana tengo trabajo y he de volver.

—Zaragoza no es tan grande como otras ciudades, pero en un día no podrás verla. Tendrás que volver con más tiempo —señala Marga.

—Sí, ya volveré en otra ocasión.

—Bien, pues venga, empecemos —dice Roberto, sentándose en una de las sillas de la mesa central.

Los demás hacemos lo mismo. Roberto y Marga me explican que están encantados con mi trabajo y necesitan saber si podría pintar objetos de decoración, como lámparas, estanterías y algún que otro mueble. Les digo que cuenten con ello, y hablamos largo y tendido de las condiciones de mi contrato, que consiste en trabajar exclusivamente para ellos en materia de decoración. Que todo lo que pinte pasará a registrarse como propiedad de su

empresa. Tendré un sueldo fijo, bastante elevado, por cierto, y comisiones por la venta de mis cuadros. Evidentemente, no podré trabajar con sus clientes directamente; si quiero vender otros cuadros a otras personas, puedo hacerlo, pero esas obras las tendré que registrar yo por cuenta propia. Les digo que sería conveniente buscar un local donde poder trabajar, ya que mi habitación se ha quedado pequeña, y más se quedará si van a enviarme material para decorar. Me contestan que no hay problema y que el local se alquilará a nombre de su empresa y ellos correrán con los gastos. Después de dos horas hablando de los detalles, de lo maravillosas que les parecen mis pinturas y de otros tantos temas relacionados con sus clientes, salimos del despacho habiendo acordado que me enviarán el contrato la semana siguiente y, si me parece todo en orden, lo firmaré y pasaré a ser miembro de su empresa.

—No te puedes ir de Zaragoza sin ver la Basílica, Vera —me dice Mauro al montarnos en el coche.

—Ya, claro. —Es evidente.

—Luego iremos a comer a un restaurante que me encanta, no muy lejos de allí. Además, estaremos cerca de casa por si quieres descansar después.

—Me parece bien.

Aparcamos el coche en el *parking* de su piso. Pero no subimos, dejamos mi maleta en el coche para recogerla más tarde. Salimos a la calle y andamos varias manzanas hasta llegar a la famosa Plaza del Pilar. Mauro me explica un poco cómo celebran las fiestas de la patrona de la ciudad; confiesa que él no es religioso, pero es bonito ver la ofrenda floral y demás festividades que acompañan a esos días. Yo me quedo impresionada por la magnitud de la construcción, y Mauro me invita a entrar a la misa de la una del mediodía. Faltan diez minutos, y esperamos haciéndonos *selfies* por la plaza. Me lleva todo el tiempo de la mano y parlotea continuamente. Me pregunta por Carlota y Nadia y le explico que llevamos durmiendo juntas las tres desde que Carlota tiene pesadillas y yo no acabo de estar fina por lo que pasó con Jorge.

—Deberías hablar con él —dice en un momento de la conversación.

—Mauro, ya quedamos en que no hablaríamos más del asunto —lo riño.

—Escucha, solo quiero decirte una cosa. Una y me callo —dice. Bufo y asiento—. Vera, él te quiere. Te lo juro por mi vida. Lo está pasando muy mal —me suelta, así, a bocajarro. Y yo tengo que tragar saliva y cerrar los ojos—. Vera...

—Vale, ya lo has dicho. No quiero oír nada más —lo hago callar, tapándole la boca con mi mano. No quiero hablar, estoy dolida, estoy

enfadada, estoy frustrada y no quiero pasarme las siguientes horas discutiendo con él por este tema.

Entramos en la Basílica en silencio. Observo la majestuosidad del interior con atención; aunque me acuerdo de algunas particularidades que estudié en las asignaturas de Historia del Arte, las construcciones no son mi fuerte y, además, les cogí manía cuando mi padre me repetía una y mil veces que debía estudiar Arquitectura. Así que miro el conjunto en general sin detenerme mucho en los detalles.

A los pocos minutos, salimos y Mauro me lleva abrazada mientras caminamos hacia el restaurante. Me hace probar varias tapas, que están deliciosas, y me meto entre pecho y espalda un solomillo a la salud de Carlota; me hace comer tantas frutas y verduras que el cambio en mi dieta me sienta de maravilla.

—Dios, estoy que reviento —digo, después de comernos un surtido de postres de la casa—. Solo me faltan la copa y el puro.

—La copa te la puedes tomar aquí, pero el *puro* te lo vas a tener que buscar tú, porque el mío no está disponible para ti. —Se ríe a carcajadas.

—Qué guarro eres. —Me río también—. Creo que se acabaron los *puros* para mí durante una buena temporada. —Y me arrepiento al momento de decirlo, pero, como he tomado varias cervezas, suelto cosas sin pensar.

—Vera. —Mauro me mira muy serio—. ¿Cómo estás? Y dime la verdad.

—Estoy... —lo miro fijamente— ... hecha una mierda. Pero sobreviviré. —Inspiro fuerte—. Lo de quererlo de una forma que no entiendo lo llevo mejor. La forma en que me mintió la llevo fatal. No lo soporto. Me destroza las tripas —me sincero por fin, pero se me hace un nudo en la garganta.

—No te mintió en sus sentimientos, Vera.

—Mauro, por favor. No quiero seguir hablando de esto. Mintió en todo. No confío en él y nunca más lo haré. Y se acabó —digo, limpiándome con los dedos las lágrimas que se me han saltado.

Salimos del restaurante de camino a su piso. Bajamos al *parking* a por mi maleta y subimos en el ascensor hasta el ático. El edificio es moderno y muy luminoso. Entramos en el piso y casi me caigo de culo.

Tiene un salón enorme con suelo de mármol claro. Dos ambientes separados. En la parte derecha hay una mesa de madera oscura y seis sillas a juego, con tapicería en blanco. Al fondo hay una puerta que comunica con la cocina. En el centro hay dos escalones que bajan hacia la parte izquierda, donde hay un sofá de veinte plazas, por lo menos, en color crudo. Frente a él,

una chimenea de piedra y, sobre ella, una pantalla de televisión de sesenta pulgadas. No hay más muebles. Todas las paredes son blancas y están llenas de cuadros. Incluido uno mío. Me sorprende verlo allí; es uno de los primeros que se llevó de mi casa. Al fondo de esa zona, una vidriera enorme se comunica con la terraza de unos veinte metros cuadrados, donde hay una barbacoa y una mesa de teca que me recuerda a la que tienen mis padres en el porche trasero de casa. Desde allí se puede ver parte de una avenida ancha y llena de árboles.

Mauro me dirige hacia la parte derecha del salón y me lleva por un pequeño pasillo donde hay tres puertas. Me enseña el baño, que también es enorme y en color marrón claro y blanco. Abre otra puerta, y creo que es la habitación que comparte con Sergio. Sigue el mismo corte sencillo y minimalista del resto del piso; con una cama enorme pegada a la pared derecha y un armario vestidor de más de seis metros en la parte izquierda. Dos butacas en color marrón están junto al ventanal que también da a la calle. Entramos a la otra habitación. Es más pequeña y hay una cama de matrimonio en la parte frontal, bajo la ventana, dos mesitas blancas, un armario empotrado de tres puertas y una mesa de despacho pegado a la pared izquierda.

—Esta es tu habitación. Ponte cómoda. Voy a hacer unas llamadas y enseguida estoy contigo —me dice, y en ese momento le suena el móvil. Cierra la puerta y contesta.

Me asomo a la ventana y veo una pequeña plaza. Hay gente tomando el fresco y charlando en las terrazas de los bares. Abro la maleta y saco un pantalón corto y una camiseta para cambiarme de ropa. Coloco el resto de mis cosas en el armario; cosa extraña en mí, pero esta no es mi casa y no es cuestión de dejarlo todo tirado. Salgo de la habitación y oigo a Mauro hablar por teléfono.

—Joder, que no, hostia. —Parece enfadado, pero habla en voz baja—. Como te presentes aquí, te parto la cara yo mismo, ¿te enteras? Ella no quiere verte. Y deja de darme el coñazo, tú te has buscado toda esta situación. Déjala en paz. —Me quedo quieta en el pasillo, porque me da una punzada en el estómago—. No, escúchame tú —vuelve a hablar—. Ella ha confiado en mí y no quiero que por tu culpa se marche o me deje colgado en el trabajo. Es buena y la necesitamos. Se lo merece, está trabajando mucho. No le estropees también esto. Si la quieres, vas a tener que hacer mucho más que hablar con ella, Jorge. —Y al oír su nombre se me remueven las tripas—. Te dejo, tengo que hacer un par de llamadas. Adiós. —Oigo un golpe e imagino que ha tirado

el móvil sobre alguna superficie—. Hostia puta —se queja en voz alta. Debe de estar muy enfadado, porque Mauro no suele decir tantos tacos en tan pocas frases.

Me meto en el baño y me quedo allí un rato. No quiero que piense que he estado escuchando la conversación. Pero no puedo evitar sentir un gran alivio porque Mauro me haya defendido y haya antepuesto mi dolor al de su amigo. Me miro en el espejo y veo que tengo los ojos rojos. No, no vas a llorar otra vez. Ya has llorado bastante. Me mojo la cara y salgo hacia el salón.

—¿Quieres beber algo? —pregunta desde la cocina al oír que me acerco.

—No, gracias. Ya he comido y bebido bastante —contesto, mirando a través de la vidriera.

—En seguida estoy contigo, voy a hacer esas llamadas.

—Sí, sí, tranquilo. ¿Puedo salir a la terraza?

—Pues claro, cariño.

Deslizo la puerta de cristal y salgo. En el rincón de la derecha veo una hamaca de cuerdas colgada entre la pared y el muro de la barbacoa. Dios, siempre he querido estirarme en una de estas. Me acerco y apoyo las manos para comprobar la estabilidad. Buf, esto va a ser complicado. Coloco el trasero sin dejar de apoyar los pies en el suelo y cuando me veo lo suficientemente estable, estiro el cuerpo y después las piernas. Vaya, pues no es para tanto. El sol suave de la tarde me da en la cara y me dejo acunar por él. Los ojos se me cierran casi sin quererlo.

Cuando me despierto, está anocheciendo y tengo una manta fina encima del cuerpo. Miro a mi izquierda y veo a Sergio con una copa de vino en la mano, vestido con una camiseta gris y un pantalón negro de algodón. Va descalzo.

—Hola —saludo.

—Hombre, la Bella Durmiente se ha despertado. ¿Cómo estás? —Se acerca a mí—. No te levantes de golpe o acabarás en el suelo. Estas cosas están trenzadas por el mismísimo diablo. —Se ríe. Me coge de las manos y me ayuda a levantar las piernas y después el cuerpo. Me abraza—. Me alegro de verte.

—Yo también, Sergio. ¿Qué tal te va todo?

—Bien, trabajando mucho, pero muy bien. ¿Y tú?

—Bien, también. Mauro me da mucho trabajo. Es genial.

—Me alegro. Anda, vamos dentro, que aquí va a empezar a refrescar un poco.

—¿Dónde está Mauro?

—Cocinando. Siempre me echa porque dice que solo le estorbo.

Veo la mesa preparada para tres comensales. Hay manteles individuales, servilletas de tela, cubiertos y copas de diferentes tamaños. Nos asomamos a la cocina y veo a Mauro, de espaldas, vestido con unos pantalones tejanos rotos por todas partes y una camiseta negra. Huele de maravilla a orégano.

—¿Qué estás preparando, *chef* Martínez? —pregunto sonriente. Se da la vuelta y me parto de risa al ver su delantal. El fondo es azul cielo y en el centro hay un cuerpo de mujer desde el cuello hasta la mitad de los muslos, vestido solo con un conjunto de encaje blanco, con ligero y medias—. Bonito salto de cama.

—¿Te gusta? Tengo más.

—No me cabe la menor duda.

—Sergio, ponle una copa de lambrusco a mi niña. Que está muy graciosa hoy.

Sergio lo hace y nos quedamos los tres hablando en la cocina mientras Mauro acaba el plato de pasta fresca con mezcla de quesos y orégano que está cocinando. Sabe que es mi plato favorito y se ha esmerado mucho en hacerlo para mí.

La cena nos la pasamos riendo y bebiendo. Mauro me cuenta mil anécdotas con sus clientes más excéntricos.

—Será que tú no eres raro también. —Me río.

—Yo no soy raro, nena. Soy gay, que es distinto. Raro es el que se gasta más de seis mil euros en una alfombra para el perro. ¿Qué hace un chihuahua con una alfombra persa? Por Dios... —Se acaba el contenido de su copa de un trago—. Por cierto, hay que brindar por tu próxima incorporación a R&M DeCo Home. —Cambia de tema, mientras rellena las copas.

—Eh, eso sí que es una muy buena noticia. —Se alegra Sergio y me abraza.

—Sí, espero estar a la altura.

—Ya has demostrado que lo estás —dice Mauro y levanta su copa—. Brindo por haberte encontrado.

—Gracias. Lo mismo digo —contesto. Chocamos nuestras copas y bebemos hasta vaciar el contenido—. Joder, voy a acabar borracha perdida.

—Mejor, así dormirás de tirón. Parece que no duermes mucho últimamente a juzgar por las enormes ojeras que tienes —dice Sergio—. Ay, joder, Mauro. —Se toca la pierna e intuyo que su compañero le ha dado una patada por debajo de la mesa para que no hable de nada que no debe.

—No, no duermo bien, pero no es por la razón que crees —le digo a

Sergio—. Carlota tiene pesadillas desde que Raquel se pegó un tiro en nuestro salón y dormimos las tres juntas en la misma cama. De esa forma duerme la noche entera —les explico.

—Lo siento. Debió de ser horrible —contesta Sergio.

—Sí. Lo fue. Aunque Nadia y yo lo llevamos bastante bien; Carlota no es capaz ni de pisar el suelo donde estuvo el cuerpo, siempre lo rodea o salta por encima. Creo que va a tener que ir a que la ayuden de algún modo, además de empezar a trabajar, porque pasa mucho tiempo sola en casa.

—¿Aún no ha encontrado nada? —pregunta Mauro.

—Ha hecho un par de entrevistas. Dijo que le fueron bien. Imagino que la llamarán de alguna de las dos empresas. Tiene un currículum muy bueno.

—¿Y le habéis dicho que vaya a terapia para superar ese miedo? —pregunta Sergio.

—No, aún no. Pero Nadia y yo lo hemos hablado. Tenemos que decírselo antes de que la cosa vaya a peor.

—Si necesitáis ayuda, por favor, cuenta con nosotros —se ofrece Mauro.

—Tranquilo. Saldremos adelante, siempre lo hemos hecho. —Y lo miro directamente a los ojos, para que entienda que saldremos todas, de todo. Él asiente.

Recogemos la mesa y nos trasladamos al sofá. Sergio se sienta en un extremo y Mauro en el otro, yo lo hago en medio de los dos, pero Mauro me arrastra por la cintura hasta dejarme entre sus piernas, que tiene subidas al asiento, y me hace apoyar la espalda en su pecho. Me besa el pelo. Es agradable que alguien te trate con tanto cariño como lo hace él. Seguimos hablando un rato más y empiezo a notar el cansancio en todo mi cuerpo. Se me cierran los párpados sin poder evitarlo.

Me despiertan unos susurros lejanos. Abro los ojos y veo que estoy en la cama de la habitación que Mauro y Sergio me han ofrecido en su casa. Intento oír lo que dicen. Parecen provenir del pasillo.

—Solo quiero verla —dice una voz que conozco perfectamente, aunque no la haya escuchado en un mes. El corazón me da tres vueltas de campana dentro del pecho.

—Joder, te he dicho que no —susurra Mauro, enfadado—. Está dormida.

—Por eso, no se dará cuenta. Necesito verla —repite.

—Escucha, Jorge. Has bebido, vete a casa, por favor —esta vez habla Sergio.

—Sabéis que me vais a tener que echar a patadas de aquí.

—Hostia, Jorge, mira que eres pesado —bufa Mauro—. Está bien. Entrás, la ves y te largas. Pero como la despiertes, te juro que te tiro terraza abajo —amenaza.

—Déjame entrar primero, a ver si está dormida —dice Sergio. Oigo el pomo de la puerta ceder poco a poco, noto una tenue luz a través de los párpados. Intento llevar una respiración acompasada para que crean que duermo, aunque, si se paran a escuchar con atención, oirán como mis latidos retumban por toda la estancia. Alguien se acerca, imagino que es Sergio. No me muevo ni un milímetro dentro de las sábanas—. Vale, está dormida. Por favor, no hagas ruido —dice en voz muy baja y vuelve a alejarse.

Otros pasos se acercan. Estoy sobre mi lado izquierdo con el rostro al descubierto frente a la puerta. Noto como su presencia remueve el aire a mi alrededor. Puedo olerlo. Ese maldito olor podría reconocerlo en cualquier parte, entre millones de personas. El corazón me va a reventar, pero me quedo muy quieta. Pasa un dedo por mi mejilla y me estremezco. Siento como todos los poros de mi cuerpo se dilatan.

—Te quiero tanto que me duele al respirar —susurra, y su aliento me quema la piel. Por un momento siento la necesidad de abrir los ojos, abrazarlo y olvidarme de todo, pero no puedo. No después de lo que hizo. De sus mentiras—. No descansaré hasta que me perdones, te lo prometo —vuelve a hablar en voz muy baja. Me da un beso en el pelo y lo oigo alejarse, arrastrando los pies. La puerta se cierra lentamente. Y se alejan por el pasillo.

Abro los ojos y respiro hondo por la boca. Muy hondo y muchas veces. Las lágrimas vuelven a brotar y caen, empapando la almohada. Me calmo a medida que lloro; parece que llorar no es tan malo, después de todo. Pero a este paso voy a llorar en un mes lo que correspondería a toda mi vida. Me limpio los ojos con la sábana y me doy la vuelta. Se acabó, no más lloros, ni más lamentos ni martirizarme. No importa que Jorge me quiera o que necesite que lo perdone. Él se lo ha buscado, y yo haré lo que tenga que hacer. Nada.

Mauro me despierta temprano. Recojo mis cosas y me despido de Sergio con un abrazo de oso enorme. Nos metemos en su coche y ponemos rumbo a la

estación de tren.

—Intenta tener un local para este mes de septiembre. A partir de que firmes el contrato, te voy a mandar más trabajo que en toda tu vida. —Sonríe Mauro.

—Sí, no te preocupes. Hay muchos locales en alquiler por la zona de mi casa. La crisis se ha cebado con el negocio inmobiliario que da gusto —contesto.

—Si necesitas acondicionarlo, pásanos las facturas, nos haremos cargo de todo. Que las hagan a nombre de la empresa.

—De acuerdo. Intentaré tenerlo este mes, al menos el local, y trasladar todo mi material. Ya no cabe nada más en mi habitación.

—Perfecto. —Mauro aparca el coche en doble fila frente a la estación. Se pone muy serio y me mira—. Escucha, Vera. Anoche...

—Lo sé. No estoy enfadada contigo —lo interrumpo.

—Dios, ¿por qué eres tan maravillosa? —Me abraza.

—Dejaré de serlo si le cuentas a él que estaba despierta. —Lo aprieto fuerte contra mi cuerpo.

—No quiero estar en medio, pero me lo pone muy difícil —confiesa.

—Tranquilo.

—Te quiero mucho, cariño. Ya eres como mi hermana pequeña. —Sonríe y me da un leve beso en los labios.

—Yo también te quiero, ojazos. Me vendrá bien un hermano, aunque no tengo quejas de mis dos hermanas postizas.

—Dales recuerdos. Y espero que Carlota mejore con el tema de las pesadillas —me dice sincero.

—Yo también lo espero. Adiós, Mauro. Hablamos pronto —me despido y bajo del coche.

—Adiós.

Cuando llego a casa, dejo mi maleta en la habitación. Mis amigas están dormidas en la cama de Nadia. Me llevé el coche y lo dejé en la estación para no hacerlas llevarme y traerme, porque sabía que hoy, a estas horas, aún estarían acostadas. Carlota, por haber trabajado toda la noche en el pub y Nadia, por acompañarla. Me cambio de ropa y preparo el material para el trabajo de esta tarde.

Carlota entra en mi habitación al cabo de una hora de haber llegado.

—Hola, flor. ¿Cómo ha ido?

—Muy bien. —La abrazo—. ¿Qué tal por aquí?

—Bien, como siempre.

—¿Pesadillas?

—No. —Sonríe, avergonzada—. Por cierto, me han llamado de una de las empresas en las que hice la entrevista. Quieren que vaya para hablar de los detalles del contrato. Si todo va bien, seguramente empiece a trabajar allí.

—Eso es fantástico.

—Sí, además, es la empresa donde más me interesaba el puesto. Me haría cargo de la gestión de transporte internacional. Se me da bien negociar. —Sonríe divertida.

—Ya lo puedes decir. Cuando vendiste tu coche destrozado y con la culata quemada por más de tres mil euros, me quedó muy claro. —Me río—. Me alegro mucho, amor.

—Vicky me dijo que a finales de septiembre se acaba mi contrato en el pub y que ya no necesitará que vuelva esta temporada, pero me ha ofrecido hacerlo el próximo verano. Aunque ya veremos.

—Eso queda muy lejos. Hay tiempo para pensarlo.

A las cinco, como cada sábado, Marcos pasa a recogerme y, después de muchos fines de semana un poco apáticos por las circunstancias que sabemos los dos, volvemos a ser los de siempre. Ahora a lo que se dedica es a buscarme *novio* entre los invitados a las bodas. Como yo hacía con él, antes de que conociera a Carlota.

—¿Qué te parece ese? —Marcos señala a un tío vestido con un pantalón beige y una camisa blanca dos tallas más pequeñas de lo que debería usar.

—¿Te has vuelto loco? Estoy intentando no encontrármelo de frente por si le revienta el botón de la camisa y me perfora el iris, la retina y, si me apuras, el cerebro —contesto en una carcajada.

—Me alegra tenerte de vuelta, *Verita*.

—No me llames así o la vuelta se la voy a dar a tu cabeza de un guantazo.

Y sí, siento que estoy de vuelta. Después de haber superado mi encuentro (o no encuentro) con Jorge y haber llorado más que la Zarzamora, creo que ha llegado el momento de dejar de hacerlo, de dejar de pensar en él y en todo lo que sucedió. Es hora de volver a coger las riendas y cabalgar muy lejos de esa parte de mi mente.

La última semana de septiembre encuentro un local de cincuenta metros cuadrados cerca de casa; está antes de llegar al centro, en una calle transversal al mar. Como para lo que he de utilizarlo no es necesario que sea demasiado visible, no importa que esté en un sitio poco transitado. Lo que sí localizo es que haya una zona de carga y descarga cerca para cuando tengan que traer material desde cualquier punto del país o tenga que enviarlo. A pesar de ser un bajo a pie de calle con ventanales opacados, entra mucha luz, y eso es lo mejor del sitio.

Me paso la mayor parte de las tardes limpiando y pintando paredes. Nadia, César y Marcos me ayudan los fines de semana, los ratos que pueden. Y Carlota viene conmigo cada tarde cuando sale de trabajar en su nuevo empleo. Sí, finalmente, consiguió el puesto en la empresa de transporte.

Contrato a una empresa de reformas para que hagan el trabajo de reparar la red eléctrica. Instalan también un aparato de aire acondicionado y bomba de calor lo suficientemente potente como para que la estancia esté a la temperatura idónea en cada época del año.

A mediados de octubre, todo está listo para poder trabajar allí. Así que cada día, tras mi jornada en la oficina, me voy directa al local y, después de comer lo que me preparo cada día en un *tupper*, trabajo allí hasta las ocho. Después regreso a casa y arreglo los reportajes fotográficos hasta altas horas de la noche. Menos mal que este mes es el último que empleo haciendo este trabajo, porque, a este ritmo, no creo que aguante viva hasta Navidad. No quiero dejar la oficina porque, de momento, es lo más seguro que tengo. He de ver cómo evoluciona el nuevo proyecto.

Es el último viernes de octubre y he organizado una pequeña inauguración a la que he invitado a mis amigas, a Marcos y a César, a Mauro y Sergio, a Roberto y Marga, y a mis padres. No he querido que vengan al local en los últimos días hasta dejarlo todo ordenado y en su sitio. He encargado un pequeño *catering* y bebidas en una pastelería cercana. A las ocho de la tarde, abro la puerta metálica, y las primeras en llegar son mis amigas junto a Marcos y César.

Al entrar, se quedan con la boca abierta un buen rato, observándolo todo. Y yo me siento orgullosa del trabajo que hemos hecho entre todos.

El espacio es totalmente diáfano; bueno, hay dos columnas centradas, una a

cada lado de la estancia. Las he convertido en el soporte para los materiales, con estanterías alrededor y colgadores, donde he colocado los pinceles, paletas, esponjas y demás herramientas que utilizo para pintar. En las estanterías he ubicado los botes de pintura más pequeños y en el suelo los más grandes. En la parte izquierda he situado los lienzos en blanco y los caballetes, uno más grande y otro más pequeño. También he colocado una mesa de madera para dejar el material con el que deba trabajar en cada momento y, de ese modo, tenerlo a mano. En la parte derecha está la sección de embalaje, como la he bautizado, porque ahí es donde tengo el material para envolver los trabajos y almacenarlos antes de enviarlos. En la pared frontal he colocado una nevera, un sofá de dos plazas, una mesa redonda con un par de sillas y un pequeño armario donde he metido mi ropa para pintar, como yo la llamo. Todo comprado de segunda mano. En la esquina derecha hay una puerta por la que se entra a un pequeño aseo con ducha incluida. Las tres paredes están pintadas de blanco para dar luz y amplitud.

—Madre mía, Vera. Ha quedado espectacular —alaba Carlota.

—Es fantástico. Has hecho un buen trabajo —dice Nadia encantada.

—Gracias, me alegro de que os guste —agradezco con una sonrisa de oreja a oreja, porque sus cumplidos son importantes para mí y para mis dedos, que han acabado sin huellas dactilares de tanto trabajar.

—Es genial, Vera. Ya tenemos sitio para corrernos unas cuantas juergas privadas —comenta Marcos.

—Eh, esto es mi *oficina*. Aquí no se viene a beber hasta caer desmayado sobre tus propios vómitos. —Me río.

—Joder, qué cerdada, tía. Se me acaban de quitar las ganas hasta de beber cerveza —contesta con cara de asco.

—Mejor —bromeo.

—Ha quedado muy bien, Vera. Te felicito. —César siempre tan comedido.

—Gracias.

—Dios *míoooooooooooo*. Esto es una maravilla. —Oigo gritar a Mauro detrás de mí.

Me giro y lo veo entrar por la puerta con una mano en el pecho y la otra en la cadera. Sergio, Roberto y Marga entran a su espalda. Salgo corriendo hacia él y me encaramo a su cuerpo. Él empieza a girar sobre sí mismo conmigo en brazos.

—Mauro, qué ganas tenía de verte —grito y le doy un sonoro beso en la mejilla.

—Y yo a ti. Esto ha quedado de vicio. Las fotos que nos enviaste no le hacen justicia. —Acuna mi cara entre sus manos y me besa en la frente.

—Hola, Sergio. —Me bajo del cuerpo de Mauro y me acerco para abrazarlo.

—Hola, preciosa. Me encanta este sitio —dice, mirando por encima de mi cabeza.

—Hola, Roberto. Hola, Marga. Pasad, por favor, este sitio es vuestro. Espero que os guste. —Les doy dos besos a cada uno.

Los dos se adentran en el local y observan todo con mucha atención. Estoy un poco nerviosa porque toda la reforma y el alquiler lo paga su empresa y espero que sea de su agrado. Se miran el uno al otro sonrientes y asienten con la cabeza con expresión de grata sorpresa.

—Este sitio vale mucho más que el dinero que hemos invertido en él —dice, por fin, Roberto.

—¿Sí? ¿Os gusta? Me alegro mucho, de verdad —contesto, emocionada por el cumplido. Son los jefes, deben estar satisfechos; si no, adiós a tanto esfuerzo.

—Me encanta. Has aprovechado muy bien el espacio. Es moderno, pero a la vez bohemio. Tiene carácter, como tú —me dice Marga son una sonrisa en los labios.

—Vaya, muchas gracias.

Veo por el rabillo del ojo que mis padres asoman por la puerta del local y me buscan con la mirada. Levanto una mano para saludarlos y voy hacia ellos.

—Mamá, papá.

—Hola, Vera. Esto es precioso —dice mi madre cuando llego a ella y le doy un beso en la mejilla.

—Has hecho un gran trabajo aquí, Vera —dice mi padre.

—Me alegro de que os guste —les digo—. Pasad. —Me dirijo al centro—. Chicos, ellos son mis padres. Jaime y Amelia.

—Meli, por favor —apunta mi madre.

—Hola —dicen todos, casi al unísono.

—Ya sé de dónde ha heredado Vera su belleza. —Se acerca Mauro y besa a mi madre en la mejilla.

—Mauro, esa frase es demasiado típica para ti —me burlo.

—Se lo decía a tu padre, nena. —Estrecha con una sonrisa la mano de mi padre, que lo mira con una ceja levantada.

Todos nos echamos a reír a carcajadas.

Después de las presentaciones, saco las bandejas con los aperitivos y las bebidas que tengo en la nevera. Pasamos las horas hablando de todo y de nada. Roberto lleva rato charlando con mi padre, imagino que de trabajo, ya que pertenecen al mismo sector, aunque en vertientes distintas. Estoy encantada de tenerlos a todos aquí. Bueno, a todos, no. No puedo evitar pensar en Jorge. La noche sería perfecta si él estuviera conmigo y celebrara mi primer pequeño éxito en este nuevo aspecto de mi vida. Pero pronto hago desaparecer ese pensamiento de mi cabeza porque lo imagino en casa con su mujer y se me hace un nudo en las tripas que no quiero tener en este momento.

Pasadas las doce de la noche, mis padres deciden que ya es hora de marcharse. Se despiden de todos y los abrazo en la puerta.

—Me alegro tanto de verte feliz... —Me abraza mi madre—. Aunque te falte alguien importante —dice más triste. Mi madre y yo hemos hablado mucho en los últimos meses y está al tanto de todo lo que pasó con Jorge.

—Déjalo, mamá —le pido. Ella asiente y me da un beso en la mejilla.

—Adiós, cariño. Nos vemos la semana próxima —se despide mi padre.

—Sí, iré a comer o cenar. Ya os aviso.

Vuelvo dentro y todos, por unanimidad, han decidido que nos vamos al pub donde Carlota trabajó en verano, al que, por cierto, no hemos vuelto desde que terminó su contrato. Con tanto trabajo en el local, no lo hemos pisado. Así que me parece una idea perfecta. Me ayudan a recoger todo lo que hemos dejado por el medio, y Sergio se ofrece a tirar la basura. Los demás fregamos las copas en el baño y salimos hacia el pub después de bajar las persianas metálicas del estudio.

Entramos al local y nos recibe REM con su *Shiny Happy People*. Mauro me coge en brazos y da vueltas conmigo a cuerdas. Nos desgañitamos cantando, y Sergio nos mira muy sonriente y niega con la cabeza. Le tiro un beso y sigo bailando con su novio. Y sí, tiene razón, estamos como putas locas, ¿y qué?

Vicky viene a saludarnos, nos pone chupitos a todos y las copas que le pedimos.

—A esta ronda invita la casa —grita.

Y todos brindamos a su salud.

Roberto y Marga parece que se lo pasan de miedo, porque no paran de bailar y cantar las canciones que suenan a toda pastilla por los altavoces. Carlota y Marcos también bailan como locos. Las veces que hemos estado allí, ella tenía que estar detrás de la barra y no han podido disfrutar de la música

los dos juntos. César se mueve con un ritmo parsimonioso pero divertido, y me río mucho cuando coge a Nadia y la hace girar hasta casi hacerla vomitar. Yo bailo con Mauro y Sergio, aunque este último se mueve poco, pero me presta a Mauro cada vez que lo requiero.

En un momento de la noche, empieza a sonar *Just Can't Get Enough*, de Depeche Mode, y a Sergio se le abren los ojos como platos.

—Ve con él. Es un *friki* de Depeche —me dice Mauro al oído.

Sonrío y me acerco al ritmo de la música. Sergio ríe porque sabe que voy a por él. Me agarra de la cintura con una mano, y yo a él de la nuca; esta vez sí que baila. Y cantamos a voz en grito uno frente al otro.

—*We walk together, we're walking down the street and I just can't get enough, and I just can't get enough, every time I think of you, I know we have to meet...*

Sergio me agarra fuerte de la cintura y se acerca a mi oído.

—No te enfades, pero Jorge está aquí.

Me separo de él con brusquedad.

—No —casi grito. Él asiente—. Hoy no. —Se me cae el techo a los pies.

Hoy es mi noche. Mi noche para celebrar, no para pensar en él.

—Estará hasta mañana por la tarde. Quiere hablar contigo. Si quieres verlo, llámalo antes de que se marche —me dice.

—¿Está aquí ahora? —pregunto con cautela en su oído.

—No lo sé. No lo he visto, pero no puedo asegurarlo. Hay mucha gente.

—Vale. —Respiro hondo y sigo bailando.

Pero la canción termina y me separo de Sergio. Miro a mi alrededor buscándolo, no sé muy bien por qué, pero poco me dejan mirar, porque empieza a sonar *Don't Leave Me This Way*, de The Communards, y Nadia y Carlota se me echan encima. Esta es la primera canción que bailamos juntas cuando nos conocimos en una fiesta universitaria y desde entonces es nuestra canción. Y el bajón que ha empezado a darme por lo que me ha dicho Sergio se evapora y se convierte en un subidón que me sale por todos los poros. Y bailo con mis amigas, y cantamos, cantamos como las locas que somos.

—*Don't leave me this way, I can't survive, I can't stay alive, without your love, oh baby...*

Y en el estribillo nos volvemos locas del todo, claro. Saltamos y bailamos abrazadas como si no hubiese un mañana. Los demás se acercan y bailan con nosotras. Y se me pasa por la cabeza la idea de que Jorge está allí, mirándonos, y aún canto más fuerte y bailo con más energía. Se me antoja que

la puñetera canción nos viene al pelo.

Me suelto del embrollo que han hecho los brazos de mis amigos conmigo, doy vueltas alrededor de ellos y en uno de los giros, lo veo. Está a escasos cuatro metros de nosotros, con algunas personas por el medio. Bailo delante de él, pero bajo la intensidad y lo miro. Lo miro fijamente y él me mira. Nos observamos muy serios, a los ojos. Los míos echan chispas. Los suyos parecen perdidos en mí. Sigo cantando sin parar. El corazón se me va a salir del pecho, pero no dejo de mirarlo. Y cuando el estribillo se alarga en un «*Aaaaaahhhhh, baby*» me acerco, sorteando a las personas que nos separan. Sé que voy a hacer una locura, pero me da igual; con el subidón que llevo, no tengo la fuerza para detenerme.

Lo agarro de la mano y me lo llevo hacia el escenario, subo los dos escalones por la parte izquierda y lo arrastro por el pasillo que sé que hay camino de un pequeño camerino en la parte trasera, donde se preparan los músicos que, a veces, tocan allí. Abro la puerta y lo meto dentro. Lo empotro contra la madera. Me aferro a su nuca con las dos manos y lo beso. Lo beso de una forma brutal, con todas mis ganas, con toda mi rabia. Él responde al beso abriendo los labios y metiendo su lengua entera en mi boca, me aprieta fuerte por la cintura y, en diez segundos, jadeamos desesperados. Y de nuevo siento su sabor, ese que no he podido quitarme de la boca desde la última vez que lo besé. Llevo sus manos a mis nalgas y me subo a su cintura.

—¿Tienes un condón? —gimo en su boca.

—Vera...

—Saca el puto condón que sé que llevas en la cartera —casi le grito y muerdo su labio inferior con fuerza.

Su garganta emite un sonido ronco, mete su mano en el bolsillo del pantalón, sin dejar de besarme, y saca la cartera, que yo le arranco de las manos. Le quito el condón. Lo rasgo con los dientes y tiro el envoltorio al suelo. Le desabrocho el pantalón y se lo coloco a toda prisa. Aparto mis bragas bajo la falda y lo llevo dentro de mi cuerpo con furia. Sentirlo dentro, de nuevo, me provoca una descarga eléctrica de la cabeza a los pies. La mezcla de su sabor, su olor y su carne me hace jadear cada vez con más fuerza. Mis embestidas contra su erección se vuelven casi violentas y él me sigue el ritmo, agarrado a mis caderas.

—Vera, joder. Me vuelves loco —gime en mi boca.

Volver a oírlo es demencial. Lo beso con brutalidad para que no hable, porque si habla no podré seguir con esto.

Siento como el calor sube por entre mis piernas y me muevo más rápido. Un orgasmo corto y bestial llega a mi cuerpo y gimo. Gimo, separando mi boca de la suya y noto como él se tensa dentro de mí y acaba con otro grito, mientras se vacía en el condón.

Sin apenas darnos tiempo a recuperar el aliento, me bajo de su cintura, me recoloco la ropa interior y la falda. Levanto la vista y lo miro. Sigue respirando con fuerza con los ojos cerrados. Joder, maldito hombre. ¿Por qué narices se acercó a mí aquella noche? El pulso me machaca las sienes. Tengo que salir de aquí antes de decir algo de lo que me arrepienta. Lo aparto de la puerta y me acerco a su oído.

—Y ahora, lárgate. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar —susurro con toda la furia que el polvo no me ha acabado de sacar de dentro, porque tengo mucha, muchísima, rabia contenida desde hace meses.

Abro la puerta y desaparezco por el pasillo casi corriendo, como la última vez que hui de él. Sin mirar atrás. Me encaramo al escenario por la esquina por donde hemos entrado hace unos minutos y vuelvo a la pista con mis amigos.

Me acerco, saltando y bailando. Mauro me mira preocupado, y Sergio deja de sonreír cuando ve mi expresión colérica. Me agarro a ellos, los abrazo y siento como mi cuerpo se relaja en el acto.

—Todo va bien. Tranquilos —susurro en medio de sus cabezas.

Los dos me miran como preguntando qué acabo de hacer. Y yo me limito a sonreír y a bailar.

—*I've fallen in love, I've fallen in love for the first time, and this time I know it's for real...* —canto al ritmo de Queen.

Ellos niegan con la cabeza, pero acaban por sonreír. Me estrujan entre sus cuerpos para bailar.

—Lo vas a hacer sufrir hasta matarlo, ¿verdad? —me dice Sergio al oído.

—No sé de qué me hablas —contesto sonriente.

—Dios, eres mala de cojones. —Se ríe Mauro—. Te juro que lo haré arreglar la mierda en la que está metido.

—Esa que tú no quieres saber, pero que te ayudaría a no odiarlo tanto —dice Sergio.

—Yo no lo odio, solo quiero que sufra como lo estoy haciendo yo —contesto sin dejar de fingir mi sonrisa.

—¿Ves? Te lo dije, no es tan *fiera* como aparenta —le dice Mauro a Sergio, con transcendencia.

—No vuelvas a llamarme así nunca más —regaño a Mauro. Oír el apelativo con el que me llamaba Jorge me hace daño, y no quiero escucharlo en boca de nadie. Él me mira arrepentido—. Y ahora, bailemos. Esta canción es para vosotros.

—¿Por qué todo el mundo piensa que esta canción es solo para *gays*? —Se ríe Sergio.

—Callaos y bailad conmigo, joder —ordeno, fingiendo estar cansada de su cháchara.

Se ríen a carcajadas y me abrazan fuerte. Y así me paso la noche, de brazo en brazo y de baile en baile, intentando quitarme de la cabeza y del cuerpo lo que he hecho esta noche en mitad de un camerino. Definitivamente, Jorge me ha vuelto loca de remate. Y ni siquiera he pensado en cómo se sentiría él ni cómo habrá salido del cuarto en el que lo he dejado tirado. Genial, Vera.

No tengo ni idea de lo que va a pasar conmigo. Nadie lo sabe. Pero esta noche me he dado cuenta de que no voy a poder besar a nadie más que a él. Si no siento lo que él me provoca, lo bueno y lo malo, no quiero más besos. Y tengo la certeza de que ya nadie podrá volverme tan loca como él. Siempre será él. Estoy perdida. Y con esa revelación metida en la cabeza, me quedo dormida casi al amanecer.

—¿Qué hiciste anoche cuando te llevaste a Jorge detrás del escenario, *Verita*?
—pregunta Marcos divertido, mientras vamos en el coche de camino a nuestro último trabajo de la temporada.

—¿Tú qué crees? —contesto, levantando una ceja.

—¿Te lo follaste? —vuelve a preguntar, esta vez sorprendido.

—Respuesta correcta. —Doy una palmada frente a sus ojos.

—Aclaraste las cosas con él, entonces. —Sonríe satisfecho.

—*Nop*, solo fue un polvo —respondo sin darle importancia.

Aunque mi cabeza lleva dándole vueltas a ese tema sin parar. No sé por qué lo hice. Si por rabia, simplemente, o por hacer que viera una posibilidad de arreglar las cosas y luego quitársela de golpe, como él había hecho conmigo. La cuestión es que empezaba a arrepentirme del impulso que me dio, pero ya estaba hecho; y lo hecho, hecho está. Al menos yo solo le dediqué un polvo, él había fingido darme mucho más, y luego me lo arrebató.

—Oye, Vera. Quizá es meterme donde no me llaman... —empieza a hablar.

—Pues no te metas —interrumpo cortante.

—Escucha, solo quiero decirte dos cosas. Una, un polvo detrás de un escenario es demasiado, hasta para ti. Y dos, quizá sería conveniente que hablaras con él. No para volver, sino para aclarar las cosas. Quizá eso te ayude a sacar esa rabia que llevas dentro.

—¿Desde cuándo eres un maldito psicólogo, Marcos? —Me enfado un poco más, porque quizá tenga razón y me molesta—. Agradezco tu preocupación, pero esto es cosa mía.

—Tú siempre has sido directa, hablas con franqueza con todo el mundo. Escuchas y siempre te pones en el lugar del otro. No entiendo por qué no haces lo mismo con Jorge.

—Porque me engañó desde el principio, Marcos. Si me hubiese dicho que estaba a punto de casarse, yo no habría bajado la guardia. Habría sido un rollo de verano y se acabó, o no, vete a saber. Pero él eligió por mí. Decidió que debíamos seguir viéndonos, ocultándome un detalle bastante gordo. ¿Qué coño soy? ¿Una maldita muñeca? Pues no, soy una persona y tengo derecho a decidir sobre mi vida —expongo con vehemencia, y es la primera vez que expreso lo que siento después de tanto tiempo.

—Vale, mirado así, tienes razón. Pero quizá deberías darle la oportunidad

de pedirte perdón.

—Vale, Marcos. Él me engaña, y todos me presionáis a mí para que aclare las cosas. Joder, no os entiendo. ¿De qué parte estáis?

—Estamos de tu parte, pero no entendemos por qué no quieres hablar con él.

—Es muy sencillo. Porque estoy loca por él y, si hablamos, no sé si voy a tener las agallas de dejarlo marchar. Por eso, Marcos. Porque soy capaz de querer seguir viéndolo a pesar de todo, y eso me va a matar. Me va a desgraciar la vida. Y si estoy enfadada con él, puedo seguir haciendo mi vida. Prefiero odiarlo que echarlo de menos. —Y por primera vez, me doy cuenta de lo que estoy diciendo.

—A lo mejor se divorcia. ¿No lo has pensado?

—Sí, claro. Se acaba de casar y se va a divorciar por un rollo de dos meses. No me jodas, Marcos. —Me río sin ganas—. Además, si quisiera divorciarse, ya lo habría hecho, ¿no crees? ¿O está esperando a recuperarme para hacerlo? No me parece justo ni lógico. Si me quiere, como dice Mauro, joder, que se divorcie y luego venga a hablar conmigo. Así no quiero, no quiero que me mienta más. Estoy harta —*vomito* de corrido y casi me quedo sin aliento por la alteración que me produce decir mis pensamientos en voz alta.

—Vale, tienes razón —sentencia por fin. Quita la llave del contacto después de dejar el coche en el *parking* del hotel.

—Anda, vamos a trabajar —le digo. Respiro hondo para calmarme—. Yo que pensaba que hoy te perdería de vista por fin, y resulta que casi vives en mi casa. ¿Por qué te presentaría a Carlota, Dios mío? —Me río por las vueltas que da la vida.

—Voy a trasladarme al piso de César. Vamos a vivir juntos, así estaré más cerca de Carlota.

—¿En serio? Eso es fantástico, me alegro mucho. Ella estará encantada. —Le acaricio el brazo, y él sonríe como un bobo enamorado. Menudo cambio el que ha hecho este *mamón*.

Estoy feliz por mis amigas, por las dos. Nadia y Carlota tienen una relación con hombres que las quieren y están pendientes de ellas. Se entienden a la perfección. Marcos es un bruto y le va como anillo al dedo a Carlota, que es un poco cabra. César es más reservado, pero tiene un humor muy peculiar, y Nadia se ríe mucho con él, así que todos contentos. Incluida yo, aunque sea por la felicidad ajena.

Marcos y yo volvemos a casa sobre la una de la madrugada, como siempre, después de la boda. Nadia y Carlota nos esperan para salir un rato al pub.

—Chicos, esta noche me quedo en casa. Estoy muy cansada —les digo.

—¿Qué dices? —se extraña Carlota.

—Llevo meses trabajando como una burra, de un lado para otro. Anoche acabamos muy tarde la juerga y necesito descansar.

—Vale, nos quedamos contigo —dice Nadia.

—No, no. Vosotros salid. Yo me voy a dormir ahora mismo, en cuanto cene algo.

Al final, los tres se conforman. Saben que no he parado en los últimos meses entre la oficina, los reportajes y acondicionando el local, además de seguir pintando los encargos de Mauro.

Marcos y yo cenamos en la mesita de centro y veo a Carlota moverse por el salón. Hace semanas que ya no evita el pedazo de suelo donde Raquel cayó al suicidarse. Sonrío y pienso que todo sigue su curso. No tuvimos siquiera que hablar con ella del tema. Carlota es fuerte, sabíamos que saldría adelante, aunque temimos que necesitara ayuda profesional; finalmente, lo ha conseguido ella sola. Solo debía encontrar la forma de hacerlo. Tampoco tiene pesadillas y ya dormimos cada una en nuestra cama. Pero he de confesar que dormir con ellas también me ha ayudado a mí. Quizá no a superar del todo mi relación con Jorge, pero sí a seguir adelante y sentir que no estoy sola. Ahora, como a Carlota, solo me queda encontrar el camino para conseguirlo de forma definitiva.

Cuando los tres se marchan, me ducho y me pongo el pijama de pantalón largo y una sudadera, porque quiero salir un rato a la terraza antes de irme a dormir. Me apoyo en la barandilla y miro la oscuridad que tengo delante. Hay media luna sobre el mar y su tenue luz se refleja en el agua. Recuerdo el lienzo que le regalé a Jorge, aunque allí pinté la luna llena y esta noche le falta la mitad. Y pienso en la ironía que supone creer que hasta el cielo me recuerda que ya no habrá una parte entera para mí. Pero, al instante, rechazo esa idea de mi cabeza, porque la parte entera de mí soy yo misma, no necesito nada más. Siempre he sido la parte entera de todo lo mío y no tiene por qué ser diferente ahora. Pienso en el verano que hemos pasado y aquí seguimos, enteras, o casi. Carlota dejó el trabajo, Andrés dejó a Nadia, Marcos y Carlota se

enamoraron, César y Nadia también, conocí a Jorge, me enamoré de él, lo dejé, Mauro me ofreció la oportunidad del trabajo de mi vida, Raquel se quitó la suya. Demasiadas cosas para digerir a las dos de la madrugada y, además, empiezo a tener frío.

Aparto la vista para meterme en el salón y me quedo a medio camino. Justo frente al portal hay un BMW negro aparcado y una figura apoyada sobre la puerta. No puede ser. Pero sí, lo es. Podría reconocerlo a una distancia de dos kilómetros entre un millón de personas. Me está mirando desde la distancia, puedo verlo. ¿Qué haces aquí, Jorge? Sergio me dijo que se marchaba esta tarde.

Recuerdo la conversación que he tenido esta tarde con Marcos y respiro hondo. Cojo el móvil que he dejado sobre la mesa de la terraza. Llamo. Lo veo mover una mano hacia el bolsillo trasero de su pantalón. Mira la pantalla y descuelga.

—Sube, ya sabes el piso.

Entro al salón y cierro la vidriera. Camino por el pasillo y aprieto el botón del portero automático cuando llego al recibidor. Espero con la frente apoyada en la puerta de la entrada y con el pulso agujereándome las sienes. Lo oigo subir por las escaleras y se detiene al otro lado. Espero que esto salga bien, porque, si no, me moriré. Cojo el pomo de la puerta y abro.

Me encuentro con su mirada triste y a la vez expectante. Supongo que después de lo de anoche debe de estar confundido. Lleva el pelo más largo y el flequillo casi le tapa los ojos, pero a pesar de ello puedo verlos, y los tiene más hundidos y ojerosos de lo que recordaba. Anoche apenas lo miré a la cara.

Me aparto para dejarlo entrar, sin decir una palabra. Se queda quieto en el recibidor y cierro la puerta. Paso por su lado y camino por el pasillo de vuelta al salón. Oigo sus pasos tras de mí.

—Siéntate. —Le ofrezco el sofá—. ¿Quieres tomar algo?

—Agua, si puede ser —dice apenas sin voz.

Me doy la vuelta y voy a la cocina. Lleno un vaso de agua con las manos temblorosas y vuelvo sobre mis pasos, lo dejo en la mesa baja, frente a él. Me siento en el otro extremo del sofá, fingiendo la calma que no siento.

—Sergio me dijo que te marchabas esta tarde —digo.

—Cambio de planes —contesta antes de darle un pequeño sorbo al agua. Vuelve a dejar el vaso donde estaba y me mira.

—¿Pensabas quedarte ahí enfrente toda la noche? —pregunto, y mi tono

suenan un poco irónico.

—Y todo el día —contesta convencido.

—¿No te esperan en casa? —Y ahora suenan peor aún.

—Eso no me importa en este momento —responde, sin dejar de mirarme.

—Bien. Querías hablar. Pues habla —lo invito de una forma bastante tajante.

Tiene los codos apoyados sobre las rodillas y me mira de lado, pero se reclina sobre el respaldo para quedar de frente. Se pasa las manos por los muslos de forma nerviosa. Sus dedos se hunden en la tela de sus pantalones.

—Cuando me marché de aquí en junio, tenía claro que iba a anular la boda —empieza a hablar y a mí se me revuelven las entrañas al oírlo—. En el camino de vuelta, Sergio y Mauro me apoyaron al cien por cien en ese tema y me dijeron que me ayudarían en lo que estuviese en sus manos. —Clava sus ojos tristes en los míos—. Me di cuenta de que estaba loco por ti y no quería seguir con aquello. Quería estar contigo después de solo dos semanas, cuando llevaba dos años saliendo con la que se suponía que iba ser mi mujer.

Y me vuelve a dar otra punzada en el estómago. Dos años contra dos semanas. Aquello no podía salir bien, se mirase por donde se mirase.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión? —consigo preguntar.

—Mi madre —responde inmediatamente—. Cuando llegué esa noche para verla, estaba ida. No pude hablar con ella. —Recuerdo que esa noche me habló por primera vez de la enfermedad de su madre—. Pero los días siguientes estaba totalmente lúcida y no paraba de hablar de la boda y de lo feliz que se sentía porque vería como me casaba con Carmen. —Otra punzada—. Ella era una de las enfermeras que cuidaba a mi madre y se llevaban tan bien que empezó a metérmela por el ojo. Al parecer, ellas llevaban meses hablando sobre mí. Es una chica agradable y empecé a salir con ella, más por mi madre que por mí mismo. Solo quería ver feliz a mi madre. Con el tiempo la he querido y pensé que estaba enamorado de ella. Yo no pretendía nada de esto cuando vine aquí en junio. Solo vinimos de vacaciones, lo hacemos cada año. Pero te vi y no pude evitar acercarme. Ahora sé por qué. Estoy loco por ti. Me enamoré, Vera, ocurrió sin más. —Hace una pausa, pero no contesto—. La boda fue idea de mi madre, me decía que quería verme casado antes de que estuviera peor o muriera. Quería estar tranquila viendo que yo no me quedaba solo. Y yo acepté esa idea para complacerla.

—¿Eso es lo que estabas haciendo para ayudarla en su enfermedad? ¿Mentirle? ¿Mentirnos a todas? —pregunto nerviosa.

—Lo siento, Vera. Lo siento tanto... —Se pasa las manos por la cara.

—Debiste decírmelo.

—Lo sé, joder. Pero no pude, no podía perderte. Quería estar contigo.

—¿Convirtiéndome en tu amante? —pregunto e intento contener la rabia que vuelve a aflorar.

—Yo no te considero mi amante. Te considero la mujer a la que quiero. Con la que quiero estar —contesta, con convencimiento.

—¿Qué quieres decir con eso? —El corazón me bombea a mil por hora por lo que acaba de decir, pero no estoy segura de haberlo entendido bien.

—Quiero estar contigo. Te quiero a ti, Vera —dice sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Y cómo pretendes hacer eso? Tienes la vida que decidiste tener —le contesto, porque realmente no entiendo nada. ¿En serio me está proponiendo que sigamos viéndonos?

—No lo sé, pero encontraré la solución. Lo haré —contesta y parece seguro, pero después de tantas mentiras ya no sé si creerlo.

—Decidiste por mí, Jorge. Te di la oportunidad de dejarlo la primera noche y cuando te marchaste, pero insististe y dejaste que te quisiera para luego destrozarme con tu mentira —le reprocho en tono calmado.

—Lo sé, pero yo no quería dejarte —contesta un poco abatido.

—Tampoco dejaste a tu novia. ¿Lo querías todo? Pues todo no se puede tener. Y decidiste. ¿Cómo coño ibas a deshacer todo este embrollo si seguíamos viéndonos? ¿Si yo no llego a descubrirlo? ¿Le has dicho a ella que te has enrollado conmigo? —le recrimino. Mil preguntas se agolpan, una detrás de otra, en mi cabeza.

—No lo sé. Solo sé que te quiero, cada vez más. No, Carmen no sabe nada. Pero se lo diré, te lo prometo.

—No me prometas nada, Jorge. Haz lo que quieras hacer, pero hazlo. Después, ya veremos...

—Joder, no debí casarme. —Se pasa las manos por el pelo y por la cara varias veces—. Mi madre está cada vez peor y ya apenas tiene días lúcidos. Podría haberle hecho creer que me había casado y ya está, sin hacerlo. Pero no lo hice. Ella no se habría dado cuenta y yo habría sido sincero con Carmen y contigo. Y nos habría evitado, a todos, este sufrimiento —explica arrepentido.

—¿Sabes? —Empiezo a ver con claridad algunas cosas—. Me alegro de que decidieras casarte. —Sonrío con tristeza, porque no puedo sentirme de otra forma—. Me has evitado tener una relación con alguien que no sabe tomar

sus propias decisiones —le digo, como quien ha descubierto, por fin, el misterio de la vida. Y él me mira confuso—. Trabajas en algo que no te gusta, por tu padre. Te casas con alguien a quien no quieres, por tu madre. Está bien querer complacer a tu familia, pero no a costa de convertirte en alguien que no eres. —Sigo sonriendo cuando le digo todo esto—. Todos tenían razón. Debí hablar contigo mucho antes, me habría ahorrado muchos llantos, enfados y mal humor.

—Supongo que me lo merezco —contesta con tristeza.

—No te estoy reprochando nada. Cada cual toma sus propias decisiones. Lo que no me gusta es que las tomen por mí. Mi padre quiso que estudiara Arquitectura y no lo hice, porque yo no quería. Estudié dos carreras que no lo hacían feliz a él, sino a mí. Y tuve que tragarme muchas broncas y menosprecios por su parte. Pero no abandoné. Seguí en mi propósito. Me ha costado ocho años de no hablarme con ellos, pero, al final, lo han entendido. Han entendido que soy yo la que debe tomar las decisiones de mi vida, porque mi vida la voy a vivir yo. Igual que tú la tuya. —Me detengo un momento porque estoy hablando demasiado sobre mí y estamos hablando de él—. Cuando tu madre muera, ¿qué vas a hacer? ¿Seguir viviendo la vida que ella quería para ti? Eres un puto cobarde, Jorge. —Y esto último lo digo convencida—. Está bien cumplir los deseos de una madre enferma, pero hasta el extremo al que has llegado me parece demasiado. Y que conste que no lo estoy diciendo porque me dejaras hecha mierda, sino por ti —sentencio, y me da apuro decirle todo esto, pero Marcos tiene razón, yo siempre hablo con franqueza y me está sentando de maravilla hacerlo en este preciso instante.

—Ahora entiendo por qué te quiero tanto —me suelta, y yo me quedo perpleja—. Realmente, eres una fiera. —Y sonrío, mostrándome ese hueco entre sus dientes casi perfectos que me gusta tanto—. Tienes razón en todo lo que has dicho. Me tatué la pantera de la espalda por la misma razón que tú, pero en mi caso yo no soy un felino; es lo que siempre quise ser y no me he visto capaz. Tú sí lo eres, y de las buenas. Yo solo soy un puto cobarde.

—Deja de regalarme el oído, no vamos a volver a follar nunca más —lo interrumpo con una sonrisa. Me abruma todo lo que dice de mí. Yo le pego la bronca, y él me halaga. Y siento que ya no estoy enfadada, sino aliviada.

—Con que me perdones tengo suficiente... de momento.

—¿De momento? —Levanto una ceja—. ¿Qué pretendes?

—Que vuelvas a quererme —contesta.

—Eso es imposible —le digo más seria, y él tensa un poco el rostro—. No

puedo volver a quererte, porque nunca he dejado de hacerlo. —Ya que estamos siendo sinceros... Pero no sé si esto es tan buena idea—. Que no confíe en ti no quita que pueda quererte como a Mauro y a Sergio. —Sonrío más relajada. Sé que eso es una mentira como la catedral de Burgos, pero no quiero dar pie a nada más, por ahora.

—¿Estás segura? —pregunta incrédulo.

—¿Por qué no? Yo puedo quererte como quiera.

—Porque son *gays* y no te has acostado con ellos. —Hace una pausa—. Aunque habiendo visto cómo bailáis los tres juntos, no me extrañaría que quisieran hacer un trío contigo. —Sonríe.

—Tú estás tonto.

—Está bien, hagamos una prueba —propone divertido.

—¿Una prueba?

—Sí. ¿Dormirías con Mauro y/o con Sergio en la misma cama? —pregunta con una sonrisa traviesa.

—Por supuesto —contesto y creo que sé por dónde va. Veamos si se atreve, el cobarde. Esto empieza a ponerse peliagudo...

—Déjame dormir en tu cama esta noche —dice—. Así me demuestras que puedes quererme como a ellos.

—Claro, no hay problema —contesto muy segura.

—¿En serio?

—En serio.

Me levanto del sofá, apago la luz del salón y enciendo la del pasillo.

—¿Quieres usar el baño?

—Sí, gracias.

Voy a mi habitación y arreglo la cama. Me quito la sudadera y la dejo sobre la silla de escritorio. A los pocos minutos, Jorge aparece en mi habitación.

—Ahí la tienes. Sírvete. —Señalo la cama.

Se quita la ropa que lleva y la deja colgada en la silla. Se queda con un bóxer negro. Yo me apoyo en el marco de la puerta, para mirarlo. Está un poco más delgado de lo que recordaba, pero su cuerpo sigue pareciéndome atractivo, cómo no. Todo él me lo parece, a pesar de lo que ocurre entre nosotros.

—Buenas noches —le digo, mientras salgo al pasillo.

—¿Adónde vas?

—A la cama de Nadia.

—Has dicho que dormirías conmigo.

—No. Tú has dicho que te deje dormir en mi cama esta noche —le recuerdo—. Tú duermes en mi cama, y yo lo haré en la de Nadia.

Se acerca con una sonrisa en los labios.

—Pues te lo pido ahora. Duermes conmigo esta noche como si lo hicieras con Mauro o Sergio, y así me demuestras que puedes considerarme como a ellos. —Me mira a los ojos y se aguanta la risa—. Con eso me conformo.

—Vale —contesto. Esto va a ser muy divertido (léase en modo irónico)—. No vas a ganar esta guerra —le digo muy chulita. A mí con estas... menuda soy yo. Entro en mi habitación, apago la luz del techo y enciendo la de la mesita. Me meto en la cama sobre mi costado izquierdo, y él se acerca a mi espalda.

—Pero he ganado esta batalla. —Me agarra por la cintura por encima de la ropa de cama.

Lo miro, y él sonríe. ¿Cómo hemos llegado a esta situación? Definitivamente, se me han debido de morir muchas neuronas en algún momento.

—Anda, apaga la luz y vamos a dormir, que es tarde. —Le sonrío también, sabiendo que tiene razón, ha ganado la primera batalla. Ya veremos cómo acaba todo esto.

Alarga el brazo y apaga la lámpara de la mesita. Vuelve a ponerme la mano en la cintura desde atrás, esta vez por debajo de la sábana, y me roza la piel con el dedo. Un escalofrío me recorre el cuerpo entero, como siempre que me toca.

—Eh, eso es trampa. Ni Mauro ni Sergio me meterían mano —le digo muy digna.

Noto su aliento en mi nuca y sé que se está riendo. Saca su mano y vuelve a rodearme la cintura por encima de la ropa.

—No estés tan segura. Están locos por ti, ya lo sabes.

—Ya, claro. Y ellos ¿qué opinan de todo esto?

—Lo mismo que tú. Que debí sincerarme contigo y no casarme, si me había dado cuenta de que no estaba enamorado de Carmen. Han estado muy enfadados conmigo. Creo que aún lo están. Mauro me bronquea cada vez que nos vemos.

—Yo también lo estaría. De hecho, lo estoy. Así que arréglalo —digo en tono firme y serio.

—Gracias —susurra en mi oído.

—De nada, no te iba a dejar durmiendo en el coche, por muy grande que sea; no creo que estuvieras muy cómodo. —Sé que no se refiere a eso.

Vuelve a reírse y me besa en el cuello.

—Eh, eso tampoco lo harían ni Mauro ni Sergio —le advierto.

—He visto cómo os besáis en la boca Mauro y tú, y porque Sergio es más prudente, si no también lo haría. Hasta a mí me besarían en la boca, si les dejara —vuelve a susurrar.

—Tú también deberías ser prudente. No eres la *loca* de Mauro. Así que...

—Puedo ser muy *loca* cuando quiero —imita el tono de su amigo.

—No me hagas llevarte a patadas hasta el coche.

—De acuerdo. Buenas noches, fiera.

—Buenas noches, Jorge.

Y por fin, puedo relajarme. Parece que ha entendido que, si quiere ganar, va a tener que jugar duro. No pienso dejarme vencer tan fácilmente. Aunque por dentro me estoy muriendo de ganas por quitarme el pijama y echarme encima de él. Pero no, esto no va así. Va de ver si hace lo correcto, lo que tenía que haber hecho desde el principio. Y yo estoy preparada; preparada para lo que pueda venir. Lo he decidido yo. Si él quiere estar conmigo como dice, deberá arreglar muchas cosas. Si no lo hace, le diré adiós y podremos ser amigos, como con Mauro y Sergio. A eso, después de esta noche, estaría dispuesta y podría hacerlo; no sin esfuerzo, pero lo haría.

—¡Santa Madre de Dios! —Oigo gritar a Carlota.

Me levanto de la cama y me planto en el pasillo de un salto. Me choco con el pecho de Marcos, que también ha salido, supongo que al oírla gritar.

—¿Qué pasa, nena? —La coge por los hombros. Ella está frente a la puerta del baño con los ojos como platos y la mano en el pecho.

Carlota señala hacia dentro de la puerta, y Marcos y yo nos asomamos. Jorge está dentro, vestido solo con el bóxer y con las manos levantadas en señal de calma.

—Lo siento. Solo estaba usando el baño.

—Mierda, lo siento. No te he avisado de que Jorge estaba aquí —me disculpo.

Los dos me miran sorprendidos y pidiendo una explicación en versión cine mudo.

—Anoche estuvimos hablando, se nos hizo tarde y le dije que se quedara a dormir. —Me encojo de hombros.

—Me ha dado un susto de muerte cuando he abierto la puerta y me lo he encontrado. Esto se avisa —me regaña Carlota.

—Sí, lo sé. Lo siento.

Carlota vuelve a mirar a Jorge, que sigue dentro del baño sin moverse; imagino que esperando a que se aclare el asunto entre nosotras.

—¿Qué? ¿Trempera mañanera? —Carlota señala con la barbilla el bulto que se adivina bajo su ropa interior.

—Supongo —contesta él y me mira divertido.

—Hola, Jorge —interrumpe Marcos, supongo que por incomodidad. Se acerca a él y le da la mano.

—Hola, Marcos. Me alegro de verte.

—Yo no pienso acercarme hasta que te pongas algo más encima —dice Carlota divertida.

—En cuanto me dejéis salir, me pondré algo —contesta en el mismo tono.

Nos apartamos los tres de la puerta, y Jorge sale del baño y se dirige a mi habitación. Yo voy a seguirlo, pero Carlota tira de mi brazo.

—¿Te lo has vuelto a tirar? —pregunta en mi oído.

—Noooooo —casi le grito y me da la risa.

—Venga ya, te lo has tirado —dice Marcos.

—Que no, joder. Te he hecho caso y he hablado con él. Ya os contaré —les digo para que me dejen en paz.

Ella me mira con los ojos entornados.

—Quiero pelos y señales —sentencia.

Entro en mi habitación y cierro la puerta. Jorge se está vistiendo.

—Lo siento —digo.

—No, no. Lo siento yo. Carlota se ha asustado de verdad.

—¿Te marchas?

—¿No quieres?

—Bueno, no sé. Si tienes que irte, lo entiendo —contesto y sueno un poco decepcionada.

—No quiero irme, pero debo hacerlo. He de solucionar... las cosas. —Se acerca a mí. Me coge una mano, me besa los dedos y vuelvo a sentir una sacudida en mi piel. Me asusta que cuando salga por la puerta no lo llegue a ver más y se me hace un nudo en la garganta—. Volveré, te lo prometo.

—Escucha, Jorge. No quiero que te sientas obligado a hacer nada que no

quieras. Si lo que deseas es seguir como estás, lo entenderé. Podemos ser amigos... —digo y me tiembla hasta el último pelo de la cabeza.

—Te quiero a ti, Vera —contesta sereno y pone sus manos sobre mis mejillas—. No más mentiras. —Apoya su frente sobre la mía. Cierro los ojos y respiro hondo—. Estos meses sin ti, sin poder hablar contigo, han sido un suplicio.

—Está bien. Pero no vuelvas hasta que lo hayas solucionado. Si quieres llamarme para hablar, estaré aquí —le digo, muy a mi pesar, pero no quiero hacerme ilusiones y que luego la cosa no vaya más allá. Prefiero no verlo hasta que realmente podamos estar juntos.

—De acuerdo. Lo que tú quieras.

Nos abrazamos fuerte, sabemos que esto es una despedida hasta dentro de un tiempo, no sabemos cuánto. O, al menos, eso quiero pensar.

Noviembre se me pasa volando. Mauro se ha vuelto loco y cada semana me envía, como mínimo, dos encargos. Dice que los clientes están entusiasmados con la idea de regalar por Navidad objetos pintados a mano, cosa que él mismo se ha encargado de fomentar, claro. Tengo el taller lleno de lienzos a medias, figuras de cerámica, lámparas, mesas auxiliares de hierro, muebles fabricados con palés (que, según él, es lo más *cool* del momento). Y yo, además, he decidido que no solo voy a decorar con pintura, ahora utilizo otros materiales, como papel pintado, vinilos, cristales de colores... Todo un desafío para mí, pero he descubierto que me encanta pensar en nuevas formas y colores, y mi cabeza no descansa ni mis manos tampoco. Tanto Mauro como los jefes, y los clientes, claro, están encantados con todo ello, así que no paro ni un momento en todo el día. Incluso, me estoy planteando dejar el trabajo de la oficina por las mañanas, porque no doy abasto.

Las noticias de Jorge llegan con cuentagotas; me suele llamar una vez por semana, pero hablamos durante más de dos horas. Me cuenta cómo se encuentra su madre; al parecer, su estado no es nada alentador. Dice también que ha viajado varias veces a Tarragona y a Barcelona por trabajo, pero que no me ha dicho de vernos porque yo se lo pedí, y se lo agradezco, aunque por dentro me muero por verlo. Además, me explica que una vez a la semana cena en casa de Mauro y Sergio, y que ya no están tan enfadados con él por lo que hizo, y me alegro, no me gustaba que estuvieran enfrentados por la situación. Él los necesita cerca y sentir que están de su lado. No me atrevo a preguntarle nunca por la evolución de su divorcio, y él tampoco me cuenta nada. Y no sé si eso es bueno o malo, pero me hace estar en alerta cada vez que me llama. Intento estar tranquila y confiar en que todo va a ir bien y, si no es así, lo asumiré y seguiré con mi vida. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Diciembre es el apocalipsis de trabajo y, finalmente, después de comentarlo con mis padres y recibir todo su apoyo, decido que voy a dejar de trabajar en la oficina, porque, aparte de que no doy más de mí, el trabajo en el taller es mi mayor ilusión en este momento. Estoy encantada y, por primera vez, en mi vida laboral, siento que me gusta lo que hago y no me canso de hacerlo.

Así, el último viernes antes de Navidad, me despido de todos mis compañeros de la oficina y, a partir del próximo mes de enero, ya no formaré

parte de la empresa. Me da pena dejarlos, llevo más de seis años trabajando allí, y ha sido muy satisfactorio para mí, pero es hora de marcharse.

Estas navidades las voy a pasar en casa de mis padres, después de tantos años.

—Nos veremos en Nochevieja y montaremos la fiesta del siglo. Cenaremos como reinas, nos comeremos las uvas y diremos adiós a este año lleno de cambios —me despido de mis amigas, ese sábado por la mañana.

—Sí, este año se merece especialmente una despedida por todo lo alto —contesta Carlota, abrazada a mí.

—Pásalo bien y disfruta de tu familia. Este es el primer año en muchos que pasas las fiestas con ellos. —Nadia me abraza muy fuerte.

Ellas también se reunirán con sus familias y pasarán algún día con Marcos y César, que las han invitado a comer con sus padres. Están un poco nerviosas, pero sé que les irá bien, son unas personas fantásticas y les encantarán a las familias de sus novios.

Cuando llego a casa de mis padres, me encuentro con mis abuelos allí. Mi abuela Clara es la madre de mi madre y es todo un personaje. Con ellos sí que he hablado durante todos estos años, aunque viven un poco alejados y no he ido nunca a verlos. Mi abuela sale por la puerta, nada más verme, cuando aparco el coche.

—*Veraaaaaaaaa* —grita con los brazos abiertos, mientras se acerca a la verja metálica.

—Hola, yaya. ¿Cómo estás?

—Cojonuda. ¿Y tú? —Se acerca y me estrecha entre sus brazos. Y yo, después de tanto tiempo, siento que la vida vuelve a darme más razones por las que luchar.

Mi abuela tiene el pelo totalmente blanco, largo y liso hasta casi la cintura. Es igual de alta que yo y delgada como un palo, pero tiene más energía que cualquier persona de su edad que conozca.

—Joder, yaya. ¿Llevas un *piercing* en la nariz? —Le miro el pequeño brillante en la aleta izquierda.

—Sí, ¿qué pasa? A ver si solo vas a poder llevarlos tú.

—No, no. Me parece genial, pero, vamos, que no esperaba que a tu edad...

—*¿A mi edad?* Pero ¿qué edad piensas que tengo, criatura?

—No lo sé, nunca has querido decírmelo. —Me burlo.

—La edad está aquí... —Se señala la sien con el dedo índice. Me mira con sus ojos marrones llenos de pliegues, pero con más luz que el sol que nos alumbra en esta mañana de invierno.

—Me parece perfecto. Como si te haces uno en el *kiwi*.

—¿Quién te ha dicho que no lo llevo ya? —bromea, creo.

La miro atentamente y levanto una ceja.

—Deja de acaparar a la niña. —Oigo gritar a mi abuelo, que se acerca por el camino empedrado de la entrada.

—Yayo —saludo y me dirijo hacia él. Nos fundimos en un abrazo—. ¿Cómo estás? —me separo de él y lo miro—. Te veo fantástico. —También tiene el pelo completamente blanco y pienso en la herencia que me dejan; voy a tener que teñirme el pelo de por vida. Lleva un jersey verde de lana con cuello vuelto y unos tejanos.

—Tú sí que estás fantástica. Estábamos deseando verte. No podemos estar tanto tiempo sin que vengas a visitarnos. —Me besa la frente con dulzura.

—Es cierto. Intentaré ir en cuanto me sea posible. Ando bastante liada con mi nuevo trabajo.

—Sí, eso nos ha explicado tu madre —interviene mi abuela—. Me gusta que estés dedicando tu tiempo al arte. Siempre se te ha dado muy bien.

—Bueno, nunca he dejado de hacer cosas. Pero sí, este trabajo es lo más artístico que he hecho hasta ahora, y me encanta. —Sonrío y me doy cuenta, en este preciso momento, de que es la pura verdad.

—Venga, vamos dentro. —Mi abuelo coge mi maleta y camina por el jardín empedrado.

Entramos en casa y mi madre sale de la cocina, limpiándose las manos con un trapo.

—¿Tienes planes para esta tarde? —Me abraza y me da un beso.

—No. He venido a pasar estos días con vosotros, así que soy toda vuestra.

—Perfecto, porque nos vamos de compras las tres.

—Genial. Hace tiempo que no me compro ni bragas. —Me río.

Saludo a mi padre, que está en el salón leyendo, y también lo hago con Cecilia, que está en la cocina preparando la comida.

Subo a mi habitación, la que utilizaba cuando vivía aquí. Mi madre la ha mantenido intacta desde que me marché, incluso su olor es el mismo de siempre. Huele a sábanas limpias y a una mezcla de cítricos y fresa. Las veces que he venido en los últimos meses no he entrado. Y ahora me asomo al gran ventanal que da a la montaña. Había olvidado la maravillosa sensación que

era mirar durante horas este paisaje. Aunque prefiero las vistas que tengo desde la terraza de mi piso. El mar siempre será mi lugar favorito.

Miro la estancia y, desde aquí, puedo ver mi cama de metro treinta y cinco en el centro de la pared derecha, las dos mesitas rústicas en color claro y las láminas de varios cuadros de Toulouse-Lautrec colgadas en la pared, sobre el cabezal. Son carteles que pintó para los locales de moda en el París de su época y algunos desnudos de prostitutas, por las cuales parecía sentir algún tipo de debilidad. *La inspección médica* es uno de ellos. Me pareció un pintor muy genuino cuando lo estudié en la carrera. Sabía captar muy bien las escenas cotidianas y, en sus cuadros, se puede percibir hasta el movimiento de las figuras.

Al otro lado sigue estando mi escritorio y la mesa de dibujo. El armario lo tengo justo detrás, al lado de la ventana y, junto a la puerta por la que he entrado hace unos minutos, está el baño. Sí, en casa todas las habitaciones tienen su baño privado, como en un hotel. Mi padre no es muy partidario de que nos paseemos desnudas por el pasillo. Y mi abuela, mi madre y yo somos muy dadas a ello, así que diseñó la casa con toda la privacidad que pudo.

Deshago mi equipaje y meto la ropa en el armario. Me siento sobre la cama y me tiro de espaldas sobre el colchón. El techo me regala su blancura y pienso en Jorge. Hablé con él hace un par de días y me contó que su madre estaba bastante mal, apenas se levanta desde hace varias semanas y tiene a las enfermeras las veinticuatro horas al día pendientes de su estado. Estas navidades van a ser muy duras para su familia. Pienso en la ironía que separa nuestras vidas y lo diferentes que van a ser estas fechas para nosotros. Para él serán las peores; para mí serán las mejores en muchos años, en los que Carlota y Nadia se encargaban de no dejarme sola los días de celebraciones navideñas. Me invitaban a comer con sus familias, y yo hasta eso tengo que agradecerles.

—Cariño, la comida ya está preparada. —Mi padre me acaricia el pelo.

—¿Me he quedado dormida? —Pestañeo varias veces.

—Sí, debes de estar muy cansada. Has trabajado mucho estos últimos meses.

—Como una auténtica mula.

—Estoy muy orgulloso de ti. —Me mira a los ojos. Está inclinado sobre mí en la cama. Me incorporo y lo abrazo fuerte. Él me frota la espalda con su mano. Tengo un nudo en la garganta y en este preciso instante me doy cuenta de lo mucho que los he echado de menos. Rompo a llorar en silencio porque no

puedo contener la emoción por las palabras y el abrazo de mi padre—. Tranquila, mi niña. Ya estás en casa —susurra en mi pelo. Y aún lloro más, aferrada a su pecho.

Siento otros brazos más que me aprietan y alzo la vista. Mi madre está abrazándonos a los dos. Alargo la mano y me agarro a su cintura.

—Mira, Alberto. Un abrazo en grupo. —Oigo decir a mi abuela.

Siento más peso sobre nosotros y levanto la cabeza para ver como mis abuelos también se han unido a nuestros cuerpos. Al final, mi espalda cede y todos caen sobre mí.

—Por favor, Clara. No es necesaria tanta efusividad —la riñe mi padre.

—Deja de ser tan estirado, Jaime —contesta mi abuela.

Y yo no puedo hacer otra cosa que empezar a reírme.

—Veo que las cosas siguen igual por aquí. —Me seco las lágrimas con las manos.

—Por supuesto. Si no, no seríamos tu familia —contesta mi abuelo.

Mi padre se revuelve incómodo entre tanta gente que nos aplasta, pero sonrío y me guiña un ojo. Sí, es mi familia y la he echado mucho de menos.

—Venga, todo el mundo a comer —dice mi madre.

Durante la comida, me hacen un resumen de lo que van a ser los días siguientes. En Nochebuena vendrán mis tíos. Mi padre tiene dos hermanos que se dedican a lo mismo que él, pero en proyectos de desarrollo en zonas rurales de todo el mundo. Mi padre me explica que en los últimos años están colaborando con diferentes ONGs en estos temas, y mis tíos se encargan de coordinar esa parte.

—Al parecer, tu padre se ha vuelto un poco altruista —lo pica mi abuelo.

—No seas tan malo conmigo, Alberto —contesta él.

Mis abuelos siempre han tenido la imagen de mi padre como alguien demasiado materialista y altivo, pero parece que en los últimos tiempos ese concepto ha cambiado un poco y yo me alegro, me alegro mucho.

El día de Navidad vendrán mis abuelos paternos y mis primos; los sobrinos de mi padre. Tengo tres primos por parte de padre; Gloria es de mi edad y recuerdo que siempre nos metíamos con ella porque solo quería jugar con muñecas, mientras mis primos Ángel y Víctor y yo nos subíamos a los árboles, íbamos en bici por los alrededores y no parábamos de hacernos ahogadillas en la piscina de mis abuelos. Ellos dos son hermanos, y Gloria es hija de mi otro tío. Hace muchos años que no los veo a ninguno, y me hace especial ilusión juntarnos. Son lo más parecido que tengo a un hermano.

Aparte de mis queridas amigas, claro.

Y el día de San Esteban solo estaremos mis padres, mis cuatro abuelos y yo. Y eso sí que da un poco de miedo. Miedo, porque mis abuelos paternos son muy distintos a mis abuelos maternos y tenerlos frente a frente sin más personas con las que socializar es posible que se convierta en algún tipo de batalla campal. El padre de mi padre también es arquitecto y más arcaico que un cuadro de Velázquez. Y mi abuela... bueno, mi abuela es más estirada que la Reina de Inglaterra.

Después de comer y darnos una ducha rápida, mi abuela, mi madre y yo salimos camino del centro en el coche de mi abuela; la condenada conduce un Mini Cooper de color rojo. Dios, nunca se me había encogido tanto el esfínter como viéndola conducir. Conducir y gritar a todo ser viviente que se le pone por delante en la carretera. Mi madre debe de estar acostumbrada porque se parte de risa cada vez que su madre llama *mendrugo* a cualquier conductor que se le cruza. Y no, mi abuela no conduce como Mauro, ella parece que está compitiendo en un puñetero *rally*.

—Yaya, ¿me vas a dejar conducir de vuelta? Me encanta tu coche —le digo al salir del asiento trasero.

—Claro, cariño. —Sabe que se lo pido por no cagarme en las bragas de camino a casa, y no por el placer de conducir su coche.

—Tengo un regalo para vosotras —dice mi madre, cuando caminamos hacia el centro neurálgico de Reus.

—¿Un regalo? ¿No se dan los regalos el día de Navidad o en Reyes? —pregunto extrañada.

—Este, no —contesta muy misteriosa—. Vamos. Está aquí cerca.

Se adelanta, mientras mi abuela y yo nos quedamos detrás de ella, mirándonos interrogantes. Caminamos unos metros hasta una calle estrecha y mi madre se detiene frente a la puerta de un estudio de tatuajes.

—¿En serio? —digo ilusionada y a la vez preocupada—. ¿Vas a tatuar a tu madre? —pregunto divertida.

—¿Tanto te extraña? —dice mi abuela. Aparta su abrigo de paño y levanta su jersey de lana. Deja a la vista un tatuaje que lleva en el costado izquierdo. Es un ave fénix en negro y rojo, con trazos difuminados y otros más gruesos—. ¿Qué te parece? —se burla.

—Vale. Me rindo. Vamos allá. —Empujo la puerta del local. No me extraña en absoluto que yo esté como una puta cabra, me viene dado genéticamente.

Dentro, el salón que hace de recepción es claro y bien organizado. Las paredes son blancas, pero cuelgan tantas fotografías y dibujos de tatuajes de diferentes estilos por todas partes que apenas dejan hueco en ellas.

—Hola, Meli. ¿Qué tal estás? —Un chico, que parece más o menos de mi edad, sale por una puerta del fondo y viene hacia nosotras. Lleva un pantalón tejero negro donde se ven más agujeros que tela, una camiseta negra de manga larga y un «si quieres entender a una persona, no escuches sus palabras, observa su comportamiento», de Albert Einstein, escrito en la parte delantera. Y esa frase me recuerda a Jorge. Siempre Jorge. Hechos, no palabras.

El chico le da dos besos a mi madre.

—Ya está todo listo. Podéis pasar. —Nos mira por encima de ella. —¿Quién es tu madre y quién tu hija? —pregunta divertido.

Mi madre suelta una carcajada, y mi abuela y yo lo miramos como dos bobas. Tiene los ojos azules más claros que he visto en mi vida, más que los de Mauro. Lleva el pelo oscuro muy corto y una barba de varios días. No veo ni un solo *piercing* ni tampoco muestra tatuajes, aunque no hay mucha piel a la vista con la ropa que lleva.

—Ella es mi madre, Clara. —Señala a mi abuela—. Y ella, mi hija, Vera.

—Hola, soy Fredy —contesta y se acerca para darnos dos besos a cada una.

—¿De Federico? —Sonríe mi abuela.

—No, de *Fredismundo*. —Se ríe él. Imagino que será una broma.

—En cualquiera de los dos casos, deberías clavarles agujas a tus padres en sus partes íntimas por llamarte así. Has hecho bien en cambiártelo —contesta mi abuela. Como siempre, sin pelos en la lengua.

Los tres se ríen con ganas, y yo me quedo mirando la escena porque no puedo creer lo que acaba de decir mi abuela.

Cuando se les pasa la risa, Fredy nos acompaña a la cabina de tatuajes, donde hay una camilla, una silla con un reposacabezas, que, más que una silla, parece un potro de tortura, y dos sillones. Todo está muy limpio y ordenado.

—¿Por quién empiezo? —pregunta.

—Las mayores primero. —Mi madre señala a mi abuela.

—Bien, siéntate aquí. —Señala el potro de tortura—. Vosotras podéis acomodaros en los sillones —se dirige a nosotras.

Fredy se mueve por la sala tranquilo, pero sin parar. Coloca todos los artilugios de tatuar sobre una mesa plastificada. Mi abuela se quita el abrigo y se lo entrega a mi madre.

—¿Dónde se supone que me va a tatuar este hombretón? —pregunta mi abuela a mi madre.

—En la nuca —contesta ella.

Mi abuela, ni corta ni perezosa, se quita el jersey que lleva puesto y se aparta el pelo de la zona. Hija de su madre, está más fibrosa que yo.

—Yaya, ¿me vas a contar qué haces en tus ratos libres? —le pregunto sin poder dejar de mirar sus brazos torneados.

—*Montar* a tu abuelo —contesta ella y se sienta a horcajadas en la silla.

—Joder, no me hagas pensar en eso —le digo con una mano en los ojos.

—Pues no preguntes. —Se ríe—. ¿O es que tú no *montas* a nadie?

Mi madre se ha tapado la boca para no reírse más de lo que ya lo hace. El tal Fredy suelta soplidos por la nariz y se aguanta la risa, mordiéndose el labio inferior. Yo que siempre sé qué decir y soltar frescas a troche y moche... mi abuela siempre me deja muda.

—Sí, claro. Como todo el mundo, supongo...

—Pues eso.

Me quedo callada y observo lo que Fredy imprime en la piel de mi abuela. Es un corazón de un tamaño intermedio, un poco más pequeño que la palma de mi mano. Empieza a tatuar el borde en negro y, cuando lo termina, colorea el interior en tres tonos: naranja, por mi abuela, amarillo, por mi madre, y azul, por mí. Nuestros colores favoritos. Mi madre ha pensado en todo. Aún no puedo creer que nos haya traído a este sitio. Y menos aún que lleve un tatuaje desde hace años.

Tarda veinte minutos escasos, y mi abuela se levanta cuando le pone la crema y se lo tapa con el plástico. Mi madre empieza a desnudarse y ocupa el puesto que ha dejado la suya. Fredy cambia las agujas, los plásticos que envuelven la mesa y la pistola de tatuar. Lo limpia todo y vuelve a colocar el mismo material. Las tres guardamos silencio mientras él trabaja. Además, estamos emocionadas por el regalo que nos ha hecho mi madre, al menos yo. Y sé que mi abuela también lo está; si no, no estaría tan callada.

Es mi turno y me quito el jersey. Me siento en la silla y apoyo la cabeza en el lugar para ello. Fredy se mueve de nuevo junto a la mesa, cambiando el material. Se sienta en el taburete detrás de mí con sus piernas abiertas, cerca de las mías.

—Joder. Menudo tatuaje llevas aquí. —Se sorprende y pasa sus dedos por la pantera de mi espalda. Me da un escalofrío al recordar la sensación que sentí cuando Jorge me tocó por primera vez esa zona y noto mi piel ponerse de

gallina—. ¿Cuánto tiempo hace que te lo hiciste?

—Hace más de ocho años —contesto con los ojos cerrados. Me viene a la cabeza el broncazo que me pegó mi padre cuando lo vio.

—Se llevó un buen rapapolvo por eso —interviene mi madre, poniendo sonido a mis pensamientos.

—Sí, uno muy gordo. —Sonrío.

—¿Quieres que te lo repase? Está un poco difuminado por los costados — pregunta Fredy.

—¿Tardarás mucho?

—No creo. Quizá quince minutos.

Levanto la cabeza y miro a mi ascendencia.

—Por nosotras no te preocupes, podemos ir a tomar un café mientras acabas. Tenemos tiempo —contesta mi madre con una sonrisa y se levanta del sillón.

—No os vayáis; al menos, hasta que acabe de tatuar tu regalo.

—De acuerdo.

Fredy se pone unos guantes nuevos y empieza a tatuarme la nuca. No duele apenas nada y casi puedo relajarme mientras lo hace. Cierro los ojos y pienso en las dos personas que tengo sentadas junto a mí. No sé cómo he podido estar tantos años sin verlas. He sido tan gilipollas que me siento fatal por ello.

Cuando termina, mi madre y mi abuela se levantan para mirar el resultado.

—A ella le queda mejor —dice mi abuela sobre mi espalda.

—Claro, tiene la piel más tersa —contesta mi madre.

Aprovecho para levantarme cuando Fredy se aparta de la silla y vuelve a preparar el material que necesita para repasarme la pantera. Le doy un abrazo muy fuerte a mi madre.

—Muchas gracias, mamá. Eres increíble.

—Claro, la parí yo —contesta mi abuela.

—Os quiero muchísimo.

—Me alegro de que te guste, cielo.

—Vámonos a tomar un café mientras este mozo le da un repaso a la niña — suelta mi abuela, con descaro.

—Yaya, joder. —Me río. Mi abuela me mira con una sonrisa y se encoge de hombros, como si no fuera con ella el tema. Mi madre niega con la cabeza y ríe entre dientes—. Venga, largaos. Cuando salga os aviso y me decís dónde estáis.

—Hasta luego, cariño —se despide mi madre—. Fredy, ¿sales y te pago?

—Sí, voy ahora mismo.

—Nos vemos ahora, Vera —me dice mi abuela.

Levanto la mano para echarlas de allí. Menuda pareja.

Salen los tres por la puerta. Apoyo mi cabeza de nuevo sobre la silla y no puedo dejar de sonreír. Me encanta que pasemos la tarde las tres juntas. Deberíamos hacerlo más a menudo a partir de ahora.

A los pocos minutos, Fredy vuelve a aparecer en la sala sin decir nada. Prepara las agujas y la tinta y vuelve a colocarse a mi espalda. Noto el látex de sus dedos sobre la pantera y alumbra con la lámpara de pie que tiene junto a la camilla.

—Está bien, vamos allá.

Siento la aguja repasar toda la zona exterior de mi tatuaje. Me pica un poco en las partes cercanas a los omóplatos y las costillas, pero es soportable. Seguimos en silencio hasta que noto la crema expandirse por mi espalda y el plástico que coloca para cubrirlo todo.

—Gracias.

—De nada. Un placer —contesta, mientras separa el taburete de mi silla.

Me levanto y cojo la ropa para vestirme. Cuando saco la cabeza por el cuello del jersey veo que Fredy me mira, apoyado en la camilla con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Cuánto te debo?

—Nada.

—No, no. Te pago el repaso.

—No hace falta. Ha sido un momento.

—Bueno, entonces, muchas gracias —contesto sonriente. Si él no quiere cobrarlo, no vamos a estar discutiendo todo el día.

Él me sigue hasta la recepción y me doy la vuelta para despedirme. Lo tengo justo detrás y no deja de mirarme con sus ojos azules. Alarga una mano por encima del mostrador y coge una tarjeta.

—Toma, aquí tienes mi tarjeta por si quieres hacerte otro tatuaje o... salir a tomar una copa.

—Eh... yo, lo... lo siento, pero... —¿Estoy tartamudeando?

—De acuerdo, ya tienes con quien salir —sentencia con una sonrisa y se pasa la mano por la cabeza.

—Bueno, sí... no, no exactamente —sigo sin poder decir una frase completa—. Perdona. Muchas gracias. —Levanto la tarjeta—. Adiós.

—Adiós —se despide.

Salgo a la calle, y el frío alivia el calor que tengo en las mejillas. ¿Por qué me he puesto tan nerviosa? Esto de tener una abuela y una madre más descaradas que yo es un calvario, me dejan sin palabras incluso cuando no están presentes. Miro la tarjeta: «Estudio de tatuajes y *piercings* Kimera». Fredy Alfaro. Y un número de móvil. Bien, pues ya tengo otro sitio donde ir a tatuarme cuando me apetezca. Lo de la copa... va a ser que no. El chico está bastante bien y parece agradable, pero yo no estoy para esas cosas en este momento. Tengo a Jorge metido por todas partes y, lo peor, no sé cómo va a acabar la cosa.

Voy en busca de mi abuela y mi madre. Nos pasamos la tarde de tienda en tienda, riéndonos y hablando de todo un poco y de nada en particular. Finalmente, cojo el coche de mi abuela y no me extraña que conduzca como una kamikaze, el coche vuela. O eso me parece a mí, acostumbrada al Corsa medio destartado que comparto con mis amigas.

Llegamos a casa prácticamente a la hora de cenar, cargadas como mulas con un millón de bolsas. Me he comprado varios conjuntos de ropa interior, porque hablaba en serio cuando dije que no había podido comprarme bragas en los últimos meses; varias camisetas y un vestido negro de lentejuelas que estrenaré la noche de Fin de Año.

Los días siguientes son una vorágine de gente entrando y saliendo de casa de mis padres. Hablo con todos y cada uno de ellos, porque hace años que no veo a nadie de mi familia. Mis tíos me explican cómo desarrollan sus proyectos en África y Centroamérica. Es algo que me sorprende de ellos, pero me parece muy interesante y me llena de orgullo que mi padre fuera el artífice de tal idea.

El día con mis primos es genial. Parece que no hayan pasado los años entre nosotros y hablamos durante horas, recordando todo lo que hacíamos cuando éramos niños. Mi prima Gloria sigue igual de tiquismiquis, y mis primos Ángel y Víctor, igual de brutos que siempre. Ángel ha venido con su novia, una chica muy mona y menuda, poco habladora pero muy simpática. Víctor es regidor en el ayuntamiento de su población y dice que no tiene tiempo para novias. Parece que este también ha salido rana, igual que yo, porque no se dedica a la arquitectura, como Gloria y Ángel.

Mis abuelos paternos, tal como esperaba, siguen igual de serios y reprimidos (como los llama mi abuela Clara). Y casi se desmayan cuando las

tres les enseñamos el tatuaje que mi madre nos ha regalado por Navidad.

—Solo a ti se te ocurriría una idea tan descabellada —dice mi abuela Jacinta.

—Eh, no te pases, que estás hablando de mi hija, no se te olvide —interviene mi abuela Clara.

Y yo, internamente, me echo las manos a la cabeza porque espero que esto no acabe como la Segunda Guerra Mundial.

—Tú podrías haber aprendido los modales de tu padre y no ser tan bala perdida como tu madre —me dice mi abuela.

—Discúlpame, abuela. —A ella no la llamo yaya, porque no le gusta—. Somos siete mil millones de personas en este planeta, supongo que hay el mismo número de formas de ser —contesto, esperando que coja la indirecta.

—Sí, claro. Pero unos somos más normales que otros —dice con desdén.

—¿Me estás llamando anormal? —interrumpe enfadada mi yaya.

—Por favor, tengamos la fiesta en paz —interviene mi padre—. Mamá, si tanta educación tienes, deberías saber comportarte y aceptar a cada persona tal como es.

Ella lo mira con los ojos como platos y se pone la mano en la boca.

—Pero ¿cómo te atreves a hablarme así?

—¿Y tú cómo te atreves a hablarle así a mi hija? —le dice mi padre en tono sereno.

—Ya que tú no lo haces, alguien debe hacerlo.

—Si yo no lo he hecho, es porque considero que mi hija es buena persona, a pesar de su aspecto exterior, que no creo que sea para tanto, por otro lado. Ella, al menos, tiene el respeto de no criticar a su abuela, cosa que tú no has hecho —argumenta mi padre.

—Vale, no es necesario discutir sobre esto en un día como hoy —interviene mi madre.

—¿No tienes nada que decir? —mi abuela se dirige a mi abuelo.

—No. Yo solo he venido a comer y a pasar una velada agradable con mi familia. No tengo nada que decir —contesta mi abuelo paterno.

—Ya veo. —Mi abuela sigue comiendo de su postre y todos nos callamos durante unos minutos.

Cecilia retira los platos y pone sobre la mesa varias botellas de licor. Qué grande es esta mujer. Creo que todos necesitamos una copita para calmar los ánimos. Al menos yo. Cojo la botella de orujo, me pongo hielo de una cubitera que Ceci también ha preparado y echo un buen chorreón de licor. Mi abuela

materna me quita la botella de las manos y sirve dos más, uno para ella y otro para mi yayo. Mi madre hace lo mismo. Mi padre le ofrece un brandy a mi abuelo, tras preparar el suyo. Mi abuela materna nos mira a todos cuando levantamos nuestros licores para brindar, y nosotros la miramos a ella. Resopla y llena una copa de brandy.

—Por la familia. Porque cada uno, en sí mismo, es único y especial —dice mi padre.

Los siete chocamos nuestros vasos y, de esta forma, firmamos un tratado de paz invisible el último día de las celebraciones de Navidad.

Me marcho de casa de mis padres al día siguiente de evitar que ardiera Troya por segunda vez en la historia de la humanidad. Mis abuelos paternos se marcharon por la tarde, después de comer. Así que hoy, en la puerta de casa, están mis padres y mis abuelos maternos despidiéndome.

—Ven a vernos pronto, Vera —dice mi abuelo.

—Sí, lo haré. En cuanto me organice un poco el trabajo, voy a veros un fin de semana. Imagino que tendré más tiempo ahora que he dejado la oficina. — Lo abrazo fuerte.

—Muy bien, cariño. —Me besa mi abuela—. Pásalo bien y no trabajes tanto.

—Lo intentaré.

—¿Vendrás el día de Reyes? —pregunta mi madre.

—No lo sé, mamá. Tengo mucho trabajo. Te aviso. Aunque también podríais venir a comer conmigo a casa. Carlota y Nadia no estarán — propongo.

—De acuerdo. Avísanos y vienes o vamos —contesta mi padre.

Los abrazo y beso a todos por última vez y me monto en el coche.

—Cómprate un coche nuevo. Te vas a matar con esa tartana —dice mi abuela.

—Si no me cruzo contigo por la carretera, no creo que tenga problemas.

Todos se ríen y me dicen adiós con las manos levantadas. Me alejo de ellos con una sonrisa en los labios. Me ha venido genial estar estos días con ellos. Lo he pasado como nunca con mi madre y mi abuela. He estado tan a gusto que apenas me he acordado del desasosiego que siento cuando pienso en Jorge. No me ha llamado en todos estos días, y yo no quiero llamarlo por si

está ocupado o no puede hablar. Sé por Mauro que su madre está bastante peor y parece que los médicos no han dado muchas esperanzas de que pueda vivir mucho más. Me he debatido, en varios momentos, entre llamar o no; si él no lo ha hecho es porque está tan mal que no quiere hablar conmigo, o puede que tenga suficiente con estar con su familia pendiente del estado de su madre. Son momentos difíciles para él y no quiero molestar.

Me paso gran parte del día en el estudio, terminando los encargos que me ha hecho Mauro. Trabajo a destajo para tenerlo todo listo antes del día de Reyes y enviarlo con varios días de antelación a los clientes, en diferentes partes del país.

—Oye, Mauro. ¿Qué hacéis en Fin de Año? —le pregunto, en una de nuestras conversaciones telefónicas.

—Pues no hemos planeado nada especial. Cada año cenábamos los tres en casa y salíamos a tomar unas copas después, pero con el panorama que tiene Jorge no hemos hablado nada.

—Ya imagino. ¿Sabes algo más? Hace días que no me llama y estoy preocupada.

—Nosotros tampoco sabemos nada de él desde hace días. Lo he llamado varias veces esta semana y tiene el móvil desconectado. Creo que no se separa de su madre.

—Joder, vaya mierda.

—Sí, lo es. Pero no podemos ayudarlo si no se deja. Si él no quiere hablar, no podemos obligarlo. Ya llamará cuando esté mejor.

—Bien.

—Sé que lo estás pasando mal, Vera. Debe de ser difícil vivirlo todo en la distancia y sin saber qué pasa.

—Mauro, estoy acojonada. No me cuenta nada sobre si está haciendo algo para solucionar su situación. La última vez que se fue de aquí me prometió arreglarlo, pero no sé. No ha vuelto a hablar del tema y no sé si ha cambiado de opinión.

—Escucha, cariño. Jorge es mi amigo, pero a ti te quiero mucho también. —Lo oigo bufar a través de la línea—. No quiero que sufras. Haz tu vida. Olvídate de él, por ahora. Tú te mereces ser feliz y con esto solo consigues incertidumbre, preocupación y angustia —dice con convicción. Me quedo callada porque lo que acaba de decir me ha dado un mazazo y siento un nudo en las tripas que no me deja respirar—. Vera, ¿me has escuchado?

—Sí, te he oído —digo en voz muy baja, porque estoy a punto de llorar. Respiro hondo varias veces y aprieto los párpados—. Es un puto cobarde, ¿verdad?

—Sí, lo es —sentencia.

—Bien. —Vuelvo a respirar hondo—. Dices que no hacéis nada en Fin de Año, ¿no? —digo, recuperando mi tono de voz.

—En principio, no.

—¿Os apetece venir a mi casa? Cenaremos todos juntos y después iremos al pub a bailar y beber hasta caer desmayados —le propongo. En principio, el plan incluía a Jorge, pero viendo que no va a ser posible...

—Dios mío, ¿en serio? —se le alegra la voz.

—Pues claro, idiota. —Me río un poco al escuchar su voz de pito.

—Se lo comento a Sergio, por si tiene problemas para viajar esos días. Imagino que no, porque son festivos, pero siempre me gusta comentar las cosas con él —explica, volviendo a ser el de siempre.

—Por supuesto. Coméntalo con él y me dices algo para contar con vosotros —contesto, un poco más animada.

—Está bien. Te llamo en cuanto hable con él.

—De acuerdo, espero tu llamada. Adiós, ojazos, y gracias.

—Siempre es un placer ayudarte. Te quiero mucho.

—Yo también, Mauro.

Cuelgo la llamada. Vuelvo a respirar muy hondo hasta que ya no me cabe más aire en los pulmones. Es hora de seguir. Se acabaron las dudas, la espera junto al teléfono, la preocupación y el sufrimiento. Lo que tenga que ser será; pero no puedo quedarme sentada, esperando a que alguien decida por mí, de nuevo. Es hora de recuperar a la Vera de siempre, y esta vez de verdad.

A falta de dos días para Fin de Año tengo casi todo preparado para enviar a nuestros clientes. Ayudo a Carlota y Nadia a comprar todo lo necesario para la cena de Nochevieja, y lo hacemos tan ilusionadas que parece que no hayamos celebrado esa noche en la vida. Desde hace años no lo hacemos en compañía. Nadia nunca invitó a Andrés a nuestra celebración porque, como nosotras no teníamos novio en esas fechas, prefería que estuviésemos solas. Pero este año es distinto, las dos tienen pareja y yo tengo una pareja de amigos *gays*, así que vamos a ser unos cuantos en casa.

El día treinta, limpiamos a fondo todo el piso, porque Mauro y Sergio se quedarán a dormir esa noche y las que necesiten para recuperarse de la fiesta.

El treinta y uno pasamos todo el día en la cocina, preparando la cena. Hemos comprado pescado y marisco fresco; nos ha costado una pasta, pero la

ocasión lo merece. Carlota va a preparar algún plato vegetariano para ella. Nadia va a cocinar el pescado en salsa con las cigalas, y yo me encargaré de la última parte; hacer a la plancha las gambas, almejas, navajas y demás moluscos que tenemos en el frigorífico.

A las seis de la tarde, llegan Mauro y Sergio, a los que abrazo y beso como si hiciera años que no veo. La última vez que estuve con ellos fue la noche de la inauguración del estudio, pero a mí me parece una eternidad. Los acomodo en mi cuarto, que, desde que no trabajo en casa pintando ni con los reportajes fotográficos, parece una estancia bastante habitable.

A las ocho, llegan César y Marcos, y entre todos preparamos la mesa y decoramos el salón con diferentes adornos de fiesta. A última hora, preparo el resto de la cena y lo pongo en platos que todos los asistentes se encargan de colocar en la mesa. Y a las nueve y media, nos sentamos a cenar.

Todos hablamos y reímos. Nos contamos mil historias, nada importante, pero para mí es la mejor sensación tener aquí a mis amigos reunidos y sentirme querida por todos. Hasta César se anima a contar chistes y anécdotas de cuando estudiaba en la universidad. De esas, Carlota, Nadia y yo tenemos miles, pero no queremos acaparar la conversación. Mauro y Sergio evitan por todos los medios hablar de Jorge, aunque se hace un poco difícil, pues son amigos desde que eran pequeños y, prácticamente, lo han hecho todo juntos. Pero no me importa, esta noche no, esta noche es el comienzo de un nuevo año y de muchos proyectos que estoy deseando empezar. Proyectos de trabajo, de vida y de sentimientos. Me queda un trabajo complicado por hacer, pero da igual, estoy acostumbrada a trabajar duro y lo haré.

A las once y media, recogemos la mesa y dejamos solo las copas para brindar por el nuevo año, y los platos con las doce uvas para recibir las campanas a medianoche. A falta de cinco minutos, estamos ya un poco histéricos, no sé si por la espera o por la emoción de celebrar esta noche de una forma que no esperábamos ninguno. En un año, la vida puede regalarte cosas maravillosas u obligarte a vivir la peor experiencia. Lleno las copas de cava y levanto la mía.

—Despidamos este año antes de que entre el nuevo —propongo. Todos levantan sus copas y me miran—. Este año ha sido bastante caótico. Hemos reído como locas y hemos llorado como desesperadas. Hemos sido felices y hemos vivido una pesadilla en muy poco tiempo. Pero aquí seguimos, aguantando y viviendo. Por seguir adelante sin mirar atrás —sentencio. Ellos sonrían y chocamos nuestras copas.

Mauro me abraza por encima de los hombros.

—Te quiero, cariño —susurra en mi oído.

—Yo también —contesto a punto de llorar.

No da tiempo a más porque en la televisión empiezan a sonar los cuartos de las campanas y todos nos recolocamos en nuestras sillas para empezar a tragarnos los doce meses del año en forma de uvas.

Y comienzan los *gongs*... Una, nos miramos. Dos, sonreímos. Tres, masticamos. Cuatro, se nos escapa la risa. Cinco, tragamos. Seis, intentamos no escupir. Siete, nos atragantamos. Ocho, parecemos hámsters. Nueve, ya no nos cabe ni una más. Diez, aguantamos la respiración. Once, tosemos. Doce, nos levantamos y alzamos nuestras copas.

—¡*Felif ano nuefo!* —gritamos todos a la vez, con la boca llena.

Volvemos a chocar nuestras copas y acabamos de tragar la pasta de mosto que se nos ha formado en la boca. Mauro me abraza fuerte y me besa en las mejillas.

—Feliz año nuevo, preciosa. Que todos tus sueños se hagan realidad.

—Gracias, ojazos. Feliz año.

Uno a uno, abrazo y beso a todos los presentes. Y ellos hacen lo mismo.

—Feliz año nuevo, bonita.

—Igualmente, Sergio. Feliz año.

Después de la mezcla de abrazos y besos, me voy a la ducha para vestirme. Carlota y Nadia lo harán después de mí. Menos mal que Sergio y Mauro lo han hecho por la tarde, porque, si tenemos que usar la ducha todos, no salimos de casa ni a las tres de la madrugada.

Intento llamar a mi madre varias veces, pero las líneas están colapsadas, así que decido esperar un poco más.

Me pongo uno de los conjuntos de ropa interior que me compré cuando pasé la tarde con mi madre y mi abuela, medias negras, el vestido de lentejuelas, que también compré aquella tarde, y mis botas de tacón. Me seco el pelo y lo plancho con la raya a un lado. Me maquillo con mucho negro en los ojos y mucho rojo en los labios.

Oigo mi móvil sonar en mi habitación y salgo corriendo del baño.

—Feliz año nuevo, mamá.

—Feliz año nuevo, cariño.

—¿Qué tal lo estáis pasando?

—Muy bien. Estamos en un hotel celebrándolo con un grupo de amigos, ¿Y tú?

—También, muy bien. Estamos a punto de salir hacia el pub. Hemos cenado todos en casa.

—Me alegro, mi amor. Que lo pases muy bien.

—Tú también. ¿Está papá por ahí?

—Sí, está intentando arrancarme el teléfono de la oreja. —Se ríe.

—Vera, feliz año nuevo, cariño. —Parece que mi padre, por fin, se ha salido con la suya.

—Feliz año. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Diviértete, preciosa. Te lo mereces.

—Gracias, papá. Nos vemos el día de Reyes.

—Sí, nos vemos. Te quiero.

—Yo también. Adiós.

—Adiós.

Cuelgo el teléfono y empiezo a recibir un millón de mensajes por WhatsApp. De la gente de mi antigua oficina, de gente con la que aún tengo contacto de la universidad, de mis primos y prima, de mis abuelos paternos y maternos, de Roberto y Marga, de Marta, mi antigua jefa en la empresa de fotografía... y de Jorge. No sé si entrar a leerlo, porque según lo que diga me destroza la noche. Respiro hondo y entro en la ventana de su conversación.

Jorge: «Feliz año nuevo, Vera. Te quiero, hoy y siempre».

Vuelvo a respirar. Esto parece una despedida en toda regla. ¿Por WhatsApp? ¿En serio? Bien, no voy a sacar conclusiones precipitadas. Sé que lo está pasando mal y no es cuestión de juzgarlo en estos momentos. Está en línea, así que voy a contestar brevemente, tal como ha hecho él. Me voy de fiesta, mañana será otro día. Si es necesario, no volveré a mirar el móvil en toda la noche, en toda la semana, en todo el año.

Yo: «Feliz año nuevo, Jorge. Siento toda la situación. Un beso».

Contesto al resto de mensajes que he recibido y salgo al salón.

—Ya estoy lista.

Mauro y Sergio me miran atónitos.

—Joder, nena. Estás que te rompes —dice Mauro.

—A ver si pillo *cacho* esta noche. —Me río. Aunque sé que esa es mi última intención.

—No te quepa duda —asegura Sergio.

Al cabo de unos minutos, Carlota y Nadia entran al salón, y sus respectivas parejas se quedan con la boca abierta. Carlota lleva un vestido rojo brillante que hace resaltar su melena rubia y sus ojos azules, medias en color tostado y

unos zapatos de salón rojos a juego. Nadia se ha puesto un vestido azul eléctrico con un escote de pico que deja ver la parte más superficial de sus pechos. Ese color le favorece mucho a su tono de piel y al castaño de su pelo y ojos.

Recogemos la mesa entre todos y, poco después de la una, salimos a la calle en dirección al pub. Hablamos y reímos, con las manos metidas en los bolsillos de nuestros abrigos, porque hace bastante frío y la humedad del mar se nos cuele por todas partes. Entramos al local y Vicky se acerca para felicitarnos el año, invitándonos a unos chupitos. Pedimos, ya de paso, la primera copa, para volver a brindar por el nuevo año.

El local está bastante lleno, aunque no como en verano. Ahora solo estamos los que realmente vivimos en el pueblo. En invierno esto se tranquiliza bastante, y veo a gente que conozco. Me acerco a Cristina, la dueña de una tienda de ropa donde compro bastante a menudo. Hablo un rato con ella. También me encuentro a Estrella y Javier; son los directores del hotel donde me he pasado la mayoría de los sábados fotografiando bodas. Por lo que puedo ver, son pareja, ya que él no deja de cogerla por la cintura y besarla. Reconozco a otras personas que trabajan allí, pero no recuerdo sus nombres. Bailan y se ríen juntos. Me encuentro a Nico, el dueño del gimnasio donde hace meses que no voy, y me pega la bronca con cariño. Es el tío más guapo que he visto en mi vida y tiene un cuerpazo que tira para atrás. Saludo a alguna persona que conozco de vista, pero no me paro a hablar con nadie más y vuelvo a la barra donde he dejado a mis amigos hace unos minutos.

La noche se llena de canciones *dance* de los ochenta y noventa, bastante comerciales, y eso nos permite reírnos y bailar haciendo el ganso, recordando nuestros años adolescentes. Mauro y Sergio no me dejan sola ni un momento; bailan conmigo todas las canciones y me abrazan cada dos por tres. Imagino que deben de pensar que, estando Carlota y Nadia con Marcos y César, quizá me sienta triste y fuera de lugar, aunque yo bailo con todos y ellos conmigo. Hasta César se anima a bailar cuando suena *U Can't Touch This*, de MC Hammer; nunca le había visto moverse tan rápido.

Vicky nos invita a muchos chupitos y, a las tres de la madrugada, yo me paso al agua, porque ya he bebido bastante y no quiero llegar a casa arrastrándome a cuatro patas.

A las tres y media, Carlota se acerca a mí.

—Vera, Marcos y yo nos vamos ya.

—Vale. ¿Llevas tus llaves?

—No vamos a casa. Marcos ha reservado una habitación en el hotel donde trabajasteis con los reportajes de boda. —Sonríe.

—Muy bien. Pues disfruta de la noche, y del día, *so* petarda —le digo con voz socarrona.

Ella se ríe mucho y se despide de todos. César y Nadia aprovechan el tirón y se marchan a casa de él.

Yo me quedo con mi pareja de amigos. Me lo estoy pasando como nunca y parece que ellos también. Sergio no para de bailar y no sé si es porque ha bebido demasiado, aunque no me lo ha parecido, o porque de verdad se lo está pasando igual de bien que nosotros. En Mauro me parece normal, pero él está que se sale esta noche, y cuando empieza a sonar *Freed From Desire*, de Gala, ya se vuelve medio loco y me abraza por detrás, con su cuerpo pegado al mío. Mauro está pidiendo en la barra y veo que le sirven tres cervezas, que se cuelga de los dedos de una mano. Me ofrece una y, como me encuentro bastante bien porque llevo más de dos horas sin beber nada, se la acepto. Se acerca a mí por delante y se pega a mí igual que tengo a Sergio por detrás.

—Gracias por invitarnos a venir. Lo estamos pasando genial.

—Un placer.

—Te quiero, preciosa. —Me guiña un ojo.

Y seguimos bailando como tres *locas*. Porque para mí, aunque tengan pene, son lo más parecido a Carlota y Nadia que tengo. Y así se nos va la noche, entre risas, bailes y abrazos que llenan de paz el agujero que se me ha formado durante los últimos meses, y que he prometido, mientras me tragaba las uvas, que iba a cerrar definitivamente este año que empieza.

Cerca de las cinco de la madrugada, las luces del local se encienden y la música baja de intensidad. Es hora de marcharse. Busco a Vicky y me despido de ella. Nos ponemos los abrigos y, al salir a la calle, el frío me abofetea la cara, pero lo agradezco porque tengo bastante calor. Comenzamos a andar de vuelta a casa y a los veinte metros siento que me arden los pies. Mauro y Sergio me llevan cogida cada uno de una mano.

—Dios, tengo los pies destrozados.

—Esa manía vuestra de ir con taconazos. —Se ríe Mauro.

—Sí, sí. Ya lo sé, pero no me voy a vestir de lentejuelas y ponerme zapatillas.

Sergio se cruza delante de mí y sonríe. Lo miro y no entiendo a qué viene su movimiento. Se acerca, y en un segundo me coge en volandas, cargando mi cuerpo sobre su hombro.

—Dios, Sergio, suéltame si no quieres que te vomite en el pantalón. — Siento como el estómago se me da la vuelta. Hace un movimiento y caigo sobre sus brazos. Quedo de lado sobre su pecho y me agarro a su cuello—. ¿Me vas a llevar a casa en brazos?

—Por supuesto. No quiero tener que llevarte al hospital, esta vez, para que te amputen los pies.

—Qué caballeroso. Gracias.

—De nada, maja. A mandar.

Ya en el ascensor del edificio, Mauro me quita las botas. Suelto un suspiro al sentir libres los pies. Los dos se ríen de mí y de mis pies, claro.

Usamos el baño por turnos y cuando vuelvo a la habitación de Nadia, me doy cuenta de que no tengo el pijama. Y yo, en invierno, no puedo dormir sin ropa, porque suelo despertarme y me da frío.

—Perdón, se me ha olvidado el pijama —digo, al asomarme a la puerta de mi habitación.

Los dos están en calzoncillos, ordenando su ropa sobre el escritorio.

—Bonito conjunto —dice Mauro, mirando mi ropa interior de color vino.

—Cuando quieras te lo presto.

—No dudes que te lo pediré.

Niego con la cabeza y sonrío, porque este chico me tiene robado el corazón. Me encanta que se comporte como le viene en gana y no tenga ningún apuro en decir lo que piensa.

Cojo el pijama, mientras ellos se meten en la cama.

—No arméis mucho escándalo, que en la habitación de al lado se oye todo y estoy muy cansada. Necesito dormir. —Camino hacia la puerta.

—¿Por qué no duermes con nosotros? —pregunta Sergio—. No me gusta que duermas sola después de echarte de la cama.

—No te preocupes. Hay camas de sobra.

—Y aquí, sitio de sobra. —Mauro levanta el edredón.

—Venga, es la primera noche del año. No deberías dormir sola.

Los miro. Están sonrientes y parece que, de verdad, quieren que duerma con ellos. Recuerdo en ese momento la última noche que dormí con Jorge. En la conversación que tuvimos respecto a dormir con Mauro y Sergio. Y sí, me apetece. No quiero acabar sola esta noche.

Me quito la ropa interior, rápidamente, y me pongo el pijama. Salto sobre los dos y los abrazo con fuerza.

—Sois mis segundos mejores amigos, ¿lo sabíais?

—Parece que lo tuyo son los tríos de amigos. —Sergio me mete entre sus dos cuerpos.

—Sí. Es el equilibrio perfecto. Da igual para qué lado te caigas; siempre hay alguien para sujetarte.

—Qué verdad más grande —dice Mauro con vehemencia.

—Apaga la luz, que me muero de sueño. —Sergio me da la espalda y me cojo a su cintura, con mi pecho pegado a él.

Mauro se incorpora para hacer lo que su compañero le ha pedido y se acopla a mi cuerpo. Nos abraza a los dos.

—Gracias por todo lo que estáis haciendo por mí.

—No seas tonta. Te lo dije hace tiempo; te mereces todo lo bueno que te pueda ocurrir —dice Mauro sobre mi pelo.

Sergio me aprieta la mano que tengo sobre su cuerpo.

—Parecemos una conga horizontal, ¿os habéis dado cuenta? —Vuelvo a oír la voz de Mauro sobre mi oreja—. ¿Molestaríamos mucho a los vecinos si nos ponemos a bailar?

Me quedo callada, porque lo ha dicho con un tono tan serio que no sé si pensar que, de verdad, quiere ponerse a bailar la conga a las seis de la mañana. Siento a Sergio convulsionar en mi pecho. Mauro también se mueve a mi espalda.

—Dejad de reiros de mí, pedazo de huevones.

Los dos estallan en carcajadas y, al oírlos, no puedo evitar reírme también con ellos.

—Mauro, duérmete ya si no quieres que Vera te eche a patadas. —Sergio le da un manotazo en la cadera.

—Qué mal carácter tenéis los dos. ¿Se os agrió la leche que os dieron?

—Buenas noches, Mauro.

—Buenas noches, Vera.

—Buenas noches, Sergio.

—Buenas noches, Sergio.

—Buenas noches, Vera.

—Buenas noches, Mauro.

—Buenas noches, cielo.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, amor.

—Madre mía, parad ya.

—Es él. Yo solo contesto.

- Estoy muy bien educado, no como vosotros.
- Al final, me voy a la cama de Nadia.
- Tú te quedas aquí; en todo caso, nos vamos nosotros.
- De eso nada, yo me quedo.
- Qué rancio eres a veces, de verdad.
- Callaos. Quiero dormir.
- Qué malas pulgas tiene la niña.
- Mauro, hoy te la estás ganando.
- ¿Yo? Sois vosotros, que no paráis de quejaros.
- En serio. Dormid, ahora, ya.
- Cállate, Mauro. No digas nada más.
- Jo, mira que sois aguafiestas. Buenas noches, desaboridos.
- Buenas noches, cielos.
- Buenas noches, amores.

Por fin, nos quedamos en silencio. Pero creo que, igual que yo, se están riendo por dentro. Qué sensación más placentera cerrar los ojos con una sonrisa. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien. Estos dos locos han resultado la grata sorpresa del año que ha terminado esta misma noche. Y solo por eso, ya ha merecido la pena todo el dolor que me retuerce las tripas, la pena que me ahoga el pecho y el nudo en la garganta que siento cada vez que pienso en Jorge.

Cierro los ojos porque estoy agotada, física y mentalmente. Siento el calor de los brazos de Sergio y Mauro sobre la cintura y me gusta. Me gusta que me abracen. Y sin pensar en nada más, me quedo dormida. No habría imaginado mejor forma de empezar el año.

Un berrido estridente me despierta. Tengo a Sergio pegado a mi espalda con su pierna enredada en las mías. Mauro se remueve entre las sábanas a mi derecha.

—Apaga ese puto ruido —susurra Sergio.

—¿Qué es eso? —digo sin abrir los ojos.

—Es mi móvil. —Mauro se gira hacia la mesilla y descuelga—. ¿Sí? —contesta a la llamada. Sale de la cama de un salto y se dirige al pasillo—. ¿Cómo está Jorge? —Lo oigo decir e intento poner toda mi atención, aunque aún estoy medio dormida—. Joder. Vale, ¿qué hora es? Esta noche estamos ahí. Hasta luego. Gracias por llamar, Carmen. —No dice nada más y escucho crujir el parqué bajo sus pies—. Sergio —lo llama desde la entrada de mi habitación.

—¿Qué? —contesta el otro, sin abrir los ojos.

—Tenemos que irnos. La madre de Jorge murió anoche —dice en tono serio.

—¿Cómo?! —Sergio y yo nos incorporamos en la cama como si fuésemos siameses.

Miro a Mauro y tiene una expresión dura en su rostro. Sergio se destapa y se arrastra por la cama para salir de ella.

—¿Cuándo ha sido?

—Anoche, sobre la una —contesta a punto de llorar.

—¿Por qué no nos llamaron enseguida?

—Porque Jorge sabía que estábamos aquí y no quería aguaros la fiesta.

—Tranquilo. Nos vamos ahora mismo y estaremos allí en un par de horas.

—Lo abraza.

—Duchaos y, mientras, os preparo algo de comer —les digo, saliendo también de la cama. Me acerco a ellos y me miran. Mauro tiene los ojos llenos de lágrimas. Los abrazo a los dos—. Venga, no os quedéis ahí parados.

Me pongo un pantalón tejano viejo y una sudadera. Levanto la persiana y veo que hay muchísima luz. Debe de ser bastante tarde, más de mediodía. Ellos se mueven por mi habitación en silencio; sacan ropa de sus maletas y la colocan encima de mi cama. Voy al baño y les preparo unas toallas para que se duchen. Entro en la habitación de Nadia y cojo el móvil. Son las tres de la tarde. Entro en el WhatsApp. Abro la conversación con Jorge que bloqueé

anoche. Que esté decepcionada con él no implica que no le dé el pésame por la muerte de su madre. No me contestó a mi último mensaje, pero sí lo leyó.

Yo: «Mauro me ha dicho que tu madre ha muerto. Lo siento mucho, imagino que debes de estar destrozado. Lo siento, de verdad. Un beso».

Y no se me ocurre nada más que decir. En un momento así, las palabras no sirven de mucho. Dejo el móvil sobre la mesita de Nadia y, nada más soltarlo, emite un pitido que me indica que tengo un mensaje. Vuelvo a cogerlo.

Jorge: «Gracias, Vera. Un beso».

Oigo a Mauro y Sergio entrar en el baño y me voy a la cocina. Pongo agua a hervir para preparar un poco de pasta. Mezclo varios tipos de queso con tomate en una cazuela.

Me apoyo en la encimera de la cocina. Mientras yo me lo pasaba genial bailando y riendo, él lloraba la muerte de su madre. Se me hace un nudo en la garganta que me sube a los ojos y se me humedecen. Quisiera tanto poder estar con él en este momento. Acompañarlo, consolarlo. No, Vera, no. Él me ha apartado. Ha sido él. Él no ha querido hacerme partícipe de su vida en los últimos dos meses. Me dijo que arreglaría su situación y no lo ha hecho. No volvió a mencionarlo en las pocas llamadas que me hizo. Ni siquiera me ha explicado qué iba a hacer, ni cómo. Nada. Se limitó a explicar aspectos de su vida en el trabajo y del estado de salud de su madre. Nada que implicara decirme cuándo volveríamos a estar juntos. Supongo que parte de la culpa es mía por no permitir que nos viésemos en este tiempo. El roce hace el cariño, claro. Y el roce lo tiene en su casa. Bien, Vera, de puta madre. Te has cubierto de gloria. Has perdido todas las batallas y la guerra final.

Preparo la mesa del salón y, cuando estoy colocando los platos en la mesa, Mauro y Sergio aparecen por la puerta; duchados, afeitados y vestidos de manera informal.

—Gracias por prepararnos la comida —dice Sergio.

—Qué menos. No os ibais a marchar sin comer nada —contesto con una leve sonrisa.

Mauro se acerca a mí y me abraza fuerte. Yo lo agarro y lo beso en la mejilla, él lo hace en mi frente.

Nos sentamos los tres a la mesa, en silencio. No espero que digan que debería acompañarlos, pero necesito escuchar algo al respecto.

—Me gustaría ir con vosotros, pero no sé lo que me voy a encontrar allí y no estoy preparada para verlo.

Los dos me miran muy serios. Mauro aprieta los labios, parece que quiere

decir algo, pero no abre la boca. Sergio hace un pequeño movimiento de cabeza, negando. Así que ya no digo nada más y sigo tragando sin ganas.

Después de comer, los acompaño al coche, que dejaron aparcado ayer en mi calle.

—Por favor, llamadme e informadme de cómo ha ido todo. Cuidad de Jorge, os necesita ahora más que nunca.

—Tú eres la que debería estar allí con él —susurra Mauro en mi oído, mientras me abraza.

—Él no me quiere a su lado, Mauro. Yo no puedo obligarlo a quererme —contesto con un nudo en el estómago.

—Sí te quiere, pero es gilipollas —sentencia y me coge de las mejillas, me mira a los ojos—. Tú mereces algo mucho mejor que toda su mierda. Te quiero. Te llamaré mañana.

Sergio me abraza también y me besa en la frente.

—Adiós, cariño. Cuídate. Nos veremos pronto.

Se meten en el coche y me saludan con la mano. Sergio maniobra para sacar el coche a la carretera y veo alejarse el Jeep como hace seis meses, cuando se marcharon después de sus vacaciones en junio, con la diferencia de que ahora Jorge ya no los acompaña, y creo que nunca más los acompañará cuando vengán a verme.

Me quedo en la acera con las manos metidas en los bolsillos. Camino hacia mi casa, pero no quiero subir aún. Cruzo la calle y me meto en la arena. Ando hasta quedar a pocos metros de la orilla. Me siento en la playa con las piernas flexionadas y los brazos apoyados en las rodillas. Cierro los ojos y levanto la cabeza para absorber los tenues rayos de sol que aún brillan en el cielo.

Pienso en cómo se ha complicado mi vida desde que conocí a Jorge. ¿Por qué enamorarse es tan difícil? No, no lo es. Carlota y Nadia lo han hecho y les va muy bien. ¿Entonces? El problema es enamorarse de la persona equivocada, de la que no te conviene, de la que te aparta en lugar de acercarte, de la que se rinde en lugar de luchar. Yo luché. Le perdoné que me mintiera y estaba dispuesta a seguir con él, a intentarlo. Solo le pedí que dejáramos de vernos mientras solucionaba su situación porque no me parecía del todo correcto. Debíamos empezar los dos, solos, sin terceras personas. No más mentiras, me dijo. Y yo lo creí. Parece que me equivoqué, debí zanjar el tema aquella noche que lo invité a casa para hablar. Yo tenía razón, no tuve las agallas para mandarlo todo a la mierda y seguir con mi vida. Ahora estoy

pagando las consecuencias. Dos lágrimas caen de mis ojos hacia mi mentón. He llorado por Jorge tantas veces que ya ni me acuerdo. He llorado por él más veces que en toda mi vida. Me seco las lágrimas con los puños de la sudadera y miro el mar. Es de un color azul oscuro y el horizonte está desapareciendo bajo la noche. Bien, se acabó, y ahora va de verdad. Aunque tenga que dejarme el alma en ello.

Mauro me llama al día siguiente por la tarde, tal como prometió. Me explica que todo ha ido lo bien que puede ir un funeral. Como suponía, Jorge está destrozado, ya que, por lo que pude ver en su expresión cuando hablaba de su madre, estaba muy unido a ella. Hace meses era yo la que no quería que Mauro hablara sobre Jorge, y ahora es él quien me da pocos datos sobre su estado. Solo que le hará falta tiempo para pasar el duelo por su pérdida. Imagino que no quiere explicarme nada más porque lo que tendría que contar no sería agradable para mí, así que no sigo preguntando y me despido de él hasta dentro de unos días, cuando lo llame para mandarle todos los trabajos que tengo pendientes.

Carlota y Nadia trabajan esta semana. Han empezado después de Año Nuevo, tras unos días de vacaciones, y yo aprovecho para organizar los envíos y los trabajos que tengo por acabar en el estudio.

Carlota está encantada con su trabajo en la empresa donde empezó en septiembre pasado. Se lleva estupendamente con todos sus compañeros, y sus superiores son mucho más agradables de lo que pensó en un principio. No quiere volver a tener ningún tipo de problema y empezó con un poco de miedo, que el tiempo ha ido apartando de su cabeza. Parece que, después de todo, el desastroso final que tuvo que soportar en su antiguo puesto ha quedado relegado al pasado, aunque la muerte de Raquel nos ha costado un poco más de sobrellevar. De vez en cuando comentamos el tema para tenerlo presente y reafirmar nuestro acuerdo de hablar de lo que nos pasa por la cabeza para no volvernos locas.

Nadia lleva años trabajando en la misma empresa. Es ayudante de Dirección Financiera y está muy satisfecha con el puesto. Su relación con César parece que va bien y no hemos vuelto a saber nada de Andrés, cosa que agradecemos las tres. Ella es una persona con unas fuertes convicciones, es la que siempre tiene la opinión más clara sobre todos los temas que hablamos y

es completamente sincera cuando expone sus argumentos. Con el comportamiento de Andrés en el pasado, lo tuvo muy claro. No había vuelta atrás y siguió adelante con la cabeza muy alta.

—¿Cómo estás? —me pregunta Carlota, mientras nos sentamos a la mesa para cenar el día anterior a la noche de Reyes.

—Bien. He terminado de enviar hoy todo lo que tenía en el estudio. Mauro me ha llamado para decirme que tiene más trabajo a partir de la semana próxima, así que este fin de semana me lo voy a tomar de relax. Hablaré con mis padres para ver qué hacemos el día de Reyes —contesto, mientras como de mi plato la lasaña de verduras que ella ha preparado.

—No se refería a eso, Vera —interviene Nadia, mirándome a los ojos. La miro también y sé lo que quiere decir, pero no contesto—. Vera, dijimos que hablaríamos de todo lo que nos preocupa, ¿recuerdas?

—¿Por dónde queréis que empiece?

—Por donde quieras, pero habla. Llevas días sumida en un mutismo que nos está empezando a preocupar.

Resoplo y cierro los ojos. Va a ser mejor que saque todo o, de verdad, voy a tener serios problemas de enajenación mental.

—Vale. Pues estoy bastante intranquila. Aunque intento que no me afecte, porque sé que no tiene solución o, al menos, no depende de mí, y eso es lo que más me jode. No sé nada de Jorge desde hace días, eso para empezar. Sí, lo sé; debe de estar destrozado por la muerte de su madre, y lo entiendo. Pero tampoco me ha llamado demasiado en los últimos meses. Se supone que, si es cierto que me quiere, debería hablar conmigo. Cuando estás mal, necesitas a las personas que quieres, ¿no? —Respiro hondo—. No sé si de verdad está solucionando su situación. No me ha explicado nada. Imagino que, como le pedí que, mientras tanto, no nos viéramos, la cosa se ha enfriado por su parte. Yo sigo queriendo estar con él, pero parece que él no. Así que voy a tener que seguir con mi vida como si esto hubiera sido un rollo más. Voy a tener que sacármelo de la cabeza, aunque sea a martillazos, porque yo no puedo vivir así. Esta incertidumbre me está volviendo loca. —Vuelvo a coger aire—. Mauro no quiere decirme nada, imagino que porque la cosa no pinta bien. Me dijo que se encargaría personalmente de que Jorge arreglara su situación, pero creo que se ha rendido. Supongo que ha visto que no hay nada que hacer y lo ha dejado por imposible.

—¿Te fías de lo que te diga Mauro? —pregunta Carlota.

—Sí, totalmente. Él no me engañaría en un tema como este. Sabe que lo

estoy pasando mal. Me ha dicho que siga con mi vida, que no me detenga — explico lo único que me dice cuando le pregunto por Jorge en alguna conversación.

—Entonces, tiene razón. Sigue con tu vida como siempre has hecho. Si crees que la relación con Jorge no tiene futuro, déjalo estar —argumenta Nadia.

—Sí, lo sé. Pero —me detengo— yo lo quiero, joder. No he sentido por nadie lo que siento por él. Estoy perdida entre tanto sentimiento, nunca he tenido que lidiar con algo tan... fuerte. —Se me empieza a formar una bola en la garganta.

—Lo superarás. —Carlota me coge de la mano—. El tiempo pone todo en su sitio y ese sentimiento que tienes remitirá. —Me mira a los ojos.

—A veces siento tal opresión en el pecho que me dan ganas de arrancarme el corazón y tirarlo al mar. —Siento las lágrimas que vuelven a acudir.

—Tranquila. Lo harás. Dejarás atrás todo eso. —Nadia me rodea con sus brazos por los hombros—. Y nosotras te ayudaremos.

—Buscaremos a un maromo para que te dé una buena alegría *pal* cuerpo. —Sonríe Carlota para quitarle hierro al asunto.

Me seco las lágrimas con los puños de la sudadera y sonrío por el comentario de mi amiga. Ellas siempre saben cómo hacer que sonría, que me sienta mejor, que sepa que todo va a pasar, que solo es cuestión de tiempo. Pero ¿cuánto? No quiero sentirme así.

El día de Reyes he quedado con mis padres para comer juntos en mi piso, aprovechando que Carlota y Nadia han ido a pasar el día con sus familias. Como hacía años que no hablaba con ellos, no habían venido nunca y me apetece que conozcan el sitio donde vivo. Mi padre queda encantado de que todo esté limpio y ordenado; supongo que pensó que viviendo las tres solas lo tendríamos hecho un desastre, conociendo mi desorden natural. Menos mal que no vio mi habitación en pleno estado de pocilga. A mi madre lo que más le gusta es la vista y me dice que en verano va a venir muchas más veces, para ir a la playa las dos juntas.

—¿Ese cuadro también lo has pintado tú? —pregunta mi madre, señalando la lámina que Jorge me regaló cuando se marchó en junio y que tengo colgada en la pared sobre la cama.

—No. Eso me lo regaló Jorge la primera vez que se marchó.

—Es bonito. ¿Cómo estás con él?

—No creo que esté de ninguna forma, mamá. Simplemente, no estamos.

—¿No has sabido nada de él?

—No. Nada. Hasta antes de Navidad me llamaba una vez por semana, quizá cada diez días. Desde entonces, nada. Un mensaje deseándome feliz año y nada más. Pero con la muerte de su madre, no esperaba nada más. Debe de estar destrozado. —Sigo con un nudo dentro de alguna parte de mi cuerpo cada vez que menciono su nombre.

—Te has rendido. No es propio de ti. Tú siempre luchas por lo que quieres.

—Se ha rendido él. Yo no puedo hacer nada si él no quiere.

Mi madre me abraza y me besa en el pelo. Dejamos de hablar sobre el tema porque sabe que me duele.

Después de comer, los tres nos sentamos en el sofá para seguir con nuestra conversación sobre nada y sobre todo. Voy a mi habitación y cojo dos paquetes de dentro de mi armario.

—Los Reyes Magos han pasado por mi habitación y han dejado esto. — Les entrego un regalo a cada uno.

Mi padre rasga el papel con los dedos y levanta las cejas al ver un ejemplar en tapa dura de la novela *Los pilares de la Tierra*, de Ken Follett.

—Qué ojo tienes. Era el siguiente que quería comprar. Muchas gracias, Vera. —Se acerca a mí, que estoy sentada en el suelo frente a ellos, y me da un beso en la frente.

—De nada. He visto que no lo tenías en casa y pensé que te gustaría. —Él asiente, mientras acaricia la tapa. Me giro hacia mi madre—. Abre el tuyo, mamá.

Ella mira el paquete cuadrado y plano, imagino que piensa que es un cuadro. Rasga el papel con los dedos y se le abre la boca formando una o perfecta. Separa los dos discos de vinilo de Elvis Presley que sostiene en las manos.

—¿De dónde los has sacado? Llevo tiempo buscando cualquier cosa de él en vinilo y no he encontrado nada. Nadie quería vendérmelos, aunque fuese de segunda mano. Nadie quiere desprenderse de algo así —dice sorprendida.

—Tengo mis contactos. —Me hago la interesante.

Hace semanas le dije a Mauro que corriera la voz entre sus clientes para encontrar los dos vinilos. Con uno me conformaba, pero encontró un cliente

que los tenía repetidos, así que me los vendió sin problemas.

—Nosotros también te hemos traído algo —dice mi padre.

—Ya me regalasteis el *tattoo*.

—Eso fue cosa de tu madre.

Mi madre se levanta y veo que se dirige al recibidor. Coge un paquete, que al parecer ha dejado cuando han entrado, y ni siquiera me he dado cuenta. Se vuelve a sentar en el sofá y me entrega un regalo de unos sesenta por cuarenta centímetros. Esto sí que parece un cuadro. Los dos me miran expectantes. Rompo el papel y me encuentro una fotografía de los tres, enmarcada en una sencilla moldura de madera en color claro. Me echo la mano a la boca y sonrío mucho. Es la ampliación de una foto muy vieja donde mi padre y mi madre van vestidos de domingo, y yo estoy delante de ellos con un vestido en color blanco lleno de manchurrónes y tengo las rodillas peladas. Aquel día, a pesar de ir con vestido, me subí a la bici con mis primos y nos tiramos de cabeza por un terraplén cercano a la casa de mis abuelos paternos. Nos caímos los tres y rodamos por la hierba hasta el fondo de aquel montículo. Nos reímos como nunca aquel día. Mi padre se enfadó bastante porque, creo, se celebraba algo y teníamos que hacernos las fotos de familia.

Llevo dos coletas y sonrío mucho a la cámara, por lo que se puede ver mi boca mellada. Se me cayeron las dos paletas de arriba con un día de diferencia. Debía de tener unos siete años. Me encanta esta foto, y siempre se lo decía a mi madre cuando nos sentábamos a mirar los álbumes familiares.

—Dios, es genial. Muchas gracias —les digo emocionada. Me levanto del suelo y les doy un beso y un abrazo a cada uno.

—Nos alegramos de que te guste —dice mi padre.

—Sí, mucho. —Sigo mirando la foto, que parece han arreglado bastante bien, porque los colores parecen mucho más vivos de lo que recuerdo.

Mi móvil comienza a berrear en mi habitación. Me levanto y voy a buscarlo. Dejo mi regalo sobre la cama y contesto.

—Hola, ojazos. ¿Qué tal?

—Hola, preciosa. ¿Qué tal tu día de Reyes?

—Muy bien. ¿Y el vuestro?

—Bien, también. Hemos estado en casa de los padres de Sergio. Tiene mil sobrinos y hemos ido a llevarles sus regalos. Vaya tarde me han dado. Me duele la cabeza de tantas veces que me han llamado *tío*. —Conociéndolo, sé que tiene la mano en el pecho.

—¿No te gustan los niños? —pregunto divertida.

—Sí, pero de uno en uno. Había por lo menos diez, qué locura. —Se ríe—. Pero bien, son muy divertidos. —Me río también al oírlo hablar de los críos—. Oye, yo te llamaba porque... ¿cómo lo tienes para venir a Zaragoza dentro de un par de días? —Cambia su tono alocado a uno más profesional.

—¿Ir y volver en el mismo día? —pregunto, pensando en el trabajo que tengo por hacer.

—Sí. De momento, sí.

—¿*De momento*? ¿Qué estás tramando, Mauro?

—Es trabajo, tranquila. —Se ríe—. Un cliente quiere que le pintes una pared.

—¿Y no puede llamar a un pintor? —bromeo.

—Muy graciosa. Quiere un mural en una de las paredes de su habitación.

—¿En serio? —Me sorprendo. Nunca he pintado un mural; bueno, miento, hicimos uno en una de las paredes de la facultad, pero fue conjunto, lo pintamos entre todos los alumnos de mi promoción.

—Sí, en serio. Quiero que vengas a conocerlos. Es un matrimonio y quieren decorar la pared del cabezal de su cama con una playa o algo así. Necesito que hables con ellos y veas el sitio. Tú mejor que nadie puede ver si es posible y, si aceptan, tendrás que pasarte el tiempo que tardes en Zaragoza. Tranquila, puedes quedarte en nuestro piso, conmigo y con Sergio —habla de corrido, casi sin respirar.

—Bueno, primero veamos si puede ser.

—Sí, sí. Claro. ¿El miércoles te va bien?

—Creo que sí.

—Bien, te sacaremos los billetes del AVE y te los mandaré por mail. Yo iré a recogerte a la estación y nos iremos directos a verlos.

—Vale. Perfecto. Nos vemos el miércoles.

—Estupendo. Te quiero, preciosa. *Muaaaa*.

—Yo también. Dale un beso a Sergio.

Aprieto el botón de colgar y me quedo mirando el móvil. Joder, un mural. Eso es mucho trabajo. Voy a tener que pasar semanas en Zaragoza como los clientes digan que sí, dependiendo del tamaño, claro. Estoy muy ilusionada y a la vez asustada. Nunca he hecho algo así antes. He pintado cuadros bastante grandes, pero una pared entera... Dejo el móvil donde estaba y vuelvo al salón.

—¿Pasa algo? —pregunta mi padre.

Les explico la conversación que acabo de tener con Mauro y me dicen que

no tenga miedo, que yo soy muy capaz de hacer algo así y mucho más. Vaya, esto de tener padres tan comprensivos y orgullosos es toda una novedad. Me alegra tanto poder contar con ellos en estos momentos...

A última hora de la tarde, me despido de mis padres en la acera y quedamos en llamarnos para vernos otro día, como llevamos haciendo en los últimos meses.

Carlota y Nadia me escriben para decirme que vendrán tarde porque han quedado para cenar con Marcos y César. Les contesto que se diviertan y me meto en la ducha. Me pongo el pijama y pico algo de lo que ha sobrado de la comida. Me meto en la cama y me quedo como un tronco en pocos minutos.

El miércoles me levanto temprano para ir a la estación del AVE en coche. Como la otra vez que me desplazé, lo dejo en el *parking* y me voy camino de Zaragoza en tren.

Mauro me recibe con un millón de besos por toda la cara y un abrazo enorme. Me explica que los clientes que vamos a ver son un matrimonio de unos cincuenta años, sin hijos, que se pasan la vida viajando por trabajo y por placer. Son directivos de multinacionales y pasan poco tiempo en Zaragoza, pero últimamente están cansados de estar siempre de un lado a otro y están reformando su ático. Quieren que su habitación sea un sitio muy personal. Les encanta la playa y quieren tenerla en la pared.

Llegamos a un barrio cerca del río. Dejamos el coche en un *parking* y andamos un par de calles. Entramos en un edificio de tres plantas bastante nuevo y moderno. El suelo es de mármol en color claro y las paredes están pintadas de blanco immaculado. Nos abre la puerta una señora de unos sesenta años, bajita y con un delantal puesto. Nos indica que el matrimonio nos espera en la habitación. El piso es enorme, calculo que quince veces el mío; por el tamaño del salón puedo imaginar el resto. Pasamos por un pasillo donde cuento siete puertas a un lado y otro. La del fondo está abierta y se oyen voces dentro. Entramos, siguiendo a la señora que nos ha recibido.

—Buenos días —saluda Mauro.

Se dan la vuelta, porque están mirando por la vidriera que da a una terraza. La estancia está completamente vacía. El suelo es de parqué nuevo y las paredes están pintadas de blanco con un toque azulado.

—Buenos días, Mauro. ¿Qué tal estás? —dice él, mientras estrecha su

mano.

—Muy bien. ¿Y vosotros? —Saluda a la mujer con dos besos.

—Hasta los cojones de reformas. Si de esta no nos divorciamos, no lo haremos nunca. —Se ríe el hombre, que lleva un frondoso bigote bajo la nariz. Tiene el pelo un poco canoso y es bastante alto y ancho.

—No le hagas caso, se pasa la vida quejándose —contesta la mujer. Ella es menuda y tiene el pelo rizado por debajo de las orejas, con mechones rubios sobre castaño; le brilla mucho.

Mauro se gira hacia mí y alarga un brazo. Me he quedado un poco más atrás para no molestar en su introducción.

—Ella es Vera —me presenta—. La artista —dice, sonriéndome.

—Vaya, no tienes el aspecto de pintora torturada. —Se ríe el hombre.

Sonrío, porque imagino que esperaban a una loca con los pelos revueltos y con ropa destartada en lugar de mi pelo negro recogido en una coleta alta y un pantalón negro de traje y abrigo de paño rojo. Que, por cierto, me está empezando a sobrar porque deben de tener la calefacción a trescientos grados.

—Buenos días, encantada de conocerlos —saludo.

—Ellos son Rosa y Alejandro —dice Mauro. Me estrechan la mano y me sonrían—. Bien, pues empezamos cuando queráis.

—Sí, cuanto antes mejor. Tengo unas ganas de acabar con todo esto que no te imaginas. —Vuelve a sonreír el hombre.

—Bien, pues ustedes dirán lo que necesitan que pinte —les digo. Estoy un poco nerviosa, pero intento quitarme el miedo, porque esto es trabajo y, cuando trabajo, no hay sitio para dudas.

—Quiero una playa en esa pared —dice la mujer y señala la que está a nuestra derecha. Mide como cinco metros de ancho y tres de alto. Hay un recuadro en el medio, en blanco. Han dejado un metro desde el techo hacia abajo y a cada uno de los lados, por lo que el espacio que queda debe de medir tres metros de ancho por dos de alto—. ¿Tendrás suficiente con el recuadro que hemos dejado? —pregunta la mujer.

—Sí, se puede pintar cualquier cosa a cualquier escala. No se preocupe —contesto—. ¿Qué tipo de playa quiere? —La mujer levanta una ceja como si no supiera a qué me refiero—. Solo arena y mar, de noche, de día, al atardecer, con palmeras, con un barco navegando, con nubes... —me explico mejor.

—Pues... no sé.

Cojo mi móvil del bolso y voy a la galería donde he recopilado algunas

fotos de diferentes playas en distintas horas del día.

—Mire, puede ver estas fotos y hacerse una idea. Puede elegir una en concreto o decirme lo que le gustaría más, y hacemos un dibujo personalizado —contesto sin dejar de sonreír.

La mujer coge mi móvil y pasa las fotos con el dedo, su marido se asoma también a la pantalla. Mauro y yo nos miramos de reojo, a la espera de su respuesta.

—Esta me gusta —dice ella. Me acerco a la pantalla y veo la foto de una playa sin arena. Solo mar y cielo azul con algunas nubes blancas y dos rocas, una al fondo y otra en la parte izquierda—. Así parecerá que la cama está metida en el mar, ¿no crees? —me dice satisfecha.

—Me parece una idea fantástica. —Asiento.

—Pues decidido. Esta.

—¿Yo no tengo nada que opinar? —se queja el hombre con una sonrisa.

—No. —Niega ella con rotundidad, pero sin dejar de sonreír y sin ni siquiera girarse para mirar a su marido.

—Pues nada. Ya sabéis quién manda aquí —contesta el hombre en tono burlón.

Nos reímos todos un poco más.

—¿Cuándo puedes empezar? —pregunta la mujer.

—Cuando les vaya bien a ustedes. Tengo un par de trabajos sin acabar. Pero creo que podría estar libre a partir del lunes próximo —contesto—. A menos que tengas algo más urgente —me dirijo a Mauro.

—No, no. Lo que tengo puede esperar —contesta él.

—Estupendo. Puedes hacer que te traigan lo que necesites esta semana. Manuela siempre está aquí, así que ella puede recibirlo —explica ella.

—Bien, pues haré una lista de lo que necesito y lo encargará para que lo traigan.

—¿Cuánto tardarás? —pregunta el hombre.

Me giro hacia la pared y me acerco a la superficie. La toco y veo que está recién enyesada y pulida.

—¿Pueden hacer que limpien la superficie antes de que llegue el lunes? Con un trapo mojado será suficiente. Solo tiene un poco de polvo.

—Sí, por supuesto —contesta ella.

—Bien, pues, en ese caso, puedo intentar acabar en dos semanas, tres si descanso el fin de semana. Pero no puedo asegurarlo, porque no sé cuánto tiempo de secado necesitará, hace bastante frío en esta ciudad. —Sonrío.

—Sí, este invierno nos estamos pelando —contesta ella.

Y yo lo dudo, a juzgar por los grados que hace a causa de la calefacción.

—¿Se podría bajar un poco la calefacción en esta habitación mientras trabajo?

—Sí, las habitaciones tienen su propio termostato —explica el hombre.

—Genial.

Seguimos hablando un poco más y me preguntan sobre cómo es vivir en la playa, y les digo que yo estoy encantada. Ellos me explican que cuando se jubilen quieren irse a vivir también cerca del mar. Me comentan lo cansados que están de viajar y demás problemas que les causan sus trabajos.

Salimos de allí una hora más tarde, y Mauro me propone ir a tomar una cerveza a un bar cercano para que podamos hacer la lista de lo que necesito. Él se encargará de que todo esté preparado para mi llegada el lunes.

—Lo de quedarte en casa ese tiempo va en serio. No es para ahorrar el dinero de un hotel a los jefes, pero estarás más cómoda con nosotros, ¿no?

—De acuerdo, si no os molesta tenerme de *okupa* por unas semanas.

—¿Estás loca? Nos va a encantar tenerte en casa. Eres nuestra niña. —Me coge de la barbilla y me da un beso en la frente.

Después de comer, me lleva a la estación para regresar a casa. Me despido de él hasta el domingo siguiente, cuando iremos a revisar todo el material antes de empezar el lunes para asegurarnos de que no falte nada. Los dueños del piso donde voy a trabajar van a estar fuera en las próximas semanas, para no molestar y porque tienen viajes de trabajo. La que sí estará es la señora que nos abrió la puerta, y me han dicho que le pida todo lo que necesite, para comer, beber o cualquier otra cosa.

Al volver a casa, les explico a Carlota y Nadia el nuevo proyecto y se ponen muy contentas, pero, a la vez, tristes, porque voy a pasar varias semanas fuera. También llamo a mis padres para contárselo y se sienten muy felices de cómo me van las cosas en mi nuevo aspecto laboral.

Me siento bien porque, por primera vez, creo que he encontrado el trabajo perfecto. Hago y deshago a mi antojo, me organizo las horas como mejor me conviene, hago diferentes cosas, no solo pinto, sino que decoro distintos materiales y estoy feliz de que esto me haya dado la oportunidad de crecer como profesional y como *artista*, como me llama Mauro. A mí me da la risa cada vez que lo dice, pero no seré yo quien le quite la ilusión de apodarme así.

También estoy nerviosa, porque voy a pasar varias semanas en la misma

ciudad que Jorge y ya le he dicho expresamente a Mauro que no quiero tropezármelo. Él me ha asegurado que, esta vez, no piensa dejarlo entrar en casa mientras yo esté allí y procurará que, cuando salgamos a comer o cenar o tomar unas copas, no nos lo encontremos.

Los días anteriores a mi marcha, trabajo a destajo en el taller, acabando lo que tengo a medias para enviarlo antes de salir de viaje. El sábado, preparo la maleta, donde meto de todo un poco; ropa de trabajo que, básicamente, consiste en pantalones y sudaderas viejas, pijamas de invierno, tejanos, jerséis de lana y algún que otro vestido. Botas y deportivas completan mi equipaje.

El domingo, después de comer, Nadia y Carlota me acompañan hasta la estación en coche.

—Ya nos contarás cómo llevas el trabajo. Envíanos fotos de la evolución de ese mural, ¿vale? —dice Nadia, al despedirnos.

—A ella explícale tu trabajo, a mí me cuentas si te tiras a algún tío bueno —dice Carlota, que me abraza y se ríe en mi oído.

Entro en la estación arrastrando la maleta más grande que he hecho en mi vida y, nada más sentarme en mi asiento del tren, me quedo dormida; aunque antes he tenido la precaución de poner la alarma del móvil quince minutos antes de mi llegada a Zaragoza, no sea que me plante en Madrid sin darme cuenta. Últimamente, no descanso demasiado por las noches y, durante el día, me voy durmiendo por los rincones.

Cuando llego a mi destino, me encuentro a Mauro acompañado de Sergio. Al ser domingo, él no trabaja, y han venido los dos a recibirme. Los abrazo fuerte y les doy las gracias, otra vez, por acogerme en su casa. Vamos primero al piso donde empezaré mañana a revisarlo todo. Mauro ha hecho su trabajo, no falta nada, así que volvemos a bajar en poco menos de media hora hasta donde Sergio nos espera en el coche para ir a su casa.

Deshago la maleta nada más llegar y cuelgo todo en el armario de la habitación donde dormí la última vez que estuve con ellos. Me doy una ducha, me pongo el pijama y salgo al salón. La mesa ya está preparada para cenar, y Mauro y Sergio están en la cocina. Les he dicho que no es necesaria una gran cena, porque no tengo hambre y no me gusta llenarme demasiado para ir a dormir, sabiendo que he de trabajar al día siguiente. Mauro está haciendo mi comida para el día siguiente, que me llevaré en un *tupper*. Quiero aprovechar al máximo las horas de luz, ya que, siendo enero, a las seis ya no se ve nada y no me gusta pintar con luz artificial. Mauro me llevará y me traerá cada día del piso.

Cenamos tranquilos. Mauro no tiene ningún viaje previsto para las próximas semanas. Sergio dice que tiene alguno de un par de días, pero que intentará estar aquí el máximo tiempo posible para pasarlo con nosotros. Les doy las gracias, por enésima vez, y me voy a dormir, porque estoy reventada y me esperan días de duro trabajo.

Mauro me deja en el portal de Rosa y Alejandro a las ocho de la mañana. Manuela me recibe con una gran sonrisa y me dice que le pida todo lo que necesite. Le doy las gracias y empiezo con la ardua tarea de forrar el suelo con la bala de cartón. Me subo a las escaleras para colocar cinta adhesiva en los bordes del recuadro y, así, separarlo del resto de la pared. Tapo el resto del marco exterior con papel de embalar. Divido el espacio que debo pintar en dos para señalar dónde empezará el mar y dónde el cielo. Marco los puntos para dibujar las rocas y las nubes y empiezo a hacerlo con el lápiz de punta muy gruesa para ver cómo queda la escala a tamaño casi real. Esto es enorme.

Cuando Mauro me recoge, estoy al borde del desfallecimiento y, cuando llegamos a su casa, me encuentro que Sergio ha preparado un baño caliente para mí.

—Dios mío, quiero venirme a vivir con vosotros —exclamo, cuando veo la espuma casi rebosando por los bordes de la bañera.

—¿Quieres beber algo mientras te relajas? —pregunta Sergio.

—Un poco de lambrusco estaría bien —contesto, con una gran sonrisa.

Sergio sale del baño y me quito la ropa. Me meto en el agua y quiero morirme de gusto cuando el calor de la espuma invade todo mi cuerpo. A los pocos minutos, los dos entran en el cuarto de baño. Sergio lleva la copa en la mano y acerca un banquito de madera para apoyarla en él.

—¿Estás cómoda? —Sonríe Mauro.

—Estoy en la gloria. Gracias. —Me incorporo un poco para coger la copa y darle un sorbo. Los dos me miran satisfechos—. ¿Me vais a recibir así cada tarde? —pregunto divertida.

—Quizá otro día nos metamos contigo en la bañera. —Se ríe Mauro.

Levanto un pie y veo que queda bastante espacio hasta el final.

—Creo que cabemos de sobra.

—Anda, relájate. Si necesitas algo, llámanos. —Sergio empuja a Mauro para salir del baño.

Me quedo allí preguntándome cómo se puede ser tan afortunada de tener a estos dos hombres como amigos. Son geniales, están siempre pendientes de mí, y eso que solo llevo un día en su casa.

El olor a fresa del jabón me invade y cierro los ojos. Aspiro profundamente mientras relajo todos los músculos del cuerpo. Me quedo un

poco traspuesta, pero empiezo a notar como el agua se enfría, así que me levanto para acabar de ducharme.

—¿Dónde dejo la ropa sucia? —pregunto cuando entro en el salón.

—En el lavadero hay un cesto de mimbre —contesta Mauro, desde el sofá.

Me dirijo a la cocina y dejo la copa sobre la encimera. El lavadero está junto a la cocina y pongo la ropa interior sucia en el cesto que me ha indicado Mauro. Lleno la copa de nuevo y salgo. Me acerco a ellos y me siento en la otra esquina del sofá.

—Ven aquí, preciosa. —Mauro estira sus brazos y me invita a sentarme entre sus piernas.

—¿Otra conga?

Los dos me miran y sueltan una carcajada a la vez. Mauro se incorpora un poco y tira de mi brazo, haciéndome caer sobre su pecho. Me acomodo entre sus brazos y me quedo allí dando sorbitos cortos a mi copa. Qué gusto, podría acostumbrarme a esto en dos días. Qué digo, ya me he acostumbrado.

Los días posteriores son parecidos al primero y estoy encantada de cómo me tratan Sergio y Mauro. Cada tarde tengo mi baño preparado y una copa de vino italiano sobre el banco de madera. Creo que voy a llorar mucho cuando tenga que marcharme de aquí.

Es jueves, Sergio no pasa la noche en casa, tiene un viaje a Madrid y vuelve mañana por la tarde. Mauro entra en mi habitación cuando estoy a punto de meterme en la cama.

—¿Quieres dormir conmigo esta noche?

—Eh... bueno, no sé. Si quieres.

—Si prefieres hacerlo sola, no pasa nada. Es que estoy acostumbrado a dormir con Sergio y, cuando estoy solo, duermo fatal.

—Bueno, si es para que te sientas mejor, duermo contigo. Lo que haga falta para agradecer vuestra hospitalidad —bromeo con transcendencia.

—Venga ya. Recibes lo que te mereces, cariño. Tú nos has tratado de maravilla siempre que hemos ido a verte.

—Vale. Venga, vamos a dormir. —Cojo el móvil de mi mesita para poner la alarma.

Nos metemos en su cama, y Mauro se pega a mi espalda, los dos dormimos de costado. Me rodea la cintura con su brazo y enreda una pierna en las mías.

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, ojazos.

El viernes, cuando llegamos a casa, Sergio ya está allí. Sale del baño con una toalla alrededor de la cintura y la cara llena de espuma de afeitarse. Mauro se abalanza sobre él y lo besa con cuidado en los labios para no desparramarle el jabón. Yo me acerco también y me besa en la frente.

—En cuanto termine, te preparo el baño —dice.

—No es necesario, hoy me doy una ducha y lista.

—Sí, hoy ducha para todos, que salimos a cenar por ahí —dice Mauro, mientras entra en su habitación.

Dicho y hecho. A las ocho y media, salimos los tres en el coche hacia no sé dónde, porque no conozco la ciudad. En pocos minutos aparcamos el coche y caminamos hasta una calle estrecha, donde veo que hay varios bares y tabernas. Sergio me explica que estamos en el barrio de El tubo, típico de la ciudad para ir de tapas. Entramos a una de las tabernas, donde los barriles y las maderas inundan el local. Nos sentamos en unos taburetes altos alrededor de una barrica gigante. Ellos saludan al camarero con efusividad y le piden varias tapas y cervezas. Me lo presentan como Rodri y me da dos sonoros besos. Es un chico muy delgado y se le marcan todos los huesos de la cara; es moreno y tiene una nariz muy pronunciada.

En pocos minutos nos trae las tapas, y devoro como si llevara días sin llevarme nada al estómago. Esto de trabajar de sol a sol en algo tan grande me ha dado mucho apetito. Ellos se ríen de mi forma de meterme los montaditos enteros en la boca.

—Escucha, Vera —empieza a decir Mauro—. Hemos reservado una sesión de spa y masaje para mañana. No te hemos consultado, pero hemos pensado que te gustaría relajarte y descansar esos músculos después de una semana de tanto trabajo. ¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece? —pregunto con los ojos abiertos de par en par—. ¡Me parece cojonudo! —grito—. Después de todo esto me vais a tener que echar a patadas de vuestro lado, lo sabéis, ¿no?

Los dos se ríen al ver mi reacción y me abrazan.

—Eres muy fácil de complacer —dice Sergio—. Todo te parece siempre bien.

Por la mañana, como dijo Mauro, me llevan a un centro de masajes donde me dan el mejor quiromasaje de mi vida, después de pasar media hora metida en un jacuzzi individual y tomarme un té con especias delicioso. Tras dos horas de puro deleite para mis músculos y mi cerebro, nos paseamos por la ciudad como tres turistas, móvil en mano, fotografiando todos los rincones, callejuelas, avenidas, edificios y, de nuevo, vuelvo a la Basílica del Pilar para admirarla con más detenimiento. Le envío varias fotografías por WhatsApp a mi padre; sé que le va a gustar que me acuerde de él mientras visito una construcción que, aunque a mí no me llene, por los motivos ya mencionados, a él le hará especial ilusión. ¿Quién me lo iba a decir a mí? Compartir con mi padre fotos de algo que me hizo odiar, pero que, ahora, ya no me desagrade tanto.

Los tres seguimos con nuestra ruta por la Seo y el Foro romano. Pasamos al otro lado río por el Puente de Piedra para apreciar el conjunto y admirar la torre y el Cimborrio.

El día está claro y hace un sol resplandeciente, a pesar del frío que nos envuelve. Aunque aquí no hay humedad, y la baja temperatura se mantiene fuera de nuestros abrigos. Cosa que no ocurre junto al mar, pero a mí no me importa; el mar siempre será el mar.

Cerca de la hora de comer, nos sentamos en un bar a tomar una cerveza. Veo que Mauro no para de escribir en su móvil.

—¿Ocurre algo? —le pregunto.

Levanta la vista y mira a Sergio, serio, pero levanta las cejas, como diciendo «¿se lo cuentas tú o se lo cuento yo?». Sergio hace un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto, y yo no dejo de mirarlos a los dos, a la espera de una respuesta.

—Este buen señor ha tenido la brillante idea de mandarle una foto de los tres a Jorge. —Señala a Sergio con el dedo.

—Lo siento. Pero me da mucho por culo lo que está haciendo —se enfada un poco.

—¿Qué le habéis mandado? —pregunto e intento no alterarme demasiado.

Mauro me enseña el móvil con la conversación abierta en un grupo que tienen los tres. Sergio ha enviado un *selfie* de los tres, donde yo estoy en medio mirando hacia delante, muy sonriente, y ellos dos me besan, cada uno en una mejilla. Al pie de la foto pone: «Mauro ya te advirtió que, si tú no la

querías, nos la quedaríamos nosotros». Sonríó al recordar esa conversación la primera vez que cenamos los cuatro juntos, cuando estaban de vacaciones en mi pueblo, la noche que Jorge me los presentó.

—¿Ha contestado? —pregunto sin darle demasiada importancia.

—¿Quieres leerlo? —pregunta Mauro.

Lo pienso un momento.

—Creo que no. Mejor dejar las cosas como están. Solo quiero disfrutar del fin de semana.

—Bien hecho —dice Sergio—. Que le den —se dirige a Mauro.

—Sí, que le den. Pero tú bien que lo has picado, mamón —lo riñe.

—Dile que la estamos cuidando, cosa que debería estar haciendo él —se queja—. No me malinterpretes. Yo estoy encantado de hacerlo. —Me mira—. Pero es gilipollas —sentencia.

—Vale, se acabó. A tomar por culo. —Mauro guarda su móvil en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Escuchad. No quiero que os enfadéis con él por mi culpa. Sois amigos de toda la vida. No quiero que nuestra *no relación* estropee la vuestra —les digo, bastante más seria.

—Mira, Vera. Estoy hasta los huevos de que siempre nos venga llorando con que está loco por ti y no haga nada. Joder, que tiene ya una edad, hostia —se enfada Sergio.

—Por favor, Sergio. Se acabó ya el tema —lo increpa Mauro.

—Vale, se acabó. —Levanta las palmas de las manos—. Brindemos. —Coge su cerveza—. Por ti, preciosa.

Mauro y yo cogemos nuestras cervezas y las chocamos con la suya.

—Por vosotros, porque sois los mejores amigos que podría haber encontrado nunca. Os quiero mucho.

—¿Ves? Gilipollas perdido. —Sergio le da un trago a su cerveza, y después me coge de la mejilla y me da un pequeño beso en la sien.

Comemos en un restaurante cercano y nos ponemos ciegos de platos típicos de la cocina aragonesa, probando cada uno del plato de los otros. A las tres y media, volvemos a casa con la intención de descansar y hacer la digestión como es debido. Aprovecho el rato para mandar mensajes a mis amigas y a mis padres. Todos están encantados de que lo esté pasando tan bien.

El resto del día lo pasamos sentados en el sofá viendo pelis románticas, de acción y de intriga; a gusto del consumidor.

Durante la cena, Mauro me pregunta cómo llevo el trabajo y les explico lo

que he hecho hasta ahora. He dado la primera capa de azul al cielo y al mar. Tendré que darle otra mano el lunes y dejarlo secar para poder dibujar encima el resto del paisaje. Pero creo que llevo buen ritmo y, si no surge ningún problema, podré acabarlo en el tiempo que estimé en un principio.

Ellos me cuentan cosas sobre sus familias. Sergio tiene cuatro hermanos y, como me dijo Mauro, un montón de sobrinos de diferentes edades. No los ve demasiado, entre el trabajo y que viven un poco alejados de la ciudad, pero siempre que puede se escapa a visitarlos. Mauro me cuenta que él tiene una hermana que vive en Sudamérica y a la que hace años que no ve. Con sus padres tampoco tiene demasiada relación, porque no acaban de entender su condición sexual, pero a él no le importa en exceso. Yo les explico que estuve años sin hablarme con mis padres y que en los últimos meses he recuperado la relación con ellos y me siento encantada de haberlo hecho.

—Creo que me voy a ir a dormir —les digo, apurando mi copa de vino blanco.

—¿No quieres dormir con nosotros esta noche? —pregunta Sergio.

—¿Dormir o hacer la conga? —Lo miro con una ceja levantada.

Los dos se ríen a carcajadas.

—Podéis dormir los dos juntos, yo me puedo poner en una esquina —les digo cuando estamos a punto de meternos en su cama.

—Venga, deja de quejarte y métete ya. —Sergio tira de mi mano y caigo sobre él.

Me recoloco entre sus cuerpos y Mauro nos tapa a los tres.

—Buenas noches, *cielos* —dice Sergio, mientras alarga la mano para apagar la luz.

—Buenas noches, *cariños* míos —contesto, sin poder aguantarme la risa.

Mauro me da un guantazo en el muslo. Se acerca a mi oído y me besa en la mejilla.

—Buenas noches, *corazones de mi corazón*.

—Qué cursis nos estamos volviendo —se queja Sergio.

—Calla y duerme. —Le doy un golpe en el pecho con mi mano.

—Callaos ya, pesados —bromea Mauro.

Y allí nos quedamos los tres, abrazados. Ellos no sé, pero yo encantada de la vida de tenerlos a mi lado.

Por la mañana, me sacan de la cama a rastras para seguir con nuestro recorrido por la ciudad. Al parecer, se han empeñado en que sea una experta antes de marcharme y, además, creo que me tienen ocupada para que no piense en Jorge.

Sí, desde que empecé a trabajar con Mauro, ha sido todo un frenesí. No he parado ni un momento. Pero eso es solo cansancio físico y mental, por una parte. Lo peor, la inquietud por mi relación con Jorge ha sido un caos en mi cabeza, y en todo el cuerpo, para qué negarlo. Me pasé semanas sin apenas comer cuando se marchó a finales de octubre. Después, otras semanas comiendo como una posesa por la incertidumbre. Hasta que no entendí que las cosas entre nosotros no iban a llegar a ninguna parte, no me tranquilicé un poco. El estómago y las tripas se me volvieron del revés y no sabía muy bien dónde tenía cada órgano. De la opresión en el pecho, mejor ni acordarme, porque durante meses enteros parecía que llevaba una bola de presidiario colgada al cuello.

Me he repetido un millón de veces que todo pasará, que tengo que volver a ser yo. Sin cadenas, sin pesos sobre los hombros, ligera como la pluma que llevo tatuada en medio del esternón. Ahora mismo me siento otra vez con fuerza, pero no sé lo que van a durarme estos cambios de ánimo. Un día parece que voy a ser capaz de hacerlo y, al siguiente, me quiero morir de pena. Y no, esto no es sano. Así que vuelvo a convencerme de que debo seguir adelante y confiar en que el tiempo, como me dijo Carlota, lo ponga todo en su sitio.

A la hora de comer, nos dirigimos a un restaurante cerca de la Basílica. Sergio entra primero y habla con el camarero, que le dice que, por suerte, tiene una mesa libre. Mauro y yo los seguimos, hablando y riendo sin hacerles demasiado caso. De repente, nos chocamos con la ancha espalda de Sergio, porque se ha detenido de golpe.

—Sergio, avisa, porque he estado a punto de romperme los dientes con tu espalda —me quejo entre risas.

Él gira su cabeza hacia atrás.

—Tenemos un problema —dice y mira muy serio a Mauro.

—¿Qué pasa? —pregunta su compañero.

Sergio señala con la barbilla hacia un rincón del comedor, y yo miro por encima de su hombro. El corazón se me para en medio de un latido. Me empiezan a temblar las manos y las piernas. Jorge está sentado en una mesa. Frente a él hay una chica, de espaldas a nosotros. Puedo ver que ella tiene el pelo castaño claro liso por encima de los hombros. Solo veo que viste un

jersey de punto en color rosa palo y un abrigo negro cuelga de su silla. Jorge tiene el pelo bastante largo y lleva puestas las gafas rojas de pasta. Su semblante está bastante demacrado y serio.

—Vámonos a otro sitio —dice Sergio.

—Joder, puta casualidad, hostia —se queja Mauro, y sé que cuando dice tantas palabrotas en una sola frase significa que está enfadado o asqueado. Como yo en este momento, o algo parecido.

—No es necesario. Nuestra mesa está al otro lado del comedor —les digo, haciendo acopio de todas mis fuerzas para intentar calmarme.

—No, Vera. No es buena idea —dice Sergio.

—Alguna vez tendré que enfrentarme a esto. No puedo estar toda la vida temiendo encontrarme con él —contesto un poco irritada, porque no quiero que se convierta en un problema para nadie.

—¿Estás segura? —pregunta Mauro con sus ojos clavados en los míos—. Tendremos que saludar, si nos ve.

—Pues saludamos. —Intento sonreír.

El camarero nos mira impaciente.

—De acuerdo. Quédate detrás de mí, quizá no nos vean —dice Sergio.

Mauro se coloca detrás de mí y caminamos juntos tras el camarero.

—Está visto que lo nuestro son las congas —digo sin poder contenerme; no sé si es por los nervios, pero empiezo a reírme con los dientes apretados.

Mauro me da un pellizco en la cintura y se ríe también. Sergio se gira y nos reprende con la mirada, pero, al vernos reír, hace un mohín y yo aún me río más. Caminamos por entre las mesas sin mirar hacia donde Jorge está sentado.

—Mauro, Sergio. —Oigo una voz femenina.

—Mierda —suelta Mauro en un susurro.

Nos giramos los tres hacia donde la voz los reclama y veo a la chica, que sonrío y saluda con la mano. Jorge tiene los puños apretados sobre la mesa y nos mira con el ceño fruncido.

—Os están llamando —digo, sin dejar de fingir mi sonrisa.

—Espere un segundo, que tenemos que saludar —le dice Sergio al camarero.

Pasamos los tres por el centro del comedor para dirigirnos hacia ellos. El corazón me bombea a quinientas pulsaciones por minuto. Me tiemblan hasta las pestañas, pero sigo a Mauro sin mirar a Jorge a la cara.

—Hola, ¿qué tal estáis? —Se levanta ella, muy educada, y saluda a Mauro con dos besos.

—Muy bien, Carmen —contesta él.

Sergio le da la mano a su amigo, que sigue sentado en la silla. Me aparto un poco mientras se saludan con besos y apretones. La chica me mira con una sonrisa, imagino que esperando a que alguien nos presente.

—Ella es Vera —le dice Sergio—. Ella es Carmen —me dice a mí, con una sonrisa preocupada.

Me acerco a ella y le doy dos besos. Tiene los ojos marrones y pequeños. La nariz también pequeña y los dientes perfectamente alineados.

—Hola, encantada de conocerte —saludo.

—Igualmente —contesta, sin dejar de sonreír.

—A Jorge ya lo conoces —dice Mauro con tono provocador.

—Sí. —Giro la cabeza para encontrarme con sus ojos tristes. Tengo el corazón en la boca, pero me acerco para darle dos besos—. Hola, Jorge. Siento la muerte de tu madre —le digo, porque no me sale nada más que decir.

—Hola, Vera. Gracias —contesta sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Por qué no os sentáis con nosotros? —dice ella y nos ofrece el resto de las sillas.

—No, no queremos molestar —apunta Sergio, creo que más serio de lo que pretendía.

—No molestáis. Además, quizá animéis un poco a Jorge, yo no consigo que sonría siquiera. —Lo mira con pena.

—No, Carmen. De verdad. Ya hemos pedido una mesa y el camarero nos va a pegar la bronca —contesta Mauro.

—No seáis tontos —dice ella, mientras arrastra una silla—. Le decís al camarero que os sentáis aquí y ya está.

Mauro y Sergio me miran a mí. Yo me encojo de hombros sin saber qué contestar. Jorge no ha dicho ni una palabra, y evito mirarlo porque no quiero volver a ver su expresión de *zombie*. Me duele verlo así, aunque le arrancaría la cabeza ahora mismo. Debe de estar muy afectado por la muerte de su madre. Quizá sea cierto que sus amigos puedan animarlo. Dios, ya no sé ni lo que pienso.

—Está bien. Si no os importa... —dice Sergio, y mira a Jorge. Él se encoge de hombros.

Sergio se aleja hacia la barra para avisar al camarero de que no vamos a utilizar la mesa libre y que nos reubicamos en otra.

Esto va a ser cojonudo, como diría mi abuela Clara.

Mauro se sienta junto a Carmen, Sergio junto a Jorge y yo en la presidencia

de la mesa. Así, con las mejores vistas de todos.

El camarero viene a ponernos los manteles, los cubiertos y las copas.

—Y dime, Vera, ¿de qué conoces a estos tres? —me pregunta Carmen.

Al parecer nadie le ha hablado de mí a esta chica. Estupendo. A ver qué me invento yo ahora.

—La conocimos en la playa. Cuando estuvimos de vacaciones en junio pasado —interviene Mauro.

—Ah, antes de nuestra boda. —Señala a Jorge sin dejar de mirarme.

—Sí —contesto—. Le tiré una copa a Mauro por encima en un pub —improvisado, porque veo que la chica no se ha quedado del todo conforme con la escueta explicación de Mauro.

—No me extraña, con lo loco que se pone cuando baila. —Se ríe ella.

—Sí, y yo no me quedo atrás. Me choqué con él. —Sonrío sin muchas ganas.

El camarero vuelve para anotar lo que queremos comer, pero yo ni siquiera he mirado la carta.

—¿Qué me recomendáis? —les digo a Sergio y Mauro.

—Aquí hacen buena pasta —contesta Jorge, haciendo que dé un respingo en mi silla.

—Ah, bien. Gracias —digo sin mirarlo y abro la carta por esa parte.

Los demás piden su comida, pero no oigo nada porque estoy intentando leer algún plato. Por fin encuentro uno con pasta a los cuatro quesos.

—Ya he pedido lambrusco. —Se acerca Mauro a mi oído.

—Gracias. Aunque creo que hoy debería beber algo más fuerte —contesto, sin dejar de sonreírle.

—No te preocupes, todo irá bien. —Me agarra por la mejilla.

—¿Y qué te ha traído a Zaragoza, Vera? —pregunta Carmen de nuevo.

—Trabajo.

—¿En qué trabajas?

No veo que esté tan interesada en mí por ninguna razón en especial, o eso me parece. Creo que solo es curiosidad; si no, imagino que alguien habría dicho algo. Sergio sigue nuestra conversación con bastante interés, quizá para echarme una mano. A Jorge ni lo miro.

—Soy pintora y decoro también —contesto sin querer extenderme más.

—Ah, como Mauro. —Sonríe, mirándolo.

—No, Carmen. Yo coloco en los espacios sus creaciones. Ella es la que crea, yo el que vende —aclara él.

—Ah, espera... —Me mira intensamente—. Eres la Vera del cuadro que Jorge tiene colgado en su despacho. Una playa con la luna llena —dice.

Vaya, ni siquiera ha colgado mi cuadro en su casa.

—Sí, es suyo —interviene Jorge en tono bastante seco, imagino para que no se me ocurra decir que se lo regalé.

—Y yo le compré nueve más. Son muy buenos —habla Mauro—. Los vendí todos en una semana. Y ahora ella trabaja conmigo.

—Qué bien. Mauro tiene muy buen criterio para esas cosas. Yo no entiendo ni una palabra. Aunque me gusta mucho el cuadro de Jorge —me alaba con sinceridad.

—Gracias.

El camarero hace acto de presencia y deja frente a nosotros las bebidas que hemos pedido. Mauro coge la botella de lambrusco y me llena la copa hasta el borde.

—Bebe, anda. Que falta nos hace. —Sonríe.

—¿Estarás mucho tiempo por aquí? —vuelve a preguntar ella.

—Un par de semanas, imagino. Lo que tarde en acabar lo que estoy haciendo —contesto, tras beber media copa del líquido rosáceo.

—¿Y qué estás haciendo?

Me está poniendo ya un poco nerviosa esta mujer con tanta pregunta, y no puedo evitar removerme en la silla. No es por ella. Yo estoy encantada de hablar de mi trabajo, pero Jorge no deja de escrutarme en cada contestación que doy.

—Deja ya de preguntar, Carmen. No es necesario saber todo de la gente la primera vez que los conoces —interrumpe Jorge con tono irritado.

Ella lo mira con el ceño fruncido.

—No importa. Solo es trabajo —digo, para quitarle importancia y porque me molesta el tono que ha empleado. Supongo que no quiere que se me escape ningún detalle que no deba saber su mujer—. Estoy pintando un mural en la pared del piso de un cliente —contesto. Vuelvo a beber otro sorbo de vino y Mauro me rellena la copa.

—¿También pintas en paredes? —Se sorprende ella.

—Es la primera vez que lo hago, pero creo que quedará genial.

—Quedará fantástico. —Mauro me mira con una sonrisa coqueta. No sé qué pretende, pero por el rabillo del ojo veo que Sergio se muerde el labio superior, intentando contener la risa, y que Jorge cada vez está más cabreado —. Eres la mejor.

—Vaya, veo que tienes muy impresionado a Mauro —comenta Carmen—. ¿No irás a cambiar de acera a estas alturas? —Le da un golpe amistoso en el brazo a Mauro.

—Qué va. Me mira con muy buenos ojos. Es un exagerado —contesto, sin dejar de mirar a mi amigo, que tiene sus ojos clavados en los míos. Sí, definitivamente, está coqueteando conmigo y se me escapa la risa—. Para, que se está cabreando. —Pego mis labios a su mejilla. No sé por qué narices le estoy siguiendo el rollo.

—Que le den —contesta en un susurro.

Me separo de él y veo a Jorge que se tensa en la silla.

—¿Me he perdido algo? —pregunta irritado.

—Te has perdido tres meses —contesta Sergio, como si nada.

Empiezo a pensar que sentarnos todos juntos no ha sido una buena idea. Toda la relajación que he conseguido el fin de semana se me escapa del cuerpo y me noto un poco tensa, pero Mauro y Sergio me lo ponen bastante fácil. Creo que Jorge está mucho más incómodo que yo, así que intento quitarme la rigidez.

—Sergio, ¿esta semana sales de viaje, finalmente? —pregunto para cambiar un poco de tema.

—Sí, me marchó el martes y vuelvo el miércoles. Te va a tocar dormir con Mauro otra vez. El pobre duerme fatal solo. —Mira a su compañero y me guiña un ojo.

La mandíbula de Jorge está a punto de partirse, de tan apretada que la tiene. Joder, esto se va a poner feo, feo.

—Al menos no ronca —suelto—. Y ya estoy acostumbrada. Me he pasado varios meses durmiendo con Nadia y con Carlota en la misma cama. No puede ser peor que eso —bromeo e intento desviar el tema otra vez.

—Qué suerte poder dormir con alguien a tu lado. Jorge no acaba de acostumbrarse a que durmamos juntos y se va en mitad de la noche a otra habitación para no molestarme, porque se mueve mucho —comenta Carmen sin ningún afán de crítica, sino más bien lo contrario.

Ahora sí que miro a Jorge, él tiene la cabeza agachada. No recuerdo que tuviera ningún problema para dormir conmigo las veces que lo hicimos juntos.

—Es cuestión de acostumbrarse. A todo se acostumbra una —contesto, esta vez sin sonreír y sin dejar de mirarlo. Levanta la vista y veo que se le oscurecen los ojos y me mira arrepentido. Más vale que se arrepienta porque no solo me ha mentado a mí, sino que lleva engañando a su mujer todo este

tiempo, no le ha contado nada y a mí tampoco. No ha hecho nada para *arreglar* su situación.

El camarero vuelve a aparecer y deja los platos que hemos pedido. Aparto la mirada de Jorge y miro mi plato. Aspiro el olor que desprende y cierro los ojos.

—Vaya, huele de maravilla. —Cojo el tenedor y pincho un macarrón. Me lo meto en la boca y lo saboreo—. Y sabe aún mejor. Veo que no mentías en cuanto a la pasta. —Levanto la cabeza hacia Jorge y sonrío con falsedad descarada. Él no contesta.

Dios, esto no es nada agradable. Sergio me acaricia la pierna por debajo de la mesa para animarme. Lo miro y me sonrío a medias. Mauro vuelve a llenar mi copa.

—Mauro, deja de ponerme vino o voy a salir de aquí bailando la conga —lo riño en broma. En el acto me doy cuenta de lo que acabo de decir y me tapo la boca para no reírme, porque él me mira con los ojos muy abiertos.

—Cariño, en público no podemos bailar la conga. —Se ríe Mauro. Y me parto de risa bajo mi mano.

—¿Pasa algo? —pregunta Jorge, dejando su tenedor sobre el plato.

—Nada, cosas nuestras —contesta Sergio.

—Si nos lo contáis, quizá podamos reírnos todos. —Se impacienta.

—¿De verdad quieres saberlo? —Lo desafía Mauro con la mirada. Le doy una patada por debajo de la mesa. Él me mira y sonrío—. No, no quiere saberlo.

—Quizá sí quiera saberlo —insiste.

Veo que Carmen nos mira sin entender nada, pero no abre la boca.

—¿Te los has follado? —pregunta de repente.

—Jorge, eso no es asunto tuyo —lo increpa Carmen.

—*Tu mujer* tiene razón. No es de tu incumbencia —sentencio, haciendo hincapié en el parentesco de ella.

—Perdónalo, Vera, está muy nervioso con el tema de su madre —lo disculpa ella.

—No importa. Ya lo imagino.

—No has contestado a mi pregunta —insiste Jorge.

—Ni la voy a contestar. No tenemos tanta confianza como para contarte mi vida privada. —Me meto otro macarrón en la boca.

—Jorge, ¿qué te pasa? —dice Carmen, preocupada.

—Cállate, Carmen, por favor —le dice sin mirarla y sin levantar

demasiado la voz.

—Eh, no le hables así a tu mujer o te juro que te clavo el tenedor en la yugular, cretino —contesto enfadada y lo señalo con el cubierto que tengo entre los dedos.

Mauro me coge la mano que tengo levantada. Jorge respira hondo varias veces y aprieta los puños. Carmen me mira sorprendida por mi reacción, imagino. Sergio pone su mano sobre el antebrazo de Jorge para calmarlo.

—Vamos a tranquilizarnos todos —Sergio habla y me mira con cautela.

—Está visto que ocurre algo que yo no sé. Cuando quieras contármelo, vienes a casa. —Carmen se levanta de su asiento enfadada, con razón, coge su abrigo y su bolso y se marcha. Creo que se imagina, por fin, lo que pasa.

Jorge no la detiene. Solo me mira a mí con los ojos llenos de una mezcla de rabia y pena. Sergio sigue con su mano sobre él. Mauro agarra la mía. Se me empiezan a llenar los párpados de lágrimas, pero no dejo de mirarlo y no puedo creer que el hombre que tengo delante sea el mismo del que me enamoré hace seis meses. Arranco a sollozar e intento calmarme, respirando hondo. Mauro me abraza por los hombros y me besa el pelo.

—Tranquila, cariño —susurra en mi sien.

—No la toques, pedazo de cabrón —dice Jorge a su amigo.

Mauro se separa de mí, pero no me suelta la mano y lo mira con los ojos encendidos. Apoya el codo derecho sobre la mesa y lo señala con el dedo.

—Escúchame bien, capullo —dice enfadado, pero sin levantar la voz—. Vete ahora mismo a tu casa y explícale a tu mujer la mentira que te apetezca, pero deja de hacernos daño. Nosotros sabemos la verdad y no pienso permitir que nos hables de esta forma. Vera no se merece que la trates como lo has hecho, ¿me oyes? —termina con los dientes apretados.

Jorge lo mira y luego me mira a mí. Las lágrimas resbalan por mis mejillas sin parar y me las limpio con la manga del jersey. Dios, ¿cómo hemos acabado así? Tengo ganas de salir corriendo de aquí, pero no. Basta de huir, basta de no enfrentarme a Jorge.

—No. No vas a ir a ninguna parte sin antes explicarme por qué sigues mintiendo —digo, después de tragarme el nudo que tengo en la garganta—. Quiero saberlo. Quiero saber por qué me mientes, por qué no cumples nada de lo que dices. Y no te vas a levantar de esa silla hasta que lo digas. —Lo miro desafiante. Ya estoy harta. Estoy cansada de este sinvivir—. Piensa bien lo que vas a decir, porque es la última oportunidad que te voy a dar.

El restaurante está lleno hasta la bandera y hay bastante ruido. No me había

dado cuenta hasta ahora que nos hemos quedado todos en silencio. Y lo agradezco, porque, si alguien ha escuchado lo que ha pasado en nuestra mesa, debe de estar flipando en colores.

Jorge me mira con los ojos enrojecidos. Creo que no lo había visto tan triste desde que nos despedimos la primera vez, en junio. Aunque aquella tarde también había ilusión en su mirada. Aquello parecía el comienzo, y esto parece el fin.

—Ya sabes la respuesta. Soy un cobarde, en mayúsculas —contesta, vocalizando la palabra en sus labios.

—¿Por qué lo eres, Jorge? —pregunto más tranquila, porque al menos ha hablado.

—No lo sé. —Se pasa las manos por el pelo.

—¿Qué quieres? —insisto. Él no me mira—. Jorge, mírame —pido. Levanta los ojos y se encuentra con los míos—. ¿Qué quieres? —repito con convicción.

—Te quiero a ti, joder. —Y rompe a llorar con las manos en la cabeza.

Respuesta correcta.

Me levanto de la silla y le pido a Sergio que me cambie el sitio. Él se levanta y se sienta en el que he dejado libre. Me coloco de lado junto a Jorge. Me inclino sobre su hombro y le cojo una de sus manos. Él sigue llorando, en silencio.

—Jorge —susurro junto a su mejilla, y tenerlo cerca después de tanto tiempo me vuelve a llenar el estómago de un nudo más grande que mi cuerpo entero—. Jorge.

Por fin me mira. Le levanto las gafas y se las coloco de diadema sobre el pelo, tal como las llevaba cuando lo conocí. Le cojo las mejillas con mis manos y le paso los pulgares por debajo de los ojos para secarle las lágrimas. Cierra los ojos y aspira profundamente.

—No sabes cómo te echo de menos —susurra. Abre los ojos y se gira para quedar frente a mí—. Vera... —Pone sus manos sobre las mías.

—Escúchame bien, porque solo lo voy a decir una vez —le digo en voz baja—. Si de verdad me quieres, haz algo. Lo que sea, pero hazlo. No podemos estar así. Decide lo que quieres hacer con tu vida y deja que haga la mía. Tienes dos semanas. Cuando me vaya de aquí, no habrá más opciones. O estás conmigo o sin mí —termino.

—No puedo hacer que te tragues mis problemas —contesta con tristeza.

—Me tragaré lo que haga falta si estás conmigo —digo con toda seguridad.

Apoya su frente en la mía y suspira cerca de mis labios. Su aliento me quema la piel como siempre lo ha hecho. No podré vivir sin él. Ahora lo sé con certeza. No viviré sin él, solo sobreviviré. Es la última oportunidad. La última.

—Déjame besarte, por si es la última vez. —Se acerca a mi boca.

Cierro los ojos y rozo mis labios con los suyos. Pone sus manos sobre mi cara de igual modo que yo tengo las mías en la suya. Me besa con lentitud y yo saboreo de nuevo su piel suave. Y después de tanto tiempo, siento que estoy en casa. Mi lugar en este maldito mundo está aquí, en este restaurante, junto a él. Su lengua me abrasa por dentro como nadie lo hará jamás. Me aparto de él y se inclina para seguir besándome. No quiero separarme de su boca nunca más, pero este no es el sitio ni el momento.

—Jorge —susurro en sus labios.

—Por favor, Vera, no me dejes —suplica—. Estoy muerto sin ti.

—Acabemos de comer y ve a casa. Tienes cosas que solucionar. Pero habla conmigo. No me dejes fuera de tu vida. Cuéntame tus problemas, como dices. No puedo ayudarte si no sé a qué te refieres —le digo.

Mi madre tiene razón. Yo no me rindo, jamás. Mientras haya un resquicio por donde pueda colarse mi esperanza, allí que voy de cabeza. Y sí, quiero a Jorge y, si él no lucha porque no puede, yo haré que pueda.

—No sabes lo que te quiero. —Me da un beso en la frente—. Está bien. Esta noche iré a verte y te lo contaré todo. Pero tienes razón, tengo cosas que solucionar. —Levanta mi cara y me mira a los ojos—. Esta vez va en serio.

—Más te vale, porque no pienso darte otra oportunidad —le digo y, aunque sé que es cierto, me muero de miedo, porque no estoy segura de que esta vez sea la definitiva. O sí, quizá sea el final para dejarlo todo atrás y seguir adelante. Pero necesito saber que no se me escapa ninguna opción de conseguirlo.

Vuelve a besarme y nos separamos, aunque nos quedamos pegados el uno al otro. Me giro para volver a mi sitio en la mesa. Veo a Mauro, ahora sentado frente a Jorge, donde antes estaba Carmen. Y Sergio se ha sentado frente a mí.

—¿Cuándo habéis hecho este cambio?

—Mientras le metías la lengua hasta el corvejón —contesta Mauro, divertido.

—Oye, Jorge. Puedes venir a casa, si lo necesitas —le ofrece Sergio con sinceridad.

—Gracias —contesta y alarga su mano para estrechar la de su amigo—.

Siento mucho todo esto. —Observa a Mauro.

—Te perdono. Pero, como vuelvas a llamarme cabrón en el tono de antes, te arranco las pelotas y se las doy de comer a los cerdos —contesta el aludido, apoyando los codos sobre la mesa.

—Tienes razón. Lo siento. —Jorge coge su brazo y lo aprieta.

—Y como vuelvas a hacer llorar a mi niña, te descuartizo. No te la mereces, pedazo de cabrón. —Sonríe, pero sé que lo dice en serio.

Jorge me mira y me rodea con el brazo por los hombros.

Nos quedamos en silencio después de relajarnos un poco y comemos despacio, intentando hacer bajar el mal trago con la comida, que se ha quedado fría, pero nadie se queja.

Al cabo de una hora, nos despedimos de Jorge en la puerta del restaurante. Los tres se abrazan con sonoras palmadas en la espalda. Cómo me alegra verlos juntos de nuevo. Esa imagen me devuelve a la playa, al verano, al recuerdo de aquellos días felices y sin complicaciones.

—No sabes cómo te agradezco que hayas tenido los huevos de hablarme como lo has hecho —me dice al oído.

—Los ovarios —lo corrijo—. Tengo ovarios, no huevos. —Me río en su cuello—. Y si tú eres el cobarde, alguien tiene que hacer el papel de valiente.

—No más dudas ni mentiras. Te lo prometo.

—No más palabras, Jorge. Quiero hechos —contesto, con tono contundente.

—Sí, esta vez de verdad. —Separa su cuerpo del mío y me besa en los labios—. Te veo esta noche.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Hasta luego.

Nos separamos, y me voy con Sergio y Mauro calle arriba en busca del coche. Jorge se va en dirección contraria a la nuestra. El trayecto hasta casa lo hacemos en silencio, pero veo como Mauro y Sergio se miran de reojo. Creo que tienen las mismas dudas que yo con respecto a Jorge, pero he dicho que le iba a dar la última oportunidad, y yo sí cumplo mis promesas.

Subimos al ático, y voy a la habitación de mis amigos para decirles que me voy a echar un rato a dormir porque estoy agotada. Demasiadas emociones en las últimas dos horas. Me lavo los dientes y me meto en la cama en bragas y una sudadera. No me da tiempo a pensar en nada, el sopor que tengo me arrastra a un profundo sueño.

Cuando me despierto, la habitación está completamente a oscuras. Deben

de ser más de las seis y ha debido de anochecer. Noto un cuerpo a mi lado y un brazo alrededor de mi cintura. Su olor es inconfundible. Le acaricio la mano que tiene sobre mi abdomen por encima de la ropa de cama.

—¿Ya estás despierta? —pregunta Jorge a mi espalda.

—Sí. ¿Qué hora es? —pregunto, porque no sé cuánto tiempo he dormido.

—Las ocho pasadas —contesta.

—Joder, ¿he dormido más de tres horas? —Me doy la vuelta para quedar frente a él. No puedo verlo con claridad. Mis ojos aún no se han acostumbrado a la oscuridad—. ¿Cuándo has llegado? —Tanteo con mi mano donde creo que tiene la cara.

—Hace un rato —contesta, y noto su aliento muy cerca.

—¿Quieres hablar?

—Le he contado todo a Carmen. Y le he dicho que quiero que nos divorciemos. No ha puesto objeción. Ya había imaginado algo así en la comida. Le he pedido perdón por haberle mentado. No se lo merece, es una buena persona. —Inspira con fuerza—. El otro tema es más complicado. Quiero que lo hablemos con tranquilidad, con Mauro y Sergio. Ellos ya lo saben, aunque no con detalle —dice y se queda en silencio.

—¿Hay otro tema? —pregunto extrañada.

—Sí.

—¿Por qué no te has divorciado antes? Tu madre no se hubiese enterado de nada. ¿Por qué no lo hiciste cuando te marchaste de mi casa después de hablar la última noche?

—Porque mi madre estaba ya muy mal y no quise separarme de ella, no podía pensar en otra cosa que no fuese en su inminente muerte. Estaba muy aturdido. Sé que debí hacerlo, pero no lo hice. Además, está ese otro tema que debo contarte. —Suspira—. Lo siento mucho, Vera. Debí contártelo todo antes. Me sentí perdido y no podía ir a verte, porque tú me lo pediste y tenías razón, debía hacer las cosas bien. Empezar los dos, de nuevo.

—De acuerdo. No pensemos más en lo que debimos hacer y pensemos en lo que vamos a hacer a partir de ahora.

Sube su mano desde mi cintura hasta mi cuello. Se acerca, y ahora sí puedo verlo a través de la poca luz que entra por la ventana. Siento sus labios en los míos. Me besa despacio, como lo hizo esta tarde en el restaurante. Su lengua invade mi boca y se enreda con la mía. Lo abrazo por encima de su hombro y aprieto mi cuerpo contra el suyo, pero noto que él está encima del edredón. Arrastro la tela y salgo de debajo de las sábanas. Me vuelvo a colocar a su

lado y me pego a su cuerpo. Meto mis manos por debajo de su jersey y le acaricio la espalda. Noto su calor bajo las palmas de mis manos y cierro los ojos para disfrutar de la sensación que me produce volver a sentirlo piel con piel. Él hace lo mismo por debajo de mi sudadera, y notar sus dedos de nuevo me produce un escalofrío que me sacude con violencia.

El beso se vuelve más acelerado y nuestros movimientos, más desesperados. Se tumba de espaldas y me arrastra con él hasta subirme a horcajadas sobre su abdomen. Pone sus manos sobre mis nalgas y me aprieta con su cuerpo. Un gemido sale de mi garganta al notar su erección entre las piernas. Su jadeo continuo me desespera aún más y tiro de su jersey hacia arriba para sacarlo por su cabeza. Le acaricio el pecho y vuelvo a besarlo con más fuerza. Le desabrocho el pantalón con prisas y libero su erección al bajar su ropa hasta las rodillas. La cojo con mi mano derecha y aprieto fuerte arriba y abajo. Él jadea más fuerte.

—Para o me correré en dos segundos —me pide.

—¿Ya? —me sorprendo.

—Llevo semanas sin...

—¿Nada?

—Nada de nada.

—Pero...

—Nada desde antes de morir mi madre. No he estado bien.

Asiento, comprendiendo lo que dice. Yo tampoco he tenido ganas de nada en los últimos meses.

—¿Sigues llevando un condón en la cartera?

—No.

—¿Mauro y Sergio están ahí afuera?

—Sí.

—Vale, espera un momento.

Me bajo de un salto de encima de su cuerpo y salgo de la habitación. Veo luz en el salón y me encuentro a los dos en el sofá, viendo la tele.

—Chicos —los llamo desde la puerta. Los dos se giran para mirarme—. ¿Tenéis un condón?

Se miran el uno al otro y se ríen a carcajadas. Mauro se levanta y viene a mi encuentro. Me coge de la mano y me arrastra por el pasillo hasta su habitación. Abre un cajón de la cómoda y me lanza una caja.

—Quédatelos, nosotros solo los usamos de vez en cuando. —Me guiña un ojo.

—¿No estarán caducados? —bromeo.

—No, tranquila.

—Gracias. —Corro y me meto en la habitación, cerrando la puerta tras de mí—. Ya estoy aquí. —Me tiro sobre el pecho de Jorge.

—¿Adónde has ido?

—A pedir condones.

—¿Esos dos usan condones? —se extraña.

—No lo sé. Era eso, o bajar en bragas a buscar una farmacia de guardia.

Alargo mi mano derecha y enciendo la luz de la mesita porque no veo nada y necesito ver a Jorge, necesito ver sus ojos. Me mira un instante con expresión velada y brillante.

—Ven aquí.

Me arrastra por su cuerpo hasta dejar su boca a pocos centímetros de la suya. Su respiración se acelera y me llega su aliento caliente y dulce. Roza sus labios con los míos, despacio, sin llegar a besarme. Se me escapa un gemido cuando siento sus manos bajo de mis bragas. Me estoy volviendo loca.

—Dios, Jorge. Bésame, bésame ya...

—Aún no, fiera.

Jadea en mi boca y tira de mi ropa interior, en direcciones contrarias, hasta que oigo un crujido y la tela de encaje se separa, dejando el centro de mis piernas al descubierto.

—¿Era necesario? —Me río en su boca.

—Sí, lo era. —Y mete sus dedos dentro de mi cuerpo.

Se me escapa un grito que él ahoga con su lengua. Alcanzo el preservativo y se lo coloco a toda prisa, porque sus dedos me están torturando y lo necesito dentro ya. Me inclino y pongo su erección en mi entrada.

—Fóllame, Vera. Fóllame hasta que lo saque todo —susurra en mi boca.

Y sí, los dos necesitamos sacarlo todo; la pena, la rabia, la incertidumbre, el dolor, los meses de desesperación.

Le levanto los brazos por encima de su cabeza y enlazo mis dedos con los suyos. Lo beso fuerte y me siento sobre su erección de golpe, hundiéndola dentro de mí hasta el fondo. Ahogamos un grito mutuo al sentirnos dentro de nuevo.

—¿Así? —Le muerdo los labios.

—Así, me vuelves loco. Estoy loco por ti, fiera. —Ahora es él quien me muerde la boca, y volver a oírlo llamarme *fiera* enciende mi cuerpo como una cerilla.

—Siempre seré tu fiera.

Él se suelta de mis manos y pone una entre nuestros cuerpos para tocar mis pliegues abultados mientras no dejo de moverme. Sus caderas siguen el ritmo de las mías, y yo apoyo mis brazos bajo su cuello.

—Vamos, cariño. Quiero volver a oírte gritar, necesito oírte gritar mi nombre. —Gime cada vez con más celeridad.

El movimiento de nuestras caderas, sus caricias, sus palabras y sus besos se mezclan dentro de mi cuerpo, y siento los espasmos que invaden mi interior. Un hormigueo me recorre desde la punta de los pies hasta la nuca, noto como se extiende el orgasmo a través de mis venas y grito, esta vez sin reprimirme.

—Sí... me corro, Jorge... —Exploto en mil pedazos, pero no dejo de moverme sobre su cuerpo.

Jorge se tensa en mi interior y me aprieta más fuerte.

—Veraaaa, me matas por dentro... —grita como si fuese el primer orgasmo que tiene en su vida.

Se incorpora para abrazarme y hundir su boca en mi cuello. Arrastra sus dedos por mi espalda. Me besa los hombros. Aparta el pelo y tira de él con más fuerza.

—Te deseo tanto... —susurra mientras pasa su lengua por mi barbilla.

Yo aún no he dejado de moverme sobre su cuerpo; aunque el ritmo es mucho más lento, no puedo dejar de hacerlo. No quiero que se acabe. Necesito tenerlo pegado a mi piel todo el tiempo. Lo he echado tanto de menos en los últimos meses que no sé cómo no me he hecho añicos por su ausencia. Mis latidos vuelven a la normalidad. Su respiración se calma y nos abrazamos fuerte. Tanto que creo podríamos fundirnos el uno en el otro.

De repente, oigo aplausos y silbidos detrás de la puerta. Levanto la cabeza asustada.

—¡¡Bravoooooooo!! A eso se le llama el polvo de la reconciliación —grita Mauro desde el pasillo.

—La cena está lista —dice Sergio.

Oigo sus pasos alejarse. Y empiezo a reírme con fuerza. Jorge tiembla bajo mis piernas y lo oigo soltar unas carcajadas.

—Yo los mato.

Media hora más tarde estamos sentados a la mesa, después de ducharnos y ponernos el pijama. Jorge ha traído una maleta de mano con varios trajes y ropa de estar por casa, que ha dejado en el armario junto a la mía. Dice que en los próximos días traerá sus cosas al piso de Sergio y Mauro.

Cenamos tranquilos, volviendo a ser los de siempre; como cuando nos conocimos en la playa y pasamos días todos juntos. Me alegra verlos sonreír a los tres y hacerse bromas. Jorge no deja de acariciarme las manos, o la cara, o las piernas. Parece necesitado de mi contacto, y eso me hace sentir en el cielo, porque yo lo he echado de menos como a nadie en toda mi vida.

Recogemos la mesa entre los cuatro, y Jorge prepara unas copas de licor en la mesita baja, junto al sofá. Yo estoy sentada en una esquina y lo observo. Él sonríe y me mira de vez en cuando.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta burlón. Me entrega un chupito con un licor transparente.

—Sí, me gusta mucho. —Sonrío y cojo el vaso. Lo huelo y arrugo la nariz—. ¿Orujo?

—Lo vas a necesitar. —Se sienta junto a mí en el sofá y se bebe el contenido del suyo de un trago. Pone cara de haberse tragado un limón y me hace reír—. No te rías, fiero. Bebe, necesito que estés borracha para contarte lo que viene ahora y que no salgas corriendo.

—Me estás asustando.

—Bebe —casi me ordena.

—Mañana tengo que trabajar, no quiero ir con resaca —contesto, en un intento de calmarme. No sé qué es eso tan importante que quiere contarme y, además, que necesite que esté medio borracha para escucharlo.

—Irás con resaca, aunque no bebas. —Vuelve a llenar su vaso.

Poso el borde sobre mis labios, vuelco el líquido en mi boca y me lo trago. El alcohol me abrasa hasta el hígado y bufo.

—Arrrggg. ¿Seguro que es orujo? Parece alcohol de quemar —me quejo mientras el calor me sube hasta las mejillas y me baja por las piernas.

Él echa la cabeza hacia atrás, riéndose, y apoya su brazo sobre el respaldo del sofá.

—¿Habéis empezado la fiesta sin nosotros? —se queja Mauro, detrás de mí—. No tenéis vergüenza. —Finge estar enfadado y se sienta en el sillón que

hay junto al sofá.

Sergio lo sigue y se sienta sobre el reposabrazos junto a su compañero. Se inclinan los dos sobre la mesita y cogen un chupito cada uno. Se lo tragan de un golpe.

—Pues sí que es grave la cosa —digo.

—Escucha, Vera. No puedes contarle a nadie lo que voy a explicarte, ¿de acuerdo? No sabemos quién está implicado y no podemos correr riesgos. No más de los necesarios, al menos —empieza a hablar Jorge con tono bastante serio. Me encojo en la esquina del sofá y subo los pies al asiento para rodear mis rodillas con los brazos. Muevo la cabeza, dándole a entender que no voy a decir nada—. Tenemos un cliente muy importante en Madrid. Es una empresa de transporte que se dedica a distribuir todo tipo de material al resto del mundo y reciben también paquetes de fuera para entregarlos por toda España —sigue contando—. En mayo, haciendo una auditoría que ellos mismos nos encargaron, descubrimos varios movimientos bancarios que no teníamos muy claros, entre la sede de Madrid y la de Suiza. Se lo comunicamos al director financiero; necesitábamos ver las facturas y documentos correspondientes a esas transferencias. —Respira hondo—. En lugar de facilitarnos lo que pedíamos, nos concertaron una reunión con el director general. Nunca habíamos hablado con él. En cuanto lo vi, supe que aquello no era una simple transacción empresarial. Mi padre y yo habíamos tenido un millón de reuniones con directores de todo tipo, y aquel tío no era un simple empresario. Nos dijo que, siendo sus abogados de empresa, quería que confeccionáramos facturas, documentos, contratos y demás documentación con las fechas en las que se habían hecho las operaciones que habíamos descubierto.

—Eso es ilegal —interrumpo.

—No sabes cuánto —contesta él con una leve sonrisa.

—¿Por qué no lo habían hecho en su momento? —pregunto intrigada.

—Porque todo era ilegal, como bien has dicho, y no me refiero solo a la documentación. Debe de haber algo más gordo por cómo están las cosas ahora mismo —contesta antes de tragarse un nuevo chupito.

—¿Y cómo están?

—Deja que te explique el resto antes de llegar a la actualidad.

—Bien.

—Creo que nos pusieron en bandeja aquellas irregularidades para obligarnos a preguntar y ellos forzarnos a colaborar. —Vuelve a coger aire—. En un principio, les dijimos que no queríamos entrar en aquel tema y que se

buscaran otro bufete que les hiciera el trabajo, pero aquel tío se negó y nos dijo que el secreto profesional nos obligaba. Y que, si se nos ocurría ir a la policía o a cualquier otra entidad, nos haría desaparecer del mapa.

En ese momento alargó mi vaso hacia él.

—Llévalo.

—Te lo advertí. —Sonríe y coge la botella.

Me lo trago entero y me quedo con él en la mano por si necesito otro más adelante. Parece que esta vez ya no me quema la garganta.

—Sigue.

—Al final aceptamos. No tuvimos más remedio. Intentamos recopilar el máximo de información sobre la empresa, más de la que ya teníamos. La sede en Suiza es la más complicada, porque allí llega todo lo que se ha de distribuir al resto de Europa, y desde allí también envían a la sede en China. Aquí tienen otra delegación en Tarragona, por eso he ido varias veces allí a trabajar, con la excusa de la auditoría. No hemos encontrado nada en ninguna delegación, solo lo de Madrid y Suiza. —Vuelve a parar para beber—. Un par de días después de volver de verte en octubre —me mira y sé a qué día se refiere—, decidimos que debíamos ir a la policía, no queríamos seguir con aquello y pensamos que nos pondrían protección si les contábamos que nos habían amenazado. Nosotros no teníamos los medios para investigar por nuestra cuenta y presentar pruebas, debían hacerlo desde la policía.

»Antes de entrar por la puerta de la comisaría, se nos acercaron dos tíos y nos preguntaron adónde íbamos. Les dijimos que a hacer unas gestiones y se *ofrecieron* a acompañarnos dentro. Supimos en el acto que aquellos dos hombres habían sido enviados por el director de la empresa de transporte y tuvimos que disimular, poniendo una denuncia falsa por robo de un maletín de trabajo y salimos de allí. —Jorge se pasa la mano por la cara para despejarse.

—¿Os tienen vigilados? —pregunto con los ojos de par en par.

—Eso parece. Después de aquello, me paso el día mirando hacia atrás. — Se traga otro chupito.

—Jorge, el alcohol no va a ayudarte. —Le ofrezco mi vaso. Él lo llena y me lo bebo de un trago.

—No sabes cómo me alegro de no haber ido a verte ninguna de las veces que estuve en Tarragona. No quería que me siguieran hasta tu casa, aunque no estoy seguro de que lo hicieran hasta tan lejos. Pero por si acaso. —Me mira y me acaricia la mejilla.

—¿Quién sabe todo esto?

—Nosotros cuatro. Y mi padre.

—Y...

—No. Carmen no sabe nada —me interrumpe—. No creo que lleguen tan lejos de seguirnos a todos, sería muy de película.

Mauro y Sergio no han abierto la boca en todo este rato. Solo beben chupitos, igual que nosotros.

No sé por qué, pero me da una punzada en el estómago al analizar todo lo que me ha explicado.

—¿Dónde tiene sedes la empresa, has dicho? —pregunto.

—La central está en Madrid. Tienen delegaciones en Tarragona, Suiza y Shanghái.

—¿Cómo se llama la empresa? —vuelvo a preguntar, esta vez más nerviosa. Espero que no conteste lo que estoy pensando.

—Rand & Cold Transport.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Me cago en la puta.

—Joder. Es donde trabaja Carlota —contesto y alargo el vaso.

—¡¿Qué?! —gritan los tres a la vez.

Levanto la cabeza y abro los ojos. Agito mi vaso y Jorge vuelve a llenarlo. Me lo trago en un segundo. Me levanto del sofá, dejo el recipiente sobre la mesa y la rodeo para ponerme de pie junto a la chimenea. Cruzo los brazos sobre el pecho y me doy la vuelta. Los veo mirarme serios y expectantes.

—También es casualidad que, con la de empresas que hay en el país, ella haya ido a parar a esta —interviene Sergio, preocupado.

—La vida está plagada de casualidades, aunque nos empeñemos en creer otra cosa —contesta Mauro—. ¿Has pensado en cómo hemos llegado a trabajar Vera y yo juntos? ¿Qué posibilidades había de encontrarnos?

Vale, es genial que nos hayamos conocido y que estemos ahora donde estamos, pero tenemos un asunto entre manos...

—Podríamos ayudarte —interrumpo sus divagaciones—. Ella podría...

—Ni hablar —me corta Jorge, casi en un grito. Se levanta y viene hacia mí. Me abraza fuerte—. Ni se te ocurra decir lo que estás pensando.

—Ella trabaja en el departamento de importación y exportación. Podría investigar desde dentro.

—Que no, he dicho. —Se separa de mi cuerpo—. Vera, esto no es una película ni nosotros somos los héroes de nada, ¿me oyes? —Me mira fijamente a los ojos—. Solo tengo que encontrar la forma de hablar con la policía. Nada más.

—Puedo denunciarlo yo en mi pueblo. Allí podrían investigar sin que tengáis que intervenir vosotros. Podrían ponerse en contacto con la policía de aquí o la de Madrid.

—Vera, ¿no me has oído?

—No es tan mala idea —dice Sergio.

—Tú cállate. —Se gira para mirarlo con los ojos encendidos.

—Al menos deberías pensarlo —sugiere Mauro.

—¿Tú también? —le grita a su amigo—. ¿Así es como queréis cuidar de ella? —Se enfada más—. ¿Metiéndola en esta mierda?

—Jorge, vale ya. —Me suelto de su abrazo—. Solo estamos intentando ayudar.

—Vera, no quiero que te pase nada. —Me mira con tristeza en los ojos.

—Tú llevas meses con esto y no te ha pasado nada —argumento.

—Pero llevo a dos matones pegados al culo todo el día. No quiero que hagan lo mismo contigo.

—Vale. Pues pensemos en algo. Tú llamaste a la poli cuando Raquel estaba en mi piso. Me ayudaste. Nos ayudaste. —Cojo sus mejillas entre mis manos.

—Y no sabes el miedo que pasé pensando en que te podía pasar algo. Y solo era una pobre mujer desequilibrada. Estos tíos son profesionales. Ya me habrán seguido hasta aquí y no me hace ninguna gracia que me vean con vosotros. —Me mira un poco desesperado—. Estoy por volver a casa y olvidarme de todo esto. Hacer lo que dicen y se acabó.

—Una vez hayáis hecho el trabajo, ¿crees que no os pedirán hacer algo más? O si ya no os necesitan, ¿os van a dejar en paz y adiós muy buenas? ¿Cabos sueltos? —le digo, y yo misma me asusto de lo que acabo de soltar por la boca.

Jorge se aparta y empieza a dar pasos por el salón, tocándose la cabeza. Se le ve frustrado, enfadado y nervioso.

—Tranquilízate, Jorge —dice Sergio, yendo a su encuentro detrás del sofá. Lo coge por los hombros y lo mira de frente—. Quizá deberías volver a tu casa mientras Vera está aquí. Así no verán que sales mucho con ella ni con nosotros —propone sosegado.

—¡No! —grito—. No quiero que te vayas —casi le suplico, porque ahora que lo he recuperado, no quiero separarme de él.

—No me voy a ir a ninguna parte —contesta Jorge a su amigo.

Mauro se levanta y me abraza para tranquilizarme.

—Vamos a hacer lo siguiente —habla Sergio, aún frente a Jorge—. Iremos a trabajar como siempre. Mauro llevará a Vera y la recogerá, yo me iré por mi cuenta, como cada día, y tú harás lo mismo. Como si vivieras en otro piso de este edificio. Intentaremos salir lo menos posible los cuatro juntos —propone.

—Ya nos habrán visto a los tres juntos estos meses atrás. Y hoy... joder, hoy he besado a Vera en la puerta del restaurante. Seguro que nos han visto —contesta Jorge. Se suelta de los brazos de Sergio y vuelve a dar vueltas por el salón como un animal enjaulado.

—Bueno, deben entender que tienes amigos y una vida normal, además del trabajo. Salir a cenar, a comer o a lo que sea les debe parecer habitual. Si haces una vida normal, no tendrían por qué sospechar nada —argumenta Mauro.

—Acabo de largarme de mi casa con una maleta. Eso no es normal —contesta irritado.

—La gente se separa y se divorcia cada día —dice Sergio—. ¿Has quedado en algo con Carmen? ¿Vais a redactar el divorcio en tu despacho?

—Sí, he quedado con ella el martes por la mañana.

—Bien. Deben saber que es tu mujer, o tu pareja o lo que sea, y si tienen vuestro despacho vigilado, verán que entra allí y que ya no vives en tu casa —dice Sergio—. O, simplemente, llámalos y les dices que te vas a retrasar con el trabajo porque te estás divorciando, yo qué sé. Pero lo sabrán, y sabrán que no estás haciendo nada que pueda perjudicarlos. Mientras tanto, pensemos en algo. Somos cuatro cerebros, algo podremos sacar en claro —termina con decisión.

—Cinco, tengo que informar a mi padre de todo. Mañana hablaré con él.

—Vale, pues vámonos a dormir. Es tarde y mañana tenemos que trabajar.

—Mauro me suelta y recoge los vasos y la botella de la mesa baja del salón.

Todos asentimos y, mientras ellos acaban de ordenar la cocina, Jorge y yo vamos al baño a cepillarnos los dientes. Nos miramos en silencio a través del espejo. Él está serio, y yo le sonrío con la boca llena de pasta de dientes y el cepillo entre los labios. Al final sonrío y niega con la cabeza. No me gusta que esté tan preocupado. Cuando acabamos, salimos al pasillo y vemos luz en la habitación de Mauro y Sergio. Nos asomamos los dos.

—Buenas noches, chicos —les digo, viendo como se desnudan.

—Buenas noches, preciosa —contestan.

—Portaos bien —dice Jorge—. Buenas noches.

—Vosotros también. Buenas noches. —Sonríe Sergio.

Entramos en la habitación donde nos hemos instalado temporalmente. Nos metemos en la cama, después de poner a cargar los móviles y asegurarnos de haber activado la alarma del despertador.

—No puedo creer que vayamos a dormir juntos otra vez —me dice, sonriente. Parece más relajado que hace un rato—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también, Jorge. No sabes cuánto. Y tus llamadas eran tan espaciadas y tan superficiales, aparte de lo mal que llevabas la enfermedad de tu madre... —Le acaricio la mejilla.

—No podía contarte nada. Tenía muchas cosas en la cabeza. No quiero que te pase nada. Te quiero tanto. —Me besa en los labios con suavidad.

—Lo sé, pero deberías haberlo hecho. Habérmelo contado todo. Nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento. He creído morir en vida, ¿sabes? —confieso.

Me mira y cierra los ojos, imagino que para aplacar el sentimiento de culpa.

—Lo siento, de verdad. Todo estaba mal, nada iba como debía y lo único que me hacía feliz era estar contigo; pero lo estropeé.

Lo abrazo fuerte. Sí, han sido unos meses de pura angustia, de desesperación, de volverme loca por momentos. Si no hubiese sido por Carlota y Nadia, y por Mauro, que me ha colapsado de trabajo, me habría consumido. Más que la propia ausencia de Jorge, era percibir su rechazo. La incertidumbre de no saber qué ocurría, el porqué de sus vaivenes. Ahora todo está claro. Comprendo que su situación no era nada fácil. No sé cómo hubiese reaccionado yo en su lugar, así que entiendo que su comportamiento no fuese el más acertado, ni siquiera razonable.

—No me eches más de tu vida, Jorge. Si lo haces, que sea porque ya no quieres estar conmigo, pero no por ninguna otra razón. Encontraremos la forma de solucionar todo este tema. Pero juntos —susurro, pegada a su pecho.

—No sé qué habré hecho en esta vida para que me quieras, pero volvería a hacerlo una y mil veces más.

—Me dejaste plantada a mitad de un baile.

—Joder, sí. —Suelta una carcajada—. Pues lo siento, pero eso no va a volver a ocurrir. No voy a dejarte plantada en mitad de nada, jamás.

Por la mañana, me levanto sin hacer ruido porque Jorge sigue dormido. Cojo la ropa de trabajo que dejé anoche preparada sobre la silla de la habitación.

—Ven a darme un beso antes de irte, fiero —lo oigo decir desde la cama.

—Dios, qué susto me has dado. Pensaba que dormías —contesto, con la mano en el pecho.

Se incorpora un poco en la cama y creo que sonrío, porque no lo veo demasiado bien en la oscuridad.

—En cuanto te vas de mi lado, me despierto.

Me acerco a la cama y camino a cuatro patas, por encima del edredón, hasta llegar a su altura. Me agacho para besarlo.

—Nos vemos luego. Intenta dormir un poco más, creo que no lo has hecho demasiado en los últimos meses. Te quiero. Pase lo que pase.

—Yo también te quiero. No voy a volver a dejarte sola nunca más, ya te lo dije anoche —susurra en mi oído.

—Más te vale. Si no, te buscaré, te encontraré y te mataré —bromeo.

—No será necesario que me mates. Me moriré si no estás conmigo —constata muy seguro.

—Bien, entonces vuelve esta tarde aquí y me cuentas todo lo que hables con tu padre.

—Lo haré.

—Hasta luego.

Mauro me deja en el piso donde estoy trabajando. Me concentro durante todo el día en el mural. Debo acabar a tiempo, o Rosa y Alejandro me matarán por retrasarles la reforma. Avanzo a buen ritmo y consigo olvidarme de todo lo que hablamos anoche con Jorge.

A las seis, Mauro vuelve a por mí y vamos directos a su casa. Como la semana anterior, Sergio me ha preparado un baño de espuma caliente. Se lo agradezco con un abrazo y me meto en la bañera. Al poco rato de estar allí metida y conseguir relajarme un poco, Jorge asoma por la puerta.

—Hola, ¿qué tal estás?

—En la gloria, como puedes ver.

—¿Hay sitio para mí?

—Claro. Esta bañera es más grande que el embalse de la Loteta.

Él sonrío al oírme hacer referencia a un lugar de su tierra y se quita el traje gris marengo y la camisa blanca que lleva puestos. Nunca lo había visto vestido tan formal. Demasiado elegante para mi gusto, pero ahora que está desnudo me gusta mucho más. Se cuele detrás de mí, y yo me acomodo sobre

su pecho.

—Joder, podría quedarme aquí toda la vida. —Me abraza por encima de los hombros.

Estamos unos minutos en silencio mientras se relaja. Me besa el pelo muchas veces.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien. Le he dicho a mi padre todo lo que hablamos ayer. También le he contado que voy a divorciarme de Carmen y le he hablado de ti. —Se queda un momento callado—. Quiere conocerte.

—¿A mí?

—Sí. ¿Tanto te sorprende? Quiere conocer a la mujer que me ha hecho volver a sonreír.

—Joder, qué corte. Nunca he conocido al padre de nadie con quien haya salido.

—Pues ya va siendo hora. —Se ríe—. Tranquila, no te comerá.

—Ya imagino —digo sin estar del todo segura—. Es un abogado importante, me intimida un poco.

—Hasta los abogados somos personas sencillas —contesta burlón.

—Ya. En la playa no parecías un abogado. —Sonrío al recordarlo con los pies metidos en la orilla del mar y con la ropa hecha jirones.

—En la playa solo era un chico que quería estar contigo. —Me abraza más fuerte—. Pero todo se complicó. —Apoya su barbilla sobre mi pelo—. Me ha llamado Carmen. No quiere quedarse en el piso. Dice que me lo quede y le dé su parte, o lo venda y repartamos el dinero.

—¿Y qué vas a hacer?

—Yo tampoco quiero quedarme en ese piso, así que lo pondré a la venta.

—¿Seguro que no quieres un sitio donde vivir aquí? Tienes tu trabajo.

—Llevamos tiempo queriendo abrir otro despacho. Tenemos muchos clientes en la costa y tenemos que estar constantemente desplazándonos.

Me incorporo un poco y me giro para mirarlo.

—¿Dónde queréis abrir el despacho?

—¿Qué te parece en Tarragona? —Sonríe.

—¿En serio? —Se me ilumina la cara y se me amplia la sonrisa de oreja a oreja.

—Sí. Pero, primero, hemos de solucionar este asunto. No quiero estar lejos de mi padre en este momento, y tampoco quiero meterte a ti.

—¿Serías tú quien viniera a Tarragona? —Obvio el comentario sobre el

asunto más complicado.

—Claro. Mi padre se encargaría de los clientes de aquí y los de Madrid. Yo me encargaría de los de la costa.

Salto sobre mis rodillas y me coloco entre sus piernas. Me abalanzo sobre su cuello y lo beso, lo beso fuerte.

—Te quiero, te quiero tanto.

Oigo la puerta abrirse de par en par, me doy la vuelta y Mauro aparece en el umbral.

—A ver, por favor. ¿No os da vergüenza usar todas nuestras dependencias para vuestras prácticas sexuales? Cortaos un poco, ¿no? —Finge estar muy ofendido, con una mano en el pecho y la otra en la cintura.

Junto mis manos bajo el agua y las levanto para echarle espuma a la cara.

—Calla, gañán —lo riño.

—Pero bueno... —Se queda quieto y me mira con los ojos entrecerrados y las pestañas pringadas. Se abalanza sobre mí y empieza a hacerme cosquillas en la cintura—. Ven aquí, pequeña arpía.

Me retuerzo entre sus manos, muerta de risa. En un momento de despiste, lo cojo de las piernas y tiro de él hacia dentro. Jorge me ayuda, cogiéndolo por los brazos y lo metemos en la bañera vestido con el pantalón de chándal y la camiseta de manga larga. Suelta un grito, y su cara de pánico me hace reír aún más. Me aparto hacia el otro extremo de la bañera y lo dejamos caer de culo entre nosotros.

—La madre que os parió —grita entre risas—. Me vais a matar.

Los tres nos reímos a carcajadas, mientras yo le echo agua por la cabeza.

—Pero ¿qué coño pasa? —Sergio entra a toda prisa por la puerta. Se queda parado y nos mira con el ceño fruncido. Cruza los brazos sobre el pecho y levanta una ceja—. Quiero que limpiéis todo esto —nos regaña.

—Calla, o te metemos también aquí dentro —lo amenazo.

—Yo ya me he duchado. Y vosotros tendríais que hacer lo mismo. —Se le escapa la risa—. Venga, hostia. Sois como críos.

—Sí, papá —se burla Jorge.

Se incorpora para ponerse de pie. Mauro se tapa los ojos con la mano, como si no hubiese visto nunca desnudo a su amigo.

—Aparta ese rabo de mí, guarro —lo increpa, al quedarle esa parte del cuerpo frente a la cara.

Nos volvemos a reír y lo ayudamos a levantarse. Menos mal que siempre va descalzo cuando está en casa; si no, habría tenido que tirar los zapatos. Se

quita la ropa mojada y se la da a Sergio, que aún sigue allí viendo el espectáculo. La escurre en la pica del lavabo y se la lleva. Quito el tapón de la bañera y abro el agua para ducharnos.

Media hora más tarde, salimos al salón vestidos con ropa cómoda, y dejando el baño recogido y fregado; no sea que Sergio nos eche de casa. Preparamos la cena, y yo cocino mi comida para el día siguiente. Ponemos la mesa y a las nueve nos sentamos a cenar.

—Nos ha llamado el empresario de Madrid —empieza a hablar Jorge en un tono más serio del que teníamos hasta hace unos minutos. A mí se me para el corazón—. Quiere que vayamos a verlo el miércoles por la mañana.

—El miércoles yo también estaré en Madrid —dice Sergio—. Si necesitáis ayuda, puedo...

—No, no te preocupes. No quiero que puedan vernos juntos allí. Tú haz lo que tengas que hacer. Nos veremos aquí por la noche —interrumpe Jorge.

—Tened cuidado, por favor —le ruego y me doy cuenta de que tengo mucho miedo.

—Sí, tranquila. —Jorge pone su mano sobre la mía y la aprieta.

—¿No podéis grabar la conversación de alguna forma? ¿En el móvil? —pregunta Mauro.

—Nos hacen sacar los móviles y dejarlos sobre la mesa. Y nos cachean, siempre, antes de entrar a hablar con el director.

—Joder, tío. Qué chungo todo —comenta Sergio, pasándose la mano por la frente.

—¿Qué crees que quieren hablar con vosotros? —pregunto.

—Creo que van a darnos fecha límite para tener todos los documentos preparados. Estamos a mediados de enero, y todo el papeleo ha de llevar fecha del año pasado. Supongo que nos darán hasta finales de este mes, es cuando se cierra el año fiscal y todo debe estar en regla.

—Ya sabes que toda esa documentación la pueden hacer internamente. Los contratos entre empresas pueden redactarse en privado, no es necesario tener abogados de por medio, no acabo de entender por qué os han pedido que lo hagáis vosotros —expongo.

—Porque quieren que se haga externamente por si tienen alguna inspección. Se cubren las espaldas mejor si interviene un tercero, se supone que un abogado no va a hacer nada ilegal en beneficio de la empresa.

Nos quedamos en silencio. Remuevo la comida que tengo en el plato, más que comerla. Mi cabeza es un hervidero de pensamientos, emociones y

preguntas sin respuesta. No sé cómo vamos a salir de este embrollo, pero tengo claro que Jorge y su padre no quedarán libres cuando acaben el trabajo. No los dejarán marchar por las buenas, y eso es lo que más inquieta me tiene, aunque procuro no pensar demasiado en ello porque, si no, me estallaría el cerebro.

Después de recoger la mesa y la cocina, nos vamos a dormir porque estamos agotados. Jorge y yo nos acostamos en la posición de siempre, con mi espalda en su pecho, pero nos cuesta conciliar el sueño. Yo lo sé, porque sigo despierta después de mucho rato, y de Jorge conozco su respiración acompasada cuando duerme.

—Saldremos de esta. —Me besa el pelo.

—Lo sé —contesto, pero miento y no me gusta mentirle—. Bueno no, no lo sé. Pero espero que podamos solucionarlo —reformulo mi respuesta.

—Lo haremos. —Y se pega más a mi cuerpo.

Entonces es cuando empiezo a relajarme y me quedo dormida.

El martes, Sergio se marcha temprano a Madrid, y Mauro me deja en el piso donde llevo trabajando una semana. Jorge tiene la reunión con Carmen para acordar los aspectos de su divorcio y me pone nerviosa que de nuevo se vean y Jorge tenga dudas, a pesar de que en los últimos días parecía tenerlo claro. Después de contarme que no se había divorciado antes al estar totalmente hundido por el estado de su madre, primero, y después por el embrollo donde los habían metido, aún me asalta de vez en cuando el miedo a perderlo de nuevo.

Por la tarde, cuando Mauro y yo llegamos a casa, es Jorge quien me ha preparado el baño.

—No quería que, por no estar Sergio, te faltara el ritual de relajación. Sé que pintar un mural tan grande te está machacando el cuerpo —dice, mientras me desnudo en el cuarto de baño.

—Te lo agradezco mucho. —Le doy un beso en los labios—. A falta de gimnasio, no está mal para hacer ejercicio —le digo—. ¿Hoy no te metes conmigo?

—Voy a ayudar a Mauro. No quiero que sienta que nos lo hace todo mientras ocupamos su casa.

—Tienes razón. No tardaré mucho. Saldré a ayudaros también —digo

sintiéndome culpable, porque es cierto que me tratan como a una reina y yo no he hecho nada.

—No te preocupes. Relájate. —Me da un beso en el pelo y sale del baño.

Esta vez, estoy menos rato dentro del agua. El suficiente para que mis músculos se destensen; me ducho para salir a ayudar. Al menos debería poner una lavadora o pasar el aspirador. En menos de media hora estoy lista y salgo en busca de los dos hombres de la casa. Escucho su conversación desde el pasillo.

—¿Cómo ha estado Vera estos meses? Apenas me has contado nada — pregunta Jorge con voz calmada.

—¿Cómo va a estar, Jorge? Hecha una mierda. En su vida le han hecho tanto daño como lo has hecho tú.

—Joder, lo siento tanto... Pero no podía meterla en este embrollo. Si le pasa algo, no me lo perdonaría jamás. Estos tíos son peligrosos.

—Ella es fuerte, Jorge, y la has destrozado. No sabes lo preocupados que estábamos por ella. Hemos estado a su lado todo lo que se merece; queríamos que supiera que puede contar con nosotros para todo lo que necesite, y la he visto tan mal en los últimos meses... Sus ojos tan alegres, siempre... estaban muertos. No había luz en ellos, no había nada. Solo dolor.

—No sabes lo que te agradezco que hayáis estado con ella estos meses.

—Más te vale hacer lo que debes, o yo mismo te descuartizaré, ya lo sabes.

Me emociono al escuchar a Mauro describir mi estado de los últimos meses y no puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas. Me limpio la humedad que se me ha desbordado. Vale. Ya ha pasado todo. Todo volverá a ser como el verano pasado. Todo volverá a ponerse en su lugar.

Carraspeo un poco, antes de caminar hacia donde están, para hacerles saber que me acerco. Paso por delante de la mesa y entro en la cocina. Los dos se giran para mirarme con una sonrisa.

—La ducha ya está libre, por si queréis usarla.

—Tranquila, nosotros nos duchamos por la mañana —contesta Mauro.

—¿Puedo hacer algo? ¿Una lavadora? ¿Pasar el aspirador? —pregunto.

—No, tranquila. Mañana viene la empresa de limpieza —explica Mauro—. Tú relájate y disfruta. ¿Quieres beber algo?

—Un poco de lambrusco. —Sonrío. Jorge me sirve la copa del vino rosado—. Gracias. —Le doy un sorbo—. ¿Qué tal la reunión de hoy?

—Bien. Mejor de lo que esperaba. Carmen y yo hemos acordado los

detalles del divorcio sin problemas. La verdad es que ha sido fácil. Incluso me ha dicho que no deberíamos habernos casado. Que ella también se había sentido un poco obligada por la situación de mi madre y que, tarde o temprano, habría pasado algo así —contesta sin dejar de mirarme.

El estómago suelta el nudo que tenía por ese tema y respiro con más tranquilidad.

—Me alegro. Es buena persona. —Sonrío con timidez.

—Sí, lo es. Pero no podía seguir con esto, Vera. Yo te quiero a ti, y eso no puedo evitarlo. Nos estaba haciendo daño a todos. —Se acerca y me abraza fuerte.

—Bien. Me alegra que, por fin, lo hayas entendido.

—Tú me has hecho verlo. No podía seguir mintiendo a todo el mundo, sobre todo a ti.

Me aferro a sus brazos y lo beso en el pecho. Levanto la cabeza por encima de su hombro y veo que Mauro nos mira con lágrimas en los ojos. Me separo de Jorge y lo miro con descaro.

—Mauro, ¿qué te pasa? —pregunto un poco acongojada, por verlo así.

Se abraza a nosotros y nos aprieta contra su pecho.

—Dios, estoy tan contento por vosotros... No me ha gustado nada veros tan mal a los dos estos meses —nos dice con la voz entrecortada por los sollozos que está emitiendo—. Por tu culpa, claro. —Se separa y mira a Jorge.

—Sí, por mi culpa —admite él y lo besa en la mejilla.

Mauro se aparta y se seca las lágrimas con el trapo de cocina que lleva en el bolsillo del delantal. Los tres nos ponemos a preparar la cena a sus órdenes y en media hora lo tenemos todo listo. Esperamos la hora de sentarnos a la mesa hablando en el sofá. Les explico cómo llevo de avanzado el mural, y Mauro está encantado. Dice que ya ha dado voces de que también me dedico a este trabajo y yo le contesto que no se pase; a ver si ahora voy a tener que trabajar fuera del taller, después de lo que nos costó adecentarlo.

Sergio llama para saber cómo va todo, y yo aprovecho que ellos le explican el día para llamar a Carlota y Nadia. Les escribo a diario, pero no he hablado con ellas desde hace días.

—Hola, flor. ¿Cómo va todo? —pregunta Carlota al otro lado de la línea.

—Muy bien. ¿Y vosotras?

—Bien. Nadia va loca en el trabajo. Ya sabes, enero es una pesadilla con el cierre del año.

—¿Y tú? —pregunto con cautela. Me da miedo lo que sé de la empresa

donde trabaja.

—Mucho trabajo también. Hay bastantes envíos a la delegación de Suiza. Aunque los bultos que van allí los supervisa mi jefe. Yo reviso los que van a clientes. Pero me parece raro que tantos paquetes vayan a esa sede. No llevan dirección de envío, solo se han de dejar en esa delegación —me explica.

—Allí los distribuirán a los clientes europeos —digo, para quitarle importancia a lo que me acaba de decir, pero me preocupa esa información.

—Ya, claro. Pero todo va para distribuir, no entiendo por qué unos llevan la dirección final del cliente, si pasan igualmente por Suiza. Y otros, solo la dirección de la delegación. Además, muchos vienen de Madrid, ¿por qué no los envían directamente desde allí? —argumenta extrañada.

—Ya sabes cómo son las delegaciones de transporte. Quizá son clientes importantes y los entregan de forma especial —digo e intento sonar convincente, porque ese detalle también me parece de lo más chocante.

—Sí, será eso —se conforma—. ¿Qué tal llevas el mural? ¿Te da mucho trabajo? —cambia de tema, cosa que agradezco.

—Lo llevo bien. Pero sí, me da mucho trabajo. Es muy grande y tengo que estar la mitad del tiempo subida a la escalera pintando la parte más alta. Pero estoy contenta, va a quedar genial. Ahora os enviaré unas fotos.

—¿Y tú cómo estás?

—No os he dicho nada, pero... he arreglado las cosas con Jorge —contesto tímida.

—Vera... —dice en tono más serio—. ¿Estás segura? Te ha estado mintiendo, lo has pasado fatal. No quiero que sufras más por él.

—Esta vez va en serio. Casi lo he obligado a hacer un divorcio exprés si quiere estar conmigo —bromeo.

—Que te enseñe los papeles firmados y sellados. No te lo creas hasta que tengas las pruebas en tus manos, ¿me oyes? Ya te ha mentido muchas veces —contesta tajante.

—De acuerdo, le diré que me enseñe los papeles del divorcio y, si hace falta, lo acompañaré al juzgado para que no se olvide de presentarlos.

—Esa es una buena idea. —Se ríe, por fin.

Seguimos hablando, y le pregunto por Marcos y por César. Me cuenta que están bien los dos. Marcos está diseñando varias páginas web para diferentes empresas, y César está desarrollando un programa informático bastante importante para una empresa de la zona.

Nos despedimos, y le digo que le dé muchos besos a Nadia, la pobre, que

llega bastante tarde por acumulación de trabajo.

Salgo de mi habitación con todo lo que me ha explicado Carlota dándome vueltas en la cabeza. Cuando llego al salón, la mesa ya está preparada. Y nos sentamos a los pocos minutos para cenar.

—Chicos, tengo información que, quizá, pueda ser interesante —les digo. Los dos me miran interrogantes—. He hablado con Carlota.

—Vera, te dije que no metamos a más gente en esto —me advierte Jorge.

—No le he dicho nada. Solo le he preguntado cómo le iba en el trabajo. Y ella sola me ha dicho que envían muchos paquetes a la delegación de Suiza sin dirección de entrega de ningún cliente. Esos bultos solo los revisa su superior. Ella revisa las direcciones que van a clientes para que no haya ningún error. Pero le extraña que, siendo una empresa de transporte, muchos de los envíos se hagan a la delegación. Yo le he contestado que quizá sean clientes importantes y que hagan entregas de forma especial para quitarle importancia al asunto. Pero —me quedo un momento callada. Los dos me miran expectantes— quizá esos paquetes que van a la dirección de Suiza no sean para ningún cliente de la empresa.

—¿Quieres decir que es posible que transporten sus propios materiales ocultos entre los que distribuyen de otras empresas? —pregunta Jorge.

—¿Tú viste alguna factura de material cuando hiciste la auditoría?

—No, solo eran facturas de servicio de transporte. La empresa se dedica a eso. No venden ni compran nada —responde con el ceño fruncido, creo que sabe que algo más me ronda por la cabeza.

—Quizá no sea nada. Pero si consigues la forma de hablar con la policía, quizá deberías decirles eso también. Además, Carlota me ha dicho que le extraña que todo lo que va a Suiza pasa primero por Tarragona. ¿No sería más fácil enviarlo directo desde Madrid?

—Joder, claro. Mueven el material de un sitio a otro para que se pierda la pista más fácilmente. Al estar lejos los clientes, no es raro que se envíen de una delegación a otra. Muchas empresas lo hacen. Recogen el material, lo llevan a su delegación, lo embalan y lo envían a la del país más cercano a su destino. En los camiones van todos los paquetes de una misma zona geográfica y luego los reparten en furgonetas por áreas más pequeñas o subcontratan a otras empresas de distribución —dice Jorge, como si hubiese descubierto la fórmula de la Coca-Cola.

—Exacto —contesto—. Cuando yo envío los paquetes con mis trabajos, escribo la dirección en el papel de embalar o en las cajas y los recoge la

misma empresa de transporte. Allí, deben distribuirlos según la comunidad o provincia, porque envió paquetes para diferentes sitios, pero los recogen todos juntos.

—Si envían sus propios productos camuflados, deberían tener un almacén en Madrid para guardarlo todo —interviene Mauro.

Los dos lo miramos y asentimos.

—En Madrid solo he visto que tengan un almacén junto a los muelles de carga y descarga —dice Jorge—. Allí colocan lo que recogen y luego lo cargan en los camiones para distribuirlos. Solo he visto que muevan paquetes.

—El almacén debe de estar en otra parte de la ciudad o en las afueras, vete a saber —dice Mauro—. Si hacen algo ilegal, no lo van a tener en el mismo sitio que la empresa.

—Escucha, Jorge. —Le cojo la mano—. Mañana, cuando vayáis a hablar con el director, observa las furgonetas que traen el material. Fíjate si son de la empresa o de otros distribuidores, si hay algunas diferentes, si todas son iguales, lo que sea. Pero con cuidado, sin que se note que estáis mirando nada, ¿me oyes? —Lo miro a los ojos—. Cuantos más datos puedas recopilar, más fácil será que la policía te tome en serio cuando encontremos la forma de explicarlo sin ser descubiertos.

—¿No podéis enviar un mail a la comisaría? —pregunta Mauro con cara de no saber si ha dicho una barbaridad—. Deben de estar informatizados, ¿no? O por teléfono. Se les puede llamar por teléfono, tú lo hiciste cuando Vera tuvo el problema en su casa, en agosto.

—Sí, lo sé. —Se queda pensativo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Cuando llamé en agosto a la policía desde mi teléfono, se me cortaba la llamada, no podía contactar. Tuve que hacerlo desde casa de un vecino. —Vuelve a hacer una pausa—. En aquel momento no me di cuenta, pero volví a llamar a la comisaría después de poner la denuncia falsa y pasó lo mismo, no podía contactar. Y con el móvil de mi padre tampoco. Después me llamaron, supongo que alguno de los dos matones, y me dijo que no intentáramos ponernos en contacto con la policía por teléfono o tendríamos problemas. —Respira hondo.

—Joder, ¿os tienen los teléfonos pinchados? —Me cago de miedo.

—No creo que lleguen a tanto. Pero deben de tener algún dispositivo que corta ciertas llamadas, o yo qué sé. No soy experto en tecnologías de este tipo. No hemos cambiado de número de teléfono porque sería muy complicado para

el despacho, tenemos muchos clientes que nos llaman y, además, ellos verían que intentamos ocultar algo.

—¿Y uno de prepago con un número nuevo? —pregunta Mauro—. Solo para contactar con la poli, digo.

—No nos hemos atrevido. No sé de qué es capaz esta gente —contesta Jorge asqueado.

—Mierda. Ya veo que no nos habías contado todos los detalles —le digo a Jorge, preocupada.

—No quería asustaros más de lo necesario.

—Jorge, si se han molestado tanto en hacer todo esto y en amenazaros, es que la cosa es gorda. Y ahora te digo, en serio, que no os van a dejar en paz cuando acabéis el trabajo —digo acojonada, para qué negarlo—. Hay que informar a la policía, como sea.

—Para ir a la policía hay que tener pruebas o algo que demuestre lo que estás denunciando. Ya sabes cómo van estas cosas. No te imaginas lo que me costó que fuesen a tu casa cuando llamé aquel día. Me puse hecho un energúmeno y tuve que darles todos mis datos y explicarles lo que creía que estaba pasando, y no tenía ni puta idea. Si van allí a preguntar o a husmear, la hemos cagado. —Se altera un poco—. Y no quiero que os pase nada. Mañana iremos a la reunión, como hemos ido a tantas otras, y veremos qué quieren.

—Vale, ¿a qué hora tienes la reunión? —pregunto.

—A las once.

—Quiero que me llames en cuanto salgas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, te llamaré. Pero no creo que pueda antes de la hora de comer, seguro que nos tienen allí un par de horas —dice en tono calmado para tranquilizarme.

Acabamos de cenar, o no cenar, porque últimamente nuestras cenas se convierten en conversaciones tirantes y no en diálogos desenfadados como deberíamos tener después de una jornada de trabajo al llegar a casa, y nos vamos a dormir.

Mientras Jorge está en el baño voy a la habitación de Mauro.

—Ojazos, llama a Sergio y dile que vaya mañana a la empresa de Madrid. Que se aleje lo máximo posible y que vigile si pasa algo anormal. Me dijo que tenía unos aparatos de medir distancias muy largas, o lo que sea que utiliza para su trabajo, a ver si tienen cámara y puede hacer fotos —le digo en voz baja—. Pero no le digas nada a Jorge y que él tampoco se lo diga, porque se va a enfadar.

—Joder, Vera. Esto parece más chungo de lo que creí en un principio —contesta asustado.

—Por eso mismo. No quiero dejarlos solos con el culo al aire. Si ve que ocurre algo, que llame a la policía.

—Vale, ahora mismo lo llamo.

—Gracias. Buenas noches, ojazos.

—Buenas noches, cariño.

Salgo de la habitación y me voy a la mía. Aparto el edredón y me meto en la cama. Me duele la cabeza de tanto darle vueltas al asunto. Cada vez tengo más claro que esto no va a salir bien. Esto no es solo una loca atormentada con una pistola. Si esa gente tiene la oportunidad de apretar un gatillo, no lo hará contra su propia sien, lo hará sobre el pecho del que intente joderlos.

Jorge aparece por la puerta, se quita la ropa y se mete junto a mí en la cama.

—Todo saldrá bien, no te preocupes —me susurra al oído, pero sé que está tan asustado como yo.

—Vale, pero tú llámame mañana —contesto—. Te quiero. —Cojo la mano que tiene sobre mi cuerpo y me la llevo a los labios para besarla.

—Yo también te quiero, fiero. —Y sé que está sonriendo, porque siempre que me llama así, lo hace.

Cierro los ojos y, a los pocos segundos, escucho unos nudillos en la puerta.

—¿Puedo pasar? —Oigo a Mauro en el pasillo.

—Sí, claro. Estás en tu casa —bromea Jorge.

Se abre la puerta, y la cabeza de Mauro aparece por el hueco.

—¿Puedo dormir con vosotros? Sergio no está y, con todo este lío, no voy a pegar ojo —dice con timidez.

Levanto el edredón, ofreciéndole un sitio a mi lado. Jorge se mueve hacia el otro extremo de la cama, y yo con él para hacer más espacio.

—Gracias —contesta, cuando se ha acomodado junto a mi cuerpo.

—Ya veo que lo mío son los tríos —bromeo, para ver si nos relajamos un poco todos—. O duermo con vosotros o duermo con mis amigas. El día que duerma sola, voy a montar una fiesta.

No contesta ninguno de los dos. Pero empiezo a notar un temblor por ambas partes de la cama, y sé que se están aguantando la risa.

—La fiesta te la voy a dar yo, fiero —contesta Jorge, sin poder aguantar más, y rompe a reír.

—Si queréis espero fuera y luego vuelvo. —Se ríe Mauro.

—Haced el puto favor de dormir, ya. —Me pongo más seria—. Me tenéis contenta, entre todos. —Pero no puedo dejar de sonreír—. ¿Quién me mandaría aquella noche irme a follar contigo? —Le doy una patada a Jorge en la espinilla.

Él me abraza fuerte y se pega más a mi cuerpo.

—Te pusiste hecha una fiera solo con un beso. Casi te me encaramas a la cintura en medio de la pista —ronronea en mi cuello.

Resoplo al recordarlo. Con la perspectiva del tiempo, me doy cuenta de que solo había una razón para ponerme así con solo besarlo. La respuesta es lo que siento por él en este momento; mi cuerpo supo antes que yo que lo querría toda la vida.

—La culpa es de ese hueco que tienes entre los dientes.

—¿En serio? —Se asoma por encima de mi hombro. Asiento—. Menos mal que no me lo arreglé. Mi madre quería llevarme al dentista para que me lo taparan con algo. Decía que estropeaba mi sonrisa.

—Pues a mí me encanta tal como está. —Me acerco a su boca para besarlo.

—Chicos, sabéis que sigo aquí, ¿no? —interrumpe Mauro, con voz de circunstancias.

Los dos nos reímos a la vez y lo abrazamos. El pobre debe de estar incómodo con nosotros dos diciendo payasadas.

—Perdona, Mauro. Llevamos mucho tiempo sin estar juntos —contesta Jorge.

—Ya lo entiendo, ya. De verdad, si queréis me voy y vuelvo más tarde. Pero solo no duermo, hoy no —dice muy digno.

—No. Ya paramos. —Lo beso en el pelo.

Nos acomodamos mejor en la cama los tres y nos quedamos callados. Cierro los ojos con una sonrisa en los labios. Desde Nochevieja no dormía con esta sensación de placentera tranquilidad, a pesar de las circunstancias que nos rodean. Si los que te acompañan son las personas correctas, el resto puede arreglarse; no sé cómo, pero encontraremos el modo, juntos.

Cuando suena la alarma de mi móvil, estoy sola en la cama. Alargo el brazo y apago el sonido infernal del despertador. Veo en la pantalla que tengo un mensaje de Jorge y lo leo.

Jorge: «Me he marchado temprano. Debía coger el primer tren hacia Madrid. Te he dado un beso de despedida. Volveré esta noche, te lo prometo. Te quiero».

Contesto.

Yo: «Que no se te olvide llamarme o iré a la primera comisaría que tenga a mano. Ya te echo de menos. Te quiero».

Me levanto, y el olor a tostadas inunda mi nariz, así que sigo el rastro hasta la cocina, donde Mauro se mueve con gracilidad.

—¿Qué tal has dormido? —le pregunto desde la puerta.

—Por Dios santo. —Se da la vuelta con la mano en el pecho y los ojos muy abiertos—. Qué susto, joder.

—Lo siento, ojazos —me disculpo, al ver su cara de disgusto. Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla—. Sé que estás muy nervioso, no quería acojonarte.

—Te voy a poner un cascabel como a los gatos. —Me roza el cuello con su dedo—. Buenos días, preciosa. —Sonríe.

—Buenos días. Eso huele de maravilla. —Inspiro fuerte por la nariz.

—Pues siéntate a desayunar. Apenas cenamos últimamente, habrá que coger fuerzas de alguna manera. —Coloca sobre la mesa de la cocina dos zumos de naranja recién exprimidos, un plato con dos tostadas, mantequilla, mermelada y queso fresco para untar—. ¿Quieres café?

—Sí, gracias. —Me siento en uno de los taburetes.

—Sergio me dijo que estará por los alrededores de la empresa sobre las diez, para tantear el terreno —me explica, mientras enchufa la cafetera a la corriente.

—Vale. ¿Tú puedes estar a esa hora atento al teléfono? Lo digo para que estéis en línea mientras observa lo que pasa y te vaya contando y que, si ocurre algo, lo sepamos en el momento.

—No. Tengo una reunión a las diez y media. ¿Tú puedes?

—Sí, trabajo sola, ¿recuerdas? Puedo estar en línea. Luego le enviaré un mensaje para que me llame cuando esté allí.

Mauro se sienta frente a mí y deja dos tazas con el líquido negro que acaba de preparar.

—Estoy muy asustado. No sé cómo hostias vamos a salir de esto. Jorge no nos había dado tantos detalles cuando nos explicó lo que pasaba. —Y veo como sus ojos azules se convierten en dos canicas casi transparentes.

—Hablemos de otra cosa, ¿vale? —propongo—. ¿Qué me tienes preparado para cuando vuelva a casa? —Cojo una tostada y la unto de queso.

—Un poco de todo. —Se relaja.

Una hora más tarde, Manuela me abre la puerta del piso donde estoy trabajando y nos damos los buenos días como cada mañana. Me meto en la habitación y, antes de empezar a trabajar, le envío un mensaje a Sergio para que me llame cuando esté preparado en su visita a la empresa de Madrid.

Las dos horas siguientes se me hacen eternas y miro el móvil cuatrocientas veinticinco veces hasta que, a las diez y media, Sergio me llama.

—Hola, Vera.

—Hola, ¿qué tal todo?

—Bien, estoy a trescientos metros de la entrada. Esto es un polígono en las afueras de Madrid. Hay bastantes coches aparcados, por lo que no creo que puedan identificarme. Además, llevo uno alquilado.

—Bien. ¿El medidor tiene cámara?

—Tiene una especie de prismáticos en cámara. Pero no puedo grabarlo o hacer fotos. Si llego a saber esto, me habría traído la cámara de larga distancia —contesta resignado.

—No importa. Mientras puedas ver que Jorge y su padre están bien, es suficiente. —Me da una punzada en el pecho al decirlo.

—No te preocupes, no creo que ocurra nada. No van a matarlos, en medio de un millón de empresas que hay aquí, y tirarlos al Manzanares.

—Joder, Sergio. No bromees con esto.

—Vale, vale. Lo siento. ¿Cómo está Mauro?

—Muy nervioso. Esta mañana casi le da un infarto cuando le he dado los buenos días en la cocina, porque estaba de espaldas. Y anoche durmió con nosotros.

—Ya. —Se queda callado—. Es muy sensible, y este tema nos está volviendo un poco paranoicos.

—Sí, pero hay que asegurarse de que no les pasa nada.

—Tranquila, si veo algo raro, llamaré a la policía. —Lo oigo moverse en el asiento del coche—. Creo que han llegado. Veo un coche negro que entra

por la verja automática.

—Vale, dime todo lo que veas.

—Jorge y su padre bajan del coche y el conductor los acompaña dentro de la nave, por una puerta pequeña que hay junto a los muelles de carga. Los he perdido de vista. No podré ver qué ocurre dentro. Voy a intentar acercarme más.

—Bien, pero ten cuidado. No cuelgues.

—Vale.

Oigo como deja el teléfono apartado. Sigo con toda mi atención los ruidos que escucho a través de la línea, imaginando a Sergio maniobrar con el coche para cambiar de ubicación.

—Ya estoy aquí de nuevo. Me he metido en una calle perpendicular a la nave. La tengo justo en frente.

—Perfecto. Pero que no te vean.

—No, tranquila. Estoy alejado. Hay dos camiones con el logo de la empresa en la zona de carga. Son de los grandes. También hay varias furgonetas con logo y otras dos completamente blancas. Los camiones tienen matrícula de Suiza, las *furgos* de España. Hay varias personas en los muelles.

—Se queda callado un momento.

—¿Qué pasa, Sergio? —pregunto al no oírlo.

—Estoy mirando el piso de arriba. Hay grandes ventanales y movimiento de gente en una de ellas. La del centro. —Tras unos segundos vuelve a hablar—. Veo a Jorge y a su padre sentados en sillas, de frente a la ventana, y un sillón grande en medio de los dos, de espaldas. Imagino que debe de estar sentado el tío con el que tienen la reunión. Hay dos hombres más en la esquina más alejada del despacho. Uno es el conductor del coche que los ha traído hasta aquí.

—¿Todo se ve normal? ¿No hacen movimientos raros, ni bruscos, como si estuviesen discutiendo? —pregunto nerviosa.

—No. Todo tranquilo. —Se calla de nuevo—. Jorge se ha levantado de la silla. Va hacia la ventana. No parece nervioso. El sillón se gira hacia él. Veo de perfil al tío con el que está hablando. Se levanta y se acerca a Jorge.

—Descríbemelo —digo, mientras cojo un bloc de papel y un carboncillo. Apoyo el teléfono sobre mi hombro y lo aprieto con la oreja. Me siento en el suelo con las piernas cruzadas.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a intentar dibujarlo.

—¿Como un retrato robot?

—Sí, hice un curso para pulir mi técnica de dibujo. Vamos, ¿cómo es?

—Tiene el pelo oscuro peinado hacia atrás, bastante frondoso. Cara alargada, nariz prominente, aguileña. Tiene bigote, cejas espesas. Lleva gafas. Barbilla larga hacia delante... Espera, se pone de frente a la ventana. Ojos pequeños. Casi no se le ven. Solo puedo verle el labio inferior, el otro se lo tapa el bigote. Lo lleva estilo, no sé... Tom Selleck, ¿sabes quién es?

—Sí, sí. Sigue... —apremio sin apartar el carbón del papel.

—No parece muy mayor. Sobre los cincuenta años. Es más alto que Jorge, debe de medir casi un metro noventa, porque Jorge mide uno ochenta y le saca un trozo. No puedo ver mucho más.

—¿Tiene el pelo oscuro, has dicho?

—Sí, negro, creo. Pelo, cejas y bigote. Todo muy frondoso.

—¿De qué color son las gafas?

—Negras también.

—¿Rostro alargado, dices?

—Sí, es muy delgado.

—¿Orejas?

—No sé... no las veo bien desde aquí.

—No las tiene de soplillo, las tiene pegadas a la cabeza... —le ayudo un poco.

—No, no le sobresalen.

—¿Arrugas, lunares, marcas? ¿Ves algo más?

—No. Quizá una arruga en la barbilla, pero no estoy seguro.

—La forma de la cabeza, ¿qué te parece?

—¿Qué quieres decir?

—Si te parece un huevo, un triángulo, un óvalo, cuadrada...

—Ovalada. En general tiene forma alargada, desde el pelo se ensancha un poco en las mejillas y en la barbilla vuelve a afilarse. Apenas se le nota la mandíbula. Pero las mejillas se le hunden un poco.

—¿Rictus?

—Muy serio, y acojona. No ha sonreído ni una vez, aunque Jorge tampoco.

—Vale, ya lo tengo —digo, mientras repaso con el dedo varias líneas—. ¿Qué cara tiene Jorge? ¿Lo ves?

—Está serio. Creo que está intentando ver lo que ocurre en el muelle, con disimulo.

—Tal como hablamos anoche.

—Se dan la vuelta. El tío lo acompaña con el brazo hacia la silla. Se vuelven a sentar. Espera. Lleva un tatuaje en el dorso de la mano. —Se queda callado—. Mierda, no lo he visto.

—No te preocupes, ya le preguntaremos a Jorge. —Suelto el bloc sobre el suelo—. ¿Qué más? ¿Sigue todo tranquilo?

—Sí... Espera. —Vuelve a quedarse callado—. El padre de Jorge se ha levantado y se apoya sobre la mesa que tiene delante. Mierda, parece que está gritando. Lo señala con el dedo. Jorge se ha levantado y coge del brazo a su padre para tranquilizarlo, parece. Los dos tíos del fondo se acercan a ellos por detrás y los sujetan por los hombros para que se sienten. Jorge tiene una mano sobre el pecho de su padre y mira al hombre que tienen enfrente. Con la otra mano, parece que intenta pedir calma.

—Joder. —Me levanto del suelo y empiezo a andar por la habitación—. Sergio, llama a la poli, ya —casi grito.

—¿Y qué les digo? ¿Que en una reunión de negocios parece que discuten? Espera un momento, Vera, por favor. Parece que la cosa se calma. Los dos hombres vuelven al rincón.

—Mierda. Esto no va a acabar bien. —Me tiembla todo el cuerpo.

—Jorge está hablando ahora. Vuelve a levantar las manos en señal de calma. Se sientan de nuevo. —Se calla un momento.

—Sergio, háblame. Dime todo lo que ves, hasta las veces que pestañean —digo histérica.

—Tranquila, Vera. Ya salen del despacho. Se marchan, ¿vale?

—¿Seguro?

—Me quedo hasta que salgan a la calle y los seguiré con el coche. Imagino que deben de ir a Atocha.

—Vale, pon el manos libres. Sigue hablándome, por favor —le suplico.

—De acuerdo.

Sergio sigue al teléfono, explicándome todo lo que ocurre. Mi respiración no vuelve a su ritmo normal hasta que me cuenta que han llegado a Atocha y Jorge y su padre se bajan del vehículo que los traslada sin ningún contratiempo.

—Le dije a Jorge que me llamara. Cuelgo, no sea que intente hacerlo y comunique, ¿vale?

—Bien. Parece que todo está calmado. Voy a devolver el coche, tengo que coger el mío y regresar a casa. Nos vemos esta noche —contesta él—. Y estate tranquila.

—Sí, vale. Hasta luego.

—Adiós, preciosa.

—Sergio, gracias por todo.

—De nada, bonita. Estamos juntos en esto.

Cierto, y no sabe cuánto se lo agradezco. Ha sido demasiado duro ver como ellos, unidos por una amistad de toda la vida, han pasado momentos tan complicados por este asunto y por nuestros problemas. No, nunca podré agradecerles todo lo que han hecho por mí, por Jorge, por nosotros.

Mi teléfono suena entre mis manos. Es Jorge. Por fin.

—Hola, ¿qué tal?

—Hola, fiera. Bien, ya hemos terminado. Vamos a comer algo y volvemos a casa —me explica.

—¿Cómo ha ido?

—Bueno, bien. Luego os cuento, ¿vale? —intenta sonar tranquilo.

—Vale. Al menos estáis enteros, ¿no? —digo aún nerviosa.

—Sí, ya te dije que no iba a pasar nada.

—Bien. Pues nos vemos luego. Te quiero. —No deseo parecer impaciente por saber la conversación que han tenido.

—Yo también, fiera. Adiós.

Cuelga y me quedo más tranquila, pero no demasiado. Todo lo que me ha ido contando Sergio me tiene el cuerpo en tensión. A ver qué nos explica después.

Intento concentrarme en el mural. Ya tengo todo el fondo acabado, aunque esta mañana no he hecho apenas nada, entre los nervios y la conversación con Sergio. No tengo hambre, así que me pongo a trabajar, a ver si, de ese modo, me despejo un poco.

Empiezo a pintar los detalles de las nubes y las rocas. Lo miro de lejos y creo que, para ser el primero que hago, está quedando bastante bien. Espero que a los dueños de la pared les guste tanto como a mí.

A las seis de la tarde, Mauro me recoge en el portal para ir a casa. Por el camino, le hago un resumen de lo que Sergio me ha contado por la mañana y le enseño los retratos que he hecho de la descripción del empresario, tanto de perfil como de frente.

—De verdad, parece un jodido mafioso —comenta Mauro, cuando lo ve.

—Sí, a mí también me lo parece. Pero claro, no he sido objetiva. Me han primado los sentimientos de miedo —le digo con resignación.

—Ya... —contesta con el mismo pánico en la cara que tengo yo.

—Mauro, tenemos que hacer algo. No nos podemos quedar de brazos cruzados mientras Jorge y su padre se comen solos este marrón —le digo.

—Sí, pero ¿qué?

—No lo sé.

Nos quedamos callados el resto del trayecto. Dejamos el coche en el *parking* y subimos al piso.

Cuando llegamos arriba, Sergio ya está en casa, y Mauro se abalanza sobre él para besarlo y abrazarlo. Los dejo en el salón y me voy a la ducha. Hoy no hay baño de espuma. Me meto bajo el agua y dejo caer el chaparrón de gotas calientes por mi pelo. Como los días anteriores, mi cabeza es una maraña y no paran de amontonarse imágenes, conversaciones y miedo, mucho miedo. Vamos a tener que hacer algo, eso lo tengo claro. Tendré que pensarlo cuando vuelva a casa, aquí no vamos a poder hacer nada. Jorge está vigilado y, si estamos a su alrededor, los demás también lo estamos de una forma u otra.

Oigo la mampara abrirse. Me doy la vuelta, y entre el agua y el vapor veo a Jorge desnudo, que me mira sonriente.

—¿Hoy no hay baño?

Salgo de debajo del chorro y lo abrazo con tanta fuerza que me duelen los músculos.

—Dios, Jorge, qué ganas tenía de verte.

—Ya lo noto. Me vas a partir el cuello. —Me rodea la cintura con sus manos.

—Ven, entra conmigo a ducharte. —Me separo un poco y lo arrastro hacia dentro.

Él levanta las piernas para poder entrar en la bañera y me abraza bajo el agua. Nos quedamos un rato quietos, dejando que el chorro nos moje y relaje nuestros cuerpos. Sube una de sus manos hasta mi mejilla y me levanta la cara para verme los ojos. Me mira con intensidad y me besa la frente, la sien, el pelo, la nariz y los labios. Y poco a poco, el miedo se desvanece para dar paso a la paz, a sentirme tranquila en medio de tanto caos. Nos besamos con calma, saboreamos cada milímetro de la piel de nuestros labios, de nuestras lenguas. No hay ronroneos, ni gemidos ni jadeos. Solo besos. No hacen falta ni palabras, solo besos. Y por primera vez en mi vida sé que siento algo que no puedo controlar, ni esconder ni fingir.

Media hora después, salimos al salón, mucho más relajados. Sergio y Mauro nos esperan en el sofá. Nos sentamos junto a ellos, y Jorge empieza a hablar.

—Querían saber cuándo tendríamos listos los documentos que nos habían pedido. Como yo pensaba, lo quieren todo antes de acabar este mes. Les hemos dicho que no habrá problema, todo estará preparado. Eso, por una parte. —Coge aire para seguir—. Por otro lado, querían saber por qué me he mudado de piso. Les he explicado la verdad, no es nada que tenga que esconder. Parece que se lo han creído, además de que es cierto. No han hecho más preguntas al respecto. Me han preguntado quién eras tú. —Jorge me mira. Empiezo a tensarme otra vez—. Y, de nuevo, les he dicho la verdad. Que eres mi pareja, que por ti me estaba divorciando, y estabas aquí por mí y por trabajo. Que no sabías nada de todo esto. No he dado más explicaciones y se han quedado conformes. —Vuelve a hacer una pausa—. Pero tenías razón. —Me mira—. Quieren que sigamos haciéndoles trabajos. Y ahí se ha puesto la cosa un poco tensa, porque mi padre se ha alterado, como es lógico. —Se calla un momento. Sergio y yo nos miramos, al entender la escena que él ha visto y me ha descrito cuando su padre se ha levantado y Jorge ha tenido que calmarlo—. Al final, he tenido que intervenir y decir que lo haríamos. Pero vamos a tener que pensar seriamente en avisar a la policía o hacer algo más, porque esto tiene pinta de no tener fin y no estamos dispuestos a hipotecar nuestras vidas por este asunto.

—¿Habéis pensando en algo? —pregunta Sergio.

—De momento, este fin de semana vamos a ir todos a casa de mi padre para hablar y pensar en qué podemos hacer.

Los días siguientes, continuamos con nuestras rutinas de siempre para no levantar sospechas, por si los *gorilas* que siguen a Jorge y a su padre nos observan a todos. Intentamos estar tranquilos, pero, a veces, se nos hace difícil. Apenas cenamos, apenas dormimos.

El sábado por la noche nos subimos los cuatro al coche de Sergio. Pensamos que es el más discreto y el que deben de tener menos controlado, ya que es un Kia Sorento negro y apenas lo utiliza, porque suele moverse con vehículos de la empresa. De camino a casa del padre de Jorge, estamos en silencio. Pienso, de nuevo, en lo que se ha complicado mi vida, nuestras vidas. Muy lejos quedaron los días en que nos divertíamos en la playa, como cualquier grupo de chicos, celebrando la noche de San Juan. Suspiro al clavarse en mi cabeza la idea de que no podamos volver a hacerlo sin mirar

por encima de nuestros hombros, vigilando nuestras espaldas. Pero no, vamos a solucionarlo, debe de ser más fácil de lo que pensamos, no puede ser tan complicado ir a la policía y contar todo lo que sabemos, aunque sea poco.

—Lo siento —susurra Jorge, que se ha acercado a mi oído.

—¿Por qué? —pregunto extrañada.

—Por haberte metido en este lío. De verdad, no quería —se disculpa y veo miedo en sus ojos—. Pero cuando me hablaste en el restaurante ya no pude más, quería estar contigo, no podía perderte. —Parece haber adivinado lo que estaba pensando.

Le acaricio la mejilla con los dedos.

—No te preocupes. Encontraremos la forma de volver a estar tranquilos —le digo e intento sonreír, pero no lo consigo.

Me besa en la sien y apoya su cabeza en mi hombro.

Entramos en el *parking* del edificio que, imagino, es donde vive el padre de Jorge. El vigilante saluda y abre la verja.

Subimos en el ascensor hasta el ático, cómo no. Aquí, todos viven en el último piso. Las puertas se abren, y un hombre alto y delgado nos espera en el rellano. Su pelo es muy canoso, es tan alto como Jorge y tiene su misma expresión en la mirada. No hay duda, es su padre. Sergio y Mauro lo abrazan y entran al piso.

—Papá, ella es Vera —dice Jorge, que no me ha soltado la mano desde que hemos bajado del coche.

El hombre me mira con gesto amigable y sonrío levemente.

—Encantado de conocerte, por fin. —Se acerca y me abraza con suavidad.

—Igualmente. Y... siento mucho la muerte de su mujer —digo, al separarme de su abrazo.

—Gracias, eres muy amable. Ha sido un golpe duro, aunque lleváramos tiempo sabiendo que ocurriría de un momento a otro. —Sonrío con tristeza. Y yo recuerdo que Jorge me dijo exactamente lo mismo, en una de esas mil conversaciones que tenemos, antes de dormirnos abrazados—. Pero no quiero más penalidades. Ya es suficiente con lo que tenemos entre manos. —Esta vez, sus labios se curvan de forma más visible—. Y por favor, tutéame. —Asiento—. Por cierto, me llamo Jorge. No sé si mi hijo te lo ha dicho ya. A veces, se le olvida, porque no le hace gracia que tengamos el mismo nombre —bromea y dirige su mirada hacia su hijo.

—¿Por qué no me sorprende? —Lo miro también, y él pone los ojos en blanco.

—Vaya, pues sí que es graciosa, sí —contesta el padre.

—Te lo dije. —Sonríe Jorge.

—¿Habéis estado hablando de mí a mis espaldas? —sigo con la broma. Los dos se ríen entre dientes—. Al menos ya sé cómo serás cuando tengas la edad de tu padre. —Me río—. ¿Y por qué no te gusta llamarte igual que él?

—¿Sabes lo que es que digan tu nombre a cada momento y no sepas si se refieren a ti? En el despacho es un no parar.

—¿Puedo llamarte *Junior* cuando estéis juntos?

—Anda, pasa para dentro —me regaña Jorge, dándome una palmada en el trasero.

El padre me dirige con el brazo hacia la puerta en señal de invitación. La estancia en la que entro es muy amplia, limpia, sobria y sencilla. Todo está colocado en su sitio, y el suelo marrón claro brilla más que una pista de hielo. Lo primero que encuentro en el salón es una mesa con seis sillas, tres a cada lateral y preparada para cenar. Sergio y Mauro están en medio del espacio, de pie, a la espera.

—Sentaos, por favor. —El padre de Jorge nos ofrece la mesa.

Jorge y yo nos sentamos en el extremo donde hay dos juegos de cubiertos y su padre, Mauro y Sergio frente a nosotros.

La puerta que hay justo enfrente de la mesa se abre y una señora bajita de unos sesenta años ataviada con un delantal blanco se acerca con una bandeja llena de botellas de diferentes vinos.

—Buenas noches —saluda con una cálida sonrisa—. ¿Qué desea beber? —me ofrece.

—Buenas noches. —Miro la bandeja y veo una botella de lambrusco rosado—. Lambrusco, por favor —pido. La señora coge la botella y me llena la copa—. Gracias.

Ella sonríe. Saluda al resto de mis acompañantes y les sirve el vino que le piden.

—Cuando quiera, puedo servir la cena —le dice al padre de Jorge.

—Gracias, Asunción. En seguida te aviso —contesta él.

La señora deja las botellas sobre la mesa y desaparece tras la puerta por donde había aparecido minutos antes, que deduzco que debe de ser la cocina.

—Bien —empieza a hablar el padre de Jorge—. Creo que mi hijo os ha puesto en antecedentes de lo que ocurre. —Le da un sorbo a su vino tinto. Todos asentimos—. Creo que lo mejor va a ser contratar a una empresa de seguridad y que nos indiquen cómo proceder en estos casos. Darles la

información y que ellos se encarguen de contactar con la policía sin que nosotros intervengamos directamente. No pueden controlar todo lo que hacemos. Tenemos muchos clientes que entran y salen del despacho, pueden hacerse pasar por otro más.

—Me parece una idea fantástica —interrumpe Mauro y veo que se siente aliviado por lo que acaba de oír.

—Bien. Pues empecemos por ahí —contesta Jorge.

Parece que el ambiente se destensa un poco y veo que todos relajamos un poco la musculatura; resoplamos en silencio.

—No os preocupéis por nada, yo me encargaré de todo —vuelve a hablar el padre de Jorge—. Tengo un amigo que puede facilitarme el contacto de una empresa de seguridad que puede ayudarnos. Se dedican a la protección personal y tienen los medios necesarios. —Los cuatro estamos atentos a lo que nos dice—. Vamos a cenar. —Se levanta de la mesa y se dirige a la puerta de la cocina para avisar a Asunción.

Vuelve a aparecer la señora por la puerta y deja en la mesa una bandeja de carne cortada en rodajas, cocinada al horno, y otra con una cola de rape debidamente limpia y fileteada, una ensalada muy completa y patatas aliñadas con lo que parece pimentón rojo y aceite.

—No sabía lo que te gustaba y le he dicho a Asunción que cocinara carne y pescado —me explica el padre de Jorge.

—Ah... bien, muchas gracias. Pero no hay problema, me gusta todo —contesto con una sonrisa, y agradecida por el detalle que ha tenido.

—Estupendo, me alegra saberlo. Sírvete lo que quieras —me invita.

Cojo un poco de cada bandeja y lo pongo en el plato, los demás hacen lo mismo y empezamos a cenar y a hablar de otros temas que nada tienen que ver con el asunto principal que ha obligado a reunirnos. Aunque me alegra que lo hayamos hecho y ahora podamos disfrutar de una conversación normal sin que aparezcan cuestiones escabrosas; esto ya empezaba a tener un cariz desesperante.

El padre de Jorge se interesa por mi trabajo y por mi vida en general. No deja de hacerme preguntas y yo las voy contestando todas con mucho gusto, porque parece importarle de verdad lo que hago.

Mauro vuelve a tener esa sonrisa en la cara que no veía desde hacía varios días, y Sergio está encantado de verlo más tranquilo. Jorge no deja de acariciarme el brazo, la pierna y la cara. Supongo que con la intención de tranquilizarme y de querer notarme cerca. Yo le devuelvo todas sus caricias

porque me encanta que esté continuamente pendiente de mí. Hemos pasado unos meses horribles y necesitamos estar juntos más que nunca.

Después de cenar, de tomar algunas copas y de volver a reírnos con ganas con las ocurrencias de Mauro, volvemos a casa y dejamos al padre de Jorge descansar, porque entre la muerte de su mujer y lo ocurrido en los últimos meses parece necesitarlo. Al menos, hoy hemos podido desconectar nuestras mentes y disfrutar de una cena. Y una pequeña luz se ha abierto en medio de tanta oscuridad, después de que Jorge (padre) nos contara su idea para intentar salir de este embrollo.

Cuando llegamos al piso, Jorge y yo nos cepillamos los dientes en el baño, mirándonos a través del espejo, y nos vamos a la cama. Nosotros también necesitamos descansar. Esta vez no me pongo el pijama, me acuesto desnuda y Jorge se mete bajo el edredón, encima de mi cuerpo. Me hace cosquillas con los dedos en la cintura y yo no puedo aguantar la risa y me retuerzo bajo sus brazos.

—Dios, Jorge, para... que no puedo...

Se asoma por entre la ropa de cama y me enseña el hueco entre sus dientes; se le forman unas arruguitas muy graciosas alrededor de los ojos.

—Te voy a comer hasta la hora del desayuno... —Vuelve a desaparecer entre las sábanas y siento como se mete mi pezón izquierdo en la boca.

Paso de la risa histérica a arquear la espalda y a agarrarme a la almohada en un microsegundo. Jorge muerde mi carne con fuerza, haciendo que un escalofrío me recorra de arriba abajo.

—Joder... —casi grito, y aparto la ropa porque quiero verlo, quiero ver como aprieta mi piel con la boca y con sus dedos, que están por todas partes, recorriendo cada rincón de mi cuerpo.

Libera mi pezón y se tira a mi boca con las mismas ganas que hace unos minutos en mi pecho.

—Estoy loco por ti, fiero. Necesito besarte, lamerte, olerte...

—Pues hazlo, hazlo hasta arrancarme la piel...

Por la mañana me despierto temprano. Aún no entra luz por la persiana. Jorge está boca abajo y me agarra por la cintura con su brazo. Miro el reloj del móvil; son las siete y media. No sé a qué hora nos dormimos, pero estoy descansada como en muchos meses no recordaba estarlo. Parece que ver al

padre de Jorge coger las riendas del asunto y contratar a la empresa de seguridad le ha dado una tregua a nuestro estado permanente de nervios.

Decido que voy a levantarme y bajar a la cafetería que hay a pocos metros para comprar unos bollos y dulces que he visto todas las veces que hemos pasado Mauro y yo con el coche. Él siempre me prepara el desayuno, estaría bien que por una vez lo hiciera yo.

Salgo de la cama con cuidado, me visto en el salón y bajo a la calle. Entro en la cafetería. Un candor y el olor a café invaden todo mi cuerpo y sonrío sin poder evitarlo. Pido a la dependienta varias magdalenas de diferentes sabores, unos bollos de azúcar y canela y algún que otro dulce con chocolate. Salgo de nuevo al frío de la mañana, sonriendo por la alegría que me invade al pensar en la cara que se les va a poner a los tres cuando vean el surtido que llevo para el desayuno.

Cruzo la calle, desierta a esas horas de domingo y, cuando estoy llegando al portal, siento unas manos que me agarran por la espalda y tiran de mí hacia la esquina del callejón. ¿Qué pasa?! ¿Dé dónde ha salido?! ¿Querrá robarme?! No llevo nada encima, solo unas cuantas monedas sueltas, que he cogido para comprar en la cafetería. Ni siquiera tengo el móvil.

Los pies no me responden, y el corazón se me para, o me bombea a toda prisa, no estoy segura; lo que sí sé es que entro en pánico. Me arrastra por los brazos hacia atrás y no puedo moverlos. Dios, quiero gritar, pero no me sale la voz. Se me han congelado las cuerdas vocales.

Me empuja contra una persiana de algún comercio y oigo el golpe metálico que mi hombro provoca al chocar con ella. Un dolor hueco me apresa las cervicales y mi respiración desaparece.

—Dile a tu novio y a su padre que no se les ocurra jugar a detectives, o tendrán más problemas de los que nunca hayan imaginado, ¿me oyes? —me dice una voz en la nuca. Noto su aliento caliente y me sube un repelús por la espalda—. ¿Me has oído? —repite. Su voz es hosca y desagradable, como un chirrido que se le escapa entre los dientes. Asiento—. No van a llamar a ninguna empresa de seguridad. Ve a decírselo.

Me empuja hacia la calle por donde hace unos segundos iba caminando y casi caigo al suelo de bruces. Apoyo el trasero en la pared del edificio y me cojo las rodillas con las manos. Me tiembla todo el cuerpo. No puedo respirar. Lo intento, pero no puedo. Tengo el corazón en la garganta y la boca seca. El suelo se vuelve inestable. La bolsa que llevo con el desayuno me corta la circulación de la muñeca.

Me incorporo y, por fin, puedo coger aire por la boca; una gran bocanada de oxígeno que llega hasta el fondo de mis pulmones. Abro los ojos y me asomo al callejón por donde me ha arrastrado, pero no hay nadie. La calle donde estoy sigue desierta. Algún coche pasa por delante de mí, pero solo veo un borrón que cruza frente a mis ojos.

Echo a correr hacia el portal, saco las llaves del bolsillo y veo que me tiemblan los dedos como nunca en mi vida lo habían hecho; más que cuando Raquel se presentó en casa. Entro y cierro con un portazo. Subo por las escaleras sin detenerme, noto como mis piernas flaquean al contacto con algunos escalones, pero no me paro; sigo subiendo hasta el último piso. Abro la puerta y la empujo con fuerza para volver a cerrarla. Me apoyo en la parte interior, intentando calmar el ritmo de mi respiración, que va a toda pastilla por el miedo y por el esfuerzo. Resbalo por la madera hasta caer al suelo. Cierro los ojos de nuevo.

—¿Vera? —oigo la voz de Jorge—. Vera, ¿qué pasa? —Siento sus manos calientes sobre mi cara helada.

—Alguien... —intento hablar.

—Vera, joder, ¿qué te pasa?! —vuelve a preguntar, esta vez más fuerte.

—Alguien me ha abordado en la calle... —Cojo aire por la boca y abro los ojos. Jorge me mira aterrado—. He ido a comprar a la cafetería y alguien me ha cogido en la calle. Me ha dicho que no... que no... llaméis a ninguna empresa de seguridad...

—¡¡Joder!! —grita—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —pregunta y me pasa sus manos por la cara, los brazos, el pecho... con desesperación.

—No. Solo me ha cogido por la espalda y me ha dicho eso —contesto, recuperando por fin el ritmo de la respiración.

—¿Qué pasa? —Sergio aparece en la entrada seguido de Mauro.

—Vera, ¿estás bien? ¿Qué te pasa, cariño? —Mauro se agacha a nuestro lado.

Entre los dos me levantan del suelo, agarrándome por los brazos.

—Alguien la ha cogido en la calle y le ha dicho que no llamemos a ninguna empresa de seguridad —les explica Jorge, con una mezcla de angustia y rabia en la voz.

—Pero... ¿cómo coño saben...? —empieza a preguntar Sergio.

—No lo sé, joder. No tengo ni puta idea, pero lo saben. ¡Hijos de puta! —grita Jorge cuando llega al salón. Me dirigen hacia el sofá y yo arrastro los pies para seguirlos—. ¿Estás bien? —me pregunta. Asiento con los ojos

cerrados, aún me tiembla todo el cuerpo—. Voy a llamar a mi padre. Quedaos con ella.

Sergio y Mauro se sientan a mi lado, y Jorge cruza el salón para ir a nuestro cuarto. Apoyo la cabeza en el respaldo y respiro hondo. Parece que empiezo a sentir mis extremidades de nuevo.

Mientras sigo concentrada en dar bocanadas de aire, Sergio me acerca un vaso de agua.

—Gracias. —Bebo un par de sorbos para humedecerme la boca.

—Joder, yo qué sé cómo hostias lo saben... —Oigo a Jorge venir por el pasillo—. Esto se está yendo de madre. Papá, como le hagan algo a Vera, te juro que los mato... no, no me tranquilizo... mira por toda la casa, algo debe de haber... o el puto móvil, vete a saber... Sí, ella está bien, con un susto de muerte, pero bien... no, no le han hecho daño... Vale, sí. Hasta mañana. —Oigo un golpe fuerte sobre el suelo—. Pedazo de cabrones —grita. Sus pies descalzos hacen crujir el parqué. Se acerca a mí y se pone en cuclillas frente a mis piernas—. Vera, ¿cómo estás? —Recorre con la mirada cada rasgo de mi cara, nervioso.

—Mejor, tranquilo. Ha sido el susto. Estoy bien —contesto un poco más calmada—. Toma, prepara el desayuno. —Levanto la mano donde cuelga la bolsa con lo que he comprado en la cafetería—. Vamos a salir a la terraza, sin móviles —digo en voz muy baja. No sé si me he vuelto paranoica, pero por si acaso están aún a la escucha.

—Vale. —Coge la bolsa de mi mano—. Ven, vamos afuera —dice también en voz baja. Le da la bolsa a Mauro y le señala la cocina con el dedo.

—Ponte algo encima o te vas a pelar de frío —le digo, viendo que sale en bóxer.

—Sí. Mejor. Ahora vuelvo. —Se marcha, y yo me siento en una de las sillas junto a la mesa de la terraza.

Empieza a amanecer y hace un frío del carajo. O soy yo, que con el susto me he destemplado. Me abrigo bien con la chaqueta que llevo puesta. Apoyo los codos en el tablero y me cojo la frente con las manos. Sé que estoy asustada, ni más ni menos que como el día en que Raquel entró en nuestro piso con una pistola. Aquello acabó rápido, pero esto... Esto no sé cómo va a acabar ni cuándo y, desde luego, no estamos hablando de una perturbada; esta gente es muy consciente de lo que hace. No podemos perder la cabeza, hay que pensar, pensar fríamente para salvar el trasero.

Jorge aparece, vestido con un chándal gris, y se sienta a mi lado, me echa

el brazo por encima de los hombros y me aprieta contra su pecho.

—¿Estás bien? —Me besa la sien.

—Sí, tranquilo —contesto y apoyo mi cabeza en su hombro.

—Haré todo lo posible por acabar con esto. No puedo permitir que te ocurra nada. Es culpa nuestra, te sacaré de este lío. No debí... no debí acercarme a ti, debí seguir...

—Ni se te ocurra decir eso, ¿me oyes? —Me aparto de su cuerpo para mirarlo a la cara. —Prefiero mil veces este miedo que el otro.

—¿Qué otro miedo? —pregunta confundido.

—El miedo a no saber de ti. A no saber si volvería a verte, a no saber si me querías. —Y vuelve a darme un pinchazo en las tripas como en las semanas anteriores.

—Dios, cómo no te voy a querer. —Coge mis mejillas entre sus manos y aprieta sus labios contra los míos—. Desde que te vi subida a aquella barra en el pub, supe que me volvería loco por ti.

—¿Nos viste allí subidas?! —Niego con la cabeza—. Se nos fue mucho la olla, pero nos divertimos. Nadia no estaba pasando un buen momento, y Carlota tampoco. —Pienso en el giro que han dado nuestras vidas desde entonces.

—Y yo he complicado tu vida —contesta, y sus ojos se ensombrecen un poco.

—No, Jorge. Tú la has mejorado. Has hecho que sienta cosas que jamás he sentido. Todo esto es nuevo para mí y... me gusta. Me gusta echarme de menos y, cuando salgo por la puerta, lo primero que pienso es en que el día pase rápido para volver a verte —digo sin dejar de mirarle esos ojos marrones brillantes—. Por ti he conocido a Mauro y me ha dado la oportunidad de trabajar en lo que realmente me gusta, sin ni siquiera saberlo bien del todo. Me he aburrido toda la vida haciendo lo mismo. Salir con chicos de los que nunca me he enamorado. Ya no quiero estar sola, quiero estar contigo. —Y me siento liberada al contarle todo esto, realmente soy consciente en este preciso momento de que lo que digo es toda mi verdad.

—Me moría sin verte, sin llamarte, sin contártelo todo. —Me abraza fuerte y apoya su barbilla en mi pelo—. Me sentía enjaulado, sin saber qué hacer. No quería volver a casa por las noches. Quería coger el coche y recorrer los más de doscientos kilómetros para estar contigo —susurra y noto dolor en sus palabras.

Nos quedamos abrazados hasta que Mauro y Sergio salen a la terraza con

un par de bandejas llenas de lo que he comprado y de zumos recién exprimidos y café. Lo colocan todo sobre la mesa y se sientan frente a nosotros.

—Sergio y yo hemos pensado en algo —interviene Mauro; parece más entero que días atrás. Jorge y yo nos soltamos para escucharlo y para comer algo—. Primero, vamos a comprar móviles nuevos, los pediremos por Internet, no es necesario que vayamos a ninguna tienda, por si acaso están vigilando, al menos aquí.

—Yo tengo un viaje pendiente al sur, así que pasaré por una tienda y compraré tarjetas nuevas para los móviles. Entre nosotros hablaremos con los nuevos y, en cuanto lleguemos a casa, apagaremos los otros. —Bebe de un vaso de zumo—. No sé si es posible que hayan puesto algún micro en casa de tu padre o aquí, pero me parece demasiado de película de espías. Deben de ser los móviles. Algo deben de haber conectado cuando os los cogen al entrar en el despacho para hablar con ellos.

—César es ingeniero informático, le puedo preguntar si algo así es posible —digo. Él asiente.

—Recopilaré toda la información que tenemos y haré varias copias. Las puedo enviar por mensajería a diferentes comisarías de aquí y de Madrid —explica Jorge.

—Y de Tarragona. Incluso creo que podría llamar a la comisaría. Cuando ocurrió lo de Raquel, una agente muy amable nos dio su teléfono directo. Puedo decirle que le vamos a enviar un material para investigar —digo y cojo un bollo de chocolate.

—Escucha, Jorge —dice Sergio más serio—. El otro día, cuando fuisteis a Madrid, yo estaba allí. —Él lo mira sin entender—. Estaba en la calle, observando desde el coche con la cámara del medidor. Puedo volver e intentar seguir a alguna de las furgonetas que no tenían logo. Quizá vayan a algún otro lugar a recoger material. Deben de sacar algo del país hasta Suiza. No es lógico que los paquetes vayan a la dirección de la sede europea, tal como le dijo Carlota a Vera, si solo se dedican a mover bultos de un cliente a otro. Esos paquetes deben de tener algo distinto —explica.

—No me hace ninguna gracia que vayas a Madrid tú solo. Debiste decírmelo. Hubiese estado atento por si pasaba algo —contesta Jorge preocupado.

—Lo sé, pero no ibas a dejarme ir. Vera y yo hablamos por teléfono todo el rato que estuve allí para, si ocurría algo, avisar a la policía.

Jorge me mira con una ceja levantada.

—¿Os habéis vuelto todos locos? Esta gente es peligrosa.

—Yo iré con él —dice Mauro—. Iremos en dos coches distintos. Él se acercará más con la cámara de fotos de larga distancia que tiene, yo estaré más alejado y estaremos conectados al teléfono continuamente.

—No me lo puedo creer —contesta Jorge sorprendido, pero sin enfadarse.

—Lo gay no quita lo valiente. —Sonríe Mauro.

—Vale, James Bond de bandera arcoíris —bromeo, llevándome la taza de café a los labios.

Tratamos de afinar el plan y concretar el día en que Sergio y Mauro irán a Madrid para hacer de espías del KGB. A mí se me pasa por la cabeza la idea de hacer algo parecido en Tarragona, contarle a Carlota lo que ocurre e intentar, desde dentro, descubrir algo más. Pero no digo nada. Cuando llegue a casa, hablaré con ellas y miraremos de, si no es demasiado arriesgado, hacerlo con la ayuda de Marcos y César. Aunque la idea de implicar a más gente, a mi gente, no me hace ninguna gracia.

Aún no lo tengo claro y no quiero que Jorge se preocupe más de lo que ya está con todo este asunto. Lo bueno sería recopilar toda la información posible y entregarla a la policía para que investiguen. Si tenemos fotografías o un vídeo, sería lo ideal. Realmente, esto parece sacado de una serie cutre en plena Guerra Fría. Yo ya me estoy viendo como Charlize Theron en *Atómica*, solo me falta teñirme el pelo de rubio y cortarme el flequillo. Más vale que me ría, porque esto es más bien para echarse a llorar o tirarse por un puente sin arnés.

Esta es mi última semana de trabajo en el piso de Alejandro y Rosa. El mural está acabado y solo falta darle unos retoques.

Mauro compró cinco teléfonos por Internet para nosotros y para el padre de Jorge, Sergio hizo su viaje a Granada y compró las tarjetas. La próxima semana irán a Madrid en *misión especial*. Jorge y su padre están trabajando en los documentos que deben entregar al *Yakuza*; así hemos bautizado al empresario que nos tiene acojonados, porque, después de enseñarle a Jorge el retrato que hice con la ayuda de la descripción de Sergio, él aportó el detalle de que el hombre delgado tiene rasgos orientales. Mestizo, quizá. Usa un nombre español, pero creemos que no es el real o que se lo ha cambiado. En Google apenas hay información y fotos sobre él. Ni siquiera aparece como gerente en la web de la empresa.

Mauro se ha vuelto loco de atar al ver el mural terminado. Me ha dado mil besos y mil abrazos más. Ha elogiado mi trabajo de una forma profesional primero, y como *una histérica* después, dando palmadas y saltitos. Manuela también ha alabado el resultado y hemos enviado un vídeo a los dueños de la pared para que vean el nuevo adorno de su habitación. Han quedado gratamente impresionados. Y yo me siento muy satisfecha y orgullosa de haber podido realizar un nuevo trabajo, que me ha encantado, dicho sea de paso.

Llegamos a casa justo para comer y marchar a la estación. Jorge me ha prometido esta mañana que llegaría a tiempo para despedirse de mí. Cuando bajo del coche, me lo encuentro en la puerta de la terminal, esperándome. Mauro me acompaña hasta él y me abraza fuerte.

—Adiós, Mauro, nos vemos pronto. Tened mucho cuidado en Madrid y, por favor, informadme de todo —le digo, pegada a su cuerpo.

—Sí, tranquila. Tendremos cuidado. Te quiero, bombón. —Me besa en la frente.

Se marcha hacia su coche para dejarnos intimidad a Jorge y a mí.

—Tened cuidado, por favor. —Pongo mis dedos alrededor de su nuca.

—Lo tendremos. No te preocupes. ¿Llevas toda la documentación? —Se refiere a una copia de todo el expediente que me ha dado para entregar a la policía de Tarragona, a la espera de las posibles fotos de Madrid y de las mías en la sede donde trabaja Carlota, pero esto último él no lo sabe—. Te voy a echar mucho de menos. Otras dos semanas juntos y tenemos que separarnos. —

Pone su frente sobre la mía y bufa.

—Nos veremos pronto. En cuanto acabemos con esto estaremos más tranquilos —contesto y rozo mis labios con los suyos.

—En cuanto todo esto termine, me pondré a trabajar para trasladarme a Tarragona. Ya lo he hablado con mi padre. Hace tiempo que tenemos pensado hacerlo y, ahora que tú estás allí, no puedo esperar. —Me da pequeños besos por todo el rostro mientras habla—. ¿Llevas el móvil nuevo?

—Sí, lo llevo todo.

—Vale. —Coge mis mejillas entre sus manos y me besa fuerte.

Sus labios engullen los míos, su lengua acaricia la mía. Siento como me dice que me ha echado de menos, que no puede esperar por volver a verme, que no quiere que nos separemos y que está loco por mí; todo con un solo beso. Los dos lo decimos, sin hablar.

—No quiero irme, Jorge —susurro sin separar mis labios de los suyos.

—Yo tampoco, pero aquí no estás segura. Mejor alejarte mientras arreglamos todo este asunto. —Se separa y me mira a los ojos—. No sabes el miedo que pasé cuando subiste aquella mañana de la cafetería. Tenías una cara de pánico... —Cierra los ojos para apartar aquella imagen de su mente, imagino.

—Lo sé. Me asusté, pero la policía hará su trabajo. Ahora toca tener la cabeza fría.

—Te quiero, Vera Márquez.

—Te quiero, Jorge Díaz-Gil.

Nos abrazamos muy fuerte. Tanto que me duele hasta el alma. Pero ya no me duele por el mismo motivo que hace unos meses. Ahora todo irá bien. Lo sé, lo sabemos. Empezaremos los dos de nuevo, solos, sin nada que pueda entorpecer lo nuestro. Jorge ha hecho lo que tenía que hacer, por él, por mí. Por todos.

Cuando llego a Tarragona, Carlota y Nadia me esperan en la estación para llevarme a casa. Nos abrazamos como locas. Desde que vivimos juntas, nunca he estado separada de ellas tantos días.

Por el camino, les cuento cómo se solucionó todo con Jorge. De su acuerdo de divorcio; que, con la broma de Carlota, al final él me enseñó los documentos firmados para que no tuviera dudas, incluso me dejó leerlos. Les

explico que en unos meses Jorge se trasladará a Tarragona para ampliar el negocio familiar, y las dos se alegran tanto por mí que no puedo evitar emocionarme y soltar alguna lágrima de alegría.

Les enseño las mil fotos que he hecho de mi estancia en Zaragoza; de sus monumentos, de sus calles, de sus edificios, del río, de los desayunos en la terraza del piso de Mauro y Sergio, de las salidas a tomar unas cervezas, de la evolución del mural y del resultado final. Les detallo todo menos el asunto más escabroso; eso lo dejo para cuando estemos en casa, tranquilas. Sé que a Carlota le va a sentar fatal, porque el trabajo le gusta y, cuando se descubra todo el pastel, la empresa va a cerrar y su puesto se irá al garete. Pero encontrará otra cosa, de eso no hay duda.

Ellas me cuentan lo que han hecho; al parecer, los fines de semana salían juntos, pero Nadia se marchaba al piso de César y Marcos dormía con Carlota en casa.

En nuestra tradicional cena, con mojitos incluidos de viernes, decido contarles todo lo referente al asunto que nos tiene en vilo.

—Chicas, tengo que contaros algo más —empiezo, cuando llevamos el segundo mojito a medias. Las dos me miran sonrientes. Van a dejar de sonreír en dos segundos, lo sé—. Carlota, esto te va a joder, pero seguramente vas a tener que dejar el trabajo.

—¿Cómo? —Me mira con el ceño fruncido sin entender nada.

Les explico todo el asunto de cabo a rabo, sin dejarme ni un detalle. Incluido el ataque de aquel tío que se me abalanzó en la calle.

—Joder, Vera. Qué miedo. ¿No podéis ir a la policía y ya está? No deberían meterse más en el asunto —dice Nadia.

—Qué mala suerte tengo con los trabajos —se queja Carlota. Coloca los pies encima de la mesa baja y apoya la cabeza en el sofá, mirando al techo—. Ya sabía yo que era muy raro eso de enviar paquetes a Suiza sin dirección de envío de ningún cliente.

No me atrevo a pedirle que hagamos algo al respecto. No quiero que piense que la quiero forzar a hacer algo que no debe. Si fuera yo la que trabaja allí, lo haría sin dudar, pero no puedo pedírselo a ella. No puedo, acabo de verlo claro. ¿Y si se mete en un lío? Si la descubren... no, no, no. Esperaré las fotos de Sergio en Madrid y mandaré todo a la policía. Por cierto, tengo que

encontrar la tarjeta que me dio aquella agente, creo que la dejé dentro del *minibolso* negro. Mañana la buscaré.

El fin de semana lo aprovecho para ir a visitar a mis padres, arreglar un poco mi habitación y poner lavadoras. El lunes volveré al estudio para seguir trabajando. Hablo con Jorge varias veces al día por el teléfono nuevo y nos enviamos mensajes a todas horas. Parecemos dos adolescentes agilipollados perdidos, pero me gusta, me siento bien.

El domingo por la noche, César sube a casa para acompañar a Nadia, y aprovecho para preguntarle si hay algún tipo de aplicación que sea de rastreo o por la que se pueda conectar desde otro móvil en remoto y escuchar conversaciones. Me dice que sí, que hay empresas de seguridad que los usan para localizar a personas desaparecidas y que hay otras, incluso, más sencillas, que usan los padres para tener acceso a la ubicación de sus hijos a través del teléfono.

Se lo cuento todo a Jorge por la noche y le queda claro que debe de ser por el móvil por donde escuchan nuestras conversaciones. No les hacen falta micros, el teléfono es un medio mucho más eficaz y pasa desapercibido, así que siempre lo tienen en modo avión en la oficina cuando hablan del asunto y apagado en casa. Su padre buscó por todo el piso, por si hubiese algún otro dispositivo de escucha, pero no encontró nada. Así que nos queda bastante claro, hicimos bien en comprar otros móviles.

El lunes voy al estudio y preparo todo para comenzar a trabajar. Dejé algunos trabajos sin empezar antes de marcharme a Zaragoza que tengo que enviar esta semana. A media mañana, mi móvil nuevo empieza a sonar. Es Carlota. Les he dado mi número a ellas dos.

—¿Qué pasa? ¿Te aburres? —le digo al descolgar.

—No exactamente —contesta en voz muy baja.

—¿Por qué hablas tan bajito?

—Estoy en la nave. Todos los bultos para Suiza están en un almacén aparte.

—Carlota, ¿qué coño haces? —le grito, asustada.

—No grites, joder. Que te van a oír a través del teléfono —me regaña en el mismo tono de voz baja.

—Carlota, no hagas nada. Sal de ahí y vete a tu sitio. Como te pillen... —

Cierro los ojos con fuerza.

—Mi jefe ha salido a hacer unas gestiones y he venido al almacén. He encontrado una puerta que no había visto antes porque está tapada por unas estanterías. Estaba abierto y he entrado. Todo lo que han descargado esta mañana para Suiza está aquí.

—Vale, perfecto. Pues ahora sal de ahí —le grito.

—Tendría que abrir una caja, podría sacar una foto y así la puedes enviar con el expediente a la poli, ¿no?

—¡Carlota, sal de ahí de una puta vez! —vuelvo a gritar a pleno pulmón.

—Mierda, oigo voces. Me voy. —Oigo sus pasos contra el suelo, cerrarse una puerta y otra vez pasos, otra puerta. Me estoy poniendo histérica—. Ya estoy en mi oficina —dice en su tono normal.

—No vuelvas a hacer algo así, ¿me oyes? —Casi me da un infarto—. Esta semana, Sergio y Mauro van a Madrid, solo faltan las posibles fotos que puedan hacer ellos y entrego los papeles a la poli. Y se acabó.

—Vale. Nos vemos luego, te dejo. Tengo curro. —Me cuelga.

Me quedo mirando el móvil. La madre que la... A esta loca no la parieron, la cagaron, por lo menos. Qué tía. Me da un susto de muerte y luego me cuelga como si nada.

Por la tarde, me llama Jorge para decirme que Sergio y Mauro han adelantado el viaje a Madrid y estarán mañana allí. Quieren acabar cuanto antes con este asunto. De nuevo les digo que tengan cuidado y que me informen de todo. Yo omito lo que ha hecho Carlota para no dar más preocupaciones a Jorge.

Esa noche doy muchas vueltas en la cama, paso las horas más en duermevela que en sueño profundo y me levanto temprano, aunque espero a que mis amigas se marchen a trabajar, y a las ocho y media ya estoy en el estudio.

Recibo un mensaje de Jorge contándome que *Starsky y Hutch* ya están en marcha, y yo le pego la bronca porque no sé cómo tiene ganas de cachondeo con la que nos puede caer como no vayamos con cuidado. Me contesta que es para no preocuparme, que todo va bien. De momento no hay novedades. Están en la empresa de Madrid esperando a que alguna furgoneta se mueva. Explica que Sergio y Mauro están en contacto por teléfono y que Mauro a su vez le escribe a él por WhatsApp. Le sugiero que cree un grupo con Mauro y conmigo para que no tenga que transcribir todo lo que le cuenta Mauro. A los pocos minutos, estoy en línea con los dos por chat.

Alterno el trabajo con la lectura de la conversación en el móvil de lo que Mauro y Jorge van escribiendo. Sin novedades aún. Sigo a lo mío y, al cabo de media hora, el móvil no deja de recibir mensajes. Lo miro y veo que Sergio se ha puesto en marcha tras una de las furgonetas blancas. Mauro ha escrito que van en dirección hacia Leganés. Después, nada más; imagino que van conduciendo. Dejo de trabajar, porque ya no sé ni lo que pinto, y me siento en el sofá, pendiente del móvil.

Al cabo de un rato, Mauro vuelve a escribir que Sergio está a unos metros de una nave en el polígono industrial, nos manda su ubicación para que tengamos claro dónde está el almacén donde la furgoneta se ha detenido. El conductor baja para meterse en la nave y abrir un pequeño muelle por donde empieza a cargar cajas hasta llenar la parte trasera. Al parecer, Sergio ha conseguido fotos de todo el proceso, de las personas que han intervenido y de la matrícula de la furgoneta. Se ponen en marcha nuevamente y siguen al vehículo cargado hasta la empresa donde se reúnen con el empresario y descargan todas las cajas.

La furgoneta vuelve a marcharse, imaginamos que para hacer otro viaje. Esperan allí un rato y, efectivamente, la misma furgoneta vuelve a descargar otra remesa de paquetes. Las cajas son de diferentes tamaños, pero todas de fácil transporte en una mano, y mejor para esconder en los camiones junto a los demás bultos, elucubramos. Sergio ha vuelto a hacer más fotos y dan por finalizada la sesión de espionaje.

Jorge llama para decirme que esta noche, cuando vuelvan de Madrid, descargarán las fotos de la cámara y me las pasarán al móvil para que las imprima y las adjunte al expediente.

—Vera, en cuanto tengas las fotos impresas, envía todo el material a la policía, nosotros haremos lo mismo —me explica Jorge por teléfono—. Que ellos se encarguen de investigar y se acabó. Nosotros ya no podemos hacer nada más —alega al final.

—Vale. Mañana hablaré con la policía y les enviaré el sobre —contesto.

Por la noche, llego a casa y paso las fotos que me han enviado al ordenador para imprimirlas. Amplío el detalle de la matrícula y el rostro de los empleados que han intervenido en la carga y descarga. Le enseño las fotos a Carlota para que constate que ese tipo de cajas son las que ha visto en el almacén escondido. Ella lo confirma y preparo toda la documentación para enviar.

Al día siguiente, llamo al número directo que la agente nos facilitó.

—Hola, buenos días. Quisiera hablar con Ana Gómez —saludo. Por suerte, el nombre de la policía estaba en la tarjeta que nos dio.

—Yo misma. ¿Quién llama, por favor? —contesta con voz amable.

—Soy Vera Márquez. No sé si te acuerdas de mí; tuvimos un problema hace varios meses en nuestro piso. Entró una mujer con una pistola, amenazándonos a mis compañeras y a mí, pero finalmente se pegó un tiro en la sien —le explico, por si me identifica.

—Sí, lo recuerdo. ¿En qué puedo ayudarte?

Y le cuento absolutamente todo. Empiezo por la extorsión que Jorge y su padre han sufrido por la documentación falsa de los movimientos bancarios, la vigilancia, las escuchas por el móvil, las reuniones en Madrid, el seguimiento de Sergio y Mauro a la furgoneta, cómo me abordó el matón en la calle para advertirnos, nuestras sospechas de que transportan algo ilegal, las sedes que tienen en diferentes puntos, el descubrimiento de Carlota en el almacén de las mismas cajas que Sergio fotografió en Madrid.

Al terminar, la chica se queda callada.

—¿Habéis hecho todo eso vosotros solos? —pregunta, finalmente.

—Eh... sí, nos daba miedo llamar a nadie hasta no estar seguros.

—En las fotografías, ¿se ve el material que contienen las cajas?

—No, lo siento. No se ve nada. Siempre están cerradas. Y no nos íbamos a meter dentro del almacén a abrir alguna —contesto, algo evidente.

—Desde luego que no —afirma—. Bien, envíamelo todo y le echaré un vistazo.

—Hoy enviaremos la misma documentación a una comisaría de Zaragoza y a otra de Madrid. Supongo que podréis poneros todos en contacto e investigarlo.

—Sí, no te preocupes, yo me encargo —contesta—. Una última cosa. —Hace una pausa—. Dile a tu amiga Carlota que, bajo ningún concepto, vuelva a entrar en el almacén donde se supone que guardan esos paquetes, puede ponerse en peligro si realmente hay algo ilegal —dice en un tono bastante autoritario y serio.

—Sí, sí. Ya se lo he dicho. Que no vuelva a entrar allí.

—Bien. En cuanto reciba el sobre con todo, te llamaré para indicarte qué procedimiento vamos a seguir.

—De acuerdo.

—Otra cosa más. Si te vuelve a abordar alguien en la calle, por favor, ven a comisaría. Deberías haberlo hecho en Zaragoza.

—Sí... pero tuvimos miedo, allí estábamos vigilados —le digo y vuelvo a sentir el temblor en las rodillas al recordar aquel mal rato.

—Vale, vamos a hacer una cosa. No me mandes nada, iré a recogerlo yo misma. ¿Hay algún sitio donde podamos vernos?

—En mi estudio.

—Bien, dame la dirección. Iré ahora mismo.

Le indico las señas y nos despedimos. Me quedo sentada en el sofá del estudio, sujetando el sobre con toda la documentación entre las manos.

Al cabo de media hora, aún no me he movido de mi asiento. Sigo dándole vueltas y más vueltas a todo el asunto. Y, mirado desde fuera, me parece una locura. Ahora mismo no sé cómo nos hemos atrevido a investigar por nuestra cuenta todo esto. El timbre de la puerta me sobresalta.

—¿Quién es? —pregunto a través del cristal.

—Soy Ana Gómez —contesta la chica.

Abro la puerta y me encuentro a la agente de pelo rubio vestida con el uniforme de una empresa de mensajería y una gorra. La miro extrañada. Ella sonrío.

—Vengo de incógnito, por si acaso —dice en voz baja.

—Ah... joder, no entendía nada. —Me aparto de la puerta y la dejo entrar.

—Como me has dicho que suelen venir a recoger material para llevarse de aquí, he venido vestida así por si acaso te tienen vigilada —argumenta.

—Bien. Perdona, pero todo esto me parece tan surrealista que, a veces, creo que estoy metida en una película.

—Te sorprendería la de historias de película que son reales. —Sonríe—. Tú misma viviste un episodio hace poco.

—Sí, tienes razón. —Camino hasta el sofá y le entrego el sobre—. Aquí está todo lo que hemos podido recopilar. Está toda la documentación que mi novio y su padre han tenido que redactar para la empresa con fechas anteriores, las fotos y un retrato del empresario que he hecho.

Ella lo coge en sus manos y abre el sobre. Hojea los documentos y observa el retrato que hice en carboncillo. Noto como se le desencaja la mandíbula y se queda pálida.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada.

—Mierda. No me lo puedo creer. —Vuelve a meter todo en el sobre y saca su móvil del bolsillo con movimientos enérgicos—. Roque, creo que tengo una pista sobre *Kumo*. Llama a Prieto y nos vemos en la comisaría en media hora. —Cuelga la llamada y me mira—. Escúchame bien, Vera. Este tío es muy

peligroso. Llevamos muchos años detrás de él. Le perdimos la pista hace un año. Es traficante de armas y de droga y extorsiona a todos los niveles —dice en tono muy serio. Empiezo a temblar, pero esta vez de verdad. Imaginar es una cosa, y que te lo confirme la policía, otra muy distinta. Y sí, la palabra miedo se queda corta para lo que siento—. No quiero asustarte, pero todos estaréis vigilados por ellos. Eso seguro. Utiliza a gente sencilla para hacerle los trabajos sucios, amenazándolos y para no levantar sospechas de sus negocios ilegales. —Noto como la sangre se me va del rostro y del cuerpo entero—. Llama a tu novio y le dices que no es necesario que envíe más documentación, nosotros nos encargamos de ponernos en contacto con el resto de policía de la zona. Que se vayan a casa. Llama a tu amiga y dile que salga de la empresa ahora mismo, que se invente algo y se vaya de allí. —No digo nada—. Vera, ¿me has entendido? —repite y me coge del brazo, con suavidad.

—Vale... —consigo decir. No siento mi cuerpo, estoy totalmente paralizada.

—No te muevas de aquí. Voy a mandarte a un compañero para que te acompañe a casa. Vendrá vestido de calle. Cuando llame a la puerta, pregunta quién es y te contestará «tenemos reserva a la una», ¿de acuerdo? —Me mira con el rostro muy serio.

—Tenemos reserva a la una —repito para tenerlo claro.

—Bien. Me marcho, cierra bien —dice, alejándose de mí hacia la puerta. Coge una de las cajas que tengo para embalar y mete el sobre dentro. Lo cierra con precinto en un segundo y se lo lleva—. Adiós, que tenga un buen día. —Sonríe y la veo alejarse.

Entro y cierro con llave. Busco el móvil por todas partes y no lo encuentro. No veo nada. Solo borrones por todas partes. Me tiembla todo el cuerpo y empiezo a tener dificultades para respirar. Carlota. Parpadeo muchas veces seguidas, tratando de apartar la tela que me nubla la vista. Corro al sofá, encuentro el móvil allí tirado y marco su número.

—Hola, flor —contesta.

—Carlota, escúchame bien —digo temblorosa y a punto de llorar.

—¿Qué pasa? —pregunta asustada.

—Sal de ahí. Vete con cualquier excusa. Que te encuentras mal, que se te ha muerto el perro, lo que sea, pero vete —digo de corrido, volviendo a sentir la sangre en el cuerpo.

—Me estás acojonando —contesta.

—Hazme caso. La empresa está siendo investigada, el empresario es un tío

peligroso. He hablado con la poli que nos atendió en la comisaría por el asunto de Raquel. Ha reconocido el retrato que hice, y llevan años tras él.

—Joder, menuda mierda. —La oigo trastear en la mesa y supongo que está recogiendo sus cosas para salir de allí.

—Cojo el coche y voy a buscarte, no quiero que vayas sola en el tren. La agente me ha dicho que seguramente estamos vigiladas.

—¿*Con quién hablas, Carlota?* —Oigo una voz masculina al otro lado de la línea.

—Es mi compañera de piso, parece que se ha incendiado la cocina. Voy a tener que marcharme corriendo. Lo siento, volveré en cuanto pueda —contesta Carlota con voz temblorosa.

—*Creo que no vas a ir a ninguna parte...* —Vuelvo a oír la voz masculina. Escucho un ruido como de romperse algo y se corta la línea.

—¿Carlota? —llamo—. ¡Carlota! —grito. Se me cae el teléfono de las manos.

Siento el pulso en los oídos y en las sienes. La sangre bombea fuerte contra mi cráneo. Carlota. Recojo el móvil del suelo y cojo el bolso de encima de la mesa. Abro la puerta y echo a correr sin pararme a cerrar el estudio con llave. Tengo el coche aparcado en la calle de detrás, hoy lo he traído porque pensaba ir al supermercado después de salir de trabajar. Corro con todas mis fuerzas por la calle adoquinada. Me falta la respiración, pero no es hora de parar a coger aire. Carlota. Me meto en el coche y arranco. Salgo derrapando del aparcamiento y recorro las calles casi desiertas para alcanzar la autopista. Me salto *cedas* y señales de *stop* a mi paso. Entro en la autopista con el pie a tope en el acelerador, adelanto camiones, furgonetas, coches.

Mierda, Carlota. Joder. Las lágrimas empiezan a amontonarse en mis ojos. No puedo ver nada. Me las aparto con los dedos y pito como una energúmena a un coche que va por la izquierda y no me deja pasar porque está adelantando a un camión. Agarro fuerte el volante. El sol de media mañana me ciega. Tengo todos los músculos agarrotados.

Salgo de la autopista y me dirijo al polígono de las afueras de la ciudad. Sé dónde trabaja porque la he recogido varias veces en las últimas semanas. No sé qué voy a hacer cuando llegue ni qué me voy a encontrar, pero no puedo parar, tengo que sacarla de allí.

Dejo el coche tirado en doble fila frente a la nave. Corro hacia las puertas de carga. No hay camiones ni gente trabajando. Me encaramo al muelle y me arañó las palmas de las manos con el relieve del suelo. Entro al almacén y no

veo a nadie. No se oye nada, solo mi respiración entrecortada y mi corazón a mil por minuto.

El espacio es enorme, hay estanterías metálicas hasta el techo por todas partes, que forman pasillos largos de una punta a la otra de la nave. Recorro pasillo por pasillo, asomándome antes de pasar al siguiente. Noto el pulso en la cabeza, a punto de estallar. Intento respirar despacio para tratar de escuchar algún ruido que pueda darme una pista de dónde puedo encontrar a alguien, a Carlota.

Oigo voces. Sí, son voces. Afino el oído. Cierro los ojos.

—Encuétrala. Yo tengo a la rubia. Como no la encuentres, el jefe nos mata. —Creo reconocer la voz masculina que hace media hora escuché a través del teléfono de Carlota. Silencio de nuevo.

«Yo tengo a la rubia». Dios, la rubia es Carlota. Seguro. Me muevo despacio, agachada, y miro entre las cajas que hay apiladas en las estanterías. Dos pasillos más adentro veo a alguien que se mueve. Me acerco con pasos muy lentos. Casi ni respiro. A través de los paquetes, veo a un hombre alto y delgado. Tiene el pelo canoso y va vestido con un traje gris oscuro. Está de espaldas a mí. Rodeo la estantería y me dirijo al pasillo donde se encuentra. Asomo la cabeza a través de la balda y veo a Carlota al final del pasadizo, sentada en el suelo con las piernas encogidas y los brazos alrededor de las rodillas. Tiene la cabeza apoyada sobre ellas. Dios, Carlota. Me da un vuelco el corazón cuando el hombre se gira un poco y veo que lleva una pistola en la mano. Es la segunda vez en menos de seis meses que veo un arma tan de cerca. Sigue de espaldas a mí. Me meto en el pasillo pegada a la estantería; como se gire y me vea, estamos muertas.

El corazón golpea fuerte dentro de mi pecho y amenaza con salirse por la boca, pero no dejo de avanzar. No sé qué narices voy a hacer, pero no puedo pensar en otra cosa que no sea llegar hasta ella. Cuando estoy a unos cinco metros de la espalda vestida con traje, echo a correr sin pensarlo dos veces. Me abalanzo sobre él, me agarro a su cuello con los brazos y con las piernas a su cintura. Él se desestabiliza y nos golpeamos contra la estantería que hay a nuestra izquierda, pero no lo suelto; tengo mis extremidades tan tensas que no podría soltarme de él ni con una palanca.

—Joder, me cago en la puta —grita. Intenta deshacerse de mí, dando vueltas sobre sí mismo.

Veo que Carlota levanta la cabeza y se le abren los ojos como platos. Se levanta del suelo y corre hacia nosotros. El tío gira y embiste de espaldas

contra la estantería. Se me clavan los travesaños horizontales de las baldas en la cintura, y uno vertical me aprieta con fuerza la columna y la cabeza. Duele. Duele mucho y noto como se me nubla la vista. Todo se vuelve borroso. Siento los brazos y las piernas de plastilina y caigo. Caigo al suelo a plomo, de costado. Parpadeo mucho para intentar volver a tener visión. El hombre me mira con los ojos encendidos y me apunta con la pistola desde su altura, de pie. Otra vez, un cañón ante mi cara. No puedo moverme, me duele la espalda.

De repente, el cuerpo masculino se abalanza hacia delante. Levanto la vista y veo a Carlota sobre su espalda, lo tiene cogido como lo tenía yo hace unos minutos. Da vueltas sobre sí mismo otra vez. Los dos gritan.

Muevo los brazos y las piernas. Empiezo a oír sirenas a lo lejos. La policía. Sí, viene la poli. Me da un subidón de adrenalina, y me incorporo. Corro hacia los dos cuerpos que tengo frente a mí y que no paran de darse golpes uno a otro. Carlota lo golpea en la cabeza, en la cara, en el cuello. Él le da codazos en las costillas, pero ella no lo suelta. Arremeto contra la espalda de Carlota para tirarlos al suelo y caemos las dos sobre él. Las sirenas están cada vez más cerca. Puedo, incluso, oír el derrape de las ruedas en el asfalto. Están afuera.

Baaaaannnnnggggg.

Vuelvo a escuchar el estruendo de una pistola dispararse, como cuando Raquel se voló la cabeza en nuestro salón. Estoy en el suelo sobre el hombre y caigo de espaldas. Algo me quema, me abrasa la piel y por dentro, me duele el estómago. Los sonidos me llegan lejanos, distorsionados. Oigo gritos, muchos gritos. Oigo pasos, muchos pasos. Levanto la vista por detrás de mí y veo muchas sombras que avanzan por el pasillo. Unos están de pie, otros agachados. Dios, cómo me duele el estómago. Me llevo la mano a esa parte de mi cuerpo y noto la ropa húmeda. Veo la cara de Carlota sobre la mía, me agarra las mejillas. Mueve los labios y llora, pero no la oigo. No oigo nada de lo que dice. Se aleja, su cara se aleja. ¡No te vayas, Carlota! Levanto el brazo para intentar alcanzarla, pero no lo consigo. Ahora, en lugar de la cara de Carlota, veo a dos hombres. Van vestidos con cascos, pero no puedo verlos bien. Todo es muy borroso, no veo nada. No puedo tener los párpados abiertos, se me cierran. No veo ni oigo nada. Ni siquiera noto mi cuerpo. Ya no me duele el estómago ni me quema nada por dentro. Solo hay silencio, oscuridad y paz.

Jorge está en la playa con los pies metidos en la orilla, como aquella primera vez que vino a buscarme. Es de noche, y la luna llena brilla en el cielo e ilumina su silueta. Es como aquel cuadro que le regalé, pero con él dentro del paisaje. Camino hacia él con los pies descalzos sobre la arena. Me detengo a un metro de su espalda. No quiero molestarlo, sé que está disfrutando de la paz que emana del mar. Lo observo unos minutos. La brisa mueve su pelo castaño. Lleva la misma camiseta y el mismo pantalón que aquella noche. Se gira hacia mí y me regala esa sonrisa que tanto me gusta; sus dientes separados me hacen sonreír. Su nariz afilada recoge sus gafas de pasta roja. Levanta el brazo y se las quita para colocarlas en el pelo, como las llevaba aquel día que lo conocí en el pub. No deja de sonreír y de mirarme a los ojos. Esos ojos marrones que brillan igual que la luna. Me ofrece su mano y alargo la mía para cogerla, pero no la alcanzo. No puedo llegar a ella. Intento dar un paso, pero no puedo; mis piernas no responden. Alargo más mi brazo, pero no logro ni siquiera rozar sus dedos. Lo miro y ya no sonrío, está triste. Triste porque no quiero ir con él. Sí quiero ir, quiero estar con él. Intento decírselo, pero no puedo hablar. No sale ni un sonido de mi garganta. Él sigue triste y se aleja. Se marcha caminando por la orilla. No, no te vayas. Jorge, por favor, no te vayas. La luna ya no brilla, no sopla el viento y Jorge se aleja. Todo se vuelve oscuro. Parpadeo fuerte para intentar volver a verlo, pero no puedo. Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos despacio.

Una tenue luz me obliga a volver a cerrarlos. Aprieto los párpados. Los abro de nuevo. Hay una ventana a mi derecha por donde entra luz a través de las rendijas de la persiana. Todo es muy blanco. Miro hacia arriba y veo un techo sin ninguna lámpara. Tengo la boca seca y siento una punzada en la garganta. Carraspeo un poco para ver si esta vez sale algún sonido de ella. Noto la vibración en mis cuerdas vocales. Vuelvo a cerrar los ojos para concentrarme. Cuando los abro, veo la cara de Carlota frente a la mía.

—Carlota... —Sí, puedo hablar. Pero las letras salen a cámara lenta.

—Vera, ¿me oyes? —dice en voz muy baja.

—Sí. —Carraspeo de nuevo.

—Dios. Menos mal. —Me da un beso en la frente—. Voy a llamar al médico. —Desaparece de mi vista.

—No, no te vayas... —Subo mi tono de voz.

—Ahora vuelvo. —Se acerca de nuevo a mi cara y desaparece otra vez.

Me quedo allí. Miro hacia abajo y veo mi cuerpo tumbado sobre una cama; una sábana me cubre hasta la cintura. Me miro las manos, muevo los dedos. Tengo una pulsera de papel en la muñeca izquierda y un cable sale de mi brazo derecho. Sigo con los ojos el cable transparente hasta por encima de mi cabeza.

—¿Vera? —Oigo mi nombre.

Giro la vista hacia la izquierda. Hay un hombre con una bata blanca junto a mi cama y una mujer, también vestida de blanco, se acerca y me toca el brazo y el cable que seguía con la mirada hace un momento.

—¿Cómo estás? —pregunta de nuevo el hombre.

—Eh... no lo sé. Tengo la boca seca y me duele la garganta.

—No te preocupes, es normal. Soy el doctor Abad. ¿Qué es lo último que recuerdas? —pregunta con voz suave.

—Eh... pues... Carlota se acaba de ir. Ha dicho que volvería, pero no ha vuelto —contesto.

—¿Y antes de despertar? —vuelve a preguntar.

—Estaba en la playa... con Jorge. —Me da un vuelco el corazón—. Él también se ha marchado porque no podía moverme y ha pensado que no quería ir con él —digo, y la angustia que conozco muy bien vuelve a mi pecho.

—Tranquila, eso ha sido un sueño. ¿Recuerdas algo antes de eso?

Joder. Un sueño. Respiro hondo.

Cierro los ojos e intento buscar dentro de mi cerebro alguna imagen. Me viene un fogonazo con la cara de Carlota frente a la mía, pero no podía oírla. Después, las dos tiradas en el suelo sobre un hombre en un pasillo lleno de estanterías, a mí empujándolos a los dos y ella sobre la espalda de él, golpeándolo. Yo tirada en el suelo, un golpe en la espalda, yo sobre aquel hombre, camino entre pasillos, hay muchas cajas... todo es muy confuso... Abro los ojos.

—Un almacén lleno de cajas, un hombre que tenía a Carlota, creo... pero... camino hacia atrás no hacia delante... —digo extrañada.

—Tranquila. Estás teniendo imágenes invertidas. Después de lo que has pasado, es normal —dice el médico con voz suave.

—¿Qué me ha pasado? —pregunto.

—Hemos tenido que operarte. Te dispararon en aquel almacén —contesta con calma.

Me quedo callada. Vuelve a mí la sensación de quemazón y el dolor en el

estómago. Sí, recuerdo esa imagen. Pongo las manos sobre esa parte y noto en mi lado izquierdo algo abultado y blando. Aprieto y noto un pinchazo.

—No te toques. Te va a doler durante un tiempo —dice la chica, imagino que es una enfermera porque también va de blanco. Me sonrío con suavidad.

—Cuando caísteis al suelo sobre aquel hombre, él disparó para quitaros de encima y te dio en el abdomen, pero, por suerte, no perforó ningún órgano. La bala entró y salió. Hemos tenido que recomponer algunos tejidos, pero estás bien. Te pondrás bien. Tranquila —me cuenta el médico.

Saca una linterna pequeña de su bolsillo y me ilumina a los ojos. Yo parpadeo mucho porque me molesta y me dan ganas de meterle el aparatito por alguna parte. Pero no digo nada, porque entiendo que está haciendo su trabajo.

La enfermera ajusta el gotero y mira la pantalla de un aparato que hay junto a mi cama. Me toca el dedo corazón y noto una pinza que antes no he visto ni he notado.

—Todo está correcto —le dice al médico.

—Bien —le contesta él—. Vera, vamos a dejar entrar a algunos de tus familiares, llevan días esperando a que despiertes —me informa.

—¿Días? —pregunto aturdida—. ¿Cuánto llevo aquí?

—Desde la operación, tres días.

—¿Llevo durmiendo tres días seguidos? —me sorprende.

—Con ayuda. Tuvimos que sedarte hasta que se estabilizaron tus constantes —argumenta.

—Ya decía yo. Me gusta dormir, pero no tanto... —comento. No sé ni por qué he dicho eso.

Los dos sonrían.

—Parece que está bien —señala la enfermera. Él asiente.

Se marchan y me quedo allí. Muevo las piernas y me cuesta un poco, pero parece que no me duele nada más que el costado. Me han disparado, no me lo puedo creer. Siento el cuerpo embotado, agarrotado.

Oigo unos golpes y giro la cabeza hacia mi izquierda en busca del sonido. Veo una puerta que se abre y asoman las cabezas de Nadia y Carlota. Sonrío al verlas. Ellas sonrían también y corren hasta mi lado.

—Dios, estás bien —grita Nadia, mientras me abraza por el cuello y me da un montón de besos en la frente.

—Bueno... bien, bien... —empiezo a hablar.

—¿Qué te pasa? ¿Llamo al médico? —pregunta Carlota preocupada.

—No, no. Pero siento la cabeza como si tuviera una resaca de diez

Nochevieja juntas —digo.

Las dos se miran y sonríen.

—Parece que está bien —dice Nadia.

—¿Te acuerdas de algo de lo que ha pasado? —pregunta Carlota con miedo.

—Algo, sí. El almacén, aquel tío con la pistola, las dos saltando sobre él... caímos al suelo... —Intento poner en orden las imágenes que me vienen a la cabeza.

—Joder, Vera. Viniste a por mí —gime Carlota, y veo que sus ojos se llenan de lágrimas.

—Cómo no iba a ir. Oí como aquel tío te decía que no saldrías de allí y se cortó la llamada. —Y todo empieza a sucederse en mi cerebro como una película a cámara rápida. Desde mi salida apresurada del estudio hasta la imagen de mi amiga alejándose de mí.

Carlota me abraza fuerte y me besa en las mejillas.

—Pues al final, sí que va a ser verdad que te dejarías arrancar un brazo por nosotras —contesta Nadia con los ojos humedecidos. Recuerdo esa conversación la noche que llegó a casa llorando porque Andrés la había dejado.

—Y dejarme pegar un tiro. —Las abrazo. Los ojos se me llenan de lágrimas y empiezo a sollozar. Pero noto un pinchazo en el costado y dejo escapar un lamento.

—¿Qué te pasa? —grita Carlota asustada.

—Parece que no voy a poder llorar en un tiempo. Me duele el puñetero estómago. —Frunzo el ceño y los labios.

Las dos se ríen, y yo lo intento, pero tampoco puedo. Vaya, ni llorar ni reír. Qué bien. Va a ser muy divertido.

—Vamos a salir para que puedan entrar tus padres. Están deseando verte —dice Nadia.

Asiento y me vuelven a besar. Se marchan por la puerta y, a los dos segundos, entran mis padres. Veo a mi madre con la cara compungida y demacrada. Debe de llevar días sin dormir. Se echa sobre mi cuerpo con cuidado y me besa. Lloro junto a mi cuello.

—Estoy bien, mamá —le digo, mientras la abrazo.

—Hemos estado muy preocupados —dice mi padre, a punto de llorar también.

—Por favor, no lloréis más. Yo no puedo llorar, me duele el maldito

costado.

Nos quedamos en silencio, abrazados, durante unos minutos. Después hablamos un rato de cómo va todo por casa y les pregunto por mis abuelos. Me dicen que han estado todos estos días en el hospital y que vendrán a visitarme más tarde o mañana. No quieren molestar. Se marchan para que puedan pasar los siguientes a visitarme.

Mauro y Sergio se asoman por la puerta, y no puedo evitar sonreír. Me alegra tanto verlos. Mauro se lanza a mis brazos, llorando como un crío pequeño.

—Dios, Vera. No puedo creer todo lo que ha ocurrido. No pensamos que esto era tan complicado. Si te llega a pasar algo...

—Eh, ya me ha pasado algo —lo interrumpo.

—Estás loca, ¿lo sabes? ¿Cómo se te ocurre ir a buscar a Carlota sin llamar a la poli? —me regaña Sergio, abrazado a mis piernas.

—No lo pensé. Solo quería sacarla de allí. Oí como aquel tío le decía que no la dejaría marchar y me puse histérica. ¿Cómo supo la poli que estaba allí?

—El policía que debía acompañarte a casa llegó a los minutos de irte y se encontró el estudio abierto y vacío. Llamó a su compañera, y ella imaginó que habías ido en busca de tu amiga. Y enviaron un dispositivo a la empresa —me cuenta Sergio.

—Madre mía... —Niego con la cabeza, incrédula—. Le debo la vida a esa agente.

—Y Carlota te la debe a ti —dice Mauro.

—Carlota no me debe nada. Somos amigas, ella habría hecho lo mismo —contesto, sin tener ninguna duda sobre ello—. Cuando aquel hombre me tiró al suelo, ella se abalanzó sobre él —les cuento.

—Sí, las dos lo hicisteis. —Sergio hace una pausa—. Los han cogido a todos.

—¿En serio? ¿No más amenazas, ni matones siguiéndonos ni falsificar documentos? —pregunto sorprendida.

—No, no más de nada —contesta Mauro. Y suelto un bufido de alivio que me quita todo el aturdimiento que tengo en la cabeza—. Eres nuestra heroína de esta historia.

—¿Qué dices? Lo hemos hecho entre todos. Si no hubierais hecho el trabajo de espionaje, no habríamos podido entregar demasiada cosa a la poli.

—Sí, pero tú recibiste el balazo —contesta Sergio.

—Ya, claro, y eso me hace ser la *protá*. No te jode. Hubiese preferido ser

una simple figurante. —Me río y me aguanto el dolor para no preocuparlos.

—Vamos a salir ya. Jorge está loco por verte —Mauro corta la conversación.

Jorge. Parece que hace una eternidad que no lo veo.

Se marchan, después de abrazarme y besarme por enésima vez.

Dios, debo de tener un aspecto horrible. No me he podido ni mirar a un espejo. Me arreglo un poco el pelo y lo noto pegajoso. Joder, necesito una ducha urgente.

Oigo que la puerta se vuelve a abrir. Veo que Jorge entra despacio. Sonrío, pero él no lo hace. Se apoya en la puerta y me mira. No puedo descifrar su expresión. Parece... agobiado, enfadado, triste. Sus ojos están hundidos y tiene las ojeras muy marcadas. Vuelve a mi cabeza la imagen de él cuando lo invité a subir a mi piso, aquella noche que esperaba en su coche, después de varios meses sin hablar. Empiezo a asustarme, porque sigue sin sonreír.

—Jorge... —susurro; no sé en qué está pensando.

Da tres zancadas y se planta junto a mí. Se pone la mano en la boca y me mira con los ojos brillantes. Los cierra un momento y los vuelve a abrir. Alargo mis brazos y espero que no se marche, como en mi sueño. Se arrodilla en el suelo y se hunde entre mis manos. Me abraza fuerte, coge mi cuerpo desde la espalda y me aprieta. Me dan varios pinchazos en el costado, pero no me quejo. Ciño su cuerpo contra el mío. Lo oigo sollozar en mi cuello y le acaricio el pelo.

—No tienes ni idea del miedo que hemos pasado, Vera —susurra—. Si llegas a morir, no sé qué habríamos hecho.

—Incinerarme y tirarme al mar —bromeo. Él levanta su cabeza de mi hombro y me mira incrédulo. Tiene los ojos llenos de lágrimas y la nariz roja—. No me mires así. Estoy bien —le aseguro. Le limpio con mis dedos las mejillas mojadas. Sigue sin sonreír—. Necesito que hagas una cosa por mí —le pido.

—Lo que quieras. Pídeme lo que quieras —contesta, dispuesto a todo; creo que hasta sería capaz de tirarse por la ventana.

—Necesito que sonrías —le digo, y yo lo hago para ver si se le contagia. Él me mira a los ojos—. Vamos, no es tan difícil —lo incito, porque no me gusta verlo así. Creo que se siente tan culpable por todo que temo no vuelva a regalarme una de sus sonrisas.

—Dios, estás loca. —Sonríe tímido, por fin, y yo suspiro de alivio. Me vuelve a abrazar fuerte y noto como su cuerpo tiembla sobre el mío—. Te

quiero tanto... Todo ha sido culpa mía y...

—Calla, hostia —lo interrumpo. Lo agarro de las mejillas y dejo su boca a pocos centímetros de la mía—. Cállate ya, Jorge —repito y lo beso. Lo beso tan fuerte que hasta me duelen los labios, los dientes se me pegan a la carne interior y me pellizcan, pero no me importa.

Él me coge también las mejillas y me aprieta. Nos besamos durante mucho rato. Su sabor, sus labios, su lengua son la mejor medicina para mi cuerpo, que hasta se ha olvidado del dolor de mi abdomen.

—No sé cómo voy a compensarte todo lo que has hecho por mí —susurra en mis labios.

—Tranquilo, ya encontraré la forma. —Sonrío.

—Hablo en serio —contesta en tono firme—. No solo has sido el detonante para que la policía se pusiera en marcha para acabar con este asunto. Has conseguido que te quiera como no he querido a nadie antes. Eres la mujer de mi vida. Por ti he encontrado la solución para no estar ligado a un trabajo con el que no disfruto. Abriremos el despacho, pero no me dedicaré al mercantil. Lo haré en laboral, como siempre he querido —explica ilusionado. Creo que ha cambiado de tema para no llorar más.

—¿De verdad? ¿Vas a dejar el derecho mercantil?

—Sí. He hablado con mi padre. Se lo he explicado y no le he dado opción a réplica. Se acabó hacer algo que no me gusta. —Y a mí me da una punzada de satisfacción por verlo tan contento.

—Me alegro mucho, cariño. —Lo abrazo fuerte sin dejar de mirarlo a los ojos—. Te quiero mucho.

—Y yo estoy loco por ti, fiero. —Y me regala su sonrisa de verdad. Esa que tanto me gusta; por la que, sin duda, dejaría que me pegaran otro tiro.

Nos pasamos mucho rato abrazados y besándonos. Hasta que entra una enfermera para comprobar que mis constantes están bien. Vuelven a pasar todos por la habitación para despedirse y volver al día siguiente. El médico me ha dicho que, si todo va bien, en un par de días o tres volveré a casa.

Cuando se marchan todos, Jorge se queda conmigo a pasar la noche. Mauro me ha dicho que no se ha separado de mí en los tres días que llevo ingresada. Le digo que se vaya al hotel a dormir, pero no quiere. Solo va por la mañana a ducharse y cambiarse de ropa, mientras mi madre se queda conmigo.

Y así, el resto de los días que sigo en el hospital. Cuando salgo, no sé ni en qué día vivo. Ha pasado una semana desde que entré en aquel almacén, en busca de Carlota. Mi madre se ha empeñado en que fuese a casa mientras

estoy convaleciente, pero no he querido, prefiero quedarme en mi piso. No estoy tan mal y puedo hacer las cosas por mí misma. Además, Carlota se ha vuelto a quedar sin trabajo, está en casa todo el día para lo que necesite, y así se lo hace saber a mi madre.

Lo primero que hago al llegar a casa es asomarme a la terraza, necesito ver el mar. Me siento en una silla y miro el horizonte lejano. Cierro los ojos y respiro profundamente. El aire está impregnado de sal, y la brisa me acaricia el rostro.

Sí, la policía llegó a pocos segundos de que acabáramos muertas las dos. No pudo evitar que me hirieran; si el disparo se hubiese desviado unos centímetros, seguramente ahora mis cenizas estarían flotando entre las corrientes del mar que tengo enfrente. Tuve suerte, mucha. Que te apunten dos veces con una pistola en menos de seis meses y salir con vida es algo que se sale de las estadísticas, al menos, para una persona que tiene una vida sencilla y tranquila.

En cuanto la agente salió de mi estudio con la documentación, se dirigió a comisaría y avisaron a todos los agentes del país que llevaban el caso conjuntamente; se pusieron en marcha dispuestos a investigar las pistas que les habíamos proporcionado.

En el momento en que yo salí corriendo, minutos después de haber hablado con Carlota y oír que aquel tío no la dejaba marchar, el *gorila* que me seguía estaba comprando un café para llevar y no me vio salir, pero sí vio mi coche arrancar a toda pastilla. Me siguió sin que yo me diera cuenta, y él tampoco se percató de adónde me dirigía, simplemente me siguió.

El agente que debía acompañarme a casa avisó para indicar que yo no estaba en el estudio, y lo primero que pensaron es que había ido a buscar a mi amiga, buen razonamiento por parte de ellos, porque, si no, criando malvas estaríamos.

Yo no pensé en llamar a nadie, solo tenía en la cabeza a Carlota; ni siquiera pensaba en cómo iba a entrar allí y encontrarla. El miedo a que le pudiera ocurrir algo era más grande que el propio miedo a perder la vida, cosa que ni siquiera me había planteado, ni en el camino hacia la empresa, ni al salir del coche, ni al meterme en el almacén. Ni siquiera fui consciente de que estaba en peligro cuando sentí que el abdomen me abrasaba. El

inconsciente se apoderó de mí y no me di cuenta de lo que ocurría cuando todo se me tornó gris e insonoro en aquella nave.

La policía escuchó el disparo a pocos metros, ya habían entrado a buscarnos y avisaron a todos los dispositivos movilizados. Acordaron la nave de Madrid y la de Leganés a la vez y detuvieron a todos los que allí se encontraban, incluido al empresario mafioso medio japonés. Ya hicimos bien en ponerle aquel sobrenombre, aunque la policía tenía otro apodo. Muchos de los implicados eran simples empleados que se vieron obligados a colaborar bajo la amenaza a sus familias, tal como habían hecho con Jorge y su padre.

Incluso detuvieron a todos los matones que nos seguían. Al *mío* lo acorralaron casi en la misma entrada de la nave de Tarragona cuando intentaba huir, al darse cuenta de lo que sucedía. A parecer, los hombres del empresario me investigaron, les fue muy fácil localizarme y ponerme un *escorta*, cuando volví de Zaragoza. Por supuesto, no tardaron en descubrir que la misma Carlota que trabajaba en la sede de Tarragona era, a su vez, amiga mía, y también la tenían controlada. Su jefe la vio entrar en el almacén donde depositaban los paquetes que camuflaban, antes de enviar a Suiza. Por eso, cuando Carlota inventó la excusa para salir de la empresa después de mi llamada, aquel hombre no se lo permitió.

A los que estaban en Zaragoza los detuvieron haciéndolos seguir a Jorge y a su padre hasta la misma puerta de la comisaría donde se encontraron con el desenlace de su propio arresto.

En el almacén de Leganés encontraron armas y cocaína en las cajas que transportaban de un lado a otro hasta Suiza y, después, incluso a la delegación de China. Todo fue paralizado y confiscado. La policía nos ha asegurado que no se van a escapar de ir a la cárcel.

Parece que por fin ha acabado todo.

Jorge se sienta a mi lado en la terraza. Noto sus ojos sobre mí y ladeo la cabeza para mirarlo. Tiene los codos apoyados sobre sus muslos y la barbilla sobre las manos, me mira con intensidad.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, muy bien —contesto. Paso mi mano por su pelo. Él cierra los ojos para disfrutar de mi caricia—. Ahora todo irá bien.

—He hablado con varias inmobiliarias de la zona. Voy a buscar un piso aquí y un despacho donde pueda trasladar mi trabajo —explica sin dejar de mirarme.

—¿Ya? —me sorprende. Me había hablado de abrir el nuevo despacho,

pero pensé que tardaría unos meses.

—No quiero separarme más de ti. —Se agacha en cuclillas frente a mí—. Cuando te encuentres mejor, podemos ir juntos a ver pisos y locales. —Sonríe y me besa las manos.

—¿Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo? —Levanto las cejas.

—No. Solo quiero elegir el piso contigo y que te traslades cuando tú quieras. Has pasado por muchas cosas desagradables, no quiero que te precipites. Quiero que lo hagas porque quieres hacerlo —contesta y me acaricia la mejilla con los dedos.

—Bien. Quiero una terraza frente al mar y... a ti.

Es junio. Ha pasado un año desde que empezó toda esta historia y de nuevo nos encontramos sentados frente al mar, celebrando la noche de San Juan.

Nadia y César viven juntos en el piso de él. Ella se trasladó allí la pasada Semana Santa. Me encanta verlos abrazados, ella entre sus piernas y riendo tanto que no se le ven sus pequeños ojos marrones. Él acaricia su pelo rizado y sonrío con la barbilla apoyada en su cabeza.

Carlota y Marcos viven en nuestro piso. Él se mudó allí, aprovechando los mismos días de Semana Santa en que Nadia se marchó. Adoro la forma que él tiene de mirarla con devoción. Ella está tumbada sobre las piernas de él, y ríen mientras intentan no ahogarse, comiendo patatas fritas.

Mauro y Sergio son lo que menos cambios han sufrido estos últimos meses. Siguen igual que cuando los conocí. Un fin de semana al mes vienen a visitarnos y nos pasamos los días tirados en la playa, contándonos historias y riendo.

Jorge y yo encontramos un local donde poder trasladar parte del despacho. Carlota trabaja con él y con un par de abogados más que se encargan de atender a todos los clientes de la zona costera. Todo fue relativamente fácil, ya que iniciar un negocio donde ya tienes parte del trabajo hecho es mucho más sencillo que empezar de cero.

También encontramos un ático con terraza frente al mar. Vivimos allí desde que me recuperé de mi herida de bala. Estamos más alejados del centro, a varias calles de mi antiguo piso, pero no por ello es peor ni mejor, es diferente; porque vivo con él y cada día que pasa tenemos más claro que nuestras vidas se cruzaron aquella noche en el pub porque estábamos destinados a estar juntos, a pesar de todos los obstáculos que hemos tenido que superar.

Estoy sentada a horcajadas sobre Jorge con sus manos en mi cintura y las mías alrededor de su cuello. Puedo ver el mar a su espalda y a través de todas las personas que están sentadas sobre la arena; los últimos rayos de sol iluminan el vaivén de pequeñas olas que mueven su cálida superficie.

—¿Eres feliz? —me pregunta.

—Más que todas las personas de este planeta juntas —contesto.

—Excepto una —replica.

—Excepto una —corroboro.

Lo beso, y nuestros labios encajan de forma natural, sin forzar los movimientos. Su lengua encuentra a la mía anhelante y se enredan en un baile profundo y armónico. Siento como mi cuerpo sigue respondiendo a sus besos igual que el primer día y se me escapa un ronroneo de la garganta.

—Ya sabéis que no se puede follar en la playa, y menos en público, por favor —nos regaña Carlota, que se ha incorporado y tiene su boca pegada a mi oreja—. Iros a casa, *mamones*. —Se ríe.

Me separo, con todo mi pesar, de la boca de Jorge, y la miro con los ojos entrecerrados.

—Cállate, perra. —Me río en su cara.

—¿Perra? —Finge enfadarse.

Me coge por el cuello con su brazo, me tira sobre la arena y caigo de costado. Se abalanza sobre mí y me hace cosquillas en la cintura. Mis piernas aún están sobre las de Jorge, pero ella sigue impasible haciéndome reír.

—Eh, no empecéis la fiesta sin mí —grita Nadia. Se lanza sobre la espalda de Carlota y la hace caer a mi lado.

Se tira encima de las dos y nos hace cosquillas sin compasión. Nos reímos tanto que casi nos ahogamos con nuestras propias carcajadas. Cuando ya no puedo más, me zafo de sus manos y me incorporo para tirarme sobre ellas. Las abrazo fuerte a las dos.

—Os quiero mucho, ¿lo sabéis? —les digo.

Ellas me miran sonrientes y asienten con la cabeza.

—Yo también os quiero —dice Carlota.

—Y yo, no voy a ser menos —contesta Nadia.

Nos volvemos a abrazar, y siento sus cuerpos bajo el mío como un bálsamo de paz, de tranquilidad, de amistad, de amor de verdad. Amigas para toda la vida. No tengo ninguna duda.

—Este combate habría sido más apasionante en un campo de barro. —Oímos a Marcos detrás de nosotras.

Nos giramos las tres para mirarlo desde la arena, con los ojos entornados.

—Oh, Marcos, eres tan tierno como lavarse el culo con un guante de crin —reirimino.

—Y tú más bruta que un bocadillo de cemento —contesta, mientras suelta una risotada.

—A la de tres —susurra Carlota, sin mirarnos—. Una, dos...

—¡Tres! —grito.

Nos levantamos de la arena y, como una pequeña estampida de búfalos,

arremetemos contra el cuerpo de Marcos, que cae debajo de nosotras, de espaldas. Se le abren los ojos como platos y deja de reírse por un momento. Pero vuelve a soltar carcajadas cuando nota nuestros dedos por todas las partes que podemos meterlos para hacerle cosquillas.

—Esto es lo que querías, ¿no, *mamón*? —le digo y aprieto mis dedos con fuerza sobre su cintura.

—Cómo lo sabes. Tres mujeres para mí solo. Es mi sueño hecho realidad —contesta entre carcajadas y encogido bajo nuestra tortura.

Nadia se aparta de él y le da una colleja en la frente.

—Pues sigue soñando —lo increpa sin dejar de reír y se aleja hacia César.

Me doy la vuelta aún en el suelo y veo que el resto se ríe tanto como nosotros.

—Eh, un momento. No me habéis dicho que me queréis —se queja.

Lo miro y después miro a Carlota. Ella se le echa encima, a horcajadas.

—Eso te lo puedo decir yo. —Lo agarra por la nuca. Se pone seria y lo mira a los ojos—. Te quiero. —A Marcos se le dibuja una sonrisa tierna. Ella se abalanza sobre sus labios sin dejarlo contestar.

—Todo se pega. Recordad, no se puede follar en la playa —les digo, mientras siguen a lo suyo y me arrastro como un gato por encima del mantel que tenemos puesto sobre nuestra parcela de playa, hasta llegar junto a Jorge. Me siento entre sus piernas y apoyo mi espalda en su pecho—. Qué bonito es el amor —bromeo sin dejar de mirar a los dos tortolitos que aún siguen con los labios pegados.

—Sobre todo si es para siempre —susurra Jorge en mi oído.

Levanto mi cara hacia la suya y lo veo observarme con los ojos brillantes.

—Para siempre —repito.

Acerca sus labios y me besa con delicadeza, rozando su boca despacio con la mía. Sí, el amor de verdad es para siempre, en cualquiera de sus versiones.

Epílogo

Tres años después

JORGE

Hoy es el cumpleaños de Vera. Lleva varias semanas preparando la cena de esta noche. Ha querido invitar a todos a casa para celebrarlo. Dice que treinta y cinco años no se cumplen todos los días. He decidido que hoy es un buen día para darle una sorpresa y quiero hacerlo esta noche, delante de nuestra familia y amigos. Espero que la acepte y no salga corriendo por la puerta como la loca que es.

Llevamos tres años viviendo juntos y la quiero como si llevara toda la vida con ella. Esta jodida fiera me vuelve loco cada día que paso a su lado.

Desde que la vi por primera vez en el pub, al que seguimos yendo a menudo, bailando encima de aquella barra, supe que la querría de por vida. Yo no estaba pasando por mi mejor momento, y conocerla y volverme loco por ella no ayudó demasiado en un principio, pero se convirtió en la razón para querer salir del agujero en el que estaba metido. Si no hubiera sido por su tenacidad, por su capacidad de amarme y defender con uñas y dientes lo que sentía, no habría podido hacerlo. Ella me sacó a patadas del precipicio al que estaba a punto de caer. Le debo la vida en todos los sentidos.

Se ha convertido en una artista, como la llama Mauro, aunque ella no se considera como tal, pero yo sé que es cierto. En el último año y medio ha pintado varios cuadros impresionantes, que han dado mucho que hablar en el gremio. Los pintó con las manos y tiene una técnica impecable; no entiendo mucho del tema, pero he aprendido a diferenciar una simple pintura de una obra de arte.

Mauro le ha organizado ya tres exposiciones y vendió todos los lienzos exhibidos en cada una de ellas. Él apostó por su trabajo desde el principio y no se equivocó. Aún recuerdo cómo lo llamó cuando él le entregó cinco mil euros por sus cuadros, la primera vez que vinimos aquí. Dios, cómo nos reímos en el coche cuando ella gritó que se había vuelto loco. Ahora un solo

cuadro que ella pinta vale más que eso. Pero ella sigue pensando lo mismo; que es una jodida locura. No entiende cómo la gente puede gastarse ese dinero en un mero objeto de decoración cuando hay tantas personas pasando necesidades infames. Así que la mayoría de las ganancias que obtiene las dona para los trabajos que su padre y sus tíos hacen por mediación de diversas ONGs en diferentes partes del mundo. Esa es *mi* fiera. *Mi* pantera negra de ojos verdes.

Estoy preparando la mesa de la terraza para cenar y, cuando oigo la puerta, siento como mi cuerpo se emociona al saber que va a volver a verla, después de horas separados. La miro entrar con sus *shorts* tejanos deshilachados y llenos de pintura. La camiseta se le pega al cuerpo y me dan ganas de arrancársela y comérmela a besos.

—Hola, cielo —me saluda cuando sale a la terraza. Se acerca, y sé que va a besarme, lo hace todos los días, pero no me acostumbro al zarandeo que siento en el estómago cada vez que está cerca—. ¿Pasa algo? —pregunta al darse cuenta de que la miro embobado.

—No, solo que me encanta mirarte. —La rodeo con mis brazos, ella sonrío y sus ojos brillan como dos estrellas. La beso, y sus labios me dicen cuánto me ha echado de menos.

—¿Te duchas conmigo? —susurra sin dejar de besarme.

La cojo en brazos, y ella me rodea con sus piernas la cintura. Me vuelve loco ese gesto tan suyo. Lo hace desde el primer día que la conocí y aún, después de cuatro años, me pierdo en él como entonces.

Entro en el salón besándola. Le arranco la camiseta y el sujetador. Lo tiro detrás de nuestros pasos y la llevo a la ducha. Su piel suave en mi pecho hace que se me erice el vello de todo el cuerpo. La poso sobre la pica del lavabo y me separo un poco para quitarme los pantalones cortos y el bóxer que llevo puestos. Ella me mira pícara, y sé que siente el mismo fervor que tengo yo ahora mismo. Me acerco y le desabrocho el pantalón, ella suelta sus deportivas, ayudándose con los pies, y levanta el trasero de la encimera para que pueda sacárselo junto a las braguitas.

La vuelvo a elevar sobre mi cuerpo, y sentirla desnuda hace que la sangre que mi corazón bombea se desparrame por todas las venas, en algunos sitios más que en otros.

Abro el grifo del agua antes de entrar, para que se caliente un poco, y sigo besándola. No puedo vivir sin sus labios. Los meses que pasé separado de ella, al principio de conocernos, me mataron por dentro. Quise morir sin ella.

Todo era muy complicado entonces, pero mi mayor desesperación era no poder estar juntos. Sé que todo lo hice mal, casi me rindo, pero ella no lo hizo. Siguió luchando por los dos. Y me di cuenta de que no podía seguir sin pelear. Se lo debía, me lo debía a mí mismo.

Cuando todo acabó con ella postrada en una cama de hospital con un balazo en el abdomen, sentí que mi vida, de verdad, se acabaría si ella no estaba. Si llega a morir, yo habría ido detrás. Ya no habría nada por lo que luchar. Dicen que no se muere de amor, pero sí de tristeza y de culpa.

Entro en la ducha con ella, y el agua nos moja la piel, arrastrando la fatiga del día. La dejo sobre el suelo mojado y me arrodillo ante su abdomen. Le beso la piel donde tiene la cicatriz del disparo, ahora tapada por un tatuaje de una tela de araña. Se lo hizo un año después de que se le curara, en honor al maldito *Kumo*, que casi nos arruina la vida. Así es ella; quiso recordar para el resto de su vida que casi la matan. Dice que de esa forma no se olvidará de vivir cada día a tope, como si fuese el último, y yo con ella.

Me acaricia el pelo mientras paso mi lengua por su piel, y la oigo ronronear. Cada sonido que sale de su garganta enciende cada uno de los poros de mi cuerpo. Me agarra las mejillas con sus manos y tira de mí hacia arriba. Me levanto y vuelve a encaramarse a mi cintura. Coloca el centro de su cuerpo sobre mi erección y empuja sobre ella. Por muchas veces que me hunda en ella, no dejo de sentir una sacudida que invade todas mis terminaciones nerviosas, y grito sin poder, ni querer, evitar el placer que me llena. No hay mejor lugar en el mundo que estar dentro de ella.

Jadea, y siento su cuerpo temblar junto al mío. Le siguen brillando los ojos como el primer día, cada vez que me mira, mientras nuestros cuerpos se rinden al placer.

—Te quiero, Jorge. Eres toda mi vida —me dice con las mejillas sonrojadas después de un orgasmo atroz.

Y yo no puedo hacer otra cosa que volver a besarla, porque lo que siento por ella no se puede expresar solo con palabras. No sé si todo el mundo ama a su pareja como yo la quiero a ella; espero que sí, porque, si no, el mundo se irá a la mierda.

—Te quiero, fiera.

A las ocho, empiezan a llegar los invitados a nuestra pequeña celebración.

Vera ha invitado a Carlota y Marcos, Nadia y César, Mauro y Sergio, a sus padres y al mío.

Los primeros en entrar por la puerta son sus amigas con sus novios. Carlota y Nadia están muy presentes en la vida de Vera desde mucho antes de aparecer yo; siguen igual que siempre, y los viernes tienen su habitual cena de chicas. Hoy se la han tenido que saltar y compartirla con el resto de los que van a venir.

Los acomodo en la terraza, mientras ella se acaba de vestir en nuestra habitación. Hemos pasado la tarde preparando la cena. Es veinticinco de mayo y hace un tiempo espectacular. Les ofrezco bebida y algo para picar mientras esperamos al resto.

Estoy en la cocina preparando copas y patatas fritas en varios boles.

—¿Qué tal? —La oigo detrás de mí.

Me doy la vuelta y la veo con las dos manos apoyadas a cada lado del marco de la puerta. Joder. Se me para el corazón y dejo de respirar. Tiene el pelo negro liso con la raya a un lado, le llega casi por la cintura. Lleva un leve maquillaje en los ojos y le brillan tanto los labios que me dan ganas de comérselos. Se ha puesto un vestido que le llega por los tobillos; es plateado, con tirantes muy finos y escote en pico. Puedo adivinar sus pechos redondos bajo la tela. Siento una sacudida bajo la bragueta de mis tejanos. Va descalza, le encanta sentir el suelo bajo sus pies.

—Joder, Vera. Se me acaba de poner muy dura. —Me traiciona el subconsciente.

Ella me mira con una ceja levantada y empieza a reírse entre dientes. Niega con la cabeza y se muerde el labio inferior.

—Vaya, te has vuelto muy romántico últimamente. —Se ríe y me enseña esos dientes montados que me vuelven loco.

—Lo siento. Estás preciosa —rectifico mi respuesta.

—No, no. La primera impresión es la que vale. —Sigue riéndose de mí, por supuesto.

Se acerca despacio, contoneando sus caderas a propósito, y yo vuelvo a sentir otra punzada en la entrepierna. Me rodea la nuca con sus manos, y yo le acaricio la cintura. Ella coge una de mis manos y la pasa por su nalga. Siento la fina tela del vestido... nada más.

—No llevas bragas... —me sorprendo.

—No —contesta y me da un pequeño beso en los labios.

Me suelta y se marcha del mismo modo, y yo ya no sé para qué he venido a

la cocina. Desaparece de mi vista y la oigo saludar a sus amigos en la terraza. Pero no puedo moverme. A ver cómo narices paso la cena sabiendo que no lleva nada bajo el vestido. Voy a tener que ponerme una bolsa de hielo entre las piernas para poder soportar el calor que me ha subido de repente.

Sacudo la cabeza y trato de centrarme en lo que hago. Salgo con una bandeja llena de copas que trato de no tirar por el suelo. Me sudan las manos. La madre que la trajo, lo ha hecho adrede. Menuda fiera está hecha. Pero esta noche se va a quedar con dos palmos de narices, porque no se espera lo que le tengo preparado.

Van llegando el resto de los invitados, a los que saludamos con muchos abrazos y besos, aunque tengamos mucho contacto con ellos. Siempre es una alegría para nosotros verlos, y hace tiempo que no nos reunimos todos.

Nos sentamos a la mesa, hablamos, comemos, bebemos y reímos, como siempre. Antes del postre, Vera y yo recogemos la mesa y colocamos las copas de cava para brindar por su cumpleaños. La echo de la cocina para llevarle la tarta de manzana que Cecilia ha preparado para ella y que su madre ha traído esta tarde, por petición suya. Siempre es la que lo organiza todo y no pierde la oportunidad de ultimar todos los detalles, pero no estaría bien que ella misma se lleve la tarta para soplar las velas.

Coloco con cuidado las dos velas y las enciendo con una cerilla. Salgo con la tarta en las manos y apago la luz de la terraza. Todos me miran y empiezan a cantar el *Cumpleaños feliz*. A ella se le iluminan la cara y los ojos, no deja de sonreír, nunca lo hace. Me acerco por su espalda y coloco la tarta frente a ella mientras le cantamos. Cuando acabamos de berrear, más que cantar, ella junta las palmas de sus manos junto al pecho, cierra los ojos y, a los pocos segundos, vuelve a abrirlos para soplar las velas. Arrancamos en un aplauso escandaloso; silbidos y gritos de felicidades suenan por toda la terraza, y por todo el vecindario, me temo.

Lleno todas las copas de cava, la cojo de la mano para que se incorpore y brindar por ella. No la suelto mientras levanto mi copa hacia nuestros amigos y familiares.

—Vera, creo que hablo por todos si digo que no hay mujer más maravillosa que tú encima de la faz de la tierra. —Sergio emite un silbido que me deja sordo, lo miro sorprendido y levanta las manos en señal de pedir perdón. Vuelvo a mirarla a los ojos—. Eres la persona más loca, dulce, amiga de sus amigos, tenaz, valiente, sensible, alegre, generosa y *sexy* que nunca he conocido. —Más aplausos de los presentes—. Brindo por ti y porque

cumplas, por lo menos, cien años más, y que tu presencia en nuestras vidas sea siempre plena y podamos estar a tu altura. —Más vítores y silbidos. Ella no ha dejado de mirarme con sus enormes ojos verdes, creo que le brillan más que nunca—. Te quiero, fiero —susurro y me acerco a sus labios. La beso despacio, y su piel me regala otro escalofrío que arrasa todos mis sentidos.

—Gracias, amor. Por todo lo que me das cada día —contesta, visiblemente emocionada.

Vaya, parece que esta vez sí que la he sorprendido. Siempre va un paso por delante de mí en todo lo que se refiere a sorpresas, pero hoy me he esmerado. Y ha llegado la hora de la traca final.

Todos chocamos nuestras copas en el centro de la mesa, acompañado de felicitaciones para ella. Se acercan a besarla y abrazarla. Me separo un poco y respiro hondo, me bebo el contenido de mi copa de golpe y me toco el bolsillo trasero del pantalón. La cajita que llevo sigue ahí, bien.

Cuando todos vuelven a sus sillas, me acerco a ella de nuevo y la cojo por la cintura. Dejo mi copa sobre la mesa y la miro a los ojos. Ella sigue sonriente, y a mí me tiemblan las piernas.

—Bien, antes de que empecéis a devorar la tarta, quiero darle mi regalo a Vera. —Miro alrededor de la mesa y todos nos miran muy atentos—. Quería hacerte un regalo especial, espero haberlo conseguido. —Echo mano a mi bolsillo, saco la cajita envuelta en papel fucsia brillante y se lo entrego—. Felicidades, fiero.

Ella me mira expectante y coge el paquete que le ofrezco. Despega el celo con cuidado y aparta el papel. Es una caja pequeña en color rojo. Me mira con una sonrisa pilla, porque sabe que allí dentro solo cabe una pequeña joya, aunque no haya ningún nombre ni logo en la tapa. La abre con cuidado y, cuando ve lo que hay dentro, se le forma una o entre los labios, que tapa con una de sus manos.

Lo que acabo de entregarle es un anillo en oro blanco con una pluma parecida a la que lleva tatuada y que ella misma diseñó hace muchos años. Encontré el dibujo en una de las mil libretas que tiene en la estantería de su despacho y supe que debía regalarle esa joya hoy. Llevé el diseño a una joyería de Tarragona y allí la hicieron tal como estaba dibujada por ella.

—Dios mío, es mi... diseño —dice casi sin voz y me mira perpleja. Asiento con la cabeza—. Has hecho fabricar mi diseño —afirma emocionada.

—Sí. Sé que no lo entregaste a ningún fabricante porque es muy especial para ti y he querido que lo tuvieras tú —contesto. Se abraza a mi pecho y yo la

aprieto fuerte contra mi cuerpo. La noto temblar bajo mis brazos—. Aún hay más —le susurro al oído.

—¿Más? —Se separa de mi abrazo—. ¿Más que esto?

Asiento y cojo el anillo de la caja entre mis dedos.

—Solo podrás llevarlo si contestas a una pregunta —le digo. Me mira contrariada, sin entender lo que quiero decir.

—Ay, Dios... —Oigo decir a Mauro, él lo ha entendido a la primera.

Lo miro y lo reprendo con los ojos. Se pone una mano en la boca y calla debajo de ella. Vuelvo a mirar a Vera. Ella sigue mirándome sin entender nada. Te tengo, fiera. Estás fuera de juego por primera vez desde que te conozco. Sonrío aún más.

—¿Te casarás conmigo? —pregunto por fin y aguanto la respiración. Creo que todos en la mesa están aguantando el aire dentro de sus pulmones.

A ella se le abren los ojos como platos y me mira como si de repente me hubiese salido otra cabeza. Sigo sin respirar, y el corazón se me va a salir por la boca. Nunca hemos hablado de casarnos, no necesitamos hacerlo para querernos.

—Ya que te has tomado tantas molestias en encargarme el anillo, no voy a hacerte el feo de tener que devolverlo —contesta con una sonrisa burlona. Claro, ella no puede decir una simple respuesta, lo tiene que adornar todo con su particular sentido del humor—. Así que sí, me casaré contigo. Pero solo porque quiero llevar ese anillo tan exclusivo en mi dedo —vuelve a bromear.

Me echo a reír como un loco y la abrazo. Todos en la mesa rompen de nuevo en aplausos y silbidos. Hasta veo al padre de Vera reírse con lágrimas en los ojos. Vaya, el resto también llora y ríe a la vez. Parece que al final he dado en el clavo.

Vuelvo la vista hacia Vera; me mira con expresión divertida y la mano derecha frente a mi cara con los dedos extendidos. Poso el anillo en la punta de su dedo anular y asiento antes de ponérselo. Ella sonrío mucho y también asiente, con un tímido movimiento de cabeza. Arrastro el aro por su piel hasta que queda encajado al final de su largo y delgado dedo. Ella se mira la mano, acaricia la joya y vuelve a mirarme. La veo tan contenta que no puedo creer lo que acabamos de hacer. Se abalanza sobre mis labios y me besa con fuerza. Engullo sus labios bajo los míos, y los músculos se me relajan de repente. No me había dado cuenta de que estaba en tensión todo este rato, pero su contacto siempre es un bálsamo para mí.

—Yo también tengo un regalo para ti —dice al separarse de mi boca.

—¿Para mí? —Ahora sí que me he quedado sorprendido—. ¿Un regalo para mí en tu cumpleaños? —No se me ocurre otra gilipollez que decir.

Ella asiente y se acerca a la mesa. Coge un sobre que hay bajo su plato y que yo no me he dado cuenta de que había puesto allí. Me lo entrega con una sonrisa y se muerde el labio inferior. Yo la miro, interrogándola, pero ella solo señala el sobre. Bajo mi mirada hacia lo que me acaba de entregar. Es un sobre blanco, sin logos ni letras, de tamaño cuartilla. Despego la banda adhesiva y miro dentro. Hay una pequeña hoja. Meto la mano y la saco. No estoy seguro de lo que estoy viendo. Se me agolpan todas las pulsaciones en el pecho y en las sienes. Es una fotografía en negro con un pequeño punto blanco en medio. Dios mío... se me abren los ojos de par en par y la miro.

—¿Estás...? —empiezo a preguntar.

Asiente con la cabeza y me abalanzo sobre ella, porque no puedo creer lo que acaba de decirme. Estoy que no me cabe el corazón en el pecho. Habíamos hablado en los últimos meses de ser padres; por eso mismo yo le he pedido que se case conmigo; ya sé que no es necesaria una cosa para lo otro, pero quería hacerlo, quiero casarme con ella. Ella dejó de tomarse los anticonceptivos hace un par de meses. Y ya...

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunta Carlota, mientras no dejo de besar a Vera, entre mis brazos—. Nos gustaría saber qué te ha regalado, si no es mucho pedir —dice con un tono de fingida irritación en la voz.

Me acerco a la mesa sin soltar a la futura madre de mi hijo y le entrego la ecografía sin mediar palabra. No sé lo que hacen con el trozo de papel, porque yo vuelvo a besar a *mi* fiera.

Vuelven a oírse vítores, gritos, aplausos y demás ruidos propios de la alegría que sienten. En menos de treinta segundos, los tenemos a todos sobre nosotros, abrazándonos y felicitándonos.

Son más de las dos de la madrugada. Acabamos de despedir en la puerta a nuestros amigos y a nuestros padres. Vera y yo nos lavamos los dientes frente al espejo sin dejar de sonreír de oreja a oreja. No hablamos, solo sonreímos y nos miramos. Hace tiempo que ese gesto se ha convertido en nuestro ritual antes de irnos a la cama. Entramos en la habitación que compartimos y nos

desnudamos. Ella se saca el vestido y se queda completamente desnuda frente a mis ojos; que, como dice la canción, no puedo apartar de ella. Se da la vuelta y me pilla de pleno mirándola. Sonríe y camina hacia mí. Vuelven las convulsiones a mi cuerpo, como siempre que la tengo cerca y me pasa sus manos por el cuello. Yo la abrazo por la cintura.

—¿Eres feliz? —me pregunta con sus ojos clavados en los míos.

—Más que todas las personas de este planeta juntas —contesto.

—Excepto una.

—Excepto una.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Siempre pensé que dar las gracias sería mucho más complicado, pero, cuando lo tienes claro, sale a borbotones. Al menos, en mi caso es así.

En esta ocasión, como en la primera novela, no puedo dejar de dárselas a mi familia, que, siempre, siempre, siempre está conmigo. Sobre todo, mi marido y mi hija, que sufren/gozan las consecuencias de esta profesión de forma directa. Os quiero.

A todas las personas que me han apoyado en este cambio que le he dado a mi vida: mis amigos de siempre, mis *Divas*, mis antigu@s compañer@s de diferentes trabajos, mis compañer@s del *gim*, amig@s de familiares, compañer@s de profesión, amig@s de EGB, amig@s que tengo lejos y otr@s más cerca, personas que me siguen en redes y que no me conocen, pero ahí están; en especial, las PurpuSocks / CabrasLocas / PolliCornias. A tod@s, un millón de gracias. Espero seguir contando con tod@s vosotr@s, siempre.

Quiero dar las gracias, especialmente, a las dos lectoras cero de esta novela:

Estela, amiga de toda la vida, ávida lectora y fiel a su forma de ver las cosas; a veces, demasiado y todo. Por eso, la elegí para este menester. No se casa con nadie y, si tiene que decirte que lo que has escrito es una mierda, te lo dice. Gracias por no decirlo en esta ocasión, *chocho*. Te quiero.

Nuria, a la que conocí en la presentación de mi primera novela e hizo una de las primeras reseñas que leí en Amazon. Nos conocemos desde hace pocos meses, pero me da la sensación de que llevamos años tomando esas Coca-Cola Zero y zumos de frutas en la terraza del mismo bar. Eres un cielo de persona y siempre sabes qué decir para aconsejarme. Mil gracias por todo lo que me has enseñado y aportado en tan pocos meses. Un millón de besos.

No puede faltar a esta cita Abril Camino. Ella es mi apoyo técnico, la que saca punta a mis manuscritos y la que me enseña, cada día, a mejorar mi forma de escribir. Mil gracias, compañera.

A Alexia Jorques, darle las gracias por su trabajo en la portada. Siempre encontramos la forma de ponernos en el punto exacto para que la primera impresión sea la que cuente. Gracias, un besazo.

A Nere, de Imagina Designs, gracias por los diseños de los nuevos marcapáginas. Han quedado preciosos. Un beso enorme.

Y, por supuesto, a ti. Que le has dado una oportunidad a esta historia. Espero que la hayas disfrutado, que hayas desconectado y hayas pasado un rato agradable leyéndola. Si es así, me doy por más que satisfecha. Un millón de gracias.

SOBRE LA AUTORA

Nací en Barcelona hace más de cuarenta años. Por circunstancias de la vida, estudié una carrera de números y estoy dedicada a ello desde entonces, pero mi gran pasión y asignatura pendiente son las letras. Sí, así de contradictoria soy. Me he pasado la vida leyendo y escribiendo, en unas épocas más que en otras.

La decisión final de ponerme con mi verdadera vocación llegó con la típica crisis de los cuarenta. Sí, amigas, esa crisis existe, no es una leyenda urbana. Pero no os asustéis, no a todas os va a dar por volveros majaras. En mi caso, no pude reprimirme más y me puse a divagar, a inventar y a escribir como una posesa, de todo y de nada. Le pillé tanto el tranquillo que no he podido parar.

Mi escritura no lleva florituras. Si puedo decir algo en una sola frase, no lo hago en cinco. Alargar y estirar el lenguaje, en mi caso, parecería forzado. Esa es mi forma de escribir; sencilla, directa y sin virguerías. Y siempre intento que aparezca el buen humor de por medio, porque reír es un privilegio y, además, es gratis.

Con lo que más disfruto es con la creación de los personajes. Me encanta verlos caminar, bailar, reír, llorar, cagarse en todo y coger el toro por los cuernos. En especial los femeninos. Me gusta hacerlos vivir locuras. Espero que los disfrutes tanto como yo.

Si te interesa saber de mí y de mis proyectos, puedes seguirme o escribirme:

e-mail: elisamayoescritora@gmail.com

Facebook: [Elisa Mayo](#) (página profesional).

Instagram: [@elisamayoescritora](#)